

A close-up portrait of a woman with dark hair, wearing a blue textured sweater, looking off to the side. The background is a soft-focus landscape of green trees and distant mountains under a light sky.

BERTA
PICHEL

CICATRICES
de
CHAROL

Vivir con pasión siempre deja cicatrices.



Cicatrices de charol

BERTA PICHEL



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

... que todo en la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

CALDERÓN DE LA BARCA

A mis padres y a mi hermana, cómplices de mis sueños
In memoriam

PRIMERA PARTE

EL DESPERTAR

(Septiembre 1933 – abril 1934)

El vestido

8 de septiembre de 1933

Nía corrió escaleras abajo tan pronto la oyó trajinando en la planta baja. Se detuvo en el penúltimo peldaño y permaneció quieta unos segundos. Su madre había madrugado más de lo habitual y, si se había puesto a fregar tan temprano el suelo del bar, estaba claro que algo no iba bien. Entonces se dio cuenta. ¿Cómo no se le había ocurrido guardar el vestido?

Le había dado muchas vueltas al diseño. Primero, había dibujado un boceto de talle bajo, pero el resultado no terminó de convencerla. Después de examinarlo de nuevo, encontró el patrón perfecto: muy entallado en la cadera y con la falda acampanada. Después de todo, no le había venido mal aprender a coser, a pesar de que ella hubiese preferido continuar sus estudios. Pero su madre, chapada a la antigua, la perseguía siempre con la misma cantinela: «Las mujeres a cuidar la casa y los hombres a ganar el jornal.» Pero cuando se lo mostró terminado no pareció disgustada con la hechura. Si bien es cierto que Nía se preocupó de hilvanar la bastilla dos dedos debajo de la rodilla para que pasara la prueba. Sin embargo, por la noche, después de recoger y aprovechando que su madre y su hermano dormían, le había subido otro tanto al bajo.

Le costaba entender la manía de su madre de poner peros a todo. Últimamente le había dado por la ropa. Ni tan siquiera le había gustado la tela de flores que, dos semanas antes, había comprado en los almacenes La Verdad. El colorido de las margaritas y las amapolas de la tela de percal era maravilloso. A su amiga Araceli le había parecido estupendo. Tenía muy buen gusto y enseguida se fijó en que la tela conjuntaba a la perfección con los zapatos de charol que su cuñada Dori le había regalado por su cumpleaños. Sin embargo, cuando le enseñó la tela a su madre, esta no tardó en arrugar la nariz: «Podías haber comprado una de alivio y no pasar directamente del luto a las flores. Ya veo lo poco que te importan los comentarios de la gente.» Y, claro está, tampoco le pareció bien el medio tacón de aquellos hermosos zapatos de charol. Parecía que la señora Avelina no acababa de asumir que su hija ya había cumplido los dieciocho. Pero Nía no se iba a dejar vencer tan fácilmente.

Había pensado y repensado el plan montones de veces, pero sabía que su madre era muy capaz de estropearlo todo. El día de la fiesta, Araceli le pondría los bigudíes y antes de salir la peinaría. Siempre le dejaba la melena perfecta. Estaba tan satisfecha de cómo había quedado el vestido tras los últimos «retoques»... Su cuñada Dori y sus hermanos intentarían convencerla más tarde para que la dejase ir con ellos a la fiesta. No podía echar a perder su primera salida nocturna con los amigos. Pero Nía no había previsto el madrugón de su madre.

Abrió la puerta y percibió la tufarada de olor a lejía remontando el vuelo. Allí estaba, arrodillada, fregando el suelo del bar. Trató de disimular.

—Pero ¿qué hace, madre? Después se quejará de los huesos y del reuma. Podía haberme llamado o esperar a que yo bajase. Tenemos tiempo, no corre tanta prisa.

Su madre la miró de arriba abajo, resopló, introdujo la bayeta en el barreño y siguió fregando como si no la hubiese oído. Era evidente que no estaba de buen humor. ¿Habría descubierto el arreglo? Nía calló e intentó actuar con prudencia para no enojarla. Era importante no dar un paso en falso.

—Mientras usted acaba, voy a encender el fuego. Preparo el café para que esté calentito por si llega algún cliente, desayunamos y remato la comida.

Su madre no respondió. Dejó de fregar e intentó levantarse agarrándose a una silla. Nía corrió a ayudarla. Al asir su musculatura flácida, tuvo la sensación de palpar un brazo sin vida. Había perdido fuerza. Ya en pie, su madre se deshizo de ella con un gesto desdeñoso.

Los primeros rayos del sol de septiembre iluminaban la cocina. Nía echó una ojeada a la silla donde había colocado el vestido bien estirado. Ahora permanecía doblado de cualquier manera. ¿Se habría ido deslizado del respaldo a lo largo de la noche o bien lo habría manoseado su madre? Se apresuró a encender el fuego.

Al volver al bar con la bandeja, la encontró como si el demonio hubiese ido a visitarla: taciturna y con el ceño arrugado. Frotaba los vasos como si quisiera fundir el vidrio, después los disponía en el estante a modo de soldaditos de plomo perfectamente alineados.

—Madre, he tostado el pan de centeno tierno de la hogaza y le he puesto un poquito de nata. A ver si le gusta.

No obtuvo respuesta. La señora Avelina estaba limpiando el mostrador. Nía decidió sentarse y esperar. Disimuló retocando el mantel, las tazas y las servilletas. Al cabo de unos minutos, su madre se dignó acompañarla. Ella la miró de soslayo. Permanecía muda, con el rostro severo de un juez a punto de dictar sentencia. Al instante, su mirada petrificada pareció volver a la vida mientras comenzaba a comer con desgana.

—Tienes muy poca vergüenza. ¡No se te ocurrirá ir a misa y a la procesión tan corta! ¿Adónde piensas llegar con tus modernidades? Ni tan siquiera has esperado a los dos años para dejar el luto por tu padre.

Nía se fijó en aquellos ojos, en otro tiempo grandes y avispados, que cada vez se hundían más y más en la cavidad de las órbitas. Con calma mal disimulada, su madre sorbió el resto del café con leche, tragó el último trozo de pan con nata y se atusó el moño con energía.

—No se preocupe, a la iglesia llevaré el negro. Me hace mucha ilusión estrenar este vestido en la fiesta. Es el primero que he confeccionado yo. Además, madre, los tiempos cambian. —La miró implorante—. ¿Ha visto usted cómo van la mayoría de las jóvenes? Es la moda. El vestido me llega por la rodilla. El luto está bien, pero yo la pena por padre la llevo dentro. Cada día me acuerdo de él. Pero, sobre todo, piense que de ninguna manera quiero disgustarla.

—«No quiero disgustarla, no quiero disgustarla», pero vas haciendo lo que te da la gana y a la chita callando. Por desgracia, te pareces bien a uno que yo me sé.

A punto estuvo de preguntarle si se refería a su padre pero no se atrevió. En ocasiones, creía verlo sentado en su cama, con el tabardo encima para no quedarse helado, contándole cuentos. Así se había dormido muchas noches. Desde su muerte, la vida con su madre se había vuelto más difícil. Cada tanto, esta le preguntaba si se había confesado. Los domingos y fiestas de guardar la obligaba a ir a misa. Por si no fuera suficiente, cada primer viernes de mes entonaba la misma cantinela: «Juan, atiende el bar. Nía y yo nos vamos a la iglesia.» Estaba harta de aquel viacrucis.

Ni tan siquiera la había dejado inscribirse en el coro de la Unión General de Trabajadores (UGT): «Si te gusta cantar, puedes hacerlo en la iglesia. Don Fernando estará encantado», le había respondido. Cuando le quiso recordar que, de pequeña, a menudo acompañaba a su padre al centro, su madre no se avino a razones: «Allí no se aprende nada. ¡Me lo vas a decir a mí! Tu padre era socialista y así le fue. No paraba de apoyar a todo quisque. Siempre en primera fila en las protestas y en las manifestaciones. Al final, directo a chirona; pero nunca aprendió. Y mira los socialistas de ahora: solo se dedican a incendiar iglesias y a confiscar propiedades. ¡Ay, si tu padre levantara la cabeza!» Y de ahí no había quien la moviese.

Cuando la señora Avelina se enfadaba, ralentizaba los gestos. Tras limpiarse las comisuras de los labios con la servilleta y doblarla sobre la mesa, Nía supo

que estaba a punto de empezar otro sermón. Por suerte, como cada día, el señor Paco y su mujer entraron en el bar a tomar los cafés con un chorrito de aguardiente. Avelina se levantó rápidamente a saludarlos. Su cara pareció rejuvenecer con una sonrisa abierta que dulcificaba sus arrugas. Era increíble cómo era capaz de pasar del malhumor a la alegría en un segundo. A Nía su capacidad de disimulo la sacaba de quicio.

La fiesta

En el Rañadero no cabía un alma. Los habitantes de los pueblos vecinos habían bajado a Ponferrada dispuestos a celebrar las fiestas de la Encina. La gente cantaba y el grupo de Nía se unió a las voces. Disfrutaban de cada paso, del ruido, incluso del olor a colonia de día de fiesta macerada en el sudor del final del verano y de la multitud. Alguien entonó una dulzaina.

*El baile de la dulzaina nadie lo sabe bailar,
solo las chicas de El Bierzo,
que lo saben jalear.*

El torrente de voces animaba el ascenso hacia la plaza. Hasta Antonio, uno del grupo de amigos que era guardia civil, abandonó el aire marcial con el que exigía a todos que dejaran de una vez de llamarle Toñín. El grupo marcaba los pasos con ritmo ágil y haciendo gestos con los brazos como si fueran tocando la gaita. La gente no tardó en rodearlos. Nía danzaba y animaba a todos. Esther, la más joven del grupo, los observaba medio escondida entre el corrillo e intentaba imitar el ritmo de los compañeros. Entre vuelta y vuelta, Nía la arrastró hacia el centro mientras ella negaba con la cabeza, avergonzada.

—¿De verdad crees que lo puedo hacer? Ya sabes... soy un poco torpe.

—Calla y sígueme, chiquilla. Mira cómo nos alegra el corazón la gaita

Finalizados baile y canción, le dio unas palmadas de ánimo en la espalda mientras unos cuantos las vitoreaban. Nía giró en círculo con los brazos hacia arriba y, a modo de agradecimiento por los aplausos, les dedicó unas cuantas reverencias.

Al llegar a la plaza de la Encina, el bullicio se intensificó. El grupo se situó alrededor del monumento de la Carrasca para observar a un crío que había logrado encaramarse hasta la cabeza de la escultura femenina más famosa de Ponferrada. Al poco tiempo, aparecieron dos guardias. El pequeño bajó con rapidez mientras los chavales que lo habían jaleado se escabullían entre las risas de la gente.

Nía divertida contempló la escena. Recordó la primera vez que ella, Juan y Toñín treparon a uno de los cerezos de la huerta de la señora Atilana, y cómo cuando estaban en plena faena, salió Tarzán, el pastor alemán, y allí la dejaron a ella sola, muerta de miedo y custodiada por el perro hasta el anochecer. La hazaña le costó la primera reprimenda seria. Su madre la regañó amenazándola con algún castigo divino por no respetar el séptimo mandamiento.

Cada vez más gente llegaba a la plaza desde todas las callejuelas, de modo que el grupo de amigos se desplazó hacia la entrada de la basílica. De repente, alguien le tapó los ojos y Nía se sobresaltó. Acto seguido escuchó una voz femenina que le preguntaba a grito pelado:

—¿Quién soy? A ver si lo adivinas...

—A ver, a ver, espera... —respondió la joven intentando ganar tiempo.

Nía palpó las manos largas y suaves simulando los gestos y la actitud de una pitonisa. Enseguida percibió un intenso olor al perfume Maderas de Oriente y reconoció aquella inconfundible voz de pito. La mujer alta y de largas manos no podía ser otra sino Rita, la hija del médico, que había vuelto de Madrid para las fiestas. Nía se preguntaba qué novedades les traería de la capital. Siempre les contaba las últimas tendencias en moda, lo último en música y los bailes más modernos, que, charlestón incluido, dominaba a la perfección. Enseguida

reconoció a la Pasionaria, apodo con el que ya la conocían todos por su afiliación a las Juventudes Comunistas y su admiración por Dolores Ibárruri.

—Ya está aquí otra vez, la más loca de Ponferrada. —Se dio la vuelta y abrazó a su amiga.

—Pues sí, aquí me tenéis. Las fiestas de la Encina no son lo mismo sin mí.

Nía admiraba la fuerza que desprendía su amiga. La siguió fascinada mientras saludaba a cada uno de ellos con risas y abrazos efusivos.

Aún lucía el sol cuando el grupo musical comenzó a tocar y todo el mundo se puso en movimiento. Su hermano Manuel la sacó a bailar; Juan hizo lo propio con su cuñada Dori. Además de Rita, Manuel había sido otro de sus maestros de baile. A él le entusiasmaba el flamenco y, desde bien pequeña, Nía lo recordaba cantando al estilo de Manolo Caracol y animando a su madre a bailar. Ella siempre se negaba con un «Quita, quita *pallá*, que no estoy para estos trotes». Pero Nía sabía que a su madre se le caía la baba con sus hijos. Alguna vez llegó a intentar algún zapateado sin demasiada gracia, dejando claro que bailar no era lo suyo. A menudo, estas escenas se zanjaban con la misma frase que la señora Avelina dirigía cariñosa a su marido: «No, si han salido tan bailones como tú.» Y el señor Enrique sonreía y palmeaba con alegría.

La orquesta animó la fiesta interpretando *Suspiros de España* e, inmediatamente, Juan se intercambió con Manuel. Se miraron fingiendo solemnidad, unieron sus manos y se sumergieron en el ritmo regio del pasodoble. Antonio bailaba con Araceli y, aprovechando uno de los desplazamientos laterales, le pidió a su amigo el cambio de pareja. Nía le sonrió, pero enseguida se sintió incómoda. La sujetaba fuerte con los brazos apretándola contra su cuerpo. En una de las vueltas, logró separarse un poco. Él la atrajo de nuevo hacia sí y encajó su cadera en la de Nía. Notaba el latir del corazón de su amigo y cómo el sudor humedecía su camisa. Necesitaba cambiar rápido de pareja. La incomodaba su mirada febril y el aliento espeso próximo a su boca.

Cuando el pasodoble llegó a su fin, abandonó los brazos de Antonio y se sintió aliviada. Se dirigió hacia donde estaba Rita, que se movía eufórica. De

pronto, su amiga se acercó a la orquesta y empezó a gritar con voz de pito: «Venga, tocad un charlestón. Dadle al charlestón.» A la Pasionaria, el cantante le parecía muy chic, con la camisa blanca y el cuello abierto, chaleco a rombos, zapatos claros y sombrero de paja redondo con una banda granate alrededor, a juego con el chaleco. La orquesta terminó aceptando el reto de «la hermosa joven», como la catalogó el cantante cuando se dirigió al público y a la propia Rita.

—Gracias, muchacha, por demandar con tanto encanto un ritmo que no puede faltar en toda fiesta. Rogamos suba a la tarima con sus encantadoras amigas a bailar como seguro que solo ustedes saben hacerlo.

Rita respondió entusiasmada a la propuesta del cantante. Organizó a las amigas y las cuatro subieron al escenario en fila saludando con ambas manos de manera coordinada. Esther disimulaba su timidez con la mirada perdida en el fondo de la plaza. El ritmo rápido, divertido y alocado de *Madre, cómprame un negro* despertó su audacia y como pudo siguió el movimiento enérgico de pies y manos de sus amigas. El público animaba el desparpajo y la imaginación del cuarteto, que lograba moverse en el reducido espacio del escenario sin perder la coordinación.

Además de disfrutar de la música y del baile, Nía animaba a sus amigas, seguía el ritmo y acompañaba al cantante, que, en realidad, desafinaba cuando entonaba lo de:

*Madre, cómprame un negro,
cómprame un negro en el bazar
que baile el charlestón
y que toque el jazz-band.*

En uno de los giros oyó, de pasada, como Araceli le decía: «Nía, quedas contratada como cantante», y ya no pudo controlar la risa hasta el final.

Por primera vez, podía disfrutar de una fiesta y olvidarse del duelo impuesto

por la madre. Durante un instante, el recuerdo de su padre le produjo dolor pero, de inmediato, apartó ese pensamiento de su cabeza. Él siempre había deseado su felicidad y ese era un buen momento para divertirse.

Su cuerpo aún vibraba tiempo después de haber finalizado el baile. Un grupo de jóvenes les habían hecho una especie de paseíllo, que las chicas recorrieron en medio de los aplausos. Ya cerca de los soportales, un corrillo de mujeres las miraron con aire furibundo. Al pasar por su lado, la más gorda las llamó por lo bajo desvergonzadas, y Rita reaccionó gritándole: «¡Señora, alegre esa cara, que esto es una fiesta y no un velatorio!» De nuevo no pudieron contener las risas, pero ninguna de ellas esperó a ver la reacción de las beatas.

Bajo los soportales se encontraron con Magín, el fotógrafo, acompañado por su cámara. La fotografía de la familia que lucía en el comedor de casa de Nía la había hecho él. Según decía su madre, le había costado los ahorros de media vida. La economía no estaba para muchas fotos, pero el esfuerzo valió la pena. Los cinco miembros miraban a la cámara. El señor Enrique y la señora Avelina se habían colocado a ambos lados de su prole. Situado al lado izquierdo, el padre sonreía con la boca medio abierta, como si en aquel justo momento hubiese querido decir algo al fotógrafo. Se había engalanado con traje de rayas y corbata oscura. Nía siempre imaginó a su madre obligándolo a ponerse el traje para la ocasión, porque a él le gustaban más los monos azules de lona con camisas oscuras y boina negra. A la derecha del grupo, la señora Avelina parecía mirar con inquietud e inseguridad a la cámara e intentaba esbozar una media sonrisa, pero el ceño fruncido delataba su nerviosismo y el deseo de que la familia saliese favorecida. A los chiquillos se les puso por orden cronológico de nacimiento en medio del matrimonio. Manuel, el mayor, de siete años, estaba situado al lado del padre vestido con el traje de la primera comunión; en medio, Juan destacaba por su carita llena de pecas, la mirada fija en el fotógrafo con la curiosidad de un niño de cinco años, y en los brazos de la señora Avelina, con apenas seis meses, la pequeña Nía permanecía ajena al objetivo.

Ahora, la vieja cámara las enfocaba. Rita les dijo que quería regalarles la

fotografía para que recordaran aquella tarde tan divertida. Como siempre, la Pasionaria organizó la puesta en escena situándose la primera de la fila. Las cuatro jóvenes se mostraron desinhibidas: con la pierna izquierda doblada y la mano derecha en alto saludando al estilo charlestón.

Y allí se quedó, congelado para siempre ese momento de felicidad.

Tras hacerse la foto, el grupo de Nía se encaminó hacia Las Cuadras, dispuesto a disfrutar de un vino y de pulpo con cachelos. De pronto, Esther se puso a llamar a sus padres, que caminaban entre el gentío. Arrastró del brazo a Nía dejando el grupo atrás. Nía distinguió enseguida la coronilla calva y el pelo entre rubio y rojizo del padre de su amiga. Ambas avanzaban con lentitud entre la gente mientras los llamaban a gritos. Por fin, a unos veinte metros, lograron captar su atención. A Nía, encontrarse con don Daniel, el padre de su amiga, siempre la alegraba. Era el maestro de una vida escolar que se había visto obligada a abandonar por culpa de su madre, que quería que se convirtiera en modista.

Aun después de la muerte del señor Enrique, don Daniel había intentado convencerla. Hasta se ofreció a ayudarlos económicamente en la medida de sus posibilidades. Sin embargo, ante las negativas continuadas de la señora Avelina, el maestro dio por zanjado el tema.

Nía correspondía al interés por su formación mostrando un afecto especial hacia Esther.

—Jovencitas, habéis estado estupendas. ¡Vaya ritmo! Un día de estos pasáis por casa y nos enseñáis a mi señora y a mí a movernos así. A ver si se nos van los dolores del reuma —les propuso don Daniel sonriendo y entrecerrando los ojos.

Nía sonrió cuando el señor Morete continuó la broma.

—Si esto es así, contad con un par de alumnos más. Mi mujer estará encantada. Siempre se queja de que solo me interesan los líos políticos. Avisad a vuestras amigas y podemos montar un centro social en el barrio.

No lo veía desde hacía tiempo. Por un instante vino a su memoria la amistad

del señor José, conocido por todos como Morete, con su padre. Los recordó a los dos en las tardes de domingo tomando café con aguardiente y jugando a la brisca. En ocasiones, se «comían el rey» y se enzarzaban en comentarios antimonárquicos olvidándose de la partida y poniéndose a polemizar sobre algunos temas que a ella, a tan corta edad, se le escapaban.

—Venga, pues adelante, ¿nos apuntamos, Esther? Podríamos organizar el curso «A la revolución por el baile». ¿No le parece, señor Morete? Por ahí dicen que ha caído Azaña y la derecha está muy bravucona. A ellos sí que no pensamos bailarles el agua.

Morete se dirigió a un joven desconocido, que permanecía en un segundo plano.

—¿Qué te he dicho, Valeriano? ¿Hay o no hay gente encantadora en mi barrio? Como ves, aquí también tenemos jóvenes comprometidas con los nuevos tiempos.

—No lo he dudado ni por un segundo, padrino, uno siempre encuentra mujeres interesantes.

Nía se sintió halagada al notar cómo la miraba. Escuchó entre sorprendida y extasiada su alegato sobre la necesidad de contar, en El Bierzo y en toda España, con «muchachas decididas a plantar cara a los mandamases del país». Le agradó su comentario y golpeó con disimulo el codo de Esther cuando calificó a los curas de «cuervos negros» por «someter a las mujeres a sus cuentos». En eso tenía un poco de razón. No cabía duda, aquel joven alto, con boina negra al estilo Lenin, parecía sincero y auténtico. Imaginó la cara de su madre si hubiese escuchado tal injuria.

—Hombre, tampoco te pongas trascendental. Vamos a divertirnos. Todo tiene su tiempo y su hora —le endilgó Morete.

El joven cambió de tercio con rapidez.

—Eso es verdad. Me ha encantado veros tan coordinadas. La libertad también se muestra en el baile, aunque algunos juzguen los movimientos del cuerpo como indecentes.

A Nía le gustaron la cadencia de la voz y la seguridad del tal Valeriano. Acompañaba las palabras con una sonrisa abierta y un movimiento delicado y armónico de las manos. Le resultaba gracioso el hoyuelo de su barbilla y las lentes redondas le daban un aire interesante. Era la primera vez que lo veía y deseó que viviese en Ponferrada. La había sorprendido su interpretación sobre el charlestón. Pensó que tal vez a ella le gustaba tanto bailarlo porque se sentía más dinámica, más loca. Cuando Rita les enseñó los primeros pasos y, después, cuando los ensayaba sola en su habitación, notaba una gran fuerza, como si su cuerpo quisiera volar. Sí, el joven lo había definido bien: se sentía más libre.

Ahora, una persona tan interesante se lo confirmaba. Ya estaba bien de tantas monsergas y de la manía de su madre de imponerle sus creencias. Quería decidir por ella misma. Tenía derecho a ser libre.

Valeriano las fue saludando a todas, y Nía, al notar la firmeza de su mano, sintió como si una corriente eléctrica le traspasase los dedos y le alcanzase el estómago. Él le lanzó una sonrisa picarona y graciosa. Permanecieron un tiempo con las manos entrelazadas. Estaba un poco confusa, como desconcertada. Sin embargo, logró dominar el nerviosismo y les propuso encaminarse hacia Las Cuadras, donde habían quedado en encontrarse todos.

La buenaventura

Antonio frunció el ceño. Llevaban un buen rato esperando en Las Cuadras a Nía y Esther. El patio del mesón, adosado al castillo de los Templarios, escasamente iluminado por una débil luz, estaba al completo. El bullicio hacía difícil entenderse. ¿Dónde se habrían metido? Deseaba estar con Nía todo el tiempo. Ya era toda una mujer. En la subida a la plaza no había podido dejar de mirarla. Se había quedado embobado al verla cantar, moverse con esa gracia y bambolear la falda con la elegancia de las mariposas. En algún momento había logrado entrever sus muslos torneados. Un ardor repentino se había concentrado en su bajo vientre al imaginar su mano acariciándole las piernas y estrechándola contra él. Era la más hermosa de todas. Lo tenía embrujado. El vestido ceñido al talle le sentaba como un guante. Tenía previsto declararse esa misma noche. Le ofrecería un sueldo seguro y el prestigio de su profesión. Una vez comprometidos, ahorrarían para casarse y tendrían hijos lo antes posible. A las mujeres les gustaban los niños y eso la haría aún más feliz.

Al fin apareció con el grupo de don Daniel. Le había guardado un asiento a su lado, pero ella se acomodó junto al desconocido que los acompañaba. El señor Morete, antes de sentarse, lo presentó como su ahijado.

Antonio picoteó un poco y bebió una jarra de vino. Las pandillas entraban y salían sin parar. Tenía el estómago revuelto y mucha sed, quizá por el picante del pulpo o por la sal de la cecina. Para colmo, había demasiado bullicio y solo

podía charlar con Esther y con Juan, situados a ambos lados. El diálogo con ella le resultó agotador: cuando intentaba hablarle, titubeaba y se ponía roja. Realmente era una cría. Además, no soportaba ver a Nía tan entretenida y dicharachera con el joven forastero.

Pidió otra jarra de vino y, poco a poco, se fue entonando. Estaba decidido: al bajar hacia casa encontraría la ocasión de hablar con ella. Cuanto antes estableciesen un compromiso, mejor. La miró de reojo, continuaba enfrascada en la conversación. Le llevaban los demonios al verla tan feliz con semejante engreído.

No paraba de llegar gente. No iba a aguantar mucho más. Estaba a punto de levantarse de la mesa cuando las palabras de Juan sonaron como un soplo de aire fresco, aun después de la juerga:

—Amigos, nosotros damos por acabada la fiesta.

Antonio sonrió, era lo mejor que había escuchado en toda la noche. Por fin llegaba la ocasión de actuar. Miró a Nía, que seguía embelesada sonriendo al joven. Él le susurraba algo al oído y se despedía como un caballero con un largo apretón de manos y una mirada tan intensa que le pareció escandalosa. «Pero ¿qué se ha creído este? Pero si se acaban de conocer», pensó para sus adentros. Le hubiese gustado medirse a puñetazos con semejante donjuán, un rompecorazones de baja calaña venía a meter las narices en sus asuntos. Actuaría con rapidez: la audacia era un arma necesaria en determinados momentos.

Al bajar por el Rañadero intentó acercarse a la joven, pero las amigas iban del brazo de dos en dos, hablaban y reían. Se mantuvo a una distancia prudencial. Nía parecía muy locuaz. Rita respondía afirmativamente y con una sonrisa cómplice a sus explicaciones. Ya en la explanada, justo antes de llegar al puente sobre el Sil, Nía se separó de ella y, apostada en la baranda, miró hacia el río con interés. Esa era la oportunidad esperada, no podía dejarla escapar. Aceleró el paso y se le acercó. Ella, enfrascada en sus pensamientos, miraba hacia abajo.

De repente se percató de que no había previsto cómo empezar, no había pensado en cómo iba a declararse. Pero no podía perder el tiempo: de aquella

noche no pasaba. Estaba dispuesto a iniciar una relación seria y asegurarse el noviazgo.

—Te gusta el agua, ¿eh, Nía? ¿Recuerdas las apuestas que hacíamos para ver quién llegaba antes nadando a la roca?

Ella no respondió. Estaba como ausente. Mantenía la mirada fija en el río. Aun así, prosiguió.

—Pues, fíjate, a mí me sirvió mucho en la academia porque, en los ejercicios en el agua, era obligatorio saber nadar y a muchos les costó aprender. En eso yo siempre conseguía los primeros puestos. —Bien, la cosa iba bien, convenía mostrar sus cualidades y recordar momentos juntos y divertidos—. El capitán siempre me decía: «Antonio, se nota que usted nació cerca de un río. Todos estos no saben nadar. No conocen ni ríos, ni lagos, ni mares.»

Le llamó la atención la actitud de Nía. En aquella noche de luna llena, algo había captado todo su interés porque continuaba como abstraída, con la vista fija en el agua. Ni tan siquiera lo había mirado.

De pronto, pareció salir de su ensimismamiento.

—«Había visto flotar un instante y desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer...» —Al guardia civil su voz vibrante y misteriosa a la vez le pareció un tanto fantasmal. Lo confundía su actitud. ¿Qué quería decir?—. [...] «vestida con unas ropas que llegan hasta las aguas y flotan sobre su haz...» —continuaba con sus frases enigmáticas, casi ininteligibles.

—Pero ¿qué estás diciendo? No acabo de comprenderte.

De pronto, Nía lo sacó de sus reflexiones. En una vuelta absoluta a la realidad, lo miró, lo agarró del brazo y apuró el paso.

—Venga, vamos Toñín, que los perdemos. Cuando miro el río en las noches despejadas, el rayo de la luna llena, reflejado en el agua, me trae a la memoria las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Es uno de mis escritores preferidos, es el poeta del amor, ¿no crees? «Dime, mujer, cuando el amor se olvida...»

La hubiese matado. Tenía la sensación de que había perdido un tiempo

precioso. Trató de volver al objetivo primero. Ella le había dado la entrada que necesitaba: «el poeta del amor». Ahí, precisamente ahí, estaba la coartada.

—«Cuando el amor se olvida...» —Aunque no se acordaba del nombre del poetucho, prosiguió—: Posiblemente él vivió momentos de desamparo amoroso, pero cuando el amor es auténtico, nunca se olvida. —Respiró tranquilo. Se sentía satisfecho. Ahora sí, había encarado la situación correctamente.

Nía se detuvo en seco, aleteó las fosas nasales, como hacía cuando sentía curiosidad por algo, y lo miró conmovida.

—Oh, Toñín, tienes razón. Bécquer amaba de verdad, pero probablemente no siempre las amadas le correspondían.

Se animó. Le fastidiaba lo de «Toñín», ya les había repetido muchas veces a todos que lo llamasen por su nombre pero, bien pensado, los diminutivos expresaban cercanía y eso jugaba a su favor. No era hora de discutir, ya lo resolvería más adelante. En ese momento interesaba rematar, no tenía mucho tiempo. Tampoco se podía olvidar del nombre del poeta, Bécquer; era preciso indagar sobre el personajillo.

—Verás, Nía, hace tiempo que deseaba hablar contigo. —Se le acercó un poco más y rozó con los dedos su cintura. Estaba nervioso, no lo podía negar. Al fondo, en la plaza, el grupo los esperaba. Distinguió a Rita con los brazos en alto, danzando. Aquella mujer no se cansaba nunca.

—Dime, Toñín, soy todo oídos. Si es algo importante para ti no tenías que haber esperado, siempre me puedes encontrar en el bar, y ya sabes que yo estaré encantada de poder ayudarte. A ver, déjame imaginar: ¿Un ascenso? ¿Quizás un traslado? ¿Te has enamorado?

—Ahí quería llegar yo. Bueno, sí —balbuceó. Era preciso culminar correctamente la operación—. Sí, lo has adivinado. Me rindo: me he enamorado. Hace tiempo que estoy enamorado.

—Lo sabía. Yo estoy encantada. No te has de preocupar, ella también está enamorada. Se le nota en la actitud, siempre habla de ti, te mira de una manera especial.

Antonio se puso en guardia, no acababa de comprender lo que le decía. «Ella también está enamorada.» ¿A quién se refería con lo de «ella»?

—En el fondo hace tiempo que intuí que tú y Esther acabaríais juntos. Hacéis buena pareja.

—A mí no me interesa Esther. Me sorprende que me digas eso. Es una chiquilla y no me atrae en absoluto. Yo estoy enamorado de ti. Me gustaría formalizar nuestra relación porque estoy en condiciones de ofrecerte una vida segura. Mi salario me da para mantener una familia.

Se acercó más a ella. Nía se alisó el pelo con las manos.

—A ver, Toñín, yo te tengo mucho cariño. Somos amigos de toda la vida —titubeaba—. Somos jóvenes, tenemos una vida por delante y quizá no conviene confundir la amistad con el amor.

Él permaneció inmóvil, como petrificado. Luego notó cómo la ira amenazaba con hacerle perder los estribos. ¿Qué se había creído? ¿Cuántas mujeres hubiesen deseado una propuesta semejante? Trató de dominarse para volver a insistir a fin de atraerla a su objetivo. Ella era la mujer de su vida, lo tenía claro. Estuvo a punto de cogerla de la mano y llevarla lejos, muy lejos, allí donde nadie pudiese apartarla de sus deseos. No obstante, ya era tarde. Rita se acercaba y apenas tuvo tiempo de apostillar:

—Piénsatelo, de todos modos yo lo tengo muy claro y ya verás cómo me darás la razón.

Nía le dirigió una sonrisa nerviosa y avanzó unos pasos hasta encontrarse con Rita. Durante un instante, él se quedó inmóvil, incapaz de interpretar su actitud. Al fin, las siguió. No soportaba la manía de las mujeres de susurrarse cosas al oído.

En la plaza, el grupo de amigos rodeaba a la Chona, la gitana berciana famosa por sus buenaventuras, pero no parecían muy dispuestos a entrar en el juego. El temor a descubrir un futuro negro, una enfermedad grave, una muerte cercana, un amor nefasto, un mal de ojo, un sinfín de temores atávicos, los convertía en meros espectadores que disimulaban el miedo.

—Venga, Nía. Enséñale la mano a la Chona. A mí me ha dicho que me ande con cuidado pues, a no tardar mucho, algo me acechará. —Rita, inmune a cualquier amenaza, disfrutaba del momento—. A partir de hoy, Chona, me mantendré ojo avizor y andaré con pies de plomo con los hombres. A ver si mejoras el vaticinio para mi amiga.

La pitonisa, sentada en el suelo y rodeada por el grupo, los miraba entre divertida y burlona. Una cosa era adivinar el futuro y otra, bien diferente, sortear el presente. Ya fuera por sus artes adivinatorias o por su experiencia vital, captó rápidamente que la joven alta y simpática tenía dinero.

—Sí, señorita, pero yo necesito alimentar a mis churumbeles, mis cinco hijos necesitan llevarse algo a la boca, que la vida está muy mal, *mi arma*. Dios guarde la suya muchos años pero le pido la *voluntá*.

La respuesta había sido rápida y recitada de un tirón. La Chona estaba acostumbrada a lidiar en muchas plazas y a cobrar, a ser posible, por adelantado. Rita sacó un billete de la cartera y se lo metió en el bolsillo del delantal. La gitana, no se sabe si por capacidad adivinatoria o visual, se sintió satisfecha con el parné. Entonces, se concentró en la mano de la joven que tenía delante, dispuesta a demostrar nuevamente sus dotes proféticas. Estudió las líneas de la palma derecha, las resiguió con parsimonia, posteriormente escudriñó uno por uno los dedos y, al final, se detuvo en las líneas entre la muñeca y la mano. Nía miró a su hermano Manuel, que mantenía el rostro sombrío con los ojos medio cerrados y fijos en la gitana. Seguramente no le hacía mucha gracia la situación. Sin embargo, Dori se mantenía expectante y sonreía.

La adivina le dio unas palmaditas en las manos. Se detuvo y pareció medir las palabras. Nía estaba paralizada, empezaba a arrepentirse de seguirle aquel juegucito a Rita.

—Hoy ha sido un día importante en tu vida y te diré por qué, mi alma. Hoy el amor ha llamado a tu puerta. Has vivido un momento mágico con alguien que será muy decisivo en tu vida. Aun en los tiempos difíciles, algo os mantendrá unidos para siempre.

En el tramo final del camino los comentarios giraron en torno a las predicciones de la gitana. Rita parecía haber olvidado su mal augurio y se mostraba entusiasmada porque el amor «había llamado a la puerta» de su amiga. Nía mostraba una risa nerviosa: las palabras de la gitana revoloteaban como mariposas en su corazón. Su hermano Manuel se acercó a ella, le puso el brazo en el hombro, la apartó un poco del grupo y le comentó: «A Rita le sobra el dinero. Vaya manera de tirarlo», como si quisiera evitar que su hermana pequeña le diera importancia a las palabras de la gitana.

Una vez en casa, desde el ventanuco de la habitación de su madre, Nía contempló el cielo estrellado. Le dolían las plantas de los pies de tanto bailar y los zapatos de charol recién estrenados le habían hecho un par de ampollas en los talones. Era cuestión de acostumbrarse. Según decían, a partir de los dieciocho se entraba en una nueva fase de la vida y aquellos zapatos habían marcado el comienzo de la suya.

Era muy tarde. Estaba agotada, pero no podía dormir. A lo lejos se oía el estruendo de fuegos artificiales que, de vez en cuando, iluminaban débilmente la habitación. Se acurrucó al lado de su madre como cuando era pequeña. Sentía hormiguitas en el estómago al pensar en Valeriano y la cita pendiente. «¿Podemos quedar el domingo? ¿Te parece bien a las cinco en la plaza Lazúrtegui?», le había preguntado con naturalidad, sin buscar subterfugios.

En pleno duermevela, reapareció la imagen fluctuante de la Chona: «Hoy el amor ha llamado a tu puerta. Has vivido un momento mágico con alguien que será muy decisivo en tu vida. Aun en los momentos difíciles, algo os mantendrá unidos para siempre.»

Aquel viernes de septiembre marcaría su vida, pero ella aún lo ignoraba.

Octubre de 1933

Valeriano llegó a la pequeña estación casi desierta. Miró el reloj y comprobó que tenía tiempo de sobra. Caminó hacia la locomotora esperando encontrar a algún trabajador, pero todos los departamentos estaban cerrados y no localizó a nadie. Había dormido mal y tenía el cuerpo molido. Intentó despejarse con movimientos rápidos de brazos y piernas. No eran momentos para dejarse llevar por el cansancio. Al contrario, la situación que vivía el país aún lo envalentonaba más para batallar por la unidad obrera.

Hacía dos semanas, el Comité de la Agrupación Socialista de El Bierzo había aprobado el proyecto que les había presentado: trabajar para conseguir la unidad obrera entre las zonas cercanas al Bierzo a fin de asegurarse el éxito de la movilización. Ante todo era necesario no levantar sospechas, por lo que se le asignó a él la misión de organizar como excusa una excursión de hermandad: trabajadores y familiares del sector minero recorrerían la zona de El Bierzo cercana a la Laciana, durante dos días.

Miró el cielo. Al parecer el tiempo los acompañaría. Desde el veranillo de San Miguel el otoño se hacía esperar; el sol brillaba con fuerza a pesar de los cuatro nubarrones hacia el oeste. Se sacó la zamarra heredada de su padre, se desabrochó la chaqueta y se sentó en uno de los bancos de la estación a esperar. Se preguntó con cierta preocupación si ella iría a la excursión. Confiaba en que don Daniel y Morete hubiesen convencido a la señora Avelina. Según Nía, su

madre los tenía en gran estima, sobre todo a Morete. Todos admiraban a su padrino, al que consideraban el fundador del pequeño barrio establecido en torno a las Cerámicas bercianas. Unos cuantos se referían al lugar como Flores del Sil.

Repasó mentalmente los pasos a seguir. No se podía llegar lejos sin preparar el terreno. Era justo el momento y no había marcha atrás. Tenía la firme convicción de que la clase trabajadora acabaría con los politicastos y empresarios que, en connivencia con la Iglesia, sometían a los trabajadores y hacían imposible una auténtica justicia social. Azaña había sido un compañero de viaje circunstancial, pero había caído arrastrado por sus propios errores o tal vez por sus malos consejeros. Jamás le perdonaría lo de Casas Viejas, había sido una matanza consentida. Apuró el cigarro hasta el final, lo tiró al suelo y lo aplastó con fuerza con el pie derecho. Le asqueaba el compadreo en aquel engendro de república burguesa. Era evidente que las reformas habían fracasado y solo quedaba una salida: la instauración de una auténtica República proletaria.

Abandonó el banco y salió de la estación. Desde el puente construido sobre las vías, esperaba verlos llegar. Sonrió para sus adentros, estaba inquieto como un colegial. Quería verla aparecer y el tiempo transcurría lento. Había vivido un nerviosismo similar hacía tiempo, cuando estaba a punto de cumplir los dieciocho.

Un anochecer, su padre y él habían llegado a la misma estación de Ponferrada. Los había recibido en su casa Puente Falagán, fundador de la Agrupación Socialista de El Bierzo, que, tras la proclamación de la República, se convertiría en el primer alcalde socialista de la ciudad. A eso de las doce de la noche fueron entrando otros trabajadores. Allí le presentaron a la única mujer del grupo: una mujerona, alta, guapa, con una buena delantera y, por lo que pudo comprobar enseguida, una empedernida fumadora de puros. Cuando todos estaban sentados en torno a la mesa del comedor, le lanzó una mirada descarada y él se sintió cohibido.

—Tienes un hijo bien guapote, compañero —le espetó a su padre.

—¿Acaso lo habías dudado, Pepona? De tal palo, tal astilla, compañera.

Ella respondió con una carcajada que contagió a todos. Entonces ignoraba que la mujer era el mito sexual de muchos de ellos. Nunca supo si también de su padre.

—Tienes razón, camarada. El país necesita de machos fornidos como vosotros.

Nunca había conocido a una mujer como ella: libre, segura de sí misma, simpática y revolucionaria.

—Y tú, supongo que eres un buen socialista, ¿no?

Él había intentado responder, pero la camarada continuó su discurso con energía dejándolo con la boca abierta.

Pepona, sentada a su lado, fumaba inhalando el humo con lentitud y exhalándolo con deleite. Él no podía dejar de mirarla de reojo. El ejercicio pectoral lo impresionaba. Los pechos subían y bajaban, subían y bajaban. Al fondo, alguien hablaba de apoyar un golpe militar, de reforzar la unidad obrera, pero él solo sentía cómo aumentaba su excitación. El debate se alargó un par de horas y, en medio de las discusiones acaloradas, ella lo miró con una sonrisa picarona, le lanzó una bocanada de humo sobre la cara y le susurró: «Si quieres, a ti te enseño a follar yo.»

A lo largo de la noche había llevado la voz cantante en la reunión como si de un mitin se tratase. Bebía vino tinto; su mano enorme anotaba en una pequeña libreta las decisiones importantes mientras se envolvía en el humo del puro largo e inagotable.

—Amigos, ánimo y adelante. Entre todos acabaremos con el borrachuzo, con el Borbón y con el régimen.

Así había concluido su primera noche clandestina.

Junto a aquella maestra del sexo vivió momentos inolvidables. A Pepona el partido le había encomendado la misión de ejercer de enlace entre los mineros del valle de Laciana. Entretanto, aprovechó el tiempo y, cumpliendo su promesa,

le dio unas cuantas «clases particulares». Valeriano tardó en volver a saber de ella. Alguna vez le había oído decir que cualquier día se marcharía a Madrid para acabar «con el borrachuzo, con el Borbón y con su régimen». Pero hacía años que no la veía.

De nuevo, se dirigió hacia la estación. El tiempo corría y no aparecían. ¿Por qué sentía un incomprensible magnetismo hacia aquella chiquilla? Tal vez era por su ingenuidad y sus ganas de vivir la vida. Había luz e inteligencia en sus ojos entre castaños y verdosos; también los dientes separados y un poco salidos hacia fuera dotaban a su semblante de un aire sensual. Pero, precisamente, tanto su juventud como el haber conocido a su padre, hombre honesto hasta la muerte, lo inquietaba y lo obligaba a ir con tiento. Se pasó la palma de la mano por la cabeza como queriendo despedir la preocupación. Al fin y al cabo, solo habían salido un par de veces.

Por fin los primeros compañeros comenzaron a llegar. Avanzó hacia el bar de la estación, subió los tres escalones de acceso y desde el último inspeccionó de nuevo el entorno. Entró en el bar; allí se sentía como en casa.

Se sentó en un taburete cercano a la puerta y le pidió un café al camarero.

—Últimamente te veo ensimismado. ¿En qué líos andas metido? Escucha, la cosa está que arde, ya puedes ir con cuidado.

Valeriano sonrió y miró al amigo con cierta decepción. El comentario le parecía lamentable en boca de un trabajador. Sacó el paquete de picadura del bolsillo, lio un cigarro y se lo ofreció.

—A este paso, si no nos movemos, Lerroux y Gil Robles nos merendarán. En este país la derecha cada vez está más envalentonada. Mal lo tendremos si no actuamos unidos. Además, el hijo de Primo de Rivera, el borrachuzo, está movilizandando a los niños de papá que cada vez admiran más a los fascistas. O nos movemos o nos comen —sentenció.

El camarero echó una ojeada a la mesa ocupada por un par de clientes. Bajó el

tono de voz y sus palabras se tornaron casi imperceptibles.

—Ve con cuidado. Aquí se entera uno de todo. Tu nombre está en boca de algunos lameculos de los caciquillos. El tuyo y el de alguno de tus amigos.

Valeriano miró de nuevo el reloj. Aún faltaba media hora para la salida.

—Te agradezco el aviso, pero no me achanto ni les tengo miedo. Ese es el problema de muchos obreros: el miedo. Miedo a los empresarios, miedo a los terratenientes, miedo a quedarse sin trabajo, miedo a no poder llevar el pan a casa, miedo a ser detenido. Ese miedo tiene amordazados a muchos de los nuestros y, mientras, ellos continúan teniendo la sartén por el mango.

El camarero movió la cabeza con preocupación y se fue a servir a dos clientes que acababan de entrar.

Valeriano recogió su mochila, salió a la estación esperando ver aparecer a Nía de un momento a otro. Se acercó a saludar a Paco Puente Falagán y a sus acompañantes, pero se separaron enseguida por si había algún soplón cerca. Tal como habían acordado, aprovecharían el fin de semana para trazar la estrategia con los camaradas mineros, pero era preciso disimular. Lograr la unidad con los cenetistas no interesaba a los patronos.

El Jilguero

El tren que los llevaría hasta Matarrosa del Sil ya estaba en la vía esperando a los viajeros. El impresionante tamaño de la locomotora modernizaba la pequeña estación. Cuando el conductor la encendió, el sonido ensordecedor de la máquina intensificó el bullicio. La gente atiborraba el andén y algunos grupos comenzaron a subir al tren. Unos camaradas extendieron dos pancartas a lo largo de los dos primeros vagones, donde se leía: «Amigos excursionistas de la Agrupación Socialista de El Bierzo, bienvenidos.»

La chimenea expulsó un gran penacho de humo negro y una tufarada de carbón en forma de nube de vapor cargó el ambiente. Valeriano se separó de la locomotora, caminó hacia el final de los vagones y, entonces, los vio aparecer. Don Daniel, Morete y Pedro Santín iban delante. Se relajó cuando localizó a Nía entre sus amigas.

Ella sonrió al divisarlo. Inconscientemente, aminoró un poco la marcha y sintió como un cosquilleo en sus piernas. Valeriano saludó a las amigas de lejos levantando la mano con aire animado y muy festivo. Se detuvo un momento con el grupo que iba más adelantado, pero enseguida se acercó a ellas con una sonrisa afectuosa. Llevaba un mono de lona azul con una camisa de cuadros bajo la chaqueta desabrochada y una boina negra de cuero, como la que usaba siempre su padre.

—Me alegro mucho de verte, Nía. Por suerte tu madre te ha dado permiso,

¿no? —La mirada penetrante la perturbó.

Esther, con una entonación un tanto infantil, se acercó a él y empezó a contar de carrerilla cómo habían logrado superar los obstáculos. Parecía haber olvidado su timidez, estaba eufórica.

—Nos ha costado un montón lograr el consentimiento de la señora Avelina. Mis padres estuvieron hasta muy tarde en el bar intentando convencerla. Pero no había manera.

—Es cierto —intervino Nía—, a pesar de los ruegos de don Daniel, ella se mantuvo firme. Por la noche preparé todo de prisa y corriendo. Me gusta mucho la montaña y me emociona viajar con gente amiga de mi padre.

La llamada a gritos de alguien interrumpió la conversación, justo en el momento en que la locomotora lanzó un silbido intenso y una nueva bocanada de vapor. Las voces de la gente dándose las últimas instrucciones, despidiéndose los unos de los otros, apremiando a los tardones, quedaron apagadas por el ruido del tren a punto de salir.

Desde las ventanas del primer furgón, don Daniel gesticulaba con cierto desespero intentando avisar de la llegada tardía de Rita, que apareció en aquel momento.

—Es Rita —afirmó Valeriano—. Corred hacia delante, que voy en su busca.

Al subir al vagón, Nía miró hacia atrás. Observó cómo Valeriano ayudaba a Rita a ascender al tren e inmediatamente se encaramaba él. Tenía dos días por delante para estar a su lado. Le entraron ganas de reír, de cantar, de bailar. La invadió una gran sensación de libertad. Estaba nerviosa. Se había hecho el propósito de vivir las jornadas intensamente. Se preguntó si se presentaría la ocasión de estar a solas con él. Suspiró, estaba decidida a disfrutar del momento.

Los jóvenes, reunidos en el segundo vagón, ocuparon los bancos de madera recién barnizados. Nía notó cierto picor en la garganta por la mezcla del olor a pintura con el de la carbonilla y del humo.

El tren se puso en marcha en medio de estrépito y silbidos agudos que apagaron el vocerío de la gente. Al lado de la puerta, sentados en la misma zona,

Pedro Santín, don Daniel, Morete y Paco Puente Falagán intentaban mantener una conversación imposible.

El ferrocarril avanzaba a un ritmo más bien lento y se paraba en todas las estaciones, aunque los viajeros no parecían preocuparse en demasía por el tiempo. Tras los momentos iniciales de nerviosismo y organización de mochilas, cestas y pasajeros, el puzle quedó claramente definido. Los adultos se situaron cerca de la puerta de entrada: mujeres a un lado, hombres a otro y, en medio, los niños. Los jóvenes ocuparon la zona cercana a la salida. Nía y Valeriano se sentaron juntos.

Estaba entusiasmada. Era su primer viaje en tren y aún no acababa de creer que su madre hubiese cedido. Le pareció muy diferente al coche de línea en el que, algunas veces y desde muy niña, la familia se desplazaba de Ponferrada a La Portela, el pueblo de su madre. Lo recordaba con ternura: por aquel entonces su padre aún estaba con ellos y la familia era una piña.

A medida que el convoy seguía su curso, en medio de un ambiente otoñal, observó el paisaje cubierto de un colorido esplendoroso. Fantaseó con un gran cuadro donde se entremezclaban el verde de los castaños con el rojizo de los cerezos, el amarronado de los robles junto con la tonalidad amarillenta de los chopos. Cerró los ojos y creyó percibir la sonoridad de las hojas arrastradas por el viento. Acudieron a su memoria los versos de Juan Ramón Jiménez que, a fin de mostrar la belleza del otoño, don Daniel había recitado con una cadencia armónica en una de las salidas al monte Pajariel con los compañeros de clase. A Nía no se le había olvidado la entonación vibrante de las eses y las erres.

*Esporce octubre, al blando movimiento
del sur, las hojas áureas y las rojas...*

La marcha alcanzaba un ritmo sosegado pero seguro, en medio de un paisaje en transición entre el fin del verano y el preludio del invierno. En alguna ocasión también el maestro había comparado la vida con un tren. «El itinerario de los

trenes —les había dicho— está plagado de curvas, pendientes y paradas. Jovencitos, en la vida hay que conducir bien la locomotora y procurar que no descarrile. Sortear los obstáculos solo se consigue con esfuerzo y atención. A ver si sois capaces de elegir el rumbo. Si os equivocáis y paráis en una estación incorrecta, no pasa nada. Se endereza la dirección y a seguir.»

Nía nunca se había olvidado de la advertencia. Cautivada bien por el paisaje otoñal o bien por su admiración hacia las heroínas del mundo mágico, se juró, una vez más, que su tren alcanzaría la meta: ser actriz, escribir y recitar sus propios poemas. Cerró los ojos y evocó a su padre. Se lo imaginó aplaudiéndola.

Desde el fondo, alguien retó a los jóvenes a animar la excursión. Una bota de cuero ya ennegrecida por el uso, llena de vino tinto, pasó de unos a otros. Al llegar a Nía, la levantó y la giró hacia su boca, pero, al intentar beber, no acertó y se manchó la blusa. Enseguida Valeriano sacó el pañuelo del bolsillo, pareció querer limpiar la salpicadura que había tintado la zona de su pecho izquierdo, de pronto se frenó en seco y se lo cedió a ella. Nía se ruborizó, pero trató de disimular con una sonrisa tímida. Se tranquilizó ante la rápida reacción de su amiga Rita, que le guiñó un ojo. Una vez más demostraba ser una maestra en el arte de manejar la bota... y las situaciones comprometidas.

—Chiquilla, te enseñaré a beber. Fíjate en mí. —Al acercarse y alejarse el brocal de los labios, lograba con facilidad acortar y alargar el chorro del líquido. Aún no había acabado y ya la aplaudían.

La música de fondo captó la atención de todos. Pedro Santín había ido preparado con su guitarra. Al iniciar el compás enseguida lo siguieron Morete y don Daniel. Valeriano tataba algunas canciones, y cuando sonreía se le dibujaban en el rostro unos atractivos hoyuelos. Todos se fueron animando, aunque la voz de Valeriano, vibrante y armoniosa, resaltaba sobre todas las otras. De vez en cuando miraba a Nía y la animaba a seguirlo. Pedro Santín le lanzó un reto.

—Ey, Jilguero, vamos al mundo del tango.

Valeriano le había comentado a Nía que sus amigos lo apodaban así desde

hacía años y, ciertamente, el tango era su música preferida. «No sé por qué pero ese fondo de nostalgia me atrae. De pequeño se los oía cantar a mi abuelo, que estuvo un tiempo en Argentina. En realidad los sé todos, los más antiguos y los más modernos.»

No necesitó que le insistiesen. Puesto en pie esperó el compás de entrada del guitarrista, imitó la elegancia de Carlos Gardel al colocar la inexistente corbata y estirar la imaginaria americana. Arrancó la primera estrofa con una voz profunda:

*Caminito que el tiempo ha borrado
que juntos un día nos viste pasar,
he venido por última vez,
he venido a contarte mi mal.*

Se impuso el silencio. Su voz sonora embelesó a los viajeros con el lamento de la pérdida. Hasta los pequeños permanecían callados, atraídos por el ritmo melancólico. El improvisado tanguero los animó a secundarlo en el estribillo:

*Desde que se fue,
nunca más volvió...*

Nía lo acompañó dominando bien el ritmo. Por un momento, él guardó silencio a fin de escuchar y dirigir el coro. Detuvo en ella la mirada y le dedicó una sonrisa seductora. La turbó encontrarse con sus ojos y, confundida, le respondió con una sonrisa nerviosa. Pero se levantó y lo acompañó en la última estrofa. Él la sobrepasaba en altura dos palmos. Le pasó el brazo sobre los hombros y, a medida que entonaba, buscó ajustarse a su arranque. La cadencia suave de sus voces logró un acoplamiento perfecto en la parte final. Él entrelazó las manos con las suyas.

*y a tu lado quisiera caer
y que el tiempo nos mate a los dos.*

La imaginaria desventura de los amantes planeó por el ambiente del vagón, aún unos segundos después de que el dúo hubiese rematado con un emotivo «nos mate a los dos». Mayores, jóvenes y niños en pie aplaudieron.

A Nía le brillaban los ojos de emoción. Estaba como hechizada. Valeriano le susurró al oído unas palabras en un tono casi imperceptible: «Nunca antes un tango me había llegado tanto.»

Una vez más, Rita rompió aquella especie de embrujo.

—Chicos, esta emoción me obliga a buscar un final adecuado: acompañadme a fumar a la plataforma. Algunos de por aquí no ven bien que las mujeres fumemos y no tengo ganas de molestar al personal.

La inquietud del Jilguero aumentó conforme el tren se acercaba a Matarrosa, pero lo disimuló. Excepto Puente Falagán, don Daniel, Morete y él mismo, nadie conocía el propósito de la excursión; al fin y al cabo, nunca se sabía si había algún esbirro cerca.

En la plataforma se habían reunido unos cuantos. Una vez más, Rita llevaba la voz cantante. Admiraba su fuerza, Dolores Ibárruri se había adjudicado una buena adepta que, al parecer, conseguía transformar la mentalidad y la actitud de sus amigas. Por fin, las mujeres podrían votar por primera vez, pero, ante la proximidad de las elecciones, también él estaba inquieto como otros muchos. ¿Serían ciertos los temores de Victoria Kent? ¿Estaban tan manipuladas como afirmaban algunos camaradas? La inmensa mayoría formaba parte de la clase trabajadora y necesitaban sus votos como agua de mayo.

Rita encendió el segundo pitillo y se lo ofreció a las amigas. Araceli se ocultó en la esquina de la plataforma y le dio dos caladas a escondidas. «Avisadme — había rogado—, si mi madre me ve me montará una buena fiesta.» Probablemente, no era la primera vez que fumaba, se notaba en ella una cierta experiencia. Cuando llegó el cigarrillo a Nía, resultó evidente su escasa

habilidad con el tabaco. Cogió el pitillo con el pulgar y el índice, se lo llevó a la boca, de pronto empezó a toser; se lo pasó a Esther, que se negó a probarlo y se lo ofreció al siguiente.

Valeriano la observó. No parecía encontrarse muy bien. El alboroto del interior del vagón, junto con el bullicio de los que se hallaban en la plataforma y sus propias cavilaciones, habían conseguido aislarlo un tiempo. Se acercó a ella. La plataforma era muy estrecha y le pidió a uno de los amigos de Nía que le hiciese un sitio entre los dos.

—¿Te encuentras bien, Nía? Veo que te gusta contemplar el paisaje. Conozco bien toda esta zona. Desde muy joven bajaba con mi padre a Ponferrada y hacíamos este recorrido. Me maravilla la fuerza del río Sil. Muchos de estos bosques se han ido tiznando de negro por el transporte de carbón, pero aún conservan su magia. ¿Te has fijado en los colores del otoño? Los ocres, los amarillos, los tonos rojizos de los hayedos y el rumor del agua.

Cuando sonrió, él pudo observar más de cerca los incisivos centrales un poco separados que tanto le llamaban la atención. Lejos de afear el rostro, le ofrecían un aire simpático. Se fijó en los ojos, la luz solar reflectaba en ellos los tonos marrones y verdosos del otoño.

A Nía le gustaron sus palabras. Valeriano sabía describir con sencillez el encanto de la naturaleza. Deseó que no se notase otra vez el rubor de sus mejillas.

—Me he mareado un poco, pero ya estoy mejor. Me fascina el otoño, me parece la estación más bonita del año.

—Estás un poco pálida. Quizás el traqueteo del tren y el humo del tabaco no te han sentado bien. Me ha llamado la atención tu voz, es espléndida. Le has puesto sentimiento. En el tango hay poesía y tú la sabes captar.

—Pues a mí me ha encantado tu interpretación. No sé pero, casi sin darme cuenta, me lancé a acompañarte. No me gustan mucho los tangos pero tienen algo misterioso que, cuando están bien interpretados, me arrastran. Tú le has puesto sentimiento.

Era encantadora. Sus ojos también hablaban porque su mirada reflejaba fuerza y sensibilidad. Se intuía cierto movimiento en el vagón. Se acercaba la estación de destino y los viajeros ya preparaban los trastos. Valeriano se dio cuenta de que se habían quedado solos en la plataforma. Se acercó a ella poco a poco y, sin dejar de mirarla, le acarició levemente el cabello. Parecía confusa y turbada por la proximidad. La tenía muy muy cerca.

—Me gustas, Nía, me gustas mucho. Hace días que sueño con este momento.

La atrajo hacia sí. Se abandonó a la sensación placentera de su cuerpo cálido. Los labios se unieron y la besó con suavidad. Notó el latir acelerado de su corazón.

El tren, con un ritmo cada vez más lento, inició la frenada para estacionarse, finalmente, en la parada de destino.

«Me estoy volviendo loco por ti»

El pequeño pueblo de Matarrosa semejaba un islote perdido y enclavado en un reducido valle entre montañas. El río Sil contribuía a agrandar la belleza del paraje al deslizarse con discreción por uno de los costados del pueblo a modo de coraza protectora. El verdor de las montañas de la margen izquierda, ocupadas en la parte baja con huertos, prados y bosques, contrastaba con el subsuelo rico en carbón de la franja derecha, de aspecto negruzco.

En una primera impresión, el paisaje le recordó a Nía el pueblo de su madre, La Portela, rodeado de montañas y franqueado por el río Valcarce, pero era una aldea mucho más verde y sin el oscuro contraste generado por las minas, que allí se adivinaban cercanas.

Aún notaba cosquilleo y desasosiego en el cuerpo. Estaba inquieta. Si alguien los había visto y llegaba a los oídos de su madre, se armaría la marimorena. Una vez más, se aliaría con su hermano Juan. Desde la muerte de su padre, cuando salían con los amigos, la protegía como si fuese una niña. Se había convertido en su guardián, casi en su sombra. ¿Acaso no entendían que ya tenía dieciocho años y sabía cuidarse muy bien ella solita?

Caminaron hacia la Casa del Pueblo mientras los vecinos salían a los corredores: unos a fisgar, otros a darles la bienvenida. Se notaba que Valeriano conocía a mucha gente porque, al pasar, le daban la bienvenida o salían a saludarlo.

Los críos jugaban en la calle. Nía se fijó en el más gordito. Dominaba con maestría la peonza: la lanzaba al suelo, se agazapaba con suma facilidad y lograba recuperarla sin que dejase de rotar. La carbonilla de las calles y del entorno ennegrecía las manos y la cara de todos ellos.

A unos cincuenta metros reconocieron la Casa del Pueblo. Una bandera roja, que ondeaba en el tejado, la identificaba. En la puerta los esperaban unas cuantas familias y compañeros mineros llegados de diferentes zonas de El Bierzo y de Laciana, para darles la bienvenida. Dos o tres hombres mayores saludaron a Valeriano con palmadas en la espalda y muestras de alegría.

En el interior había una gran sala. En una pared destacaban las imágenes de Marx y de Pablo Iglesias. Al fondo se ubicaba la larga barra de bar, dividida en dos zonas: las botellas de licor se hallaban en las estanterías de la derecha y en las repisas de la izquierda, los libros. Nía se acercó a curiosarlos. Se parecía mucho a la Casa del Pueblo de Ponferrada. De pequeña había acompañado en ocasiones a su padre y allí leían relatos y poesías. Después de su muerte, Nía había seguido frecuentando el centro. El señor Tomás, encargado de la sección de préstamos, a menudo comentaba que, cualquier día, le otorgaría el premio a la mejor lectora. Tenía razón: se había leído muchas de las obras de teatro y de poesía de la biblioteca.

El grupo se fue colocando en círculo. Valeriano presentó al organizador de la recepción, un tal Nemesio Pascual. El hombre, bajito y con una nariz enorme, les dio la bienvenida y leyó una lista donde constaban las familias de acogida de los recién llegados. Terminó con el anuncio de una merienda de hermandad al atardecer, en aquel mismo recinto.

A la salida, Valeriano se le acercó. Esperó a que la gente se fuese retirando y, al lado de unos setos, se detuvo, le cogió las manos y le susurró: «Me estoy volviendo loco por ti.» Nía no se lo esperaba. ¿Tendría razón la gitana y estaba ante el amor de su vida? Notaba cómo le ardía el rostro y sentía un pellizco en el estómago. Tenía la sensación de flotar en el vacío. El corazón le palpitaba muy deprisa, como si la emoción le hubiera producido una especie de amnesia y las

palabras le navegasen por las venas, incapaces de llegarle a los labios. Al fin, logró balbucir: «Me están esperando. Démonos prisa.»

Alcanzó a las amigas con la ligereza de un perrillo en busca del amo. El cerebro funcionaba como un gramófono repitiendo: «Me estoy volviendo loco por ti, me estoy volviendo loco por ti.»

Hasta llegar a la posada donde se alojaría Rita, una casita de planta baja situada al final de una calle estrecha y cerca del río, no tuvo plena conciencia de la realidad. Su amiga había decidido participar en la excursión con el propósito de poder hospedarse en una casa humilde y a ser posible de una familia de mineros. Pensaba permanecer unos días en la zona en compañía de los «cuadernos de viaje», como ella los llamaba: unas libretas de hojas blancas con tapas de cuero negras. Al parecer, allí apuntaba experiencias y elaboraba croquis que más tarde inspiraban sus pinturas. Aunque no le daba importancia, parece ser que ya había expuesto su obra en el Ateneo de Madrid y, según decían, hasta Azaña había elogiado sus cuadros surrealistas de fuerte carga onírica. Habían sido amigas desde pequeñas. Su madre había trabajado de joven en casa del abuelo de Rita, e incluso había criado unos años a su padre. Su amiga había continuado la saga familiar y ahora estudiaba Medicina en Madrid. La familia vivía muy preocupada por sus actividades políticas y el disgusto fue considerable cuando se enteraron de su militancia en el Partido Comunista (PC). La futura doctora veía en el marxismo el medio más rápido de acabar con la explotación de los trabajadores y, sobre todo, de conseguir la emancipación de la mujer. Nía la admiraba. Sabía disfrutar de la vida sin olvidarse del compromiso social.

Al paso de los recién llegados, una fantasmal orquesta, formada por el mugido de las vacas, el rebuzno de algún burro y el balido coral de las ovejas, resonaba por todos los lados. Apuraron el paso ante el tufo a excrementos de animales, que se extendía por el ambiente desde algunos callejones.

Un negrillo enorme, un árbol de amplias ramas y unos treinta metros de altura, dominaba el centro de la plaza. En la zona norte se erigía la vivienda de don

Ernesto, el amigo de don Daniel y maestro del pueblo, una edificación de planta y piso, donde se alojaron Esther y Nía.

Tras descansar un rato, y mientras Esther se vestía en la habitación, Nía decidió maquillarse por primera vez a su gusto, sin la estricta supervisión de su madre. Se aplicó un tono marrón en los párpados, tal como hacía Araceli, y lo difuminó. Después delineó la línea negra y perfiló bien las cejas; coloreó los pómulos y culminó con la pintura de labios marcando el superior en forma de corazón. Ahora, al lado de Valeriano parecería mayor. Hasta los dientes lucían más bonitos. Quedaba bien el contraste entre el blanco del marfil y el rojo de los labios.

Al entrar, Esther se quedó sorprendida.

—Estás preciosa. Nunca te había visto tan maquillada. ¿Cómo lo has conseguido?

—Araceli me regaló las pinturas por mi cumpleaños. Según el viajante de la peluquería, es lo último en maquillaje femenino de una nueva casa americana, la Revlon. Ella me enseñó a manejarlas.

—Pues estás guapísima, me parece a mí que...

Nía la miró esperando que concluyera la frase, pero su amiga no arrancaba. De pronto, le había entrado una tos nerviosa.

—Que te parece a ti, ¿qué?

Se detuvo un momento, cogió el lápiz perfilador y, con una sonrisa nerviosa, respondió:

—Nada, tonterías mías. No es nada importante. Si te parece, también me puedes pintar un poco.

Nía percibió su confusión. Esther era encantadora, pero siempre tenía miedo a ofender.

Ya oscurecía cuando las dos pasaron a recoger a Rita, que salió acompañada

de una joven de unos veinte años, delgada, esbelta y pelirroja. La presentó como María del Mar.

A Nía, sus ojos grisáceos le recordaron uno de los cuadros colgados en el comedor de don Daniel: un paisaje con el mar gris y bravo del invierno.

—Todos me llaman Mari —les contó—. Mi nombre lo eligió el abuelo, cuando mi madre estaba embarazada. Su afán era reunir un poco de dinero para ir a Asturias a ver el mar. Poco antes de mi nacimiento, quedó ciego en un accidente en la mina y murió sin conseguir contemplarlo.

Nía se percató de que llevaba puesta la chaqueta verde de Rita y, debajo, un vestido marrón bastante raído.

Días después, Rita les comentaría la situación de la familia. María del Mar era la segunda de cinco hermanos; aunque el padre y dos de ellos trabajaban en la mina, el salario les daba para malvivir en una casa pequeña y húmeda con los suelos de tierra. A ella le habían preparado una habitación sencilla. Una caja de madera hacía las veces de mesita de noche y en ella se había encontrado un ramo de flores silvestres amarillas. Le parecieron preciosas. Según le explicaron, se daban mucho en aquella zona y servían para cuajar la leche. Cuando se percató de cómo habían organizado su estancia en la casa, se negó en redondo a que el resto de la familia durmiera entre la otra habitación y la cocina. Al final, y tras muchas súplicas, había logrado compartir el dormitorio con Mari.

A Nía le costaba imaginarse a siete personas acostadas entre dos habitaciones y la cocina. Era una gran suerte poder disfrutar en su casa de un cuarto para ella sola.

Una pareja de guardias civiles las saludó con aparente cortesía cuando ya estaban a medio camino. Nía percibió cierto recelo hacia ellos en algunos vecinos.

Mari ni los miró. Continuó su camino firme como un roble. Tras unos minutos de silencio, se decidió a hablar.

—Son unos hijos de perra. Nos vigilan siempre. Antes no los veíamos demasiado por aquí pero, desde la huelga del año pasado, no paran de

controlarnos. No se esperaban un paro de cuarenta días. Se creen poderosos porque tienen armas. A pesar de las detenciones y de las palizas, nosotros aguantamos. No nos sirvió de mucho, pero aguantamos y, además, el que ríe el último, ríe...

Al ver acercarse a otra pareja de guardias, calló de nuevo. La cosa parecía ir en serio. Era evidente que habían reforzado los números de la Benemérita. ¿A quién vigilaban? Las miraron de arriba abajo y les dirigieron una breve reverencia. El gesto le pareció a Nía más un aviso que un saludo. Tenía razón María de Mar: los controlaban. A pesar de que anochecía, la rabia se adivinaba en las palabras de la pelirroja.

—Estoy segura. Vienen a amedrentarnos. Esos cabrones husmean la reunión de los mineros, seguro que piensan «Reunión de pastores, oveja muerta». Ni divertimos en paz nos dejan.

Al llegar a la Casa del Pueblo se encontraron a Nemesio Pascual y a Valeriano presentando a los compañeros llegados desde las zonas de alrededor. Tras breves discursos de agradecimiento a los amigos de Matarrosa y a sus gentes por la buena acogida y por la solidaridad, animaron a todos a pasar un buen rato.

En los corrillos las conversaciones se iniciaban en un tono mesurado, pero se iban intensificando con rapidez, acompañadas de gestos enérgicos que traslucían el cabreo de los mineros por la resistencia patronal a lo largo de la huelga, por los aprietos en la vida diaria, por la respuesta gubernamental reducida a meras promesas de «estudiar el asunto de las jubilaciones» y, en especial, por el control represivo y descarado ejercido por las autoridades a través del despliegue de la Guardia Civil.

Nía tenía la seguridad de estar viviendo una gran experiencia. Le había impresionado la fuerza de María del Mar y la solidaridad de las familias. Todos compartían con los demás su comida y su casa. Por un tiempo olvidaban las penurias. Se acordó de su padre: su lucha no había sido en vano.

Aún no había logrado hablar con Valeriano. Al entrar en la sala se habían saludado de lejos. Estaba muy entretenido en uno de los corrillos conversando

con don Daniel, Morete y otros muchachos desconocidos. Ella intuyó que trataban alguna cuestión importante porque se escuchaban muy atentamente y, en ocasiones, se acercaban unos a otros y se hablaban casi al oído. El ruido de la sala, pensó, dificultaba las conversaciones.

Entre todos colocaron las mesas del bar en fila recta aprovechando bancos, sillas y taburetes. Nía, junto con Araceli y Esther, se encargaron de colocar en un rincón las mesitas redondas del área de lectura y situaron allí a los pequeños. Se percibía gran animación e ilusión por celebrar la merienda-cena de hermandad. Al llegar, las familias colocaban sobre las mesas la comida y los utensilios.

Valeriano se acercó y les presentó a sus compañeros y con ellos pasaron el resto de la velada. Nía observó la buena sintonía entre Valeriano y Santiago Modino, que al parecer era el coordinador en Fabero del Sindicato Único Minero: «Este sí que trabaja por la unidad obrera», les había comentado con entusiasmo. Del otro joven, César Terrón, le llamó la atención la nariz aguileña, la mirada intensa de grandes ojos negros y el aspecto risueño. Araceli hizo enseguida buenas migas con él y no se separaron el resto de la velada.

A pesar del buen ambiente y la solidaridad entre todos, se evidenciaba preocupación y miedo. Los mineros no ocultaban la intranquilidad ante la situación, aunque a lo largo de la cena se olvidaron de los problemas y se impuso el ambiente festivo. A Nemesio se le notaba pericia al cortar las lonchas de jamón. Las empanadas bercianas, colocadas a lo largo de las mesas, estaban deliciosas. El anís para las mujeres y el orujo para los hombres acompañaron las roscas y los roscones elaborados en el horno de los padres de Araceli.

Nía disfrutó del momento. Tras la cena comenzaron las canciones. Aunque desconocía algunas letras, acompañaba el ritmo con el movimiento de su cuerpo. La conmovió en especial una con cadencia de jota que cantaban hasta los niños. Al final logró memorizar alguna estrofa y, enseguida, se animó a seguirlos.

Muchos acompañaban con gestos el canto: unos mostraban las manos abiertas; otros, el puño en alto; algunos gesticulaban entre sí a modo de diálogo cantado.

*Pero dime, compañero,
si estas tierras son del amo,
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?*

Nía admiró a aquellas gentes que alzaban su voz ante la injusticia. Sentía que formaba parte de ese mundo y a él se debía. Al final se hizo el silencio. Cuando se volvió hacia sus amigas se encontró con los ojos llenos de lágrimas de María de Mar y la ira dibujada en la cara de Valeriano.

El moscardón

La señora Avelina miró de reojo la invitación que permanecía encima de la mesa de la cocina desde hacía dos días. En ella se anunciaba el acto en el que Nía se había empeñado en participar en contra de su parecer. Al fin, se decidió a leerla, no sin dificultad, sílaba a sílaba.

La sección de Cultura del Ayuntamiento de Ponferrada y el Grupo Poético de la ciudad tienen el gusto de invitarle el domingo 22 de octubre de 1933 a las 7 de la tarde al Recital de poesía contemporánea.

Lugar: «Teatro ponferradino», sito en la plaza del Ayuntamiento.

Coordinador del acto: Alberto de Paz y Mateos, miembro de la compañía teatral La Barraca.

Se fue al bar a lavar cuatro vasos que habían quedado en la barra. Ajeno a la atmósfera de tensión que flotaba en el ambiente después de la bronca entre madre e hija, el locutor de Unión Radio continuaba con su parloteo: «Queridos radioyentes, como siempre, nuestro objetivo es brindar en primicia las novedades del día. Sin duda, hoy la noticia se centra en José Antonio Primo de Rivera y en la presentación, el próximo domingo, de un nuevo partido, Falange Española, en el Teatro Comedia de Madrid.»

Aquello la hizo saltar de nuevo. «Otro partido más, éramos pocos y parió la

abuela», se lamentó. El locutor entrevistaba al que consideraba el político de moda, que, además, corría el peligro de ser arrestado. José Antonio —la señora Avelina imaginó que se trataba del hijo del general— afirmaba con una seguridad pasmosa: «España se está yendo al garete debido a una triple división: la generada por los separatismos locales, la de los partidos y la provocada por la lucha de clases.»

Apagó la radio, ya estaba hasta la coronilla de tanta política.

Regresó a la cocina a fregar los cacharros. Suspiró y renqueando —últimamente el reuma no la dejaba en paz— recogió el plato de lentejas y lo devolvió a la olla. Un zumbido intermitente captó su atención. Sobre la jarra del vino revoloteaba un moscardón peludo. Cogió el paño de la cocina y se lo colocó sobre el hombro.

Estaba muy preocupada por Nía. Notaba en ella un cambio de actitud. Quizá se había equivocado dejándola ir a la dichosa excursión. Desde que había vuelto, la sentía más lejos, más a su aire.

No paraba de preguntarse si había algo entre Nía y el tal Valeriano. Lo había visto entrar solo una vez en el bar, pero estaba convencida de que a su hija le gustaba. Lo de que el sobrino del señor Morete y la niña eran amigos no le convencía. ¿Qué era eso de ser «amigos»? Había algo entre ellos. Tan segura estaba como de que la había parido. Se pasaba el día embobada, pensando en las musarañas. Cada vez le costaba más arrastrarla hasta la iglesia. Solo había logrado que fuera a la misa de doce del domingo y ni siquiera había comulgado. Por si eso fuera poco, ahora le había dado por ser «poetisa» o actriz o vete tú a saber qué. Una mujer no debía perder el tiempo con esas cosas. Al volver de misa le había entregado la invitación del recital y la riña había sido inevitable. «Solo se trata de recitar unas poesías», le había dicho. Cada vez se parecía más a su abuela. Encerrarse en un mundo de fantasía no le traería más que problemas, bien lo sabía ella. Estaba decidida a hacer lo que fuera para sacarle esas ideas de la cabeza. Recitar poesías no iba a darles de comer. Pero Nía no había querido

escucharla. Se había levantado como una centella y la había dejado con la palabra en la boca.

Se puso la toquilla sobre la bata. Podía sentir la humedad en los huesos. La edad no perdonaba, cada vez le dolían más las rodillas. Volvió a escuchar el zumbido cerca de la alacena, seguramente el moscardón se había sentido atraído por el queso fresco que había preparado hacía unos días. De pronto lo vio: aquel asqueroso moscón libaba los restos del filo de la tapadera y trataba de adentrarse en la olla de lentejas.

Agarró con fuerza el paño de cocina y, con un golpe seco, lo espachurró.

El recital

Nía se cansó de dar vueltas por Ponferrada y, como hacía siempre que algo la preocupaba, quiso acercarse a contemplar el Sil. Aunque hacía frío, se adentró por los senderos de las huertas de Sacramento y alcanzó la orilla del río. Se sentó sobre una gran roca. La estampa era más propia del invierno. Aquel era su refugio, le fascinaba el movimiento y el rumor del agua... De niña solía ir hasta allí con las amigas a recoger renacuajos y a observar las truchas de pintitas rojas o negras. Nunca había entendido cómo conseguían permanecer quietas en medio de la corriente manteniendo el cuerpo en movimiento. Alguna vez había intentado imitarlas, pero jamás lo había conseguido.

La relación con su madre se había deteriorado en los últimos tiempos. No sabía cómo se resolverían las cosas entre ellas, pero no pensaba ceder ni amargarse la existencia. Por primera vez en su vida la había dejado con la palabra en la boca y la comida en la mesa. No podía aguantar el desprecio que mostraba hacia la poesía y el teatro y, por si eso fuera poco, ahora también hacia Valeriano.

Desde que lo conociera, hacía ahora casi dos meses, había traído consigo un soplo de audacia a su vida. Pensaba en él muy a menudo, deseaba verlo, sentirlo. ¿Era tan malo enamorarse? Además, su madre se había casado a los dieciocho, aunque cuando se lo recordaba siempre le respondía que entonces eran otros tiempos. Pero Nía estaba convencida: había encontrado al amor de su vida. Su

madre no controlaba tanto a su hermano Juan. Parecía castigarla por ser mujer. Valeriano no era como su familia ni como muchos hombres. La animaba a seguir su vocación artística y le daba todo el apoyo del mundo. Gracias a él había conocido a Alberto de Paz, amigo suyo desde la infancia: «Aquí tienes al mejor representante berciano de La Barraca. Junto a García Lorca recorren muchos pueblos para llevar el teatro a las gentes humildes.» Se notaba el cariño y la admiración que se profesaban.

Su madre no entendía aquel mundo, ni su ilusión por colaborar con una persona relacionada con Lorca o con Margarita Xirgu. Según le había explicado Alberto, la Xirgu, al igual que ella, también había trabajado con la aguja en un taller de pasamanería, pero a los doce años ya actuaba en el teatro. Cuando Nía la escuchó en la radio, quedó cautivada por su voz. A menudo iniciaba la recitación en un tono bajo y lento para ir aumentando la intensidad hasta culminar en un final conmovedor. A pesar de todos los obstáculos que salieran a su paso sabía que ella también lo conseguiría, de eso estaba segura.

No quería disgustar a su madre, pero tampoco estaba dispuesta a claudicar en su afición por el teatro ni a renunciar a Valeriano. Le gustaba su buen trato con la gente, la defensa de los humildes, las palabras de ánimo a los mineros en la reunión de Matarrosa. Durante la breve excursión a pie por el bosque que habían hecho al día siguiente de la cena comunitaria, lo había notado un poco cansado y con ojeras. Según le contó no había podido dormir bien. Intuía que, después de la fiesta, habrían celebrado alguna reunión en alguna casa, como hacía su padre.

Nunca olvidaría el pequeño rincón escondido entre el bosque de castaños centenarios donde pudieron disfrutar de unos momentos de intimidad. Él rodeó su cintura con sus brazos, la miró a los ojos y ella se vio reflejada en los suyos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, lo tenía tan cerca... sentía su respiración, sus frases entrecortadas susurradas al oído: «Eres mi locura, mi amor... mi deseo.» Cerraron los ojos para dejarse llevar por la pasión que abrasaba sus bocas.

Las campanas de la iglesia de San Pedro tocaron a misa de seis. Se había hecho tarde y el recital empezaba a las siete. Araceli la esperaba en el teatro para

pintarla y peinarla. Tenía que darse prisa. Cortó por detrás de la iglesia. Al cruzar por el puente ferrado y enfilarse La Calzada divisó a Antonio. Sintió latir su corazón con fuerza. No lo había vuelto a ver desde que se le declarara el día de la fiesta de la Encina. Cambió de dirección. Se retrasaría un poco, pero pensó que sería mejor subir por el Rañadero.

Antonio era un buen cazador. Se había ejercitado con la cuadrilla de su padre, considerada una de las más efectivas de El Bierzo. Ya de crío pocas perdices, liebres o torcaces se le resistían. Ahora, de joven, no paraba de cosechar premios de caza mayor, ya que, aunque escaseaban las piezas por la presencia de los lobos, había logrado cobrarse unos cuantos corzos y jabalíes. Sabía que en las batidas era esencial observar las presas y su entorno. Los buenos cazadores mostraban más efectividad manteniendo cierta distancia, de modo que se sentó, junto con un amigo, en la última fila para observar el panorama.

El teatro estaba casi lleno; aun así, seguía entrando gente. Dominaba el público joven, aunque algunas cabezas con canas se desperdigaban entre los espectadores. Unas abuelas con pañuelos negros y anudados en la cabeza asistían al recital de sus nietos.

Antonio se fijó en un grupo de chicas jóvenes sentadas en las primeras filas. Recordaba haberlas visto algún día de feria cerca de la iglesia de San Antonio cuando estaba de servicio. La más delgada llevaba la voz cantante y explicaba en voz alta y lánguida su admiración por el coordinador del acto.

El guardia civil observó su voluminoso moño, ahuecado como un nido de golondrina dispuesto en la nuca, que parecía compensar su peso con la voluminosa delantera de la muchacha.

Se observaba cierto ajeteo en el escenario, tras el telón. El movimiento nervioso del público revelaba curiosidad y expectación ante el inminente inicio del acto.

Al apagarse las luces, Antonio vio entrar a Valeriano acompañado de otro

joven. Se dirigieron con rapidez a la primera fila, donde dos asientos vacíos los esperaban. Le invadió una oleada de resentimiento. Fijó la mirada en los recién llegados, sin parpadear, como si fuera una serpiente venenosa tratando de hipnotizarlos.

Se preguntaba hasta dónde había llegado la relación de Nía con aquel puerco. Tenía al enemigo cerca, pero no estaba dispuesto a que le ganase la batalla. Se mordió el labio y el sabor cálido de la sangre lo fastidió. ¿Acaso estaba celoso? Intentó tragar saliva para aclararse la garganta reseca.

Entonces se abrió el telón y Araceli apareció en el escenario. Antonio la encontró guapísima, se le notaba su oficio como peluquera; había conseguido parecer más alta gracias a las ondas de su media melena y a los zapatos de tacón.

—Buenas tardes, querido público. Tengo el gusto de presentarles este recital de poesía contemporánea. Un grupo de jóvenes ponferradinos lo hemos preparado con gran ilusión. —Le temblaba un poco la voz pero se sobrepuso enseguida—. Este acto no sería posible si no hubiésemos contado con la coordinación desinteresada de Alberto de Paz y Mateos, joven talento teatral, berciano para más señas, actor y colaborador de la compañía teatral La Barraca de Federico García Lorca. Hemos elegido poemas de cinco autores, unos aún muy jóvenes, otros no tanto, pero todos representativos de la poética actual: Antonio Machado, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego y Luis Cernuda.

—Vaya, pues se han olvidado de un tal Gustavo Adolfo Bécquer —le susurró al amigo.

El guardia civil nunca había asistido a un recital poético y después de dos o tres actuaciones empezó a aburrirse. Un chaval alto y espigado con gafas de empollón recitaba lo que habían anunciado como un poema de un tal *nosequé* Cernuda que no tenía ni pies ni cabeza.

Todos parecían cortados por el mismo patrón. Tras él, una mujer, ya entrada en años, declamaba con emoción un poema de un tal Gerardo Diego. Gesticulaba

acompañando las palabras con un movimiento de sus manos hacia el cielo y con un tono solemne.

*Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza...*

Estaba harto, la función le resultaba pesada. Por fin, Araceli presentó a Nía y el poema de un tal Federico García Lorca titulado «Romance de la Guardia Civil». Se sobresaltó. Con seguridad Nía había elegido aquella poesía en su honor porque se sentía orgullosa de él y de su profesión. En un gesto inusual en él apretó con emoción la pierna de su amigo.

—Ahora llega lo bueno.

Aunque el teatro estaba al completo, Nía sintió que Rita se hubiera tenido que marchar a Madrid antes de tiempo: la reclamaban los exámenes. Entre bambalinas, observó la gran asistencia de público y divisó en primera fila a Valeriano, que la saludó con una sonrisa.

Al salir al escenario notó una bocanada de aire caliente; el olor a colonia de mujer no lograba solapar el tufo a sudor. Siguiendo las instrucciones de Alberto, se dirigió al centro del escenario. Cuatro compañeros se situaron detrás de ella con unas telas de gasa negra que les cubría todo el cuerpo. Se apagaron las luces de la sala al tiempo que se encendían las del escenario. Esperó a que se hiciera el silencio. Inició el romance en un tono pausado pero profundo.

*Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.*

Mari Nieves, la pianista, hizo sonar los primeros acordes con música de fondo de Manuel de Falla.

*Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.*

El acto escénico se acompañaba con el movimiento de los compañeros a sus espaldas. Los cuatro agitaban las telas negras a modo de espectros siniestros mientras los golpes de sus zapatos contra la madera del escenario emulaban el galope de los caballos.

Nía vivía con pasión el relato del antagonismo entre los gitanos y la Guardia Civil. En su mente se entremezclaban las figuras lorquianas con la imagen de los guardias controlando a los mineros de Matarrosa y los ojos llenos de lágrimas de María del Mar.

*Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas...*

Notaba cómo se le hacía un nudo en la garganta. Sentía compasión por la gente marginada. Recitar era el modesto homenaje que les podía rendir. Mientras sonaba de nuevo la música y ella iniciaba una breve pausa, un espectador del fondo gritó: «¡Viva la Guardia Civil!», se levantó y salió apresuradamente de la sala. El golpe seco de la butaca abandonada resonó en todo el teatro. Una parte del público, desconcertada por el trastazo, se volvió. A pesar de ello, en el escenario, los diferentes elementos continuaron con el ritmo y con los movimientos previstos. Nía recordó lo que Alberto les aconsejaba en los ensayos: «Si por cualquier motivo se produce una interrupción en la sala, mantened la calma, respirad y, cuando se haga el silencio, seguid.» Sentía las palpitaciones del corazón y un calor sofocante. Temió que la sequedad de la boca le impidiese acabar, pero logró sobreponerse. La imagen de la Guardia Civil y la

de los ojos brillantes de María del Mar la sustentaron. Cuando se apagaron las luces del escenario se sintió profundamente aliviada.

El veneno de la serpiente

Una densa niebla cubría Ponferrada al amanecer. El humo de las chimeneas, junto con el vapor espeso que surgía del río Sil, se extendía por la ciudad como un manto de nubes negruzcas y la sumergía en una especie de pequeño mundo fantasmagórico donde resultaba difícil distinguir, a corta distancia, los objetos de los supuestos espectros en movimiento.

Tras la muerte de su padre, a Nía se le había metido en la cabeza pintar sobre un listón de madera Bar Lavandeira a modo de homenaje póstumo. Ahora las letras del rótulo colgado encima de la puerta verde de la entrada comenzaban a desdibujarse y el rojo primitivo se había difuminado en un anaranjado mustio.

Los cristales, helados y recubiertos de rocío, imposibilitaban la visión del exterior. Las paredes rezumaban una especie de sudor. La humedad y el frío se adentraban por las rendijas de la puerta y de las ventanas hasta el interior del local. Un desagradable olor a húmedo invadía el espacio.

Juan, embutido en el tabardo marrón forrado de lana de oveja que había heredado de su hermano mayor, intentaba prender la estufa. Se había levantado con sigilo a fin de no despertar a su madre. La mujer últimamente tosía mucho y renqueaba del reuma, pero no conseguía encenderla. La humedad había impregnado incluso la leña de roble y hasta las astillas de pino parecían haber absorbido el rocío. Después de trastear un buen rato, un humo gris ceniza auguró

la aparición de pequeñas lenguas de fuego. Se apresuró a atizarlas con el fuelle y el ambiente empezó a caldearse.

Antonio, vestido de uniforme, llamó a la puerta y lo sorprendió justo en el momento en que acababa de recoger la ceniza del suelo. El humo aún flotaba en el ambiente.

—Buenos días, amigo. Otra vez se nos ha adelantado el invierno. La niebla no se quiere ir. Vengo aterido.

Juan no replicó. En el barrio nadie lucía una ropa de abrigo como la suya.

—¿Cómo tú por aquí, tan temprano? A esta hora aún no han abierto el horno el señor Paco y su mujer. Ellos siempre son los primeros en llegar.

—Estoy de servicio. Anda, ponme un orujo. Me tocaba trabajar ayer por la tarde, ahora me arrepiento de habérselo cambiado a un compañero. Ayer no te vi por la Encina, ni a ti ni a tu madre. ¿Acaso no os avisó tu hermanita?

Juan se inquietó. Había un tono sarcástico en sus palabras.

—¿Ocurre algo? No sé a qué te refieres. ¿De qué nos tenía que avisar Nía?

—De su actuación ayer en el recital de poesía.

—Ah, vale. Chico, me habías asustado. Sí, sí, nos lo dijo, pero tenemos mucha faena en el taller y el jefe me pidió que trabajase el domingo. Mi madre se quedó a atender el bar.

—Pues no estaría mal que la vigilaseis un poco más. Algunos no la llevan por el buen camino.

—Habla claro, Antonio. A Nía no le gusta meterse en problemas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te has enterado de algo?

—Ayer asistí a ese recital. Me habían informado de que ella y Araceli participaban en el espectáculo. Sé de su afición por la poesía. Pero ella participó muy activamente de esa representación bochornosa. Yo no aguanté y me marché antes del final.

—Pero... si solo son poesías. No acabo de entenderte.

Antonio mantenía agarrada con fuerza la copa de orujo. Tenía la mandíbula contraída. Lo miró fijamente, con una mirada rabiosa.

—Tu hermanita recitó una mierda de poemucho ridiculizando de manera bochornosa a la Guardia Civil. No recuerdo el nombre de semejante poeta. Anda, ponme otro trago. Lo necesito.

Juan permaneció inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Limpió las manos sudorosas en el pequeño delantal que cada mañana se ponía para encender el fuego. Le llenó de nuevo la copa y, nervioso, se puso a sacar brillo al mismo vaso una y otra vez.

—Pero, Toñín, estás seguro de que Nía recitó...

Antonio se exaltó ante la duda de su amigo. Pegó un puñetazo en la barra y alzó el tono de voz.

—¿Que si estoy seguro? ¡Lo vi yo, lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis oídos! Por si eso no fuera suficiente, detrás de ella, una especie de titiriteros envueltos en telas negras nos ridiculizaban. Nos representaron como si fuésemos monstruos empeñados en asesinar a la gente, sobre todo a los gitanos, en vez de jugarnos la vida por el mantenimiento del orden y la seguridad de los ciudadanos. Anda con malas compañías. Ese tal Valeriano la está llevando por muy mal camino.

Se oyeron pasos en el piso de arriba, quizás el tono encendido del guardia civil había despertado a las dos mujeres.

—Hablaré con ella, no te preocupes. Pero ¿a qué te refieres con lo de «malas compañías»?

El guardia civil se acercó a él hasta casi tocar su cara.

—Ese Valeriano es un hijo de puta. Anda buscando follón y tu hermana puede verse metida en un buen berenjenal.

—Es el ahijado del señor Morete. Yo lo he visto poco pero me ha parecido buena persona.

—¿Buena persona? No me tomes el pelo. ¿Confías o no confías en mí? Si vengo a contarte esto es porque os aprecio y quiero prevenirte. Luego no te quejes.

Interrumpió la conversación al oír ruido en la escalera. Justo en ese momento

entraron los panaderos acompañados por su hija Araceli.

Antonio tiró la colilla al suelo. Respondió al saludo de los padres levantando ligeramente el tricornio y a la hija ni la miró.

Los humildes

Nía se acomodó justo en medio del colchón de lana que ella y su madre habían rehecho a principios del verano, ayudadas por una colchonera de un pueblo de los alrededores. La lana cardada le brindaba sensación de comodidad. Se movió con pericia, logró moldear una cuna esponjosa y se arrebujó como un caracol. En los cristales congelados se perfilaban pequeñas escamas de hielo. Quedaba una franja transparente en la zona superior de una de las ventanas a través de la cual pudo observar la intensa niebla. Se imaginó las ramas de los árboles y los arbustos decorados en sus yemas heladas como pequeñas lágrimas de cristal. Hacía frío y le daba pereza levantarse. Ya desde niña pasaba ratos así, soñando cómo su hada madrina la protegía de los monstruos cuando trataban de asustarla.

¿Qué hora era? Debía de ser tarde. Oyó ruido en el bar, al parecer alguien hablaba con su hermano. Temía levantarse y encontrarse con su madre. Cuando se enfadaba, paseaba por la casa resoplando y con un gesto amargo que solía durarle bastante tiempo.

Rememoró la noche anterior: el teatro, las luces, la oscuridad, los focos, la música, los aplausos... «¡Oh, ciudad de los gitanos! ¿Quién te vio y no te recuerda?» El «Romance de la Guardia Civil» se había quedado grabado en su corazón y, en ocasiones, surgía iluminándolo todo. En el escenario había vivido un torbellino de sensaciones. Primero la había invadido una sensación de

inseguridad. Se había sentido muy pequeña en medio del escenario, las luces, la música que parecía hechizarla por momentos, y del terror de intuirse observada por una sala oscura con todas las miradas clavadas en ella. Enseguida se había tragado el miedo y se había entregado al latido de cada uno de los versos. La imagen de su padre; de María del Mar; de los hijos de los mineros jugando en la calle con las manos y la cara ennegrecidos; de la gitana la Chona y sus vaticinios; de los caballos negros, de la huida de las gitanas y de las pistolas inconcretas del poema de Lorca; de Valeriano en la primera fila; todas ellas le habían dado fuerza. En algún momento había creído levitar.

En poco tiempo su vida había cambiado. Se acomodó de nuevo en la cuna del colchón y se tapó la cabeza con la sábana. Fuera clareaba. Añoró los brazos de Valeriano, el calor de su cuerpo en el bosque de Matarrosa, sus palabras susurrantes al oído. Era como adentrarse en un lugar mágico y real al mismo tiempo, al que nunca antes había accedido.

La casa atufaba a humo. Al llegar el frío, el ambiente se impregnaba de un olor a quemado que lo invadía todo e irritaba la garganta. En la habitación de al lado, su madre tosía con una tos seca e insistente. Se la figuró haciendo la cama con la cara roja y los ojos acuosos. No tenía ganas de levantarse y encontrarse con ella.

En el bar resonaba una voz de hombre. Se preguntó quién hablaría tan alto y tan temprano. Prestó atención. Sí, Juan charlaba con alguien y, aunque la voz le resultaba familiar, no lograba identificarla. Recordó a su padre, se lo imaginó en el teatro orgulloso con su actuación. Sin embargo, su madre no había querido ir a verla. Por suerte, Valeriano no había fallado. Se emocionó al recordarlo de pie, aplaudiéndola y vitoreándola al mismo tiempo, con la sonrisa y la mirada seductora.

Desde el pasillo, su madre le gritó: «Ya es hora de levantarse. Si tienes ganas de irte de juerga, también las has de tener para trabajar.» Los reproches se perdieron escaleras abajo como una protesta que no auguraba nada bueno.

Como había imaginado, el horno no estaba para bollos, pero no pensaba

amedrentarse ante las protestas y el malhumor. Confiaba en poder elegir cómo vivir su vida, y en ella la poesía y el teatro ocuparían un lugar primordial.

Se levantó despacio, echó el agua de la jarra en la palangana y se aseó. Abajo su madre y su hermano cuchicheaban, se acercó a la puerta y trató de escuchar. Tenía la intuición de que hablaban de ella pero era imposible captar la conversación.

Se peinó con parsimonia; al trenzarse el pelo se miró al espejo y le pareció que sobre su rostro se superponía el de la gran Margarita Xirgu. Se imaginó actuando con ella en Madrid.

Cuando bajó, le llamó la atención ver a su hermano contemplando la estufa. Disimulaba al igual que su madre, aparentemente entretenida limpiando las mesas. Se puso en guardia y decidió esperar a ver por dónde iban los tiros. La respuesta no se hizo esperar. Fue Juan quien inició la conversación.

—¿Te encuentras bien, Nía?

Su hermano no sabía por dónde empezar. Su madre, seguramente, le había estado calentando la cabeza. Andarse con rodeos no se ajustaba con su carácter, mucho más simple, más espontáneo.

—Sí, claro, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno... —carraspeó—, porque te has levantado tarde.

Disimulaba con el gancho de la estufa abriendo y cerrando las arandelas. Nía sonrió. Juan estaba nervioso, apenas se atrevía a mirarla y, en cambio, no perdía de vista a su madre. Esta decidió poner punto final al aprieto de su hijo.

—Aquí toca madrugar para poner en marcha cada día la casa. Tenemos trabajo para los tres de sobra, mejor dicho, para las dos, porque tu hermano ya hace bastante con ir a trabajar y traer un sueldo. ¿Piensas que dar de comer a los animales, poner la estufa, encender la cocina, hacer todas las tareas de la casa, todo eso se hace solo? Te levantas cuando te da la gana y aquí los demás a

trabajar, porque la señorita está cansada. Tú con la poesía, el teatro y las malas compañías ya tienes bastante.

Una mezcla de indignación y rabia la recorrió de los pies a la cabeza. A buen seguro su madre le habría explicado a su hermano la bronca del día anterior, pero no entendía a qué venía lo de las malas compañías. Como siempre, los dos unían fuerzas contra ella.

—No veo qué tiene de malo recitar poesías un domingo por la tarde. Además, levantarse un día a encender la estufa no mata a nadie.

Intentaba conservar la calma, pero la invadía una sensación mezcla de mareo y sudor frío. Su madre se acercó a ella con una actitud desafiante. Parecía querer comérsela con la vista. Estaba hecha un basilisco. Aún no se había peinado, las greñas le afeaban el rostro marcado por unas arrugas profundas y destacaba la dentadura mellada. Nía no se movió y se mantuvo firme, sin pestañear.

—Yo no sé qué manía te ha dado con la poesía. ¿Llamas recitar poesías a insultar delante de todo el mundo a la Guardia Civil? A este paso me vas a matar a disgustos.

—¿Recitar poesías que muestran el dolor de los débiles frente a los poderosos os parece un insulto? Mi padre denunció lo mismo y yo no lo olvido. Él también sufrió en su cuerpo el abuso de poder solo por defender a los trabajadores, a los más necesitados.

De nuevo, la imagen de los ojos llenos de lágrimas de María del Mar, la vigilancia de la Guardia Civil por las calles de Matarrosa, la lucha de los mineros, las detenciones de su padre y, ahora, la llantina de su madre la indignaban. Ninguno de los dos conocían el *Romancero gitano*, ni la habían ido a ver y, sin embargo, la juzgaban de un modo absurdo.

Su madre había enmudecido. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó alguna lágrima. Mientras, Juan permanecía con el gancho de la estufa en la mano, plantado en medio de las dos y sin decir palabra. Al fin, pareció convencerse.

—En eso tienes razón, Nía, padre siempre luchó por los humildes, pero hay

que andar con cuidado y no buscarnos problemas. Además, quizá te pueden arrastrar personas que no te convienen.

—A ver, Juan, no sé qué insinuáis con eso de «malas compañías» o «personas que no me convienen». —Intentaba mostrar un tono cordial—. Si os referís al coordinador del acto, podéis estar tranquilos. Alberto de Paz es un artista y una buena persona. Además, la función poética contaba con el apoyo del Ayuntamiento. No entiendo por qué me acusáis sin haber asistido ninguno de los dos a la representación. ¿Quién os ha venido con cuentos? Me gustaría que confiaseis más en mí.

—Nía, podías haber recitado otra cosa y no un poema tan contrario a la Guardia Civil. Tenemos amigos en el cuerpo y, lógicamente, se pueden ofender.

Se quedó parada, sin saber cómo reaccionar. Recordó haber visto a Antonio subir por La Calzada. Probablemente había asistido al acto, aunque ella no había distinguido su presencia en la sala.

—¡Ángela María, acabáramos! Ya me imagino quién es el correveidile. No sé cómo no me di cuenta antes. Tu amiguito Antonio te ha venido con el cuento.

—No es ningún correveidile. No insultes a nuestro amigo. Se preocupa por ti, por nosotros. ¿Acaso te parece normal acusar a los de la Benemérita de asesinos? Yo estoy muy agradecido de su afecto e interés por nuestra familia.

—Sí, sí, seguro que está muy interesado. Aunque no entiende nada de poesía. Alberto de Paz es amigo del autor del poema, de Federico García Lorca, y dice que no hay un ataque a la Guardia Civil sino al abuso de poder y una exaltación del alma del pueblo andaluz.

La señora Avelina se mantenía en silencio, atenta al diálogo de sus hijos. Se mostraba más tranquila.

—Tú ándate con cuidado. A la Guardia Civil hay que mantenerla contenta. Yo no quiero tener más problemas con ellos. Vigila con quién andas y sobre todo al tal Valeriano. No sé si no te ha absorbido ya los sesos. Confío en que sabrás mantener bien alta la honra de la familia.

—Madre, el tal Valeriano es el ahijado del señor Morete. Juan, tú lo conoces.

¿A qué viene eso ahora?

Nía trataba de disimular pero se la comían los nervios. No paraban de pasársele por la cabeza imágenes de la tarde en el bosque, los susurros al oído, los cuerpos apretados, sus primeros jadeos.

—Tengo dos invitaciones para la representación de *Don Juan Tenorio* para Todos los Santos. Irán muchos vecinos y también la familia de don Daniel. Si os parece, podemos visitar por la mañana el cementerio y por la tarde venís al teatro y os presento al grupo.

Un día memorable

1 de noviembre de 1933

La señora Avelina nunca había entrado en un teatro. Nía la había puesto en una difícil tesitura y su Juan la había animado: «Venga, madre, a usted también le conviene salir de casa. Padre así lo hubiera querido y es la mejor manera de conocer a la gente que la rodea.» Seguramente tenía razón el chico, pero intentaba convencerse de que, excepto su madre —y así le había ido—, ningún miembro de su familia había asistido antes a una representación.

Para ella, y probablemente para casi todas las mujeres de su constelación familiar, el teatro era cosa de ricos, de mujeres llenas de joyas y con criadas a su servicio o de hombres con puro, levita y mucho dinero; también de saltimbanquis, titiriteros, holgazanes, en fin, de gente floja y acostumbrada a vivir del cuento.

Se sorprendió cuando entró en la sala y se encontró con vecinas suyas, acompañadas de los maridos o de las amigas.

Se había puesto la blusa gris de lunares blancos que le había regalado su Enrique cuatro años antes de morir, cuando celebraron las bodas de plata. Aunque aún no hacía los dos años de la muerte de su marido, le pareció bien vestir con aquella blusa, como si una parte de él asistiese a la representación de la niña. La circunstancia era suficiente razón para finalizar antes el luto y

comenzar con la ropa de alivio. Aunque seguía pensando que eso del teatro no le parecía lo mejor para las mujeres. La vida de su madre se lo había demostrado con creces. Por el contrario, sabía que Enrique seguramente estaría contento de ver a la niña recitar. Qué se le iba a hacer.

La sala permanecía a oscuras. Valeriano trató de avanzar entre las filas de butacas, pero sintió el ruido de la madera crujir a su paso. Se detuvo al percatarse de que la obra estaba llegando al final de la primera parte. Justo en aquel momento, don Juan le declaraba su amor a doña Inés. Sentía haber llegado tarde y haberse perdido gran parte de la actuación de Nía, que encarnaba a Brígida, la criada de doña Inés. Esperaría allí un rato hasta que terminara. Por la mañana temprano los compañeros del Sindicato Unificado Minero lo habían convocado a una reunión de urgencia en Fabero. La noticia le sorprendió mucho porque la fiesta de Todos los Santos era una fecha respetada, de reunión familiar, de visitas a los cementerios. Aquel día había quedado en verse con Nía delante del Ayuntamiento dos horas antes de la representación. Así, aun en contra de su voluntad, se vio obligado a darle plantón. En los últimos tiempos las organizaciones sindicales tomaban decisiones como esa en el último momento como medida de seguridad y para evitar cualquier filtración.

Paco Puente Falagán había pasado a recogerlo. «Nos espera un camión en La Placa. Hay que darse prisa», le había dicho. Al llegar a Fabero habían comido un poco de tocino con pan y vino en casa de su amigo César Terrón y los tres se habían dirigido a la cita clandestina. La situación había llegado a un límite intolerable. En poco más de dos semanas se celebrarían elecciones generales y la derecha se había organizado muy bien. Clemente Aparicio, de la CNT, dirigió la reunión y todos lo tuvieron claro. La decisión fue unánime, se había votado a cara descubierta, a mano alzada, como solían hacer en las decisiones importantes: si la derecha ganaba, el levantamiento armado proletario estaba asegurado. De acuerdo con el compromiso adquirido, los compañeros harían

acopio de pólvora en las minas y, si era preciso, asaltarían los cuarteles para hacerse con armas.

De vuelta, César los bajó en otro camión de la compañía minera, pero los había pillado el temporal y las ruedas embarrancaron. «Maldita tormenta — pensó—, de no ser por ella habría llegado a tiempo.»

Cuando la primera parte tocaba a su fin, divisó a Nía entre bastidores justo cuando miraba hacia la sala: seguramente lo estaba buscando. Pensó en alguna excusa convincente. No podía explicarle la verdad. Era vital mantener la discreción. Necesitaba encontrar rápido una coartada.

Acabada su actuación en el segundo acto, Nía continuaba inquieta. Se ocultó tras una de las mamparas laterales preparada para comenzar el tercero. Imaginó que el telón se abría para una nueva fase de su vida, por fin había dejado atrás la adolescencia. Había entrado muy preocupada en el teatro. ¿Qué le habría ocurrido a Valeriano? ¿Por qué le había dado plantón? ¿Habría dejado de interesarle? No sabía qué pensar. ¿Y si, después de todo, tenía razón su madre y no había que fiarse de los hombres? ¿Le habría surgido algún imprevisto? La espera la trastocó y no se había concentrado lo suficiente en el papel. A menudo los miedos le jugaban una mala pasada y se obsesionaba por cualquier cosa. Quizá sería aconsejable que aprendiera a controlar mejor las emociones si quería dedicarse a aquel mundo.

La primera parte tocaba a su fin y no había logrado averiguar si Valeriano estaba en la sala. Su actuación en la obra había finalizado. Se dirigió con rapidez al camerino. Estaba hecha un manojo de nervios y no paraba de preguntarse si al fin habría llegado, si a su madre le habría gustado la representación, si no se le habría notado el nerviosismo. En el camerino dominaba un ambiente de excitación. Nía trataba de tranquilizarse. No tenía que volver al escenario por esa noche.

Al salir con la saya, las mangas, el gorro y las sandalias para entregárselas a la

encargada de la ropa se encontró con el resto de compañeros. Alberto de Paz se dirigió a ella con una sonrisa cariñosa.

—Felicidades, Nía, me ha gustado tu actuación.

—Oh, gracias, ¿de verdad he estado a la altura? No las tenía todas conmigo, de hecho al principio salí un poco nerviosa. No sabía si se me notaba ni si el tono era el correcto, incluso me costó un poco centrarme.

Las dudas surgían a borbotones, casi sin pensar. Su amiga Araceli le decía que a veces era demasiado espontánea. Quizá tenía razón, pero ella valoraba la sinceridad en las personas.

—Sí, es cierto, lo he observado, pero creo que el público ni se ha enterado. Sabes adaptar la voz a los textos. El otro día, tu interpretación del «Romance de la Guardia Civil» me gustó. Aciertas, quizá de una manera intuitiva, con las modulaciones necesarias del texto. Desde los primeros ensayos has ido ganando en seguridad y el papel de Brígida lo has bordado. Consigues recitar con naturalidad. Doña Inés no podría encontrar una alcahueta mejor.

Nía no pudo evitar una carcajada. Por un momento se olvidó de sus preocupaciones.

—Me gusta el teatro y he de darte las gracias por haber confiado en mí.

Alberto encendió un cigarrillo, juntó un par de taburetes y le ofreció sentarse.

—Te he estado observando en los ensayos y estoy convencido de que tienes cualidades para la interpretación. Si te vienes a Madrid, podrás formarte mejor. Yo te ayudaré a abrirte paso en este mundo.

¡Irse a Madrid! Vivir en la capital, en el epicentro de la República, de la cultura y de una vida más libre, como decía Rita. Ella siempre rubricaba su entusiasmo por la ciudad con un «De Madrid al cielo».

Sí, marcharía a la capital, conocería a Margarita Xirgu, iría a la cervecería de Correos, donde Rita había conocido a Federico García Lorca, e incluso actuaría con él en La Barraca. No parecía tan complicado, ya era una mujer.

Era joven, tenía fuerza y ganas. Se le había presentado una oportunidad de oro que no podía desaprovechar, tal vez era la proposición más importante de su

vida. Por primera vez había pisado un escenario, donde había tenido la sensación de salir de su cuerpo e integrarse en otra realidad y en otra persona. Si quería dedicarse en serio al mundo de la escena, necesitaba formarse. De pronto, podía hacerse realidad su sueño y convertirse ya en un proyecto de vida.

—¡Qué ilusión me hace tu propuesta! Me he imaginado un montón de veces en el escenario del Teatro Español junto a Margarita Xirgu. Quizás estoy un poco loca y fantaseo demasiado, pero la admiro mucho. Para mí es una suerte el haberte conocido.

Se figuró el panorama al comunicárselo a su madre. Tendrían drama asegurado.

—Piénsatelo —dijo levantándose—, ya me dirás algo. Tengo prisa, he de hacer unas últimas recomendaciones.

Se quedó sola e inmediatamente pensó en Valeriano. ¿Se animaría a irse con ella a Madrid? Sería maravilloso: podrían vivir juntos, sin espías y libres.

No sabía el motivo pero, cuando despidió a Alberto y se encaminó hacia la sala del teatro, donde se iniciaba la segunda parte, sintió que aquel iba a ser un día importante en su vida. A partir de entonces, todo cambiaría. Se entregaría al teatro y comenzaría una nueva andadura junto a Valeriano. Había llegado su momento.

A la salida de la representación, Nía vivió momentos de incertidumbre. Cuando se encontró con Araceli y Esther, la abrazaron dándole muestras de apoyo y exagerando su actuación porque «había sabido hacer muy bien su papel». Pero le preocupaba el parecer de su madre. Celebró encontrarla contenta al verla aparecer sonriente y dicharachera hablando con los vecinos. Le dio dos besos en las mejillas arrugadas y tiznadas con venitas rojas. Enseguida comprobó cómo recibía con una sonrisa satisfecha las alabanzas de la gente por su actuación. El señor Morete, su mujer y Valeriano se unieron al grupo.

El corro aumentó con la incorporación de los del teatro. Alberto de Paz se

acercó a su madre, le cogió la mano y, tras una elegante reverencia, exclamó: «¡Señora, la felicito muy sinceramente por su hija! Nía demuestra buenas cualidades para la actuación. Con seguridad, algo tendrán que ver ustedes en la educación de su sensibilidad.»

El júbilo mal disimulado de su madre desdibujó las arrugas de su cara. A Nía le vino a la cabeza la imagen de un pavo real, aunque ella la conocía muy bien: estaba confundida entre tanta gente y tanta enhorabuena. Sin embargo, el 1 de noviembre del año 1933 la señora Avelina lo conservaría en su memoria como una fecha memorable.

Ese era el momento para pedirle permiso para continuar la fiesta con el grupo del teatro. «¿Recuerdas, Avelina? Nosotros de jóvenes no nos perdíamos ni un magosto», afirmó Morete. Ella, desconcertada, no supo negarse.

Una nueva constelación

Una neblina comenzaba a extenderse por la ciudad sumergiéndola de nuevo en una especie de nube azulada que parecía ambientar con acierto el día de difuntos y prolongar la atmósfera espectral del *Don Juan Tenorio*.

En el campo de la Cruz un grupo de jóvenes había encendido una hoguera. Las ascuas de las llamas formaban millones de centelleantes chispitas de rubíes y diamantes que conseguían burlar la bruma y deformar las figuras humanas. Las llamaradas se acrecentaban y decrecían en altura y magnitud de manera ininterrumpida. Algunos chavales aprovechaban los intervalos y atravesaban el fuego con saltos temerarios que finalizaban en medio de las risas y los aplausos de la concurrencia.

A Nía le cautivó la audacia de los acróbatas.

Se sentía animada y feliz. Al lado de Valeriano desaparecían las preocupaciones. El pobre no había podido acudir a la cita porque se había encontrado mal, le dolía la cabeza y había vomitado. Ahora parecía haberse recuperado de su malestar.

Las llamas lo iluminaban todo. Un chaval de unos quince años se quitó el abrigo, lo tiró al suelo y se lanzó a saltar sobre el fuego. Tras él, y en un movimiento súbito, Valeriano cogió velocidad, dio un brinco y se unió al juego del saltarín. Al desfile de brincadores fueron sumándose los miembros de la

compañía y se convirtió en una especie de procesión liberadora de jóvenes y chavales.

Nía contemplaba el espectáculo. Nunca había visto saltar a nadie con tanta fuerza como a Valeriano y a Alberto: se cruzaban en el fuego, se desplazaban hacia delante o hacia atrás, alzaban los brazos y encogían las piernas con agilidad.

Le hubiese gustado seguirlos, pero se resistía a hacerlo. En realidad no sabía si tenía miedo al fuego o si la estrechez de la falda la frenaba. De pronto, a unos treinta metros de la hoguera divisó a Antonio. Iba con el uniforme, seguramente había finalizado el servicio. Estaba solo. Se paseaba de un lado a otro del círculo de gente y la miraba con descaro. Era una mirada intensa, dura y desafiante. Traslucía, al mismo tiempo, un sentimiento de afecto y de rabia mal disimulada.

En un primer momento se sintió confusa. Intentó desviar su atención y concentrarse en el colorido de las brasas, pero no lograba evadirse de la imagen del firme ademán del guardia civil. Trató de esquivar su mirada punzante. No podía controlar un temblor nervioso de sus piernas. Percibía la actitud de su amigo como una amenaza, como si intentase atemorizarla. Lo hacía a propósito, estaba segura. Disimuló, pero lo miraba de soslayo de vez en cuando. Experimentaba sentimientos encontrados, una mezcla de compasión y de indiferencia: desde pequeña lo había considerado un buen amigo, compañero de aventuras infantiles, de complicidades adolescentes. Sentía escalofríos. Se acercó un poco más al fuego. El tambor de latón giraba a un ritmo lento y en cada vuelta las castañas, amontonadas en el interior, se movían como pequeños satélites encerrados en un mundo agujereado por donde les entraba la luz y el calor.

No lo vio acercarse, pero sus palabras sonaron con cierto retintín.

—Hola, Nía, no esperaba encontrarte por aquí a estas horas.

Tras ella estaba Antonio. Había algo en él que le producía desazón.

—Pues ya ves, festejando el magosto, como todo el mundo.

—Yo he acabado mi turno por hoy. No veo a nadie del barrio por aquí. ¿Y

Araceli y Esther?

Ya estaba en plan investigador, intentando controlarlo todo. Estuvo a punto de echarle en cara el haberle ido con cuentos a su hermano, pero se contuvo.

—No sé, supongo que en casa —contestó secamente.

A buen seguro, se había hecho el encontradizo. La estaba desnudando con su mirada de reptil.

—¿Y cómo piensas bajar a casa? Si quieres te acompaño.

—No, gracias, Toñín. No te preocupes, bajaré con los del grupo.

Recalcó el diminutivo con toda la sorna de la que fue capaz, sabiendo lo mucho que le molestaba. A ella tampoco le hacía ninguna gracia que la vigilasen.

—Tenemos una conversación pendiente desde hace dos meses, ¿lo recuerdas? ¿Ya has pensado en mi proposición?

Nía se impacientaba por momentos. Miró hacia donde estaba Valeriano. Se alegró al verlo acercarse. Llevaba unas castañas entre las manos y las soplaba con energía.

—Te equivocas. No tenemos ninguna conversación pendiente, ya te contesté: somos amigos y nada más.

Miró al cielo, no se veía ningún astro. Le pareció curioso darse cuenta de cómo algunas de las estrellas que habían brillado en su pasado parecían entrar en una especie de colapso mientras otras, desconocidas hasta ahora, se iluminaban.

Antonio no dijo nada. Continuaba observándola como si quisiera intimidarla. Nía aguantó su mirada de ojos negros, fríos y amenazantes.

En el fondo los dos sabían el origen de su resentimiento: él había actuado como un auténtico cizañero. ¿Qué pretendía? Su actitud le producía repugnancia. No pensaba aceptar sus proposiciones de noviazgo ni mucho menos dejarse amedrentar. Le hubiese gustado gritarle: «Estoy enamorada y no precisamente de ti. Déjame en paz.» No estaba segura de si en algún momento lo haría. Le tenían sin cuidado sus sucias intrigas. Era un cuentista y un mentiroso.

Valeriano estaba a dos pasos. Antonio le echó un vistazo de arriba abajo; a ella

le lanzó una mirada despectiva, se dio la vuelta de un taconazo y se marchó.

—¿Este guardia civil no es uno de vuestros amigos? —preguntó Valeriano—. ¿Qué le pasa? Venía a saludarlo.

—Nada, está de servicio y tenía prisa.

—Esta señorita tiene unos ojitos soñadores como dos luceros —Valeriano depositó las castañas en sus manos—, y para ella he elegido las mejores.

La expresión de ojitos soñadores, que él equiparaba con dos luceros, la devolvió a la contemplación de su astro Sol: él iluminaba su vida.

—Gracias. Sí, un poco soñadora sí lo soy.

—A mí también me gusta soñar, te lo aseguro, y tú eres el centro de mis sueños.

—Pues para ser el centro de tus sueños hoy me has dado un buen plantón.

—Y bien que lo siento, Nía. Ya te lo he explicado. Según Puente Falagán las sardinas saladas que tomé al acabar la reunión en el sindicato me jugaron una mala pasada. ¡Vaya vomitera! Hasta me tuvo que acompañar a casa.

—Bueno, lo importante es que estás bien. Ya ha pasado todo.

Él se acercó a su oreja izquierda y le rozó la melena con la nariz.

—Sí, Nía, a tu lado la vida me parece un sueño. Y no quiero despertar.

Nía percibió el olor suave y agradable a hojas de nogal que la turbaba a menudo y sonrió. Su rostro se había transformado. Toda la tensión que había experimentado hacía apenas unos minutos se desvaneció.

—¿Y son hermosos esos sueños? —le preguntó con mirada burlona y ojos pícaros.

Él se arrimó aún más, pasó el brazo derecho sobre su cuello y replicó:

—Cuando quieras te los cuento.

Y todo a media luz

Aún no había finalizado la farra cuando Valeriano le propuso a Nía retirarse.

—Si te parece nos vamos. Estamos arreglando el nuevo local de la UGT. Hemos dejado las ventanas abiertas para que se ventile del olor a pintura. He quedado en cerrarlo. De paso, recogeré unos papeles y te acompañaré a casa.

Caminaron por las calles y las callejas de la zona alta de la ciudad. Ninguno de los dos parecía tener prisa. Antes de bajar por el Rañadero se desviaron hacia el castillo. Caminaban juntos y a paso lento. La conversación giraba en torno al teatro y a los amigos. La luz blanquecina de los escasos faroles encendidos aparentaba un desfile de luciérnagas suspendidas en la nada. La niebla se había ido espesando y, al fondo, la luz difusa insinuaba el estado ruinoso y decadente de la antigua fortaleza templaria. La humedad calaba hondo y cada vez se notaba más.

Volvieron sobre sus pasos y caminaron hacia la parte baja de la ciudad. Gozaban de los momentos de soledad, sin prisa, cogidos por la cintura. Nía sentía la mano grande y vigorosa de él ciñéndole con firmeza el talle. Era tarde, pero quería saborear su recién estrenada libertad. El magnetismo de su tierna mirada de ojos verdes despertaba en ella deseos prohibidos. Estaba feliz. Su cerebro parecía jugarle una mala pasada y no paraba de repetir «Lo amo, lo amo...». Le sonrió. Respiró hondo; el aire húmedo aumentaba su sensación de dicha. Hacía frío, mucho frío, pero no lo percibía. Embebidos por las miradas,

los besos furtivos, las palabras de amor susurradas al oído, participaban de un mundo ajeno al tiempo y al espacio. Las calles estaban casi desiertas.

El edificio de la nueva sede de la UGT era muy conocido porque, hasta hacía dos años, la planta baja había sido ocupada por el Cinema Ideal. Subieron al primer piso, donde el sindicato había alquilado el espacio que antes ocupaba un café.

Al acceder a la sala central se observaba el desorden característico del reciente traslado. Solo una pequeña lámpara con una luz pobre permitía percibir el entorno. El centro de la estancia estaba dominado por una gran mesa de reuniones. Mientras Valeriano cerraba las ventanas, Nía se acercó a un gramófono colocado en una esquina sobre una mesita alta de tres patas. La caja de madera con doble cerradura mostraba en la parte superior una placa dorada con el nombre de la firma Maxitone. Unos cuantos discos apilados en el suelo llamaron su atención. Se detuvo en la carátula del disco de Carlos Gardel. El Rey del Tango, tan admirado por Valeriano, exhibía una imagen sonriente de dientes perfectos, sombrero de ala gris con banda ancha negra, traje oscuro, camisa de rayas, corbata negra perfectamente anudada y pañuelo en forma de pico en el bolsillo superior izquierdo. ¿A quién le recordaba la imagen? Absorta como estaba en tratar de identificar a algún conocido muy del estilo del de la fotografía, no advirtió que Valeriano estaba a su lado. Claro, no sabía cómo no había caído antes: era él, Valeriano se parecía a Carlos Gardel.

—Te pareces mucho a Carlos Gardel. Me acabo de dar cuenta.

—Me lo han dicho en más de una ocasión.

—Pues nada, el Gardel berciano. Además... claro, también cantas tangos.

Valeriano extrajo un par de copas de entre los restos de utensilios del antiguo café, ahora amontonados en el lado izquierdo de la barra, las sumergió en un cubo de agua, las secó y las llenó con vino blanco. Antes de brindar se acercó a ella y la besó.

—Por nosotros, Nía, por nuestro amor.

Estaban solos en aquella especie de refugio, extraño testigo de su amor. El paso del tren expreso a Galicia hizo retumbar toda la sala. Nía observó el movimiento del reloj de pie, aún poco asentado en el suelo; el péndulo se desplazó al paso del ferrocarril a un ritmo rápido de derecha a izquierda y las agujas oscilaron como si se rebelasen ante la tiranía interminable del mecanismo anticuado. Si el cronómetro funcionaba bien eran las once y cinco. Por un momento le pareció ver en la esfera esmaltada la cara de su madre. Apartó enseguida la imagen. Bebió el primer sorbo y degustó su sabor ácido y afrutado mientras él abría la gramola, maniobraba la manivela e instalaba en el plato el disco de Gardel. Tras manipular el brazo móvil, situó la aguja en uno de los surcos y sonaron los primeros acordes. La voz perfecta, fluida y sin falsetes del Rey del Tango sonó en medio de la penumbra.

Valeriano le agarró la mano y sin dejar de mirarla a los ojos la condujo hacia la zona más despejada de la sala. Su mirada cálida y seductora le excitó la piel y apaciguó el temor ante lo desconocido.

*Corrientes 3, 4, 8,
segundo piso ascensor...*

Nía no dominaba muy bien los pasos, pero se dejó guiar por su compañero de baile. Sus gestos se fueron volviendo más lentos y sus suaves caricias lograban turbarla. Al instante sus labios se fundieron en un beso cargado de pasión.

De nuevo, la inquietaba el recuerdo de la mirada severa de su madre, pero con la misma rapidez lo rechazó. El Jilguero musitaba pegado a su oído:

*Y todo a media luz
que es un brujo el amor...*

El embrujo de los pasos hacia delante y hacia atrás sumado al roce de las

piernas, que se entrelazaban, aumentaron la excitación de la pareja. Valeriano dirigía el movimiento. La mano derecha aferraba la cintura y la izquierda mantenía con energía las de ambos en alto. Nía recordó la pasión de doña Inés en los brazos de don Juan. Cuando el tango llegaba a su fin, la atrajo hacia él y susurró a su oído:

*¡Qué suave terciopelo
la media luz de amor!*

La proximidad de su cuerpo, la fuerza de los brazos, el ímpetu de su torso, el contacto de sus labios en su oído y la intensidad de su pasión fueron urdiendo una red de deseo incontrolable.

Deseaba congelar el tiempo y permanecer a su lado para siempre. La música había dejado de sonar. Desabrochó su camisa al tiempo que dejaba caer la falda y las manos largas, ligeras, expertas acariciaban su pecho. Él la sujetó con fuerza y la llevó en volandas hasta la mesa. El cuerpo fibroso, la respiración jadeante en su cuello y el ardor de los labios la atrapaban. Estaba en el paraíso.

Fuera, el negror de la noche y el silencio lo ocultaban todo. Dentro, las manos descubrían rincones ignorados hasta entonces.

Temporal

19 de noviembre de 1933

La prensa avisaba del temporal en toda la fachada cantábrica y las costas gallegas con un tono alarmista: «Enormes montañas de agua se estrellan contra los acantilados, levantando auténticas moles. Fue necesario cerrar los puertos en muchas localidades.» La borrasca amenazaba a la provincia de León y, con la misma potencia, a toda la península.

No solo las fuerzas meteorológicas atenazaban al país. La jornada electoral del domingo 19 presagiaba vientos huracanados. Unos y otros trataban de calentar el ambiente: incendiaban iglesias y conventos, llevaban a cabo huelgas de diferente signo, apaleaban a los rivales políticos y hasta los linchaban. Llegaba a su fin la campaña electoral y los agoreros —como los denominaba Valeriano— vaticinaban el triunfo aplastante de las fuerzas de la derecha.

El temporal no le preocupaba a Nía. En su vida se habían abierto varios frentes, algunos cálidos y otros más fríos.

La relación con su madre transcurría por sendas divergentes, cada vez más gélidas, lo que dificultaba la convivencia. En el juego áspero de recelos y reproches, Juan respaldaba a su madre. La retahíla era la de siempre: «Ten cuidado con lo que haces. ¿Por qué has llegado tan tarde? Madre tiene razón. Hoy no sales. Cuidado con meterte en jaleos. Madre tiene razón. Ve con cuidado,

mira que cuando el cántaro va muchas veces a la fuente al final se rompe. Madre tiene razón...» La tensión se había alojado en su casa y ella estaba dispuesta a encararla. De entrada, ya se había negado a ir cada día a la iglesia, pero no se atrevía a estirar demasiado de la cuerda y por eso aún acompañaba a su madre los domingos. Al parecer, las letanías se negaban a abandonarla.

«Por suerte hoy lo veré», caviló. Desde aquel primer encuentro íntimo y apasionado en el local del sindicato se habían visto varias veces. El centro abría por las tardes de siete a diez y él era el encargado de las llaves. La sala de reuniones se había convertido en refugio de sus encuentros ocultos. Habían pasado cuatro días sin verse y se echaba mucho de menos. La campaña electoral ocupaba gran parte del tiempo libre de Valeriano. En los últimos días, Nía lo había encontrado nervioso y muy preocupado por las elecciones. Ella ya conocía al dedillo su discurso: los trabajadores se jugaban su futuro en los comicios, la derecha no lo pondría fácil, Gil Robles era una amenaza para la República, no solo José Antonio sino todos los de derechas eran unos fascistas con piel de cordero. Quizá tenía razón. Le gustaba el compromiso de Valeriano y su solidaridad con los obreros. Se figuró que su padre hubiese querido un yerno así.

En su habitación encontraba momentos de soledad. A escondidas, recitaba poemas y releía el *Romancero gitano*. Alberto de Paz le había regalado un ejemplar firmado por García Lorca que junto con Juana de Arco, el primer libro de lectura que le había regalado don Daniel hacía muchos años, constituían sus más preciados tesoros. Forró el *Romancero* con las páginas 38 y 39 del diario *ABC* y entre la contraportada y el envoltorio escondió la foto de Valeriano.

El fotógrafo había captado al sindicalista sentado. La luz del foco caía sobre el perfil izquierdo apoyado en su mano. El dedo pulgar tocaba la barbilla, el índice y el medio, paralelos a la mandíbula, se extendían hasta la oreja, en tanto que el meñique y el anular se recogían con suavidad hacia los labios. Evocó el tacto suave de las manos varoniles y los largos dedos al acariciarle el cuerpo desnudo.

La imagen despertaba en ella una llama interior que la hacía estremecer. Contempló los ojos grandes, profundos, clavados en el objetivo de la cámara y acompañados de una atractiva media sonrisa que le iluminaba el rostro. Besó el retrato y revivió el calor de su boca. En la esquina inferior derecha, con una caligrafía clara de letras inclinadas y enérgicas, releyó la dedicatoria: «Para el amor de mi vida. Nunca olvides los momentos que tú y yo sabemos. Te amo.» Antes de cambiarse para salir, cogió de nuevo el libro y repasó por enésima vez la dedicatoria. Le buscaría un escondrijo al libro. Si su madre lo descubría, ardería Troya.

La tarde del sábado se presentó en consonancia con las predicciones avanzadas por los diarios. La señora Avelina, con la excusa de los alborotos callejeros, los enfrentamientos entre miembros de partidos diferentes y el miedo a que le ocurriese algo a su hija, se había empeñado en no dejarla salir sola. En realidad, no disimulaba del todo bien sus sospechas sobre el motivo real de las escapadas de Nía. Estaba casi segura de que continuaba la relación con el tal Valeriano.

Las amigas pasaron a buscarla justo a las cinco, cuando tocaba la sirena de la Minero Siderúrgica de Ponferrada. A Nía le gustaba escuchar «la cuerna», como la llamaba la gente, porque de esta manera podía seguir los tiempos de la jornada laboral de Valeriano. Araceli y Esther llegaron con prisas. «Chica, ¿aún no estás preparada? Hemos quedado con Rita en el puente de la estación a las cinco y media. Ha venido a votar», Araceli parecía un poco inquieta. Le guiñó el ojo con un gesto de «ya te contaremos después» por si la señora Avelina fisgoneaba.

Esther se sentó en la cama, cogió el *Romancero gitano* y se puso a leer. Nía la miró de reojo. Había doblado perfectamente el forro en las esquinas. En otro momento con más calma, le enseñaría la foto. Terminó de pintarse la raya de los ojos, se perfiló los labios y se puso un colorete muy suave. Tenía que pasar el control de su madre. Seguramente las esperaba en la puerta del bar con disimulo.

—Este pelo no me gusta cómo lo llevas, Nía. Con la melena tan bonita que tienes no sé cómo no le sacas más partido.

Nía pensó que el buen hacer de Araceli le jugaba malas pasadas. Sus peinados siempre llamaban la atención. Entre retocarse la melena, perfumarse con unas gotitas de Maderas de Oriente, colocar la colcha según el gusto de su madre, guardar el *Romancero* encima del armario, ponerse el abrigo, el gorro y la bufanda, y que las tres se miraran por enésima vez al espejo, pasaron otros diez minutos.

Al fin, bajaron la escalera corriendo y la guardia de la puerta pareció darles el visto bueno sin entretenerlas siquiera.

El viento soplaba con fuerza y subir por la carretera de Orense les costó más de media hora. Apenas podían hablar. El sombrero de lana blanco con una florecita a la derecha que la señora Avelina había regalado a su hija por su santo, corría el riesgo de salir por los aires a causa del vendaval. Nía intentó recogerse la melena que con tanto mimo le había peinado Araceli y que ahora campaba a sus anchas.

Al llegar al puente de la estación no había ni rastro de Rita. Parecía como si un huracán hubiese visitado el lugar. Media marquesina había volado y dos postes de la luz descansaban sobre la vía.

Rita salió de un portal donde se había resguardado indicándoles que mirasen hacia arriba. Los de la CEDA habían colocado un gran cartel atado a los postes de ambas aceras. En medio se veía la imagen de Gil Robles con el eslogan:

Por una España grande:
VOTA A LA COALICIÓN ANTIMARXISTA

A su paso, aquella especie de tornado le había partido la cara a Gil Robles y el lema «Vota a la coalición antimarxista» había quedado herido de muerte. El

letrero se agitaba aún amarrado a los postes pero seccionado en dos partes desiguales: la izquierda del lema «Vota a la coalición» golpeaba el suelo con estertores frenéticos; la parte de «antimarxista» aguantaba las furibundas sacudidas, pero permanecía en lo alto del poste, cual capitán solitario que se negaba a abandonar el barco.

Tampoco el resto de los carteles electorales habían corrido mejor suerte. En República Argentina los de la CNT habían pegado un gran pasquín en la fachada de la Droguería Prieto. La fuerza del viento pujaba por arrancarlo, pero aún se podía leer:

NO VOTÉIS
y, si queréis hacerlo, hombres y mujeres libertarios,
¡¡VOTAD POR LA REVOLUCIÓN SOCIAL
Y EL COMUNISMO LIBERTARIO!!

Rita contempló el cartel con cara de repugnancia.

—No entiendo cómo los anarquistas llaman a la abstención. Es incomprensible, ahora que podemos votar las mujeres se nos anima a no hacerlo. Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Se lo pregunté a César. —Últimamente Araceli parecía entender el mundo a través del catalejo de César Terrón, el anarquista de Fabero que había conocido en la excursión a Matarrosa—. Según me dijo, la República se ha descarrilado y está dominada por los capitalistas y la clase obrera, cada vez más oprimida, no se ha de votar a los opresores.

El viento había cedido y comenzaba a lucir un poco el sol. Salieron del cobijo donde se habían resguardado.

—Pues mirad, yo me he venido de Madrid solamente para votar. Tengo un examen de Anatomía el lunes, pero hablé con el catedrático, que es una persona maravillosa, y me lo hará otro día —comentó Rita.

—A mí me faltan dos meses para los veintitrés pero, la verdad, me alegro de

no tenerlos. No tengo claro lo de si hay que votar o no —explicó Araceli.

—No te entiendo, porque tu novio sea anarquista no tienes que bailarle el agua. A las mujeres nos ha costado mucho conseguir el voto. En Madrid participé en muchas manifestaciones; firmé no sé cuántos escritos; asistí a la tira de conferencias y, cuando al fin lo logramos, resulta que la señorita no sabe si votar o abstenerse. —Rita recalcó lo de «señorita» con tono sarcástico.

El viento se había calmado; sin embargo, la posibilidad de nuevas turbulencias se instalaba en la conversación de las amigas. Araceli miró a Rita con mala cara, pero Esther trató de evitar el encontronazo.

—¿Qué pasa si gana la CEDA? En mi casa son socialistas, pero hay espacio para todos, ¿no? El otro día Antonio me dijo que los votaría.

Araceli se había quedado muda. Nía permanecía a su lado y la miraba de reojo. Intentó sacarla de su abstracción.

—A mí me hubiese gustado asistir ayer al mitin de los socialistas. Valeriano estaba muy ilusionado. Quizá tenga razón: estas elecciones son una oportunidad para mejorar las cosas y aprender de los errores.

—Me acordé de ti: estuvo magnífico, Nía. —Rita entraba de nuevo en una fase de emoción y esperanza—. Valeriano presentó con mucha convicción a Alfredo Nistal como el próximo diputado y ganador del PSOE por León.

Araceli se unió de nuevo a la conversación.

—Pues yo también estaba. Pero no te vi, Rita. Estuve con César. Valeriano nos invitó al acto y me presentaron al señor Nistal. Según César, es uno de los pocos políticos honestos y al parecer está por la insurrección, si los fascistas ganan las elecciones. Aun así, ya os digo: él no cree en eso de las urnas porque, gane quien gane, todos quieren mandar y barrer para casa.

—Pero entonces, ¿qué proponen los de la CNT? —preguntó Esther.

—No sé muy bien por qué no quieren gobiernos, ni ejércitos, ni propiedad privada. Él defiende mucho la libertad y dice que el dinero corrompe a los seres humanos.

Caminaban deprisa. El viento volvió a azotar y levantó una polvareda muy

molesta que las obligaba a cerrar los ojos a menudo.

Un grupo de jóvenes se acercó a ellas repartiendo propaganda electoral. Nía recogió el impreso que le ofrecía un muchacho rubio con camisa verde. Leyó el mensaje en letra impresa:

Patriotas: católicos, propietarios, liberales, trabajadores, capitalistas, productores
y empleados: todos debéis votar la candidatura única antirrevolucionaria.

VOTA ACCIÓN POPULAR. VOTA CEDA

Si no lo haces tu iglesia parroquial se destruirá, el marido que amas huirá de tu lado autorizado por la ley del divorcio, la anarquía vendrá al campo y el hambre y la miseria a tu casa.

JAP (Juventudes de Acción Popular)

Rita rompió el folleto con rabia.

—¡Vaya mierda! Son unos cerdos fascistas. No hacen más que esparcir porquería por todas partes.

Uno de ellos, un joven alto y con una leve cojera, se volvió como un resorte.

—¿Decías algo, chavala?

—Sí. Decía que sois bastante peor que los cerdos. Os revolcáis en la mierda. No hacéis más que meter miedo en el cuerpo a la gente.

El cojo se acercó a dos milímetros de la cara de la Pasionaria.

—Vuélvemelo a repetir, si te atreves.

Nía empezó a sentirse angustiada. Los amigos del cojo se habían quedado a una distancia prudencial, pero ahora retrocedían de nuevo. Araceli y Esther estaban como paralizadas. No aguantó más. Avanzó segura y se situó entre el matón y Rita.

—No me gustan los hombres como tú, que vais por el mundo atemorizando a la gente. Péganos si te atreves.

Tenía muy cerca al cojo. Olía a aguardiente. El muchacho rubio de camisa verde se acercó.

—Venga, Cándido, deja a las chicas.

De pronto, un grupo de mozos pasó zumbando por su lado y se enzarzaron con ellos. Vociferaban liándose a puñetazo limpio unos con otros. En dos segundos, sonaron unos disparos.

En un acto reflejo, Rita se abalanzó sobre Nía y las dos cayeron al suelo. A unos metros de ellas, Esther permanecía de pie, como perdida en medio de un desierto, totalmente desorientada. Nía se levantó y corrió hacia ella. Cuando la alcanzó, alguien las agarró por detrás y las obligó a tirarse. Era Rita.

—No os mováis, quedaos aquí y tapaos la cabeza con las manos —les ordenó.

—¿Has visto a Araceli? —preguntó Nía. No obtuvo respuesta.

Esther temblaba, incapaz de controlar su cuerpo. Nía oía el castañetear de sus dientes. Quería ayudar. ¿Habría alcanzado algún disparo a Araceli? Sentía una rabia sorda ante semejante locura. Necesitaba encontrarla, ayudar a Rita, abrazarlas a todas. Pero Esther permanecía pegada a ella, boca abajo y con una intensa tiritona, acompañada de algún espasmo. No podía dejarla.

Alzó la cabeza y miró alrededor. Por la derecha, Araceli avanzaba hacia ellas gateando. Se miraron y allí las dejó a las dos. Nía se levantó y corrió hacia donde estaba Rita. Había dos jóvenes heridos. El cuadro era espantoso: reconoció el cuerpo larguirucho del cojo ahora con la cabeza destrozada. Rita, a su lado y en medio de un charco de sangre, le tomaba el pulso. Al verla, la miró desesperada: «No hay nada que hacer.»

Su amiga estaba pálida, pero se levantó y corrió hacia el otro joven fascista de cabello rubio y cuya cabeza reposaba sobre la rodilla de un chaval asustado. Nía la siguió. La camisa verde estaba teñida con una gran mancha de sangre. Entre las dos desabrocharon el cinturón y los botones del pantalón empapado. Tenía el abdomen acribillado. A Nía se le representó la matanza de los cerdos cuando los abrían y aparecían todos los intestinos envueltos en una especie de vapor. Ahí

solo había sangre y suciedad. Cerró los ojos. Araceli y Esther la cogieron del brazo y la sacaron de allí.

El círculo de curiosos se agrandaba hasta que, al fin, llegaron dos guardias acompañados por el doctor Penelas. Al día siguiente se les haría difícil responder a las preguntas de los guardias sobre los asesinos. Ninguna de las cuatro supo contestar si los criminales eran altos o bajos, fuertes o delgados. De su declaración poco pudieron aprovechar los investigadores.

Rita zanjó la declaración con un tono de voz y una mirada serena: «Señor comisario, estoy a punto de acabar la carrera de Medicina. Mi padre y mi abuelo son médicos. En nuestra profesión es primordial intentar salvar vidas. Mis amigas y yo, en ese momento, solo queríamos ayudar.»

La cruda realidad

Entraron en silencio en casa de Rita. En el piso de arriba se oía movimiento. Se asearon y ella se cambió el vestido lleno de sangre. Salieron sin que nadie se enterase. Al llegar a la plaza de las Eras observaron que, delante del Ayuntamiento, se palpaba mucha actividad: los cuerpos de seguridad protegían el edificio y bastantes guardias con el fusil bien visible subían a dos camiones. El destacamento parecía esperar órdenes. Lo formaban unos cuarenta agentes, todos ellos muy jóvenes. Justo cuando ellas entraban en el Bar el Turco, acertaron a ver al jefe: un hombretón rollizo y barrigón al que le costó Dios y ayuda subirse a la delantera del primer furgón.

Nía tenía la sensación de vivir un mal sueño. Desde el fallecimiento de su padre, nunca había visto la muerte tan de cerca. No podía olvidar la imagen de los jóvenes tiroteados. Valeriano las esperaba sentado a una de las mesas del fondo leyendo el periódico socialista de León *La Democracia*. Al verlo, se abrazó a él y se echó a llorar.

—Pero, chiquilla, qué pasa. Tenéis todas muy mala cara.

—Han matado a un joven y herido de muerte a otro. Ha sido horrible. —A Nía le dolía recordarlo.

Valeriano la ayudó a sentarse. Cuatro hombres que jugaban al dominó en la mesa del fondo pararon la partida atentos a los comentarios. Una llantina sorda se había apoderado de ella.

—Tranquilízate, Nía. Ponerte así no te lleva a ninguna parte. Vivimos malos tiempos.

Sus piernas permanecían tan rígidas y frías como dos bloques de mármol. Miró a sus amigas, todas con la cara tan demudada como la suya. Trató de calmarse y de no parecer una niña timorata.

—No nos esperábamos semejante desastre, Valeriano. Subíamos hacia aquí cuando vimos a unos jóvenes repartiendo propaganda electoral.

Sacó del bolsillo del abrigo un papel bastante arrugado y se lo mostró. Él alisó con parsimonia el escrito, le echó un vistazo y se lo devolvió.

—Lo sé, me lo han contado. En efecto, al parecer eran de los de las JAL. A todo cerdo le llega su San Martín.

Nía se quedó pasmada. Recogió la propaganda, la dobló en cuatro partes y la guardó otra vez en el bolsillo. Esperaba una reacción distinta de él.

—¿Cómo te puedes comportar con esa indiferencia ante un asesinato? ¿Quieres decir con lo de que «A todo cerdo le llega su San Martín»? ¿Acaso los conocías? El joven que sobrevivió quedó muy malherido, quizá tampoco se salvará.

Sus amigas permanecían mudas.

—Lo entiendo. Una cosa así no es plato de gusto. Aún eres muy joven, pero en la vida todo tiene un riesgo.

El tono paternal y condescendiente la irritó. ¿A qué venía sacar ahora lo de la edad? Ocho años de diferencia no eran tantos. De pronto tuvo un presentimiento: «En la vida todo tiene un riesgo», había dicho. ¿Estaba él también en peligro?

Sus amigas parecían tan sorprendidas como ella ante la reacción de Valeriano. Rita respondió a la mirada interrogativa de Nía alzando los hombros en un signo de desconcierto, pero no le pareció oportuno tomar partido e intentó relajar la tensión llamando al camarero.

—Manolo, necesito una buena copa de aguardiente, me urge entrar en calor.

Sacó un cigarro y se puso a fumar. Valeriano la imitó, se le notaba preocupado. El silencio se convirtió en otro compañero de mesa.

Nía necesitaba saber si realmente él también estaba en peligro pero, cuando iba a preguntar, intervino Araceli.

—¿Has visto a César? Ayer en el mitin me dijo que, si podía, se quedaría en tu casa hasta el domingo.

Valeriano la miró sorprendido. Se mantuvo un momento confuso y en silencio para responder finalmente:

—Sí, estuvo en casa e incluso comimos juntos. Según dijo, tenía alguna gestión pendiente. Ignoraba si se quedaría hoy en Ponferrada o volvería a Fabero. No os preocupéis demasiado. Estas cosas pasan. La derecha está muy envalentonada y provocadora. A veces obtienen respuestas así. Ellos lo dominan todo. Tienen el apoyo de los banqueros, de la Iglesia, de los ricos, de los periódicos con más tirada. Todos ponen la carne en el asador para ganar las elecciones. Les va la vida en ello: han de seguir mandando.

Tal vez tenía razón, aunque para Nía los asesinatos eran un aviso, una señal de alarma. Valeriano era un hombre de ideales firmes, pero le preocupaba la aparente frialdad ante un asesinato. A veces tenía la impresión de que hablaba como si estuviese en un mitin. Su padre había defendido a los obreros, a los necesitados, pero siempre condenaba la violencia. En eso su madre también estaba de acuerdo, muchas veces repetía la frase del Evangelio: «Quien a hierro mata, a hierro muere.»

Miró a Araceli: permanecía en silencio contemplando muy ensimismada el vaso de tila. Al parecer la respuesta de Valeriano había aumentado su preocupación. Se había enamorado de un anarquista y sus padres lo ignoraban. Esther se le acercó, le pasó un brazo por los hombros y le susurró:

—Ánimo, todo irá bien.

De nuevo se impuso el silencio. El resto de los clientes no mostraban mejor ánimo. El camarero puso la radio y una cascada de anuncios irrumpió burlando el mutismo general: «Caviar Ibarra, fresquísimo y delicioso. Pruébelo, no se arrepentirá.» «Crema Simón: una verdadera crema de belleza...»

—¡Y venga anuncios, si esto es un no parar! Los capitalistas han encontrado

en la radio y en la prensa el mejor medio para vender sus productos. A los obreros nos pagan una mierda y aún querrán que los compremos. —A medida que hablaba, Valeriano subía el tono de voz.

Se levantó y alcanzó el diario *ABC* de la mesa de al lado. Lo abrió en una página y se lo enseñó a Rita.

—Fíjate cómo lo saben hacer. Ponen la información como quien no quiere la cosa. Intentan mantener a la gente engañada. Estos capitalistas son unos cínicos redomados.

Nía advirtió el interés que había despertado el comentario de Valeriano entre los pocos clientes del bar. El camarero movía la cabeza de derecha a izquierda en signo de disconformidad.

—Hoy no es tu día, ¿eh, amigo?

—No es que no sea mi día, Manolo. Nos engatusan, compañero, y no nos damos cuenta. Anda, ponme otro vinín.

Quizás estaba muy preocupado. Ella no entendía muy bien a qué venía lo de enfadarse incluso con los anuncios.

De nuevo se hizo el silencio. Rita aún no había acabado la copa de orujo cuando le pidió al camarero «una manzanilla para su estómago». Mientras, contemplaba las imágenes del *ABC* y pasaba las páginas sin decir palabra. Los amigos la observaron con curiosidad esperando su reacción.

—Son unos desvergonzados. Desde hace tiempo actúan de esta manera. Parecen comunicaciones inocentes, pero el auténtico significado es muy sibilino.

Nía intentó recordar la palabra. En la biblioteca buscaría el significado de «sibilino». No conocía aquel término. Araceli y Esther continuaban calladas y a la expectativa.

Rita había hecho el comentario con indignación. Se tomó el último sorbo de orujo, echó azúcar a la manzanilla, encendió otro cigarrillo y les pasó el diario. Nía no tenía ganas de leer, pero sentía curiosidad. Lo ojeó. Con el título de «Juventudes católicas» el *ABC* publicaba unas cuantas páginas con fotografías

enormes donde se observaban multitud de jóvenes en diferentes actos, acompañados de autoridades eclesiásticas, en distintas localidades del país.

Se acordó de la última foto que se habían hecho ella y su madre con los de la Acción Católica de la parroquia de San Pedro. Su madre estaba sentada en primera fila junto a las mujeres mayores, toda enlutada, apenas hacía tres meses de la muerte de su padre, y con la mantilla tan bonita que le habían bordado su cuñada Dori y ella para su santo. Detrás, las mujeres de mediana edad, y al fondo, ella junto con las más jóvenes, todas subidas en un banco «para conseguir un buen marco», como había aconsejado el fotógrafo.

¿A qué se refería Rita con lo de «son unos desvergonzados»? Pasó la página. En la 12 cambiaba el diseño. En la parte superior se leía: «Un obrero asesinado en Vallecas», y explicaba que un obrero había asesinado a otro. Se fijó en los comisarios que se suponía investigaban el asesinato, aunque no supo muy bien lo que observaban. La cara del asesinado le recordó a un campesino que vendía ajos en la plaza de la Encina los días de mercado. En la parte inferior aparecía un anuncio dedicado a las mujeres, una bella y otra fea, con una consigna: «¡Quítese esa máscara de fealdad! Use crema Risler. La favorita de las estrellas. Solo la usan mujeres bellas.»

No encontró nada extraño en esas páginas. Valeriano y Rita parecían esperar alguna reacción.

—Yo no veo ninguna cosa rara. —Se dirigió a él—. Aunque me extraña lo del asesinato de un obrero por otro, pero no sería la primera vez que ocurre una cosa así.

El Jilguero la miró sin decir palabra y a ella le pareció observar una sombra de decepción en sus ojos. Araceli examinaba el diario con desgana. Fijó su mirada en la imagen de la mujer del anuncio de la crema y entonces se animó.

—Me encanta el cabello recogido de esta mujer, las ondas son perfectas, pero el rubio no es su color. —Le enseñó de nuevo la página a Nía—. Fíjate en las cejas, son oscuras. El escote palabra de honor le sienta estupendo.

Rita miró a Valeriano y después a su amiga. Tras suspirar con una especie de

bufido, bebió otro sorbo de manzanilla, inhaló una bocanada de humo y con un gesto de impaciencia e irritación contenida le espetó:

—Ya estamos otra vez con el pelo. Solo te fijas en los peinados. A ver si abrimos más los ojos. Así nos va a las mujeres de este país.

Araceli no esperaba la reacción de su amiga.

—Estoy hasta las narices de tus reproches. Últimamente no hay quien te aguante. Primero con las votaciones, ahora no sé el motivo. Si estás nerviosa, nosotras también. Desde que estás en Madrid, se te han subido los humos a la cabeza.

Sus ojos brillaban húmedos. Nía se dirigió a Rita.

—Ella solo ha hecho un comentario.

Araceli se levantó, cogió su abrigo decidida a marcharse.

—Hasta aquí he llegado. No estoy dispuesta a aguantar más este tono de marisabidilla.

—Perdóname —Rita reaccionó con rapidez—, estoy nerviosa y aún muy afectada: no me puedo sacar de la cabeza la imagen del chaval con el cráneo destrozado y del otro con el vientre perforado. Sí, no viene al caso mi reacción, discúlpame. Probablemente necesito sacar la rabia que llevo dentro y la he pagado contigo. Perdóname, por favor.

Apagó la colilla y agarró la mano de su amiga con cariño. La otra contuvo las lágrimas y sonrió a duras penas. A Nía alguna cosa se le escapaba, estaba convencida. Decidió preguntar directamente.

—Pero ¿se puede saber lo que os llama la atención? Yo no veo... —No acabó la frase.

En el bar las escasas conversaciones de los clientes se habían parado en seco y en la radio el locutor, desde Madrid, anunciaba una conexión por teléfono con Ponferrada, donde «al parecer se había producido un asesinato a raíz del enfrentamiento entre dos bandos». Aparte de la calificación del atentado como «claramente político porque el joven muerto pertenecía a las Juventudes de Acción Popular, aunque del herido gravísimo se desconocía por el momento la

identidad» y de «una ciudad conmocionada, aterrorizada» y algún adjetivo más, que Nía no captó por el tono altisonante y el ruido de fondo de la conexión, al fin se citó el nombre del joven: Veremundo Bodelón. Las autoridades habían ordenado «una investigación a fondo» y el funeral...

—Claro, claro, ya está, los Bodelón son de los poderosos en El Bierzo... — Valeriano parecía estar ligando cabos.

Nía no se lo podía creer.

—¿Qué significa eso de «claro, claro»? ¿Tener dinero es motivo suficiente para justificar un asesinato? Mi padre siempre nos enseñó que, por encima de todo, estaba el ser humano.

Estaba sumergida en un mar de dudas. No le gustaba nada la indiferencia de Valeriano. En vez de compadecerse de las víctimas, continuaba atacando a los que consideraba enemigos y deseándoles lo peor. Además, el juegucito del diario, de las medias palabras, del silencio, no lo soportaba.

Sin pensárselo dos veces, cogió el abrigo y salió del bar.

Oscurecía y pocas personas permanecían en la plaza. Pasó bajo el arco de medio punto de la torre del Reloj sin rumbo fijo. Gritó para sus adentros: «¡Vaya mierda de vida!» Un gato negro cruzó ante ella; no recordaba si daba buena o mala suerte, poco le importaba. Hacía frío, se paró a abrocharse el abrigo y a sujetarse mejor el gorro.

—Nía, espera, por favor, espera un momento. —Valeriano la abrazó por la espalda.

Era muy extraño, pero sintió que su vida se hallaba entrelazada a la de aquel hombre. No habría sabido explicarlo con precisión: era como si perdiese la voluntad ante él. Se había creado un nexo más allá de las palabras, como si una cuerda invisible los atase. Chispeaba y se cobijaron bajo los soportales de la plaza de la Encina.

—Te lo he dicho y te lo volveré a decir mil veces si es preciso: te quiero.

Lamento si te he ofendido en algo. Quizás hoy no tenga mi mejor día, pero no dudes ni por un momento de lo mucho que te quiero.

Se abrazó con fuerza a él. Necesitaba sentirlo, tenerlo a su lado, acariciar su cuerpo, percibir el olor afrutado de su aliento. Un carro pasó por en medio de la plaza cargado de carbón. El carretero les lanzó una mirada maliciosa y con voz potente les gritó:

—¡Eh, tortolitos, dejad algo para mañana! Anda que como salga el señor cura...

—Venga, volvamos al bar. Les he dicho que nos esperen. En el sindicato hay cada vez más inquietud. Lo reconozco: estamos preocupados, ayer mismo recibimos un último anónimo muy amenazador. Son gentuza, siempre actúan de la misma manera sin dar la cara. Ahora van todos bien juntitos a las elecciones porque nos tienen miedo, pero ganaremos, vaya si ganaremos.

—Me preocupo por ti, por nosotros. Estoy intranquila por toda esta violencia. Con ella no vamos a ninguna parte.

—Ellos son los primeros violentos, Nía. ¿Te parece poco cómo oprimen a la clase obrera? Sueldos de miseria; amenaza de bajada de salarios; se niegan en redondo a aceptar nuestras propuestas. Lo dominan todo: las fábricas, la tierra, los diarios de mayor tirada. Todo. Absolutamente todo. Ahora solo les falta ganar las elecciones y no van a parar hasta conseguirlo.

Nía percibió el resentimiento que lo invadía cuando trataba los asuntos de la realidad obrera. Al fin se lo confirmaba: estaba amenazado. Se estremeció al recordar la escena de los jóvenes ensangrentados. ¡Podía haber sido Valeriano!

Lo cogió del brazo y se acercó más a él. Le importaba poco que alguien le fuese con cuentos a su madre. Lo amaba y, si era preciso, se enfrentaría a quien fuese por él. Trató de tranquilizarlo y alejar el mal fario de las amenazas.

—Sí, según leí en el periódico, se cargaron en no sé qué sitio a un obrero. Al parecer, no todos son asesinatos políticos. Allí decían que lo había matado otro trabajador. Quizá tenían alguna rencilla pendiente.

—¿Y tú te lo crees, Nía? Esos diarios son bazofia. Falsifican las noticias y

presentan el mundo según sus intereses. Todos felices y hermanos. ¿Has visto el montón de páginas dedicadas a los de la Acción Católica? Los muestran a todos sonrientes, con las banderitas, siempre con el liderazgo del curita de turno, bien vestidos y la sonrisa de alegría cristiana en los labios. Basura, solo basura. Intentan mostrar el modelo de sociedad que les interesa y nosotros no podemos caer en sus trampas.

No se atrevió a confesarle que, hasta hacía poco, ella también había asistido a reuniones de la Acción Católica. Pensándolo bien, él tenía razón: intentaría tener los ojos más abiertos en adelante. Su observación de la realidad era cierta, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Se imaginó una reunión de periodistas bajo la dirección del patrón maquinando la manera de adulterar algunos hechos para favorecer los intereses de los poderosos.

Sobresaltos

Diciembre de 1933

Aquellos que habían pronosticado el triunfo de la derecha en las elecciones no se equivocaron en sus vaticinios. Los ánimos de los socialistas estaban por los suelos, pero el Jilguero mantenía su coraje bien alto. No se dejaba amedrentar con los problemas, muy al contrario: se crecía ante las dificultades. En su opinión, se habían manipulado los resultados. Quizá por eso le costaba tanto aceptar la derrota.

Pasadas las elecciones, las reuniones, la propaganda y los mítines, Nía y Valeriano vivieron un mes continuado de encuentros amorosos aprovechando las tardes de los jueves y de los domingos, cuando la patrona de él se iba a la basílica de la Encina y allí, entre el rosario, la misa y el posterior cafetito con las amigas, llegaba a pasar unas tres horas.

Nía le había pedido que no apareciese por el barrio. Su madre desconfiaba y, desde los asesinatos, había impuesto como condición ineludible la comparsa de las amigas a la hora de salir. De modo que cada tarde salía de casa «a dar una vuelta» a las cinco, siempre acompañada por Araceli y Esther. Años después recordaría esos días como un tiempo de secretos compartidos, de enredos y pretextos inventados con las amigas con el fin de ocultar sus encuentros íntimos. Al llegar a la plaza las jóvenes se separaban y, desde allí, Nía iba directa a su

nido de amor. Él siempre la esperaba en la puerta y subían la escalera de madera hasta el principal en silencio y con la luz apagada para pasar lo más desapercibidos posible. Solo el ventanuco del principal irradiaba una luz tenue, testigo de las primeras caricias. La urgencia horaria junto con el temor de Nía a ser vista por algún conocido los conducía con rapidez al dormitorio de Valeriano. No obstante, la incomodidad no le impedía a Nía disfrutar del momento, como lo hacía cada noche, antes de dormir, cuando se sumergía en el recuerdo de las caricias y en el sabor de los primeros besos en el bosque de Matarrosa, primer albergue de su amor. No le resultaba complicado sustituir el envejecido amarillo de las sábanas de lino áspero por el rojizo mágico de los castaños en otoño, los olores desagradables con la evocación del intenso aroma de la vegetación húmeda y los sonidos repugnantes por el rumor inolvidable del río Sil.

Ambos vivían con intensidad aquel tiempo de encuentros furtivos. Se aproximaba el invierno, pero las bajas temperaturas no congelaban la esperanza de Nía de poder trasladarse a Madrid. Aguardaría al inicio de la nueva temporada teatral; según Alberto de Paz era el momento más adecuado para lograr un contrato. Como decía Valeriano: «La paciencia y una buena estrategia son los mejores consejeros.» Él la apoyaba e incluso sopesaba la posibilidad de acompañarla: le fascinaba la intensidad del movimiento obrero en la capital. Los meses de espera hasta el verano suponían un paréntesis: tendría más tiempo para convencer a su madre, aunque primero intentaría atraerse a la causa a su hermano.

Pero nada volvió a ser lo mismo a raíz de las elecciones y, poco a poco, los encuentros amorosos se diluyeron ante la velocidad con la que se desarrollaron los acontecimientos.

En la homilía del segundo domingo de diciembre, el párroco insistió a los feligreses en la idea del amor a la hora de superar las inquinas y las dificultades.

—Queridos hermanos: no son momentos fáciles para nuestra amada España.

Vivimos tiempos de enfrentamiento y de rencor. Todos somos hermanos y nos hemos de ayudar. Ricos y pobres son hijos de Dios. La Iglesia es nuestra Madre y, por ello, todos nos debemos respeto.

Por suerte, los domingos no tocaba rosario. Nía calculó que faltaría una media hora para finalizar la ceremonia. Deseaba que el tiempo pasase rápido: no veía a Valeriano desde hacía una semana y habían quedado a las cinco en el sitio de siempre. Decidió pedir perdón por sus pecados, quizá necesitaba confesarse. Rezó maquinalmente un padrenuestro. ¿Oraba por sus pecados? ¿Desde cuándo el amor al prójimo iba en contra de la voluntad divina? No podía centrarse, su mente daba vueltas como una noria. Cuando acabase la misa, ya solo faltarían cuatro horas para verlo. El mes de diciembre no había llegado con buenos augurios y otra vez vivía volcado en el trabajo y en las reuniones.

—La situación se ha vuelto insostenible —le había confesado—. Los cabrones de la derecha aún no han formado gobierno y ya los que los apoyaron, los que cortan el bacalao, echan a la calle a muchos obreros y bajan aún más los salarios de un plumazo. Nos buscan las cosquillas, pues nos encontrarán. Aquí los peces gordos solo recuerdan la muerte del de los Bodelón, ¿y qué pasa con los nuestros? Ellos también asesinaron a mi amigo. Esto no se va a quedar así.

Valeriano no perdonaría nunca el asesinato del secretario del Sindicato de Oficios Varios de El Bierzo a manos, según se decía, de los amigos del hijo de don Arturo Bodelón. Aunque había sobrevivido a la refriega, había muerto cuatro días después.

Ella temía por la vida del Jilguero.

—Entonces, tú... ¿has recibido alguna amenaza?

—Poco importa —respondió apartándose de ella, como si con ese gesto rechazara también su pregunta—. Muchos compañeros han muerto por la causa obrera. Sí, claro, también estoy amenazado, incluso de despido, como tantos otros. Hasta llegaron a ofrecirme una subida de sueldo y un ascenso si me dejaba de «ideas locas», como dicen ellos. Creen que todo se arregla con dinero. Además, sé que unos cuantos me tienen ganas.

El codazo de su madre la sacó de su ensimismamiento.

—Vamos a comulgar, Nía.

—No, madre, hoy no.

—¿Cómo que no vienes? ¿Qué pasa?

—No me he confesado —se le ocurrió responder.

Al percatarse de que el cuchicheo entre ambas comenzaba a llamar la atención a otros feligreses, su madre se atusó bien el velo; la fulminó con la mirada; se levantó con aire altivo y se dirigió bien erguida hacia el altar. En casa en cualquier momento estallarían la tormenta, de eso estaba segura. Quizás había llegado el momento de ser valiente, de poner las cartas sobre la mesa. No soportaba acompañarla a la eucaristía cada domingo. Sí, don Fernando era un buen hombre, tal vez el mejor párroco del mundo, pero siempre repetía lo mismo. ¿Por qué la Iglesia no aconsejaba mejor a los ricos y les hacía entender lo que significaba, realmente, el amor al prójimo?

Nía dirigió su mirada a la zona más próxima al altar. Allí estaban, en primera fila, los de siempre con sus reclinatorios de terciopelo, con los mejores sitios reservados para ellos, con trajes y corbatas, con las sonrisas de satisfacción... y, míralas a ellas, observándose de reojo para ver quién lleva el vestido más caro, el más vistoso, la mantilla más llamativa.

Ite missa est. Por fin, don Fernando daba por acabada la misa. Se sintió aliviada.

A la salida se palpaba un ambiente de preocupación. Un joven leía en voz alta un folleto pegado en la fachada del templo. Al acercarse se enteraron de que era un decreto del gobernador de León, firmado el día anterior, 9 de diciembre. En él, cumpliendo órdenes del Ministerio de la Gobernación, se declaraba el estado de alarma para asegurar el orden público y prohibía la formación de grupos, el estancamiento en la vía pública, los derechos de reunión y manifestación, los de asociación y sindicación...

Nía esperó la salida de Araceli. Mientras, la señora Avelina decidía posponer la disputa con su hija y se acercaba a saludar a don Lisardo, uno de aquellos

señorones de Ponferrada que ella conocía de los tiempos de sirvienta en casa de los padres de Rita. El ricachón, rodeado de un abnegado círculo de oyentes, se explayaba con su análisis particular sobre la situación: «Os lo digo yo: estos demonios son peligrosos. No respetan ni la prohibición de reunión y manifestación del señor ministro. El Gobierno, con muy buen tiento, pone en marcha el estado de alarma para evitar males mayores. Ahora los del Sindicato Unificado Minero han proclamado el comunismo libertario en Fabero. Han cometido todo tipo de tropelías en la zona. —Bajó el tono de voz, miró alrededor manteniendo en vilo al público—. Lo sé de muy buena fuente. Esta noche ha sido horrible. No les importan las muertes de la gente decente. No tienen ni vergüenza ni corazón. Solo entienden el lenguaje de las armas.»

Nía notaba los latidos rápidos del corazón. ¡En Fabero habían proclamado el comunismo libertario! ¿Qué sería de César? ¿Sabía Araceli que su novio corría peligro? La había visto entrar un poco tarde en la iglesia acompañada de sus padres. Parecía estar muy tranquila. De pronto se acordó de Valeriano. «Dios mío, ¿dónde estás? Quiero saber dónde estás», se repetía para sus adentros. Le costaba pensar con claridad. No lo veía desde hacía días, últimamente estaba muy ocupado. La rabia se había apoderado de él.

La diatriba del señor Lisardo quedó interrumpida por un grupo de jóvenes que corrían tras la bandera roja y negra de los anarquistas con una pancarta del Sindicato Unificado Minero. Al ver a los feligreses concentrados a las puertas de la iglesia, se detuvieron un momento. El más alto se dirigió a los parroquianos: «Hola, amigos, a vosotros sí os dejan reuniros, ¿eh? ¡Claro, como el curita os vigila! —Los acompañantes estallaron en una carcajada—. Abrid los ojos, camaradas, no os dejéis embaucar por esos cuervos con sotana. ¡Viva el comunismo libertario, abajo la represión!»

La mayoría de los parroquianos había retrocedido instintivamente. Nía se mantuvo inmóvil: intentaba identificarlos. ¿Conocería alguno de ellos al Jilguero? Era probable: él mantenía muy buenas relaciones con los del Sindicato Unificado Minero; César era su tesorero; quizá sabían algo de Valeriano. Volvió

la mirada hacia los acompañantes de don Lisardo y se fijó en un joven que se había llevado la mano al bolsillo del abrigo. La hostilidad entre unos y otros crecía por momentos. Se preparó para detenerlo: en el caso de que intentase sacar una pistola se lanzaría contra él. No estaba dispuesta a presenciar otra matanza. Se sobresaltó cuando Araceli se acercó con sigilo a ella y le susurró:

—Fíjate en el Lisardón, de un momento a otro se mea.

En efecto, el orador había enmudecido y permanecía medio encogido en el centro del grupo de oyentes.

La cuadrilla miró con gesto despectivo a la concurrencia y, con los puños apretados y cruzados sobre la cabeza, cantaron uno de sus himnos revolucionarios. Al acabar, remataron con un: «Salud, proletarios. Libertad y fraternidad.»

Tal como aparecieron se marcharon, con sus cantos, con su bandera y con su juventud. Los feligreses fueron dispersándose poco a poco.

De camino a casa, Araceli le confesó a su amiga que estaba convencida de que su novio había participado en la revuelta: «César no tiene miedo, Nía. Nunca me ha ocultado su convicción de que la revolución es la única vía para lograr una sociedad nueva y justa.» Recordó las palabras de Valeriano: «En la vida todo comporta un riesgo.» Por suerte, su madre parecía haber olvidado la trifulca por la eucaristía, ansiosa como estaba por conocer los últimos acontecimientos.

La revuelta

Por la tarde, Esther y Araceli pasaron a recogerla. A su madre no le hizo gracia que saliese tal como estaba la situación, aunque fuese con las amigas. No paraba de acudir al bar gente ávida de información. Según contaban, la provincia de León estaba en pie de guerra, en España la huelga era general y hasta se habían colocado bombas en los transportes. El tono y las especulaciones de los parroquianos iban en aumento a medida que nuevos vecinos se sumaban a la conversación.

La llegada de don Daniel templó los ánimos.

—Venga, Juan, ponme el café y la copita de siempre. La partida no puede esperar.

Morete lo aguardaba con las fichas de dominó preparadas para iniciar la tradicional partida del domingo. Muchos vecinos rodeaban la mesa, quizá más interesados en los comentarios de don Daniel que por el juego. Después del primer sorbo, el maestro trató de tranquilizarlos.

—Al parecer las fuerzas del orden han controlado el avance de los mineros y les han impedido llegar a Ponferrada.

Pedro Santín, portero de la Minero Siderúrgica de Ponferrada, asintió. Y si él lo decía era porque lo sabía de muy buena tinta. Siempre había sido así.

—Los revolucionarios asaltaron el cuartel de Vega de Espinareda y se cargaron a dos guardias pero, según me ha llegado, las fuerzas del orden lo

tienen todo controlado. Quisieron tomar Ponferrada pero no lo consiguieron porque los pararon más o menos por Cacabelos.

Las chicas salieron del bar y caminaron por la vereda del río Sil hacia la Encina. Hacía frío. Andaban rápido, una tras otra, casi al trote. Necesitaban encontrar respuestas a los temores.

—No quiero pensar mal, pero hace tiempo que no sé nada de César. Si en Vega de Espinareda hay enfrentamientos entre los mineros y los guardias, seguro que él está metido en el ajo —confesó Araceli.

—Según su hermana, Antonio está destacado allí. Yo no sé qué pensar. Siempre he oído a mi padre defender a los obreros, pero ellos también matan a los guardias —afirmó Esther.

Araceli frunció el ceño y la miró sorprendida. Nía le hizo un gesto de sosiego. No sabía hasta qué punto su amiga era consciente de lo que decía. Estaba convencida de que le gustaba Antonio y el enamoramiento le jugaba malas pasadas. Sufriría, seguro. No sabía cómo acabarían afectando a la amistad del grupo los sucesos que estaban viviendo y las circunstancias particulares de cada una de ellas.

Sus peores temores se hicieron realidad. Esa tarde, Valeriano no la esperaba a la puerta como acostumbraba. Aguardó un buen rato dando vueltas por la calle. Con la mirada puesta en el portal, intentó entretenerse con algo. Se puso a contar la gente que subía por La Calzada y la que lo hacía por el Rañadero. Cuando se cansó, recordó una de las frases de su madre: «Quien canta, su mal espanta», y entonó la *Milonga sentimental* de Gardel.

Miró al cielo, estaba a punto de llover. Entró con decisión en la casa y comenzó a subir por la escalera como ya hiciera tantas otras veces antes, pero ahora le parecía un oscuro túnel hacia ninguna parte. ¿Y si le abría la puerta la

casera? ¿Qué excusa le pondría? Le diría que era una prima de Valeriano. Oyó pasos. El pánico se apoderó de ella. ¿Y si alguien la había visto?, ¿qué pensarían de su actuación? Retrocedió y corrió sin mirar atrás, se plantó en la calle y no paró hasta el Bar el Turco, donde la esperaban Araceli y Esther. Un sentimiento de honda preocupación dominaba el ambiente: la concurrencia parecía estar acongojada por el miedo.

Manolo, el camarero, le sirvió el café con la leche caliente, como ella había pedido y le preguntó:

—¿Por dónde anda el Jilguero?

—No lo sé. Hoy no lo he visto.

—Hace poco llegó un camión con unos cuantos detenidos. Los metieron en el calabozo del Ayuntamiento. Supongo que a estas horas ya los tendrán en chirona.

El camarero había hablado muy bajito. Con disimulo miró alrededor, recogió la bandeja y se fue hacia la barra. En la radio se alternaban la música clásica y los anuncios llenando el silencio que reinaba en la sala.

La confianza de Manolo la dejó helada. Valeriano había faltado a la cita y ella ignoraba los motivos. César y sus amigos de Fabero siempre hablaban de la revolución social y el Jilguero, desde el triunfo de la derecha, cada vez estaba más cabreado con el Gobierno. ¿Habría participado en la refriega contra la Guardia Civil? ¿Lo habrían detenido y por eso no había acudido a la cita? No podía con los nervios. ¿Y si corría peligro su vida?

—Manolo dice que han traído a muchos detenidos, ¿sabéis si ha reconocido a alguno? ¿Te ha llegado alguna noticia de César, Araceli?

—Nada, Nía, no sé por dónde anda. Seguro que él es uno de los cabecillas de la revolución. Los mineros esperaban este momento desde hace tiempo y la situación ha ido empeorando. Tuve la corazonada de que quizás hoy no te esperarían y por eso nos hemos venido directas hacia aquí. Las cosas no pintan bien. La radio habla de huelgas y tumultos en todo el país, pero de El Bierzo poco sabemos.

—Quizá si volviese Antonio nos podríamos enterar de algo, igual pasa por tu bar, Nía —se atrevió a insinuar Esther.

Pero a Nía no le apetecía verlo. Había pasado casi un mes desde el magosto y por fortuna no se lo había vuelto a encontrar. Por un momento, imaginó a Valeriano esposado bajo la vigilancia del guardia civil. Rechazó la imagen. En ocasiones las cosas, sin saber bien por qué motivo, se torcían. Observó el asiento vacío de Valeriano y le pidió a Esther que si veía a Antonio no le comentase nada. Estaba desconcertada y recelosa. No podía olvidar la mirada fría del que fue su amigo.

Al volver a casa ayudó a Juan a recoger un par de mesas. Cenó poco y decidió irse a dormir temprano. Ante su madre fingió sentirse indispuesta. Su cara al verla llegar lo había dicho todo. Por nada del mundo quería entrar en pelea con ella. Nía dio las buenas noches justo cuando un grupo de nuevos clientes entraba en el bar.

Durante unos instantes se quedó sentada en la cama con la mirada fija en la ventana. Le parecía que no había visto a Valeriano desde hacía una eternidad. Cuanto más pensaba en él, más aumentaba el miedo y la sospecha de lo que le hubiera podido pasar. ¿Y si lo habían detenido? ¿Y si le habían disparado? No, según había oído los muertos eran dos guardias civiles.

Los sucesos del día se dibujaban a retazos. A veces, flotaban como en un gran vacío y los intuía oscuros como la noche sin luna. De fondo, percibía el movimiento de las fichas de dominó y las discusiones por alguna jugada. Dormir, eso, dormir era la solución. El tiempo pasaría más rápido. Seguro que al día siguiente llegarían buenas noticias.

Un sonido cercano e intermitente la despertó. Era muy tarde. La casa estaba en silencio y solo se escuchaba los ronquidos entrecortados de su madre y el sonido de un tren a lo lejos. Intentó conciliar el sueño de nuevo; la imagen de Valeriano permanecía clavada en su memoria. Tres golpecitos muy cercanos la

alertaron. Alguien estaba lanzando piedrecitas a su ventana. Saltó de la cama dispuesta a descubrir de quién se trataba. En la oscuridad de la noche apenas se distinguía el jardín. Un silbido fino y continuado interpretaba un tango de Gardel. Reconoció la melodía. Era la misma que compartieron aquella primera noche en el tren. Solo podía ser él.

Abrió con cuidado la ventana de madera de nogal, hinchada por la humedad. Aun así, crujió. Se mantuvo inmóvil y con el corazón acelerado.

Al fin lo divisó al lado del pozo, movía los brazos y le indicaba que bajase. Fuera hacía frío. Cerró la ventana con cuidado y se puso el abrigo sobre el camión. Solo le importaba abrazarlo. Acercó la oreja al tabique de la habitación de su madre para comprobar si dormía. Sabía que su hermano Juan no se despertaría.

Abandonó la habitación de puntillas y con sigilo. Echó una ojeada a las puertas cerradas de los dormitorios y bajó la escalera con cuidado de no hacer ruido. Por un momento, al abrir la puerta de atrás, olvidó toda prevención y corrió a abrazarlo. Se agarró muy fuerte a su cintura. No pudo contener las lágrimas de la emoción.

—Tranquila, estoy bien. —Le acarició la melena y enjugó sus lágrimas—. Venga, ya ha pasado todo. Estamos juntos de nuevo.

En el silencio de la noche, la tos de la señora Avelina los mantuvo inmóviles y casi sin respiración unos segundos. Valeriano trató de explicarse con rapidez.

—No sé si me buscan o si me tendrán fichado. Hoy, a primera hora, nos llegaron noticias de la insurrección de los camaradas de Fabero, y algunos intentamos unirnos a ellos. Los teníamos a cuatro pasos. Justo cuando ya los habíamos divisado y empezábamos a bajar del monte para llegar hasta ellos, vimos cómo llegaban los de seguridad en los camiones, los rodeaban y se los llevaban detenidos. No pudimos hacer nada para evitarlo. Nos percatamos de que un par de guardias controlaban los alrededores con prismáticos y huimos. Ignoro si nos identificaron. Por eso no pude ir a la pensión.

Las luces de la tahona se encendieron. A veces, el padre de Araceli dormía allí

para cocer pronto el pan. Nía lo condujo hasta detrás del pozo y se mantuvieron agachados intentando tomar una decisión rápida. ¿Dónde podría esconderlo? El gato salió del trastero y fue a rascarse en su pierna.

—Tranquilo, *Pitís*, no se te ocurra maullar ahora. —Lo cogió en los brazos y el minino se entretuvo jugando con las lorzas del camisón.

La proximidad del río aumentaba la sensación de frío y la humedad. Tiritaba. Aunque se había puesto el abrigo y el camisón era de franela, no llevaba medias y había bajado descalza para no hacer ruido.

—Tal vez no fue una buena decisión venir a verte. Pero sabía que estarías intranquila. No me gustaría complicarte la vida. Si me han fichado, a estas alturas estarán registrando mi habitación.

Hablaban en un tono casi inaudible. Todo parecía resonar con más fuerza en medio de aquel paisaje invernal: árboles y setos sin hojas, la huerta en barbecho y a la espera de las primeras labores de primavera. Las luces apagadas de las casas aumentaban la sensación de soledad en medio de la noche.

Entonces, Nía cayó en la cuenta: el mejor escondrijo era el trastero donde iban a parar los cachivaches, los garrafones y mil utensilios del bar. Normalmente, allí entraban de tarde en tarde.

Volvió otra vez a la casa, del interior de la alacena extrajo la llave y se adentraron en aquella especie de madriguera un tanto tétrica que al Jilguero le pareció la mejor mansión del mundo. Nía lo guio por el espacio conocido en medio de la oscuridad, de la mano y a tientas.

El frío se disipó: desnudos uno y otro se olvidaron del mundo. Hicieron el amor con desenfreno sobre un lecho improvisado de sacos vacíos, acuciados por la sensación de peligro inminente.

Con la luz del amanecer, Valeriano observó el espacio repleto de garrafones, botellas y otros cacharros: en cualquier momento la madre o el hermano lo

podrían encontrar allí. Abandonó el trastero al alba ante la mirada indiferente de *Pitís*, el único ser de la casa despierto a aquella hora.

Nía le había demostrado amor y fortaleza, pero no tenía derecho a ponerla en peligro. Apenas había dormido; no había parado de dar vueltas a la situación. Si no acudía al trabajo o a la pensión levantaría muchas sospechas. Decidió cambiar de planes. Como en el trabajo tenía turno de tarde, diseñó el plan que le pareció más razonable: saldría de la guarida y caminaría tranquilamente por la ciudad. Después, se pasaría por El Turco para ver lo que se decía y acabaría en la pensión como quien no quiere la cosa. Si la casera le hacía alguna pregunta sobre su ausencia, la respuesta sería clara: ante la agitación reinante se había visto en la tesitura de trabajar para el sindicato. Los primeros camaradas sublevados habían fracasado en su levantamiento y, a buen seguro, ahora la mayoría estaría en prisión.

Puede que fuera un soñador, pero vislumbraba un mundo nuevo de solidaridad y justicia. La lucha y la educación lo cambiarían todo. En cualquier caso, ese era su sueño.

A lo largo de la mañana, una vez más, la vida le vino a demostrar que, tras la tempestad, siempre llegaba la calma: nadie lo llamó a declarar ni lo detuvo. Por esa vez, se había salvado. Ya podía continuar conspirando y ¡vaya si lo haría! Andaría con cuidado. Se movía por terrenos resbaladizos y las últimas horas le habían demostrado, una vez más, la fuerza del poder.

Por los viejos tiempos

En Nochebuena no paró de nevar; aun así, casi todas las familias del barrio acudieron a la iglesia de San Pedro a la misa del gallo. Nía consiguió quedarse en casa con la excusa de atizar la estufa, así el bar estaría preparado para celebrar la fiesta. Los vecinos consideraban al bar Lavandeira el centro social del barrio. Desde el mismo momento en que el señor Enrique lo abrió, él mismo se había convertido en una especie de valedor y de confesor laico de las preocupaciones de todos.

Juan era un manitas y, desde bien pequeño, se había encargado de ir construyendo las figuritas de madera del pesebre. Aquella afición lo había conducido a su oficio de carpintero. Cada Navidad sorprendía a la familia con una nueva pieza. A Nía le gustaba especialmente la figura de san José con unos anteojos iguales a los de su padre y con la mirada risueña siempre pendiente de la familia. Ella se entretenía cada año en montar el belén de manera diferente. Situó el castillo de los Templarios, la nueva pieza diseñada por su hermano, en la parte más alta. Construyó un paseíto paralelo al río y, aunque solo ella conocía el simbolismo, allí colocó un pastor y una pastora, imagen suya y de Valeriano.

Cuando finalizó la misa, los vecinos llegaron al bar contentos, pero muertos de frío. Araceli entró la primera con un collar de higos secos y pasas a modo de perlas. Detrás de ella llegó su padre y un pequeño coro de vecinos cantando

villancicos. Parecían todos dispuestos a pasarlo bien, olvidar los problemas del año y prepararse para el siguiente.

Una vez más, cada uno contribuía a la fiesta como podía. Roscones, turrón, dulces y bebidas típicas los acompañaron hasta tarde. Ya de madrugada se fueron retirando, y justo cuando ella y su hermano estaban a punto de cerrar apareció Antonio. Se apoyó en la barra y con una vocecilla estúpida y una risita provocadora se dirigió a ambos:

—Vaya, vaya, menos mal que me encuentro a los dos hermanitos Lavandeira juntos. —Nía no respondió; en cambio, Juan parecía encantado con la visita de su amigo.

—Felices fiestas. Hace tiempo que no te veo por el barrio.

—Sí, llevo una buena temporada trabajando mucho. Al parecer hay gente que no está tranquila y le gusta tener a la Guardia Civil entretenida. ¿Me ponéis un vino? Voy al retrete.

—¿Has visto qué chulería? Le encanta hacerse el importante —murmuró Nía, mientras secaba el último vaso.

Juan miró hacia el lavabo e hizo un gesto a su hermana para que bajase el tono de voz.

—Bueno, Nía, no te lo tomes a la tremenda.

—¿Te has fijado cómo me ha mirado? No aguanto su soberbia. Si sigo aquí la vamos a tener. No me pienso callar ante sus provocaciones.

—Sí. Últimamente no se le ve muy contento.

—¿Acaso son horas para hacerse el mártir con el trabajo de la Guardia Civil? A ver con qué cuento te viene hoy. —Nía colocó las manos en la cintura a la espera de respuesta.

—Disimula, por favor. Es Nochebuena y tal vez ha bebido un poco más de la cuenta.

—Sí, a mí también me lo ha parecido. Desde que entró en la Guardia Civil se cree un general. No lo aguanto. —Resopló mirando hacia el lavabo.

Juan dejó la bayeta en el fregadero y miró a su hermana con preocupación.

—Nía, somos amigos de toda la vida.

—Eso creía yo, pero no lo parece. En ocasiones pasa por mi lado como si no me conociese; en otras tengo la impresión de que me sigue. Personas como él, con uniforme y arma, son una amenaza.

—Vale. Calla, que nos va a oír. En estos tiempos conviene tener buena relación con la Guardia Civil.

—Pues si quieres tener buena relación con él, no le llesves la contraria. No te vaya a pasar lo mismo que cuando tú y Paquito os negasteis a que fuese siempre el capitán de la pandilla. Tu ojo derecho aún lo recuerda. ¿Cuánto tiempo lo tuviste morado?

—Le obsesionaba estar al mando. Pero a ti te hacía caso; siempre te protegía.

Nía dobló el delantal y lo dejó en el estante debajo de la barra. Tras dar una palmada en la espalda a su hermano, le anunció:

—Pues ahí te lo dejo. Ni me interesa su tutela ni tengo ganas de aguantarlo. Me voy a dormir.

Antonio salió del lavabo justo cuando Juan sacaba la ceniza de la estufa. Arrugó la frente en un gesto de interrogación y miró hacia la puerta de la cocina esperando la salida de Nía en cualquier momento. C cogió el vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—Entonces, ¿te ha tocado trabajar hoy? —preguntó Juan.

—Sí, llevamos meses sin parar. Las cosas andan mal en el país. —Miraba con disimulo hacia todos los lados—. Desde la revuelta de los mineros, aunque muchos están en prisión, no ha regresado del todo la calma. ¿Dónde se ha metido Nía?

—Ha estado esperando, pero como tardabas se ha ido a dormir. Anda un poco cansada. Me ha dicho que te despidiese.

También Antonio parecía agotado, se apoyó en la barra del bar y permaneció callado unos minutos.

—Pues uno de los que anda en jaleos es el novio de tu hermanita. ¡Vaya pieza! Ponme otro vasín.

Juan se quedó de piedra. No le pasó inadvertido el tono sarcástico y algo insolente del amigo hacia Nía. Le llenó de nuevo el vaso con cierta preocupación.

—Ignoro si tiene novio. Si te refieres al ahijado de Morete, yo no sé si han vuelto a verse. En todo caso, a mí no me parece un mal chico.

—Pues las apariencias engañan. Eres mi mejor amigo. Quizás arriesgo mucho contándotelo, pero estoy convencido de que él es uno de los implicados en la revuelta. Algunos de los presos son buenos amigos suyos y él se nos escapó por poco.

—No entiendo adónde quieres ir a parar. Puede que tontee con él, pero Nía no anda metida en esas cosas.

—Eso es cierto, pero más adelante podría comprometerse. A veces, uno se complica la vida sin darse cuenta.

—Estate tranquilo, te lo vuelvo a repetir: Nía no tiene que ver con esos líos. Hablaré con ella, pero mi madre ha de permanecer al margen. Por nada del mundo quiero que se lleve un disgusto. La muerte de mi padre le afectó mucho a la salud. No la veo bien y ella se preocupa enseguida. No se puede enterar de esto.

Antonio lo miró con simpatía, bebió otro sorbo de vino y lo saboreó chiscando la lengua contra el paladar.

—Tranquilo, Juan. Quiero a tu familia y lo sabes. Para mí la señora Avelina es como mi segunda madre. Recuerdo cuando me preparaba las mismas rebanadas de pan con azúcar que os hacía para merendar a vosotros. Si te comento esto en secreto, y me juego el puesto con ello, es porque poseo información confidencial. No puedo decirte mucho más, no obstante, vigila a tu hermana. Te lo dije hace unas semanas y te lo vuelvo a repetir ahora: no va por buen camino.

Acabó el último trago, cogió el tricornio, le hizo el saludo militar, sonrió, le dio las buenas noches y se marchó.

Juan permaneció en pie, pensativo y perplejo al mismo tiempo.

Quien espera, desespera

Abril de 1934

A pesar de la crudeza del invierno y de las tensiones políticas, Nía y Valeriano continuaron alimentando el calor de la relación. Tras la confidencia de Antonio, Juan la había amonestado y le aconsejó de nuevo que no se metiese en jaleos. Sin embargo, los cuentos de su relación con el «revolucionario» llegaron a oídos de su madre y el enfrentamiento entre ambas no se hizo esperar.

—Me vas a matar a disgustos. Ninguno de tus hermanos me ha hecho pasar por lo que me estás haciendo pasar tú. Al parecer se te ha subido a la cabeza lo de la libertad de la mujer y todas esas tonterías de las jóvenes de ahora.

Juan le preparó a su madre una tila y se colocó a su lado tratando de calmarla. Nía aguantó el chaparrón como pudo e intentó defenderse.

—¿Tanto le disgusta que me haya enamorado, madre? ¿Acaso usted no lo estuvo también?

La señora Avelina se sonó los mocos.

—Cada vez eres más descarada.

—Nía, cállate, madre solo está preocupada por ti.

—¿Por qué me he de callar? —Se encaró con su hermano tras dar un empujón a una de las sillas de la cocina—. ¿Acaso digo alguna mentira? Ella también se enamoró y, además, se casó justo con la misma edad que tengo yo ahora. Si eso

es que se me ha subido a la cabeza lo de la libertad de la mujer, entonces a ella le ocurrió lo mismo.

—No te consiento que le hables así a madre. Le debemos un respeto. Ya te avisé en su momento y no toleraré esa actitud deslenguada.

—No, no... —la señora Avelina estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, tartamudeaba y parecía incapaz de hilar las palabras— no te permito..., no compares a tu padre con ningún sinvergüenza.

La alusión a su padre y el insulto a bocajarro hacia Valeriano la sacaron de quicio.

—Mi padre siempre me entendió mucho más que usted y no iba cada día a la iglesia a darse golpes en el pecho y a rezar. Además, le voy a decir una cosa: mi padre se alegraría de mi relación con un hombre que lucha por una vida más digna para los humildes.

—Eres una desvergonzada. Te mereces unas buenas bofetadas. Sube a tu habitación y ya hablaremos mañana.

Nía abandonó la cocina dando un portazo. La señora Avelina cerró los ojos y se recostó sobre el respaldo de la silla mientras intentaba recuperar el aliento.

—Estoy agotada. Hijo, necesito descansar.

Juan la ayudó a levantarse e intentó tranquilizarla mientras la ayudaba a subir la escalera.

Al cabo de un rato, la joven, preocupada, entró en la habitación arrepentida, pero la madre se mantuvo muda y ni tan siquiera se ablandó ante las lágrimas de su hija pidiéndole perdón. A pesar de todo, ella le preparó una sopa de gallina que le subió Juan y, solo así, accedió a probarla. Ahora dormía plácidamente, había dejado de toser hacía rato y roncaba de vez en cuando.

En su cuarto, Nía no lograba recuperar la calma. Hacía días que no se encontraba bien. Primero pensó que la primavera había llegado demasiado pronto y el calor repentino la fatigaba. Luego aparecieron los vómitos secos, el ardor de estómago y los mareos. Hasta entonces, no le había dado importancia al retraso de la menstruación, siempre irregular, pero ahora su cerebro no paraba de

dar vueltas a la misma idea. Sentía una especie de tapón en el estómago. Seguramente le habría sentado mal algo que había comido y no acababa de mejorarse. Pero ¿y si estaba embarazada?

Las horas pasaban lentas y no conseguía dormir. Necesitaba encontrar la respuesta a aquella pregunta. Trató de concentrarse y recordar el día de la última regla. Nada. Sintió pánico. No quería ni pensarlo pero, si estaba embarazada, la reacción de su madre y de su hermano serían imprevisibles. ¿Qué sería de su vida? Y, sobre todo, ante tal situación, ¿cómo respondería Valeriano?

Permaneció despierta hasta bien entrada la noche. En medio del silencio bajó al bar en busca del calendario. Todo estaba muy oscuro. Contó los dieciséis escalones desde el primer piso a la planta baja y tardó unos minutos en abrir con un movimiento lento e imperceptible la puerta del bar. A tientas recorrió el espacio palpando las mesas. Subida a un taburete alcanzó el calendario y recogió la linterna de uno de los estantes del mostrador.

De nuevo bajo la colcha de la cama, desplegó el almanaque. Aunque estaba acostumbrada a ver la imagen, observarla tan de cerca y con la luz enfocándola la sobresaltó: la Inmaculada Concepción de Murillo, de una traza parecida a la que había en la iglesia, flotaba sobre unas nubes grisáceas, rodeada de montones de angelitos, dos de los cuales estaban a punto de colocarle una corona de estrellas. Recordó muy bien el día anterior a la primera comunión cuando un cura joven, sustituto puntual de don Fernando después de una operación, reunió a todas las niñas y les recordó la necesidad de ser puras como la Virgen. Ella no había entendido nada, y las veces que había tratado de preguntarle a su madre esta había esquivado la cuestión. Cuando por fin le contestó, su explicación fue que por eso se rezaba eso de «ave María Purísima, sin pecado concebida».

Ahora, la Virgen Purísima se le presentaba en todo su esplendor levitando como un espectro, con los ojos entornados hacia arriba, las manos juntas en gesto de oración, los pies apenas visibles bajo las capas de tela y una melena que, estaba convencida, si Araceli la tuviese delante con seguridad le metería la tijera. A aquellas alturas de su vida ya había resuelto sus dudas sobre lo de la

«concepción» y lo de «Purísima», y ya sabía que nunca podía ser pecado amar hasta el éxtasis. Deseó que la imagen no fuese un mal presagio.

Pronto se dio cuenta de lo inútil de su recorrido en busca del calendario: solo podía empezar su cálculo desde el mes en el que estaban, abril, porque era costumbre arrancar cada hoja al concluir el mes.

Apagó la linterna, ocultó estirado el calendario bajo la cama y tiró de cálculo mental. Después de dar vueltas y más vueltas al asunto concluyó que su última regla había tenido lugar la víspera de Reyes. De eso hacía ya tres meses.

Fue incapaz de conciliar el sueño. Solo pensaba en una cosa: necesitaba ver a Valeriano. A la mañana siguiente le hizo llegar una nota a través de Araceli para no levantar sospechas.

Amor mío:

Te envió esta nota por Araceli porque necesito informarte de la situación en la que me encuentro. Vaya por delante que estoy muy nerviosa, casi desesperada, por diferentes motivos. Necesito verte inmediatamente. Mañana sobre las once me toca ir a lavar al río. Nos podemos encontrar a la altura de la cerámica.

Siempre tuya,

NíA

La encrucijada

Lo divisó a lo lejos, caminaba entre las huertas con paso ligero. Al verlo, se sintió aliviada. Su presencia la ayudaba a descargarse de preocupaciones y le daba fuerza y seguridad; solo deseaba vivir el presente y el futuro en su compañía.

Hizo un esfuerzo por mantenerse serena ante el problema del embarazo. No era una situación fácil, pero tampoco se trataba necesariamente de una desgracia. Todo tenía arreglo y, a menudo, las dificultades desaparecían como el agua que arrastra la corriente del río. Entre los dos encontrarían alguna solución. En realidad ella creía haberla descubierto ya.

A medida que Valeriano se acercaba y a pesar de su sonrisa franca, Nía adivinó su inquietud. No necesitaba hablar con él para percibir su intranquilidad ni escuchar sus palabras para captar su impaciencia, hasta ese punto creía conocerlo.

Lo esperó de pie inmóvil e insegura. ¿Cómo reaccionaría ante semejante circunstancia?

Valeriano le cogió la tabla y el barreño con la ropa lavada. Enseguida se guarnecieron bajo un sauce intentando no ser vistos. Cuando se abrazaron, Nía se echó a llorar.

—Tranquilízate, ¿qué te pasa? —Le acarició el cabello y la atrajo aún más hacia él.

—Creo que..., creo que estoy embarazada.

Se sintió avergonzada: actuaba como una niña que no podía contener las lágrimas. Se agarró a él con fuerza.

Valeriano contuvo por un momento la respiración. La noticia suponía un auténtico mazazo pero era preciso reaccionar con serenidad. Se separó de ella, la cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—Pero... ¿estás segura?

—No puedo dormir. Estoy muy asustada. Después de darle vueltas y vueltas estoy convencida: llevo ya tres faltas desde Reyes. Al principio no le di importancia, pero, últimamente, estoy cansada, tengo náuseas y me mareo constantemente. Tengo todos los síntomas de un embarazo.

—Bueno, tranquilízate. Encontraremos una solución.

—Mi madre está muy enfadada conmigo. Alguien le ha ido con cuentos y está al corriente de nuestra relación. Cuando se enteren del embarazo, no quiero imaginar lo que sucederá.

—Nía, no te adelantes. Esto es cosa nuestra. Ya somos mayores. Lo resolveremos juntos.

Se sentaron sobre una roca. Soplaba una brisa primaveral.

—Sospecho que Antonio, el guardia civil, está detrás de esto, o bien alguien cercano a él. Lleva tiempo intentando poner a mi hermano en mi contra advirtiéndole de que ando con «malas compañías»; no me fío de él. Seguro que se las ha ingeniado para hacerle llegar el cuento a mi madre. Es muy astuto y sabe arreglárselas para que no sospechen de él.

—De nada sirve llorar o hacer especulaciones. Lo importante es encontrar una solución a las dificultades.

—Tienes razón. Yo estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. Lo mejor sería que nos marcháramos a Madrid. La capital ofrece muchas posibilidades. Una vez allí podemos pedir ayuda a Rita e incluso a Alberto de Paz. Tú me has comentado que habías pensado, en más de una ocasión, irte a trabajar cerca de la central de UGT y a mí no me da miedo buscar trabajo.

—Hemos de intentar resolver esto de la mejor manera posible, preciosa. Con la excusa de hacer unas gestiones en el banco tengo permiso del encargado, pero he de volver cuanto antes al despacho. Con calma, decidiremos lo mejor. De momento no me parece una buena decisión huir a Madrid. Tú eres muy joven, no corren buenos tiempos para encontrar trabajo, ni tan siquiera allí. No creo que sea el momento de tener un hijo tal y como están las cosas en el país.

La propuesta la dejó desconcertada. Jamás se había imaginado lo que Valeriano acababa de insinuar. Le vino a la mente el quinto mandamiento, «No matarás», y las palabras de don Fernando sobre el asesinato de inocentes. Pero no fue capaz de articular una respuesta: él se oponía a todo lo que sonase a curas. Solo se atrevió a contestar:

—Pero..., no sé qué pensar. Estoy aturdida.

—Es la solución más razonable. Ni uno ni otro podemos asumir la responsabilidad de ser padres. Nos destrozaría la vida. Yo no puedo dejar en la estacada a tanta gente que confía en mí.

—Lo que planteas está prohibido, Valeriano. No podemos hacer eso.

—Los mandamases prohíben muchas cosas y luego ellos hacen lo que quieren. Eso pasa aquí, pero no ocurre igual en otros países como en Suiza o en la Unión Soviética, donde el aborto es legal. Muchos nos esforzamos por cambiar nuestro modelo social. No es fácil, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Nía permaneció muda, como aletargada. Ni se le había pasado por la cabeza semejante solución. Hacía fresco, pero hubiera necesitado un buen chapuzón para despejarse. El rumor del agua continuaba impertérrito, con un ritmo suave, ajeno al mundo y a las preocupaciones.

—Quizá deberíamos valorar otras posibilidades... —balbuceó.

Estaba avergonzada. ¿Por qué no le confesaba que para ella el aborto era pecado? En su vientre había una nueva vida. Pero ¿y si él tenía razón y era lo mejor dadas las circunstancias?

—Nía, yo conozco a alguien que nos puede ayudar en este trance. Algunas

conocidas mías han acudido a ella. No es un drama. La vida está llena de dificultades y se trata de aprender a superarlas. Además, ¿dónde quedan tus ilusiones y tu fuerza? Afrontemos esta situación y verás cómo, más adelante, conseguiremos lo que tanto deseamos. Todo tiene un tiempo.

Le costaba reaccionar. Tenía la boca seca y el frío metido en el cuerpo.

—Ahora estás cansada. Han sido muchas emociones. Vuelve a casa. Procura descansar. Tienes mala cara y a mí me esperan en el trabajo. Lo siento. No puedo entretenerme más. —La miró con una sonrisa afectuosa, le acarició las mejillas y la besó—. Ánimo, y no te preocupes más de la cuenta. Como te he dicho, todo en esta vida tiene arreglo. Piénsatelo y mañana podemos visitar a esa persona y buscar la mejor solución. Pásate por la sede de UGT sobre las seis.

Un trance amargo

Respiró hondo antes de entrar en el local del sindicato. Le costó golpear el picaporte. Finalmente, se armó de valor y pegó tres golpes secos. Le abrió la puerta Valeriano y con un guiño discreto la invitó a pasar.

—Se me ha complicado un poco la tarde. Estoy en medio de una reunión, espero acabar pronto. —Se dirigió a una mujer sentada en uno de los bancos con el bebé dormido en brazos—. Nía: esta es Ángeles, la esposa de un compañero mío. En diez minutos acabamos.

Se sentó en el banco de enfrente. Al fondo, la puerta entreabierta permitía divisar la sala de su primer encuentro íntimo con Valeriano. Hacía ocho meses que se conocían y su vida había cambiado por completo.

Aunque intentó evitarlo, no podía apartar la mirada de la escena: la mujer, rechoncha y morena, miraba al bebé con la misma ternura que ella había contemplado en el cuadro de *La Virgen amamantando al niño* del despacho de don Fernando. El pequeño debía de tener unos seis o siete meses. Parecía sentirse en el cielo: mantenía los ojos cerrados y libaba con el placer de los insectos en el néctar de las flores.

El niño se había quedado dormido con la boca entreabierta sobre el pezón rojo amarronado de su madre. La mujer recogió el pecho, se levantó y se dirigió a Nía:

—Perdona, cariño, ¿me lo puedes coger un momento? Necesito ir al servicio.

El bebé pasó de unos brazos a los otros sin enterarse. Apenas se movió. Sacó la diminuta lengua, se chupó el ínfimo labio inferior y se acurrucó contra su pecho. Desprendía un olor agradable y dulzón. Sintió un leve escalofrío y una ternura inmensa hacia un ser tan desvalido.

En algún lugar se oía movimiento de sillas. Seguramente había acabado la reunión. Valeriano salió tras unos hombres vestidos con mono azul. Al verla con el bebé en brazos se detuvo un momento pero, sin decir palabra, acompañó a los señores hasta la puerta.

La mujer apareció sonriente. Cogió al bebé y le dio las gracias.

—Asun, puedes pasar. José te espera en el despacho. Está acabando de rellenar unos papeles —la informó Valeriano.

Después se dirigió hacia ella, le pasó el brazo por los hombros y abandonaron el edificio. Se les había hecho tarde y los diez minutos se habían convertido en media hora. La conocida de Valeriano los esperaba. Era una mujer de unos cincuenta años. Nía no había visto a una señora tan alta en su vida, con las manos enormes y unos ojos grandes de color esmeralda y aspecto gatuno. Vestía con una túnica blanca y vaporosa rematada con una capa corta sobre los hombros de color crema que realzaba una aparente elegancia y acentuaba, a la vez, su aspecto enigmático. En ningún momento mencionó la palabra «aborto» y se las arregló para hablar de «interrupción, arreglo, pérdida»..., mediante un tratamiento en dos ciclos: uno de herbajes preparados por ella y otro de intervención «más directa». Según explicó, la mayoría de las veces no había complicación alguna. Lógicamente era fundamental que actuaran con discreción y mantuvieran todos el secreto.

Nía prestó atención a las explicaciones. Sus recelos fueron en aumento. Mientras Valeriano conversaba con la siniestra mujer, le llamó la atención un camastro situado al fondo de la habitación, hundido en el centro, y una mesita con todo tipo de utensilios punzantes. Comenzó a tiritar y un sudor frío la recorrió de pies a la cabeza. Aguantó el resto de la conversación en torno a los

costes de la intervención como si viviese en otro tiempo y en otro lugar, fuera de aquella alcoba repugnante.

Las agujas de la torre del Reloj marcaron las ocho y media cuando, después de la entrevista con la mujerona, que le recordó a las hechiceras de los cuentos infantiles, se encaminaron de vuelta a casa. Nía no había pronunciado ni una palabra desde antes de entrar en el domicilio de la bruja. Valeriano la miraba de reojo esperando alguna reacción por su parte. Tras un buen rato aguantando la tensión, se decidió a iniciar el diálogo.

—Estás muy callada, Nía —le acarició la cara en un gesto cariñoso—, ¿qué te ha parecido?

Se detuvieron en seco, ante la irrupción de un grupo de críos, que corría detrás de un pobre perro con un montón de latas atadas en el rabo. Asustado, el animal se metió en el primer lugar que encontró abierto: la basílica de la Encina.

—¡Arrea, es la hora de la misa de la tarde! —exclamó el más alto—. No seré yo quien me espere a que salga alguna de las beatas.

Echaron a correr como una exhalación. A lo lejos se escuchaba el ruido del chucho tropezando contra los bancos. Nía se compadeció del pobre animal y se imaginó la escena en el interior de la iglesia: también allí habían pasado de la calma a la agitación sin haber podido hacer nada para evitarlo.

Anhelaba despertarse de ese mal sueño. Siguieron callados hasta llegar a La Puebla. Los días eran cada vez más cortos y ya había oscurecido. Ante el silencio recalcitrante de Nía, Valeriano volvió a intentarlo.

—¿Me puedes decir qué piensas? A mí me sigue pareciendo la mejor opción. Tú no te preocupes por el dinero, ya me las apañaré yo.

Ella no respondió. La cabeza le daba vueltas como si un tiovivo habitase en su interior. Sentía amargura y pavor a la vez. En ningún momento había pensado en el coste. Se tocó el vientre, ocupado ya por un nuevo ser. Al fin y al cabo, se trataba del hijo de ambos. Se detuvo bruscamente delante de la iglesia de San Pedro. Solo entonces respondió como impelida por un resorte.

—¿Pero tú qué te has creído? ¡A mí me importa un pimiento el dinero! —se

encaró con él—. Seré una ignorante, una mojjigata, una imbécil, pero no pienso arriesgar mi vida en semejante antro ni cometer un pecado.

Aunque se hallaban en plena calle, le gritó sin percatarse de ello. Estaba fuera de sí: lloraba, tenía la cara roja y desencajada.

—¡Cálmate, por favor, cálmate!

Un señor de barba canosa se paró a contemplar la discusión. Al advertirlo, Nía trató de serenarse. Él la acompañó hasta cerca de su casa sin dejar de observarla. Pasado el puente de la estación, volvió a intentarlo.

—Yo solo quiero arreglar las cosas. No es un buen momento para ninguno de los dos. Yo me debo ante todo a la causa obrera; estamos en una época complicada. Tú eres muy joven y tienes todas tus ilusiones puestas en tu carrera de actriz.

Nía notó su irritación y el tono de reproche. Ella continuó callada y con la cabeza baja. Parecía haber encontrado en el suelo a su mejor aliado. Estaban a unos trescientos metros de su casa. Ante el obstinado silencio, él se despidió.

—Prefiero que no me vean los tuyos. No quiero complicar más la situación. Piénsatelo bien. Si te parece, nos veremos el domingo.

Al no encontrar respuesta alguna por parte de Nía, se dio media vuelta y se alejó con paso decidido.

La decisión

No recordaba haber vivido momentos tan amargos desde la muerte de su padre. En casa intentaba mantener a duras penas la apariencia de normalidad: se alimentaba, aunque no se encontraba bien ni tenía ganas de comer. El embarazo provocaba esos síntomas, lo había oído decir muchas veces a las mujeres.

Se sentía tremendamente abatida. No podía compartir con sus amigas el secreto que la reconcomía, en tanto no tomasen una decisión. Vivía angustiada y experimentaba un pánico profundo ante la posibilidad de cometer un pecado mortal. Tampoco Valeriano entendería su zozobra. Para él los curas predicaban cualquier barbaridad con el fin de convertir a los ciudadanos en fieles y tenerlos a todos sometidos y sin criterio propio. Aunque al principio de conocerlo le habían sorprendido semejantes ideas, poco a poco había ido considerando acertada la visión del Jilguero y acabó compartiendo muchas de sus opiniones. A partir de entonces, había recelado del sexto mandamiento y el supuesto precepto divino no sacudía en demasía su conciencia. Al enamorarse de él, comprendió que el amor no era algo impuro, sino más bien una extensión del amor al prójimo. ¿Acaso no era ese otro mandato divino? Pero el quinto mandamiento la torturaba: «No matarás, no matarás, no matarás...», esta cantinela la había torturado a lo largo de tres días de infierno.

Por las noches, la oscuridad redoblaba su sensación de soledad. Su ánimo se debatía entre aceptar sumarse a la alternativa de Valeriano o a la que le dictaba

su conciencia. La indecisión se apoderaba de ella y la consumía en medio de aquella encrucijada. Entonces, caía en una espiral incontrolable de lágrimas, sollozos y suspiros, que se alargaba hasta bien entrada la madrugada y le impedía descansar.

El 1 de mayo, Día del Trabajo, se levantó mucho más animada. No le había resultado fácil tomar la determinación. Valeriano siempre repetía: «La vida no es fácil y es preciso asumir riesgos.» Estaba dispuesta a aceptarlos. Pensar en abortar le producía escalofríos. De repente sintió en su vientre una especie de descarga eléctrica rapidísima, como una especie de calambre que la asombró. Era un movimiento extraño y desconocido, como si algo reptara en su barriga. ¿Habría sido su hijo? Rechazó la idea de inmediato. Seguramente se trataba de una consecuencia más del agotamiento y la confusión de los últimos días.

No había acompañado a su madre a misa desde hacía dos semanas. Ante la imposibilidad de encontrar nuevas excusas urdió un plan, una especie de reto personal: mantenerse ajena a la ceremonia religiosa y, sobre todo, hacer oídos sordos al sermón de don Fernando; mientras el párroco predicaba, repasó los momentos más intensos de su relación con Valeriano. Su «recogimiento» pareció alcanzar el clímax cuando su madre le hizo una señal conminándola a ir a comulgar. Cualquier espectador avezado hubiese quedado seducido por el fervor de sus oraciones. Había tomado una decisión y no dejaría que nadie la desviase de su propósito.

Por la tarde, decidió prescindir de la coartada de las amigas e ir sola a la cita. Sin embargo, en el camino las dudas volvieron a atraparla. Se detuvo en el lugar favorito desde su infancia, a solas: en la orilla del Sil. Allí su fantasía imaginó el agua del río, que en tantos poemas aparecía como el flujo de la vida, entremezclada con el rojo de la sangre. Contempló los renacuajos pequeñitos, apenas recién nacidos. Se estremeció, se apoyó en un chopo y se mantuvo allí unos minutos con los ojos cerrados y con una intensa sensación de mareo.

Llegó al Bar el Turco cansada, pero con la esperanza de solucionar la situación. Se detuvo un momento antes de entrar y, desde la plaza, lo observó

con curiosidad a través del cristal. Allí estaba, aparentemente relajado, comiendo su bocadillo favorito de anchoas con un vaso de vino y dos diarios sobre la mesa, seguramente el *ABC* y *La Democracia*. Era su hombre, atractivo y seguro de sí mismo. Ya no podía imaginar su vida sin Valeriano.

Al verla, dejó a un lado los diarios y se levantó. La cogió de la mano y la acompañó a la mesa. Ella apenas tuvo fuerzas para pedir un café con leche. Él apagó un cigarrillo y encendió otro.

—Venga, Nía, tómate el café. —Le acarició las mejillas—. Verás como entras en calor.

En su mente bailaban las imágenes del camastro, los punzones y la sangre; de los renacuajos y de la madre y el bebé en el banco del sindicato.

Tras una pausa, hincó los codos en la mesa y se acercó a él.

—He decidido seguir adelante con este embarazo: no pienso abortar —pronunció las palabras en un tono apenas imperceptible, pero con firmeza—. Si lo hiciese, no me lo perdonaría nunca.

Él permaneció en silencio un momento.

—Estoy convencido de que te equivocas, pero cada uno ha de tomar las decisiones que considere oportunas y asumir las consecuencias.

Tuvo la impresión de que algo acababa de romperse entre los dos.

SEGUNDA PARTE

NUEVOS RUMBOS

(Abril 1934 – junio 1936)

Secretos de familia

Mayo de 1934

Había decidido escuchar a su corazón y seguir adelante con el embarazo. Intuía que su decisión la forzaría a tomar en solitario las riendas de su vida. Y aunque al principio había dudado, se convenció de que valía la pena correr ese riesgo. Amaba a Valeriano. Le enamoraba su simpatía, la fuerza de su lucha, su defensa de la libertad. Ansiaba sus caricias y añoraba el susurro suave de su voz. Como hombre de acción, acostumbrado a tomar determinaciones radicales y alejado de los principios católicos, resolvía las situaciones con rapidez. Solo ahora se daba perfecta cuenta de hasta qué punto la religión condicionaba su comportamiento. Sabía que no sería fácil, pero seguiría adelante. Estaba segura de no equivocarse. La frase de Valeriano, pronunciada en un tono áspero y definitivo, había quedado grabada en su memoria: «Cada uno ha de tomar las decisiones que considere oportunas y asumir las consecuencias.» Todavía dudaba de si había querido animarla a tomar la decisión libremente o, por el contrario, intentaba quitarse el problema de encima y dejárselo a ella. La incertidumbre la carcomía. No era capaz de descifrar las palabras de Valeriano ni de dejar de darle vueltas al asunto.

Tras dos semanas sin verse, el lunes al mediodía Araceli, con mucho sigilo, le entregó una nota de él. Subió a la habitación, cerró la puerta e intentó tranquilizarse, pero no pudo controlar los latidos de su corazón ni el temblor de las manos mientras abría el sobre.

Querida Nía:

Aprovechando unas jornadas de descanso, mañana partiré hacia Madrid. Como ya hemos comentado en más de una ocasión, no corren buenos tiempos y me debo a la lucha obrera. Nuestro sindicato ha convocado una reunión de delegados con el fin de elegir a los representantes provinciales. De acuerdo con la decisión tomada por los camaradas, Puente Falagán y yo mismo seremos los representantes ugetistas de El Bierzo y, probablemente, también de la provincia.

Me hubiese gustado verte. Confiaba en que lograríamos resolver el asunto, si cambiabas de opinión. Como no ha sido así, he decidido respetar tu decisión y desearte lo mejor.

Un abrazo,

VALERIANO

Releyó el escrito. ¿Acaso la estaba dejando en la estacada? Le costaba interpretar sus intenciones. No, no podía ser tan suspicaz: Valeriano no pertenecía al tipo de personas que huía ante los problemas. ¿Y si aquella no era su letra?

Cogió la silla y buscó encima del armario el *Romancero gitano*. Desenvolvió el papel y sacó su fotografía. Observó la dedicatoria y confirmó lo que ya sospechaba: era su caligrafía. Todo aquello era absurdo. Parecía sacado de una pesadilla. Se fue a la palangana y se refrescó la cara. Repasó la carta unas cuantas veces más. Las lágrimas caían sobre el papel desdibujando las frases. Pero una de ellas se le quedó grabada en el alma: «Confiaba en que lograríamos resolver el asunto, si cambiabas de opinión.»

Según eso, dedujo, el problema se hubiese solucionado solo si ella hubiera aceptado la propuesta de abortar. Sí, ella se había lavado la cara y él, las manos. «¿Será sinvergüenza? Organiza un viajecito y, encima, a Madrid», pensó indignada. Rompió la nota en mil pedazos. Ahora lo sabía: se había enamorado cándidamente de un cretino. Nunca se lo perdonaría. Sintió cómo se le revolvían las tripas, como si una serpiente se hubiese infiltrado en su abdomen y se deslizara muy despacio por él.

Le pareció oír ruido en la escalera, escondió los trozos de papel entre las sábanas y permaneció inmóvil. Su madre parecía rebuscar algo en los cajones de la cómoda de su habitación. ¿Qué pasaría cuando se enterase? Sintió un escalofrío al pensar en Juan. Él y su madre la habían avisado muchas veces. De pronto, imaginó la cara de Antonio cuando llegase a sus oídos la noticia del embarazo, su sonrisa arrogante por haber sido certero en sus advertencias. Pero era verdad: el hombre de su vida no solo la abandonaba sino que, a lo largo de aquellas dos semanas, el muy caradura solo se había ocupado de sus asuntos.

Rememoró el tiempo transcurrido desde el descubrimiento del embarazo. Se había ilusionado como una infeliz, había soñado con una nueva vida en la capital junto al hombre que amaba. Había sido una ingenua al esperar de él una reacción diferente, más romántica, convencida de que el amor vencería todas las dificultades. Aquella carta la acababa de despertar de sus fantasías para devolverla a una realidad en la que tendría que apañárselas sola.

Y sí, estaba dispuesta a «asumir las consecuencias». Cuando su hermano se fuera al trabajo bajaría para hablar con su madre. Lo mejor sería confesarle primero a ella la situación. No se veía con fuerzas para discutir con los dos a la vez y no podía dilatarlo más. Su vientre estaba creciendo y las señales del embarazo se hacían cada vez más evidentes.

A la mañana siguiente, tras pasar la noche prácticamente en blanco, se levantó a las siete. Asomada a la ventana, contempló uno de aquellos días espléndidos del mes de mayo. La primavera animaba el huerto cada día: las primeras cebollas y coles comenzaban a mostrar toda su fuerza y los rosales exhibían las rosas

rojas y blancas que tanto le gustaban. Algunos poetas la consideraban la estación de la alegría, donde el renacer y la vida adquirirían nueva fuerza.

*Voy camino de la tarde,
entre flores de la huerta,
dejando sobre el camino
el agua de mi tristeza.*

Lorca, el poeta de los gitanos, la inspiraba. En efecto, necesitaba sobreponerse al desánimo. Se miró al espejo, sonrió y se deseó coraje.

Se detuvo un momento antes de entrar en la cocina y dudó presa del miedo. Estuvo a punto de volver sobre sus pasos, subir la escalera, meterse en la cama y no levantarse más. Se preguntaba por qué no había sido más valiente y se había marchado a Madrid. Seguro que Rita o Álvaro de Paz la hubiesen ayudado. Un segundo después, se reprochó su infantilismo: sabía perfectamente que huir no resolvería la situación.

Justo cuando parecía recuperar el arrojo y estaba a punto de empuñar el pomo de la puerta, oyó al otro lado cómo su madre contenía uno de sus ataques de tos. Permaneció quieta, compungida y con los ojos llenos de lágrimas. Era una mala hija. Había desoído los consejos de su anciana madre y ahora estaba a punto de cargar sobre sus espaldas la peor de las deshonras: un embarazo de soltera. No se merecía aquello. ¿Cómo había sido tan inconsciente? Se llevó la mano a la boca tratando de contener el llanto. Cerró los ojos y respiró hondo: «Tranquilízate, Nía. Serénate...», se dijo. Al otro lado de la puerta, su madre seguía tosiendo. No podía esperar demasiado, de un momento a otro llegaría algún cliente. Se armó de valor, tragó saliva y entró en la cocina. La encontró en la pila fregando los platos de la cena.

—Buenos días, madre, ¿cómo va esa tos? Ahora le preparo un poco de hinojo con miel —dijo procurando controlar los nervios.

—Por la noche y por la mañana la tengo peor. —Carraspeó.

Nía la observó. La recordaba tiempo atrás con la solidez de una torre como las de las imponentes fortalezas que poblaban los cuentos, las que ningún enemigo derribaba jamás. En cambio, ahora se mostraba cada vez más débil: aunque lograba caminar, arrastraba los pies con movimientos cada vez más torpes.

Se sentaron a desayunar mientras reposaba la tisana. Nía esperó a que aquella especie de tos ferina se calmase antes de comenzar su confesión.

—Madre, quiero hablar con usted desde hace días, pero no sé por dónde empezar.

Calló porque tampoco sabía cómo continuar. Cuando se ponía nerviosa la boca se le secaba, las palabras parecían agarrársele a la garganta y no querer salir.

Su madre dejó la taza sobre la mesa y la miró con cara de preocupación. Quizás intuía la gravedad del asunto.

—¿Te pasa algo? Te noto muy rara hace semanas. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

Cuando estaba a punto de empezar a hablar, su madre volvió a toser. Alguien había entrado en el bar e interrumpió la incipiente conversación. Nía abandonó la cocina con cierto alivio. Después de atender al cliente, volvió decidida a aclarar con su madre la tesitura en la que se encontraba.

—Madre, ¿le hago otro hinojo?

Ella negó con la cabeza, mantenía la mano izquierda en el pecho y la derecha en la boca, quizá confiando en parar de esa forma el ataque de tos, que semejaba un trueno, empeñado en retrasar el momento de la confesión. Le costaba mirarla a los ojos. Además, temía agravar su salud. Una vez más cayó sobre ella la losa de la culpabilidad. Al fin y al cabo, ahora se manifestaban las consecuencias del amor hacia Valeriano. Pero ¿por qué había de arrepentirse? Gracias a él, la ilusión y la ternura habían llegado a su vida.

—Madre, me encuentro en una situación muy complicada, no sé por dónde empezar. Le voy a dar un gran disgusto. —La tos se cortó en seco—. Yo..., bueno..., no sé por dónde comenzar... —La señora Avelina permanecía a la

expectativa con los ojos bien abiertos—. Bueno, usted y yo hemos tenido más de una discusión a cuenta de mi enamoramiento... —Nía decidió decir la frase maldita de un tirón y acabar la agonía—. Me parece que..., bueno..., que estoy embarazada.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Un calor infernal le quemaba el rostro, sentía un agobio asfixiante. Hubiese necesitado abrir las ventanas de la cocina, que corriese el aire por toda la casa. El semblante de la señora Avelina reflejaba incredulidad. Estaba conmocionada y parecía incapaz de ordenar las ideas en su cerebro.

—No es verdad —repetía con voz temblorosa—. Dime que es una broma pesada. No me lo puedo creer.

—Lo siento, madre, me duele darle este disgusto... —Temió que empezara a sufrir convulsiones de un momento a otro. No cerraba ni los ojos ni la boca y tenía las manos agarrotadas—. ¿Se encuentra bien? ¿Le preparo algo?

Ahora se arrepentía de no haber esperado a su hermano, al fin y al cabo, él siempre había sido el ojito derecho y el sostén de su madre. Transcurrieron unos segundos de desconcierto. Por lo menos ya había liberado su secreto, pero verla traspuesta y como alucinada le daba pánico.

—No, no puede ser cierto —murmuró—. Es eso, seguro. Me tomas el pelo, estás mintiendo —elevaba el tono por momentos.

—No, madre, le estoy diciendo la verdad, me he enamorado y...

—Te has enamorado y ¿qué? —La señora Avelina se había levantado enérgicamente de la silla y se acercó a ella con una mirada furibunda—. Te has enamorado y ¿qué? ¡Te estoy preguntando!

No supo qué responder. Tenía a su madre a dos centímetros de la cara, los ojos se le salían de las órbitas y podía oler hasta su aliento. *Pitís* con sus maullidos parecía querer acudir en su auxilio: el gato se frotó en su pierna y se dirigió hacia las de su madre restregándose contra ellas, como si intuyese que el ama necesitaba calmarse.

—Madre, me enamoré y... lo siento mucho, de verdad. —Intentó abrazarla.

—Lo siento mucho, lo siento mucho... Quítate *pallá*, no quiero ni besos ni abrazos de Judas.

Pronunció las palabras remedando a su hija y de un manotazo la apartó de su lado. Pitís se había subido a la silla implorando mimos, sin embargo no corrió mejor suerte. Después de aquel ataque de furia inicial, la señora Avelina entró en una especie de estado cataléptico. Semejaba una momia con los labios sellados, la mirada perdida y los brazos caídos. Nía temblaba, sofocada y sin saber qué hacer. «Ojalá entre algún cliente», pensó. Tras un momento de vacilación se acercó a ella. Justo cuando estaba a punto de rozarla, su madre se incorporó como una centella, atravesó precipitadamente el bar y salió a la calle.

En un primer momento, Nía permaneció en la cocina, inmóvil, sin saber qué hacer. Acto seguido fue tras ella. La divisó a la altura de la fábrica de la cerámica. Caminaba con dificultad por el sendero de la presa de La Martina en dirección al río. Nía aceleró el paso pero, cuando ya estaba a punto de alcanzarla, se detuvo a cobrar aliento. Le zumbaban los oídos y se le cortaba la respiración.

La encontró en la orilla, a la altura de la balsa. Se sentó a su lado sin pronunciar palabra. La miró de reojo: había sacado el rosario y rezaba.

El silencio las envolvía y la humedad parecía haberlas convertido en dos estatuas de sal. A Nía la alivió estar al lado de su madre y sintió una ternura inmensa hacia aquella mujer obsesionada en sus oraciones. A lo lejos vio a la señora Rogelia acercarse con un balde de ropa en la cabeza en dirección al lavadero. Tocó el brazo de su madre señalando a la intrusa. Al verla, la señora Avelina se levantó rápidamente.

—Vámonos —le ordenó—, y cuidado con que se nos note nada.

—Buenas, no esperaba encontraros a las dos por aquí con el bar abierto.

Nía apenas pudo dar los buenos días, sin embargo se quedó sorprendida ante la capacidad de sobreponerse de su madre.

—Sí, hoy Juanito entra más tarde al taller —mintió—. Luce un buen día para blanquear la ropa.

La procesión iba por dentro, pero su madre parecía haber recuperado la seguridad en sí misma. Caminaba con energía, como si tuviese ganas de llegar a casa. Cuando entró, tras comprobar que no esperaba ningún cliente, se fue directa a la cocina. Nía la siguió. A pesar del calor del mediodía, estaba helada. Le sorprendió su fortaleza. En unos minutos recogió los cacharros del fregadero, sacó la sartén y se puso a pelar patatas. Pitís, desde el banco, la miraba como con cara de fastidio: había interrumpido su siesta.

—¿Hago algo, madre? —se atrevió a preguntar.

—¿Te parece poco lo que has hecho? —respondió con desprecio—. Ten hijos para esto. Ahora, en la vejez, cuando más los necesitas te dan una puñalada traperera por la espalda. Eres una sinvergüenza, una mujerzuela, una..., una cualquiera.

A Nía los insultos la sacaron de sus casillas. Apenas un rato antes había sentido compasión por su sufrimiento, pero lo había echado todo a rodar. La lástima se esfumaba conforme se sucedían las injurias. ¿Qué sabía ella del amor?

—Yo no soy ninguna cualquiera ni ninguna mujerzuela ni nada de lo que usted está diciendo. Le he pedido perdón y...

—¿Perdón? Nos vas a hacer pasar a tus hermanos y a mí una gran vergüenza y eso no lo voy a olvidar en la vida. Al menos tu padre ya no está aquí para verlo. ¡Ay, si estuviese aquí, otro gallo cantaría! Se le caería el alma a los pies viendo a su «niñita». —La señora Avelina pronunció esta última palabra en un tono despectivo y sarcástico.

—Sí, perdón, le he pedido perdón porque sabía que esto le haría daño a usted. A usted, que va a misa y al rosario cada día y repite, allí en la iglesia, un montón de veces la palabra «perdón», pero se le olvida ponerlo en práctica. Mi padre no necesitaba ir allí a darse golpes en el pecho como usted.

La señora Avelina, agotada, abandonó sus vueltas y revueltas por la cocina. Al fin, se sentó, escondió la cara entre las manos y comenzó a llorar a lágrima viva.

—Dios mío, ¿por qué me mortificas tanto? ¿Qué pecado he cometido? Se me

cae la cara de vergüenza. Toda la vida sin saber quién era mi padre y ahora me mandas el mismo tormento: una hija calcadita a su abuela.

Nía se quedó estupefacta, no lo podía creer: ¿había entendido bien? ¿Su madre era hija de madre soltera?

Alguien había entrado en el bar. Ninguna de las dos se movió.

—¿Hay alguien en esta casa o nos servimos nosotros? —Se oyó la voz del padre de Araceli.

Nía se encargó de atenderlos. Aunque tardaron un buen rato en marcharse, ella intentó disimular como pudo. No podía quitarse de la cabeza el comentario de su madre. Cuando volvió a la cocina, la señora Avelina continuaba sentada en el mismo sitio. Había dejado de toser y de llorar, pero su cara recordaba el cuadro de *La Dolorosa*. De nuevo sintió compasión por ella. Había actuado sin prever las consecuencias y los había metido a todos en un buen berenjenal. Tras un largo silencio, se atrevió a hablar.

—Madre, ¿acaso es usted hija de madre soltera? No lo sabía.

La señora Avelina no contestó. A Nía le dieron ganas de zarandearla para sacarle las palabras como fuese. Al parecer, su madre parecía vivir su condición como un gran pecado y un motivo de deshonor para la familia. Ahora entendía aquella obsesión con la iglesia. Desde bien pequeñita la recordaba cogiendo el velo y el devocionario para asistir a misa de buena mañana y por la tarde regresar para rezar el rosario. Por si eso no fuera suficiente, muchas veces, en casa, la descubría murmurando oraciones. ¿Intentaba de esa manera reparar el pecado de su madre? Nía no había conocido a la abuela. Según decían, había muerto muy joven, antes de que sus padres se casaran. En ese momento ató cabos: ¿y el abuelo? Solo recordaba haber oído en alguna ocasión que se había ido a Cuba y no habían vuelto a saber de él. Estaba claro: era la típica historia inventada para ocultar los oscuros secretos de la familia. Ella no actuaría de aquella manera. Siempre le diría la verdad a su hijo, no pensaba esconderle la realidad: él era fruto del amor y Valeriano, su padre. Haría que lo admirase por su tesón y su valentía.

Su madre seguía sin pronunciar palabra. Parecía estar arrepentida de haber desvelado el secreto. Quizá, pensó Nía, su padre conocía la historia y, por eso, los dos habían decidido empezar una nueva vida en aquel barrio, que, en aquel entonces, comenzaba a poblarse con gentes llegadas de lugares diferentes. Nía observó con tristeza cómo su madre se levantaba despacio de la silla y, arrastrando los pies, se marchaba a la cama en silencio.

La Portela

Había pasado una semana desde su confesión y el ambiente en la casa se había vuelto irrespirable: su madre le había retirado la palabra y se pasaba el día entre la iglesia y la cama. Su salud había empeorado. Tras el enfrentamiento, primero Juan había intentado poner orden entre madre e hija. Pero no disimulaba la decepción que sentía y, de tanto en tanto, tachaba a su hermana de irresponsable. Transcurrían los días y, ante la constante tensión entre las dos mujeres, decidió tocar a rebato y llamar a su hermano y a su cuñada con el fin de resolver el problema de la mejor manera posible.

Dos días antes del encuentro familiar, Nía había tratado de contactar a la desesperada con Valeriano a través de Araceli. No podía esconderse como las ratas, necesitaba su apoyo. Cuando su amiga acudió a última hora, estaba hecha un manojo de nervios. Pero Araceli no había podido averiguar nada y trató de darle ánimos desviando la conversación del asunto.

El día de la reunión, con su madre postrada en la cama, se encargó de cocinar, de preparar la mesa y de servir el cocido. Como era habitual desde la muerte del señor Enrique, Manuel, el primogénito, presidió la mesa y dirigió la conversación. Tras reprochar a su hermana su comportamiento y tratar de transmitir calma a la madre, concluyó que, dado que la situación no tenía marcha atrás, lo primero era hablar con el padre de la criatura e intentar arreglar las cosas lo mejor posible. Pero la futura madre no fue capaz de aclarar la situación

más allá de explicar que estaba de viaje en Madrid y que, aunque sabía que la quería, ignoraba si él se haría cargo de la situación. Tras sus confusas explicaciones se reanudaron las miradas reprobatorias, los bufidos, las lágrimas y los suspiros de la señora Avelina. Finalmente, se llegó a un acuerdo que satisfizo a todos: mientras esperaban a que regresara el padre y manifestara su parecer, y para poner coto a las habladurías que circulaban ya por el barrio, Nía se trasladaría a La Portela, donde viviría en casa de Manuel y Dori durante una temporada.

Un sábado de mediados de junio después de comer, Nía salió de casa en dirección al pueblo de su madre. Tras la parada del coche de línea en Villafranca del Bierzo, empezó a marearse. Aquel tramo, hasta llegar a la aldea, siempre había sido un viacrucis para ella. La estrecha carretera discurría entre curvas por el encajonado valle del río Valcarce. Su familia materna provenía de aquel pueblecito enclavado entre las montañas y, desde bien niña, había pasado temporadas allí.

Durante el recorrido pensó en la abuela. Desde la confidencia de su madre había sentido la necesidad de conocer el misterio familiar. ¿Cómo había vivido aquella mujer soltera su embarazo en un pueblo minúsculo y expuesta a todo tipo de dimes y diretes? No paraba de darle vueltas a aquel secreto oculto durante tantos años. ¿El abuelo se había marchado a Cuba o la había abandonado a su suerte? ¿Qué había de cierto en las palabras de su madre cuando sentenció que se volvía a repetir la misma historia? Quizá se estaba volviendo loca, pero ¿estaba siendo su vida una especie de repetición de la de su abuela?

Le vinieron a la memoria las palabras de la Chona, la gitana que le había echado la buenaventura cuando conoció a Valeriano en las fiestas de la Encina: «Hoy el amor ha llamado a tu puerta. Has vivido un momento mágico con alguien que será muy decisivo en tu vida. Aun en los tiempos difíciles, algo os mantendrá unidos para siempre.» Al parecer no había acertado demasiado: desde

que recibió la carta no había vuelto a saber nada de él. ¿Sería el hijo que esperaban el único vínculo de su unión? Se sentía decepcionada. Le costaba creerlo, pero la había dejado muy sola. Ciertamente era que había tomado la decisión en contra de su voluntad. Asumía su responsabilidad, pero no entendía que ni tan siquiera se hubiera molestado en saber cómo le iba. Tampoco Araceli había logrado averiguar nada. Ella también desconocía la situación de César.

El trazado zigzagueante de la angosta carretera, los baches del pavimento y el traqueteo del coche de línea la obligaron a mantener la toalla en el regazo por si acababa vomitando. Procuraba mirar al horizonte con la vista puesta en un punto fijo, tal como le aconsejaba su madre de pequeña; pero no podía dejar de contemplar el paisaje: alineadas a lo largo del río, las hileras de chopos recordaban una procesión de nazarenos que caminaban por los verdes prados y rivalizaban en belleza con la vegetación alta y señorial de las montañas, tupidas de robles, de nogales y de castaños centenarios.

Llegó a La Portela bastante mareada y con muchas náuseas. En la parada la esperaban su cuñada Dori y su hermano Manuel.

—¿Qué tal el viaje? Estás muy pálida. ¿Te has mareado? —Dori la abrazó con cariño—. Ya verás cómo te recuperas enseguida. Tenía muchas ganas de verte de nuevo.

Nía le agradeció las palabras de cariño. Miró a Manuel. A pesar de ser la favorita de su hermano, notó que le costaba disimular el enfado. La saludó con un gesto frío y, rápidamente, fue a recoger el equipaje.

—Pero ¿se puede saber qué has metido aquí? Pesa como un demonio.

El asa estaba a punto de desprenderse de aquella pobre maleta de cartón duro con herrajes medio oxidados, recuerdo de la época del servicio militar del padre. Manuel resopló y la cargó sobre los hombros con cara de pocos amigos.

—Don Daniel me ha dejado unos cuantos libros para leer —se atrevió a contestar.

Su hermano miró al cielo en un gesto de incompreensión.

—Pues aquí no hay mucho tiempo para eso, Nía. No somos ricos, aquí todos

trabajamos duro.

Dori y ella lo siguieron. Su cuñada le apretó el brazo y con un gesto le dio a entender que no hiciera caso. No deseaba disgustarla pero, a pesar del cansancio del viaje y del estómago revuelto, no pudo contenerse.

—Si piensas que soy una molestia, dímelo, cojo otra vez los trastos y me voy. Ya me las apañaré.

—Pero, Nía, ¿qué dices? Si nosotros estamos muy felices de tenerte aquí. — Dori le lanzó una mirada airada a su marido, fulminándolo.

Doña Adelina

Junio de 1934

Tras unos días de descanso en La Portela, recuperó las fuerzas perdidas en las últimas semanas. La víspera de San Juan despertó con el canto del gallo. Al salir al corredor percibió la sonoridad del río Valcarce, que discurría silencioso por su cauce mientras atravesaba el pueblo adormecido. Caminó por la galería intentando activar las piernas entumecidas, pero el intenso olor a café que procedía del interior de la casa la animó a vestirse.

Abrió la puerta y se encontró en la cocina a su cuñada esperándola con una sonrisa y, a modo de una atenta camarera, le señaló el rincón donde se hallaba la mesa. Allí, sobre un mantelito a cuadros, reposaban el tazón de café con leche, el requesón y la miel, acompañados de un jarroncito con tres rosas rojas. Nía la abrazó emocionada. Una vez más, deseó que Dios le enviase a Dori el hijo que tanto anhelaba, aunque parecía haber perdido la esperanza.

—Haz el favor, Nía: desayuna bien y sal a tomar el aire. Mi sobrino ha de nacer fuerte y sano.

—Tienes razón. Es hora de que me espabile. —Nía sostuvo la taza mientras su cuñada le servía el café—. Quería preguntarte si aceptarías ser la madrina de mi hijo.

Dori se quedó inmóvil con la cafetera en la mano, la miró un instante y

respondió contenta:

—Luego dicen que te mimo demasiado. Es el mejor regalo que me podías hacer.

—Será un bebé con suerte porque tendrá a su lado a las dos mejores mujeres del mundo —afirmó Nía.

—¿Y quién lo duda? Formaremos un buen equipo.

Le pareció que el rostro de su cuñada había rejuvenecido. Le gustaba su dulzura, con ella olvidaba las preocupaciones. Nía cortó un trozo de roscón para cada una y saboreó con calma la textura suave del bizcocho. En ese momento se preguntó si valía la pena mantenerse enclaustrada o si, acaso, el pequeño enfado con Manuel no había sido un pretexto para no enfrentarse a los cotilleos del pueblo y huir de la realidad. No estaba sola, fuera de aquellas paredes la vida continuaba y en su seno latía un nuevo ser. El hijo le recordaba a menudo su existencia con movimientos rápidos e inesperados.

—Dori, ¿sigue doña Adelina dando clase en La Vega? Me encantaría ir a visitarla y hablar un ratito con ella. Siempre me daba mucha paz.

Dori bebió el último sorbo del café con leche y le sirvió un poco más a Nía.

—Allá sigue, con sus cosas. Continúa dando clase; además, ha montado una especie de biblioteca y da charlas, sobre todo a las mujeres. Muchos fines de semana prepara caminatas con los niños. Es una mujer admirable, no le da miedo nada. Sube a las montañas con la misma facilidad de siempre.

Nía admiraba a doña Adelina, la única maestra del municipio, que, a sus ojos, encarnaba a la perfección el ideal femenino de mujer culta, independiente y sabia. Con el paso del tiempo, su figura se había engrandecido ante su mirada. También había aprendido de ella que en la vida se necesitaba coraje. Aquella mujer maravillosa se había ido de jovencita a estudiar Magisterio a Madrid y allí, en la Residencia de Señoritas, había conocido a muchos intelectuales y artistas. Nía sabía que ella también había empezado una nueva etapa de su vida, y aunque el embarazo suponía un obstáculo para sus sueños artísticos, no iba a renunciar a ellos. Había tomado una decisión valiente, pero todo llegaría en su momento.

Aunque hacía rato que lucía el sol, la temperatura suave y el deseo de hablar con la maestra, la decidió a salir.

—Hoy ya me encuentro mucho mejor, así que iré a verla dando un paseo. Me vendrá bien respirar aire fresco y caminar un poco.

—Se alegrará. No sabe nada del embarazo. Aunque tengo confianza con ella, no consideré oportuno contarle nada.

A pesar de conocer el carácter discreto de Dori, Nía estuvo a punto de preguntarle por el secreto de la abuela. Su cuñada vivía en La Portela desde muy niña porque, al quedar huérfana, la había criado una tía de allí. Seguramente, algo sabría. En el pueblo todo el mundo conocía la vida de todos y los chismorreos volaban de un lugar a otro con la frecuencia y la rapidez de los gorriones. No obstante, prefirió callarse e indagar por otro lado; tal vez Dori y su hermano desconocieran una historia tan lejana. Tampoco deseaba ponerla en un compromiso ni disgustar aún más a su madre si se enteraba.

Tras el desayuno, se colocó un chal por encima, respiró hondo e inició la ruta. El camino por la carretera nacional serpenteando el río Valcarce le recordaba los momentos felices vividos al lado de su padre y alguna excursión con la escuela cuando sus padres visitaban el pueblo. Era un trayecto relajado: el rumor del agua solo se interrumpía, de vez en cuando, con el paso de algún camión, los mugidos de las vacas o el trino de los pájaros. Soñó con caminar algún día por ese mismo lugar con Valeriano y su hijo.

Al recordarlo intentó no disgustarse, pero se sentía humillada. Era un canalla. Inmediatamente se arrepintió de su recelo: aunque ahora se le escapaba, todo tendría una explicación. Tiempo al tiempo. En cualquier momento, cuando menos lo esperase, iría a buscarla. De nuevo le asaltó el recuerdo de la historia de la abuela. Se preguntó si todos teníamos escrito nuestro destino. Apartó aquella idea estúpida. Cada persona era diferente y ella se consideraba capaz de dirigir la vida a su manera. No tenía sentido pensar en la repetición de la misma suerte. No obstante, no pararía hasta conocer una historia que intuía desafortunada.

El mal fario

Agosto de 1934

Nía abandonó la casa de doña Adelina muy inquieta. Recorrió los tres kilómetros de vuelta como una autómatas. Caminaba absorta en sus pensamientos. Al llegar a medio kilómetro del pueblo, en la zona del Camporrogió, aminoró el paso.

Su corazón aún se aceleraba al recordar las palabras de la maestra cuando le preguntó por su abuela. Según le comentó, no la había tratado mucho en la infancia, pero aún guardaba vagos recuerdos. A pesar del tiempo transcurrido, no había olvidado la entonación y el embrujo de su voz.

—Era muy hermosa, Nía. Cuando te he visto entrar embarazada me ha dado un vuelco el corazón, la he recordado perfectamente: eres su vivo retrato. —La maestra calló un momento. Cerró los ojos y pareció sumergirse en el pasado—. En San Juan, la fiesta patronal de La Portela, nos encontrábamos allí muchos niños de la zona. Ella aprovechó la celebración para reunirnos en la era de sus padres en torno a una pequeña hoguera. Recuerdo que nos habló de *Los viajes de Gulliver* y, finalmente, organizó una especie de dramatización de la obra. Como ella representaba al protagonista, se puso un bigote y un tabardo de hombre. Los niños más altos hicieron de gigantes y los más pequeños nos pusimos de rodillas y representamos a los diminutos. Era una auténtica actriz, estoy convencida.

Nía no perdía palabra, acababa de descubrir una de las aptitudes de la abuela. Estaba perpleja. ¿También había heredado de ella la vocación teatral?

—Al parecer tuvo a mi madre de soltera. Me enteré hace poco, por casualidad.

—Yo era pequeña; no obstante, la recuerdo embarazada. Nosotros siempre vivimos aquí en La Vega y bajábamos en contadas ocasiones a La Portela.

—Mi madre nunca nos ha querido hablar de ello. Le avergüenza y, ahora, está muy disgustada con mi embarazo.

—Lo entiendo. Supongo que no fue fácil para ella. A menudo todos nos encontramos obstáculos e incertidumbres en el camino. Si tu hijo es fruto del amor, no has de avergonzarte de nada. Además, hoy en día han cambiado mucho las cosas, las mujeres somos más libres y amar nos da fuerza en la vida.

—Pero supongo que usted habrá oído hablar o, tal vez, conoció al abuelo.

Doña Adelina desvió la mirada hacia el gran ventanal orientado hacia una zona de prados que se extendían a ambos lados del río.

—No sé si merece la pena darle vueltas a ese asunto —contestó.

Nía intuyó que la maestra prefería ser discreta.

—Pues la verdad es que me tiene un poco preocupada. He descubierto que mi madre debió de sufrir bastante tratando de ocultarlo.

—Entiéndela, cariño, ella es muy creyente y la Iglesia no ve esas cosas con buenos ojos.

La maestra cerró el libro que permanecía abierto sobre la mesa camilla. Nía echó un vistazo a la portada, era *Campos de Castilla* de Antonio Machado.

—Pero, doña Adelina, para mí es importante conocer un poco más de la vida de la abuela y, a poder ser, del abuelo.

La criada de la casa, una mujer joven con las cejas muy depiladas y un lunar en medio del labio superior, interrumpió la conversación. Una ráfaga de olor a laurel invadió la estancia desde el jardín trasero.

—Perdónenme si interrumpo pero el administrador la está esperando, señora.

—Nía es como de casa, Asunción, no hace falta que me llames señora.

Todo el mundo conocía el espíritu humilde de doña Adelina, aunque su

hermano Manuel le había comentado a Nía que alguna gente del pueblo la criticaba por esa actitud afable que mantenía también con las gentes sencillas. Realmente era una mujer excepcional.

—Me tienes que perdonar, Nía. En realidad yo había citado a Ángel a las doce. Si hubiese sabido que venías...

—Oh, no se preocupe. Volveré otro día. —Nía señaló la obra de Machado—. Me encantaría leerlo y, si es posible, que me prestase libros.

—Encantada. Vuelve cuando quieras. Siento no poder ayudarte más. Aun así, ten en cuenta que siempre ha habido habladurías. Yo no les hago caso. A la gente le gusta chismorrear sin conocer la realidad de las personas.

—Lo entiendo, pero ya le digo: siento una gran necesidad de conocer mis raíces, doña Adelina. Es como si me faltase algo o como si un fantasma planease a mi alrededor.

Ojeó el reloj de pared, la miró fijamente a los ojos y respondió:

—Según dicen, el molinero de La Portela puede que sepa más sobre ese asunto.

Nía nunca había entrado en el molino ni conocía a sus dueños, pero encontraría la manera de llegar hasta ellos. Estaba impaciente por conocer la verdad, como si en ello le fuese la vida.

Había caminado a un ritmo ágil y enseguida había alcanzado las primeras casas del pueblo en la zona de La Pedrosa. Divisó a lo lejos a la señora Josefa, apodada *la Culebrilla* por su delgadez y baja estatura, pero en especial por su capacidad de embaucar a unos y a otros con astucia y desacreditarlos con su lengua viperina. Nía se paró en seco e intentó buscar un camino alternativo. Sin embargo, como si adivinase su pensamiento, la Culebrilla la saludó de lejos dando pequeños saltos y haciendo todo tipo de aspavientos. De buena gana hubiese pasado de largo fingiendo no conocerla. En su familia nunca les había gustado aquella mujer. Al encontrarse, la vieja la abrazó y Nía experimentó un

rechazo inexplicable. Enseguida miró con descaro su vientre y con un tono mordaz le espetó:

—Mocita, nos hemos puesto a cabalgar bien pronto, ¿eh? Al parecer has venido tu solita, pero por aquí tenemos interés por conocer al jinete.

Nía se quedó un momento pasmada, no conseguía apartar la mirada de aquellas pupilas redondas y abiertas que intentaban hipnotizarla penetrando en lo más profundo de su alma. Le costó reaccionar a su grosería.

—No la entiendo. ¿Adónde quiere ir a parar, señora Josefa?

—Hijita mía, si te hemos visto crecer y yo te quiero bien. Eres joven y guapa, estás en la primavera de la vida, ¿cuándo si no has de disfrutar del cuerpo?

La Culebrilla cambiaba de estrategia y ahora trataba de atraerla con lisonjas. Nía la escuchaba boquiabierta, fija la mirada en la boca, cuyos labios agrietados y con alguna pústula semejabán escamas. La sonrisa cínica dejaba ver unos dientes afilados y medio curvados, la perfecta trinchera de su lengua venenosa. La mujer le producía gran desconfianza, en el fondo deseaba que la dejase en paz y no le complicase demasiado su estancia en el pueblo. Necesitaba tranquilidad; además, su hermano y Dori vivían allí y trataban de mantener buena relación con todo el mundo.

—Tengo prisa, señora Josefa, me esperan en casa.

El rostro aceitunado de la vieja pareció ensombrecerse. De pronto, salvando el abombado vientre de Nía, se colocó en el lado izquierdo de la joven y la abrazó despidiéndose con una sonrisa maliciosa. Aquel cuerpo escuálido le recordó la viscosidad de una serpiente. Justo cuando ya se alejaba, la oyó murmurar:

—Ave María Purísima, es calcada a la muerta. ¡Lagarto, lagarto!

Aunque de buena gana hubiera vuelto a preguntarle lo que sabía de la abuela, Nía continuó su camino sin volver la vista atrás. ¿Cuál era el motivo de aquella expresión supersticiosa? Al parecer, el mal fario rodeaba la vida de su antepasada y parecía que ella estuviese condenada a seguir sus pasos.

Según fueron pasando los días de aquel caluroso verano, Nía trató de encontrar la paz y disfrutar del descanso. Procuró adaptarse a la vida del campo: sacaba a pastar las vacas y pasaba las horas observándolas y contemplando la naturaleza. Seguía sin saber nada de Valeriano, pero confiaba en recibir noticias suyas en cualquier momento. Entonces, los miedos y las preocupaciones se desvanecerían enseguida. En pocas semanas devoró todas las novelas y libros de poemas de don Daniel. Sus visitas a La Vega le proporcionaron no solo el placer de conversar con doña Adelina, sino también el de disponer de la biblioteca. Arrinconó el ansia por conocer los detalles de la vida de la abuela que tanto la había obsesionado en los primeros días de su estancia en La Portela. En cuanto al parecido con ella, bueno, no era nada raro: era lógico que los parientes se pareciesen. Muchas mujeres encintas permanecían solteras toda la vida. Hasta en las mejores familias.

De su vida anterior añoraba los momentos dulces al lado de Valeriano. Cuando comenzaban a olvidársele sus rasgos, a excepción de los hoyuelos y los maravillosos ojos verdes, sacaba la foto y contemplaba el rostro amado. En ocasiones la invadía la melancolía, pero de inmediato su corazón vibraba y la angustia se esfumaba. Él volvería, estaba segura. No tardaría mucho en aparecer por el pueblo.

¿Se puede morir de amor?

A mediados de agosto, tras la recogida de la hierba, su hermano Manuel la acompañó al prado del Tesomondín, donde los brotes del nuevo pasto emergían con fuerza y aseguraban el alimento de las vacas, si el tiempo lo permitía, hasta bien entrado el otoño. Al atardecer, Nía reparó en que estaba muy cerca del molino. Entonces recordó las palabras de doña Adelina: «El molinero quizá posea la clave.» Volvió a sentir el deseo acuciante de satisfacer su curiosidad. Aunque divisaba el molino a lo lejos, medio hundido en el borde del río, descartó la idea de acercarse hasta allí y volvió a reiniciar la lectura de *Adiós, cordera*. «Eran tres, siempre tres: Rosa, Pinín y la Cordera...» Se le representaron los niños y la oveja corriendo felices en la soledad del prado.

Pero su deseo de saber la verdad pudo con su resistencia y, al rato, abandonó la lectura y, como una autómatas, caminó por el borde del río en dirección al molino. A unos cincuenta metros de distancia, unos críos de entre diez y doce años arrojaban piedras lisas y planas que semejaban bailarinas ejercitando piruetas y deslizándose con elegancia sobre la corriente. El mayor calculaba el movimiento del agua y arrojaba con destreza la loseta; sin embargo, las tiradas de la pequeña parecían más certeras. Tras el lanzamiento los dos se quedaban absortos contemplando el movimiento de los guijarros sobre el agua y, justo después, uno u otro saltaban llenos de alegría y se apuntaban un tanto en aquella especie de concurso improvisado.

Añoró los días felices de su infancia en Ponferrada; los momentos con su padre sentado en la cama explicándole cuentos antes de dormir, cuando jugaba con sus amigos en la calle o competían como aquellos dos críos, lanzando guijarros sobre el río Sil. En esos años, su alianza con Antonio los hacía invencibles. Antonio, Antoñito, Toñín, su mejor compañero, su protector en las disputas infantiles y, sin embargo, en los últimos tiempos una gruesa y fría muralla de incompreensión los había distanciado. «Pues todo ha de pasar de tal manera...», el verso de Jorge Manrique la llevó a pensar en cómo se había desmoronado aquella lealtad que creía inamovible.

Los niños habían interrumpido su juego y la miraban con curiosidad. El mayor se dirigió a ella muy decidido.

—Hola, ¿tú quién eres? —La sonrisa abierta descubrió dos paletas, separadas por una especie de callejón en el que encastraba la lengua esperando respuesta.

—Nía, me llamo Nía. Estoy aquí cuidando las vacas.

—¿Nía? ¿Te llamas Nía? ¡Pues vaya nombre tan raro! —La pequeña, que se mantenía a su lado en silencio y a la expectativa, le endilgó un codazo lanzándole una mirada de reproche.

—Bueno, mi nombre es Herminia. Pero siempre me han llamado Nía. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Rubén, y mi hermana se llama Ana. A nosotros siempre nos llaman Rubén y Ana, no se inventan nuestros nombres. ¿A ti te gusta que se inventen tu nombre? —El pequeño empujón de la niña lo hizo cambiar de estrategia; miró a su hermana con un mohín de disgusto, se separó de ella y se colocó a un metro de distancia.

—Sí, a mí me gusta mi nombre. No se lo inventan, fíjate Hermi-NIA. ¿Comprendes?

—Claro, no soy tonto, lo entiendo: se comen la mitad de tu nombre; es como si se zampasen una parte de tu cuerpo.

Hizo un gesto como si engullera a una persona y la vomitara al instante. Ante semejante descaró, Ana le gritó:

—Vale ya, Rubén. Si sigues así, iré y se lo diré al abuelo. —La chiquilla señaló hacia el molino.

—Acusica, acusica, Ana es una acusica. —El crío giró varias veces en torno a las dos mujeres con aquella cantinela.

Los dos chiquillos se enzarzaron en una guerra de reproches y de carreras por el prado. Las vacas dejaron de pacer y siguieron sus cabriolas con cierto desdén. Ella los contempló con simpatía mientras no paraba de darle vueltas al comentario de doña Adelina. Aquellos muchachos parecían muy pequeños para ser los nietos del molinero. La pequeña Ana echó a correr hacia la casa, mientras Rubén intentaba agarrarla diciéndole a voz en grito:

—Acusica, acusica, eres una acusica. —Con la respiración entrecortada repetía el insulto sin parar.

En un último esfuerzo la agarró por la cintura y ambos cayeron sobre el prado rodando en dirección al río, como dos gavillas de heno. Nía corrió hacia ellos intentando detenerlos, pero enseguida se dio cuenta de que la pesadez de su vientre le impediría alcanzarlos a tiempo. Entretanto, un anciano con el cayado en alto y con visible gesto de enfado caminaba por el sendero al límite de sus fuerzas tratando de evitar el desaguisado. Cuando parecía que los críos acabarían refrescándose en el río, se separaron a un par de metros del agua, se levantaron con gran pericia y, como dos pequeños soldados, permanecieron firmes y a la espera del pase de revista del anciano. Nía contemplaba la escena con curiosidad, pero justo cuando el hombre pasaba a su lado en dirección a los críos, la miró y frenó en seco. Se colocó la mano derecha sobre los ojos a modo de visera tratando de protegerse de los últimos rayos de sol. Dio unos pasos hacia delante y se situó a un palmo de la cara de Nía. Ella, intimidada, se retiró un poco.

—Viges, al fin has vuelto, amor mío. —Las pupilas clavadas en Nía se enmarcaban en unos ojos almendrados y hundidos entre arrugas muy profundas —. Te he esperado mucho tiempo, Vigés, y al fin has vuelto.

Los pequeños, extrañados por la actitud del anciano, abandonaron la posición

marcial y se fueron acercando poco a poco. Nía intuyó que el viejecito la confundía con la abuela Eduvigés. Acababa de conocer al hombre clave de la historia.

El abuelo continuaba deslumbrado ante el regreso de su amada mientras Rubén lo observaba con preocupación.

—¡Dios me ha escuchado, Vigés, y me ha permitido volver a verte antes de morir! —La voz le temblaba de la emoción.

—Bisa, ¿qué le pasa? Esta señora no se llama Vigés sino Nía. A ver si se lo explico: la llaman así, pero en realidad su nombre es Herminia.

El pequeño trataba de llamar su atención estirándole de la manga aunque con poco éxito: él solo tenía ojos para su adorada. Los pensamientos de Nía bailoteaban desde el empeño por descubrir el secreto familiar hasta el pánico por la posibilidad de confirmar una historia desgraciada. El anciano, ante la afirmación de su nieto, se mostraba confuso.

—Señor Bisa, tiene razón Rubén, yo me llamo Nía; bueno, me llamo Herminia como le ha explicado el niño, pero... —Interrumpió su razonamiento en seco al escuchar las carcajadas de los dos hermanos.

—Se llama Juan —Rubén apenas podía hablar de la risa, al igual que Ana—, nosotros le llamamos «bisa» porque es el bisabuelo.

Nía estuvo a punto de preguntarle si cada vez que llamaban al bisabuelo se comían medio cuerpo.

El anciano la contemplaba fascinado y, al fin, tras un momento de reflexión, le preguntó:

—Entonces, ¿eres Herminia, la hija de Avelina?

—Sí, señor Juan, soy yo misma. Seguramente usted me confunde con mi abuela Eduvigés: algunos dicen que me parezco mucho a ella.

—Madre de Dios hermosa: eres igualita. Nunca olvidaré la imagen de Vigés embarazada. —Miró a sus nietos—. ¿A qué venía yo? Ahora ya no me acuerdo.

Fijó la vista en el robledal del otro lado del río y su memoria pareció perderse

por la montaña. Rubén miró a Nía y se dio una palmada en la frente. Con aquel gesto ella comprendió que al bisabuelo a veces se le iba el santo al cielo.

—Bisa, seguramente venía a buscarnos para merendar. —Ana se acercó a él y le cogió de la mano con cariño—. Vamos a casa, nos espera la abuelita.

Miró a los críos y les ordenó con voz enérgica:

—Chicos, ¿hoy no pensáis merendar? Venga, para casa, la abuela os tiene preparada la merienda y os espera desde hace rato. —Se dirigió de nuevo a Nía—. Mi hija, mi yerno y yo vivimos aquí en el molino, pero la nieta se casó con uno de Villafranca y allí están. Los pequeños pasan mucho tiempo con nosotros, nos dan vida.

Sacó el cuarterón de tabaco, lio un cigarro con las manos temblorosas a la vez que los nietos corrían hacia la casa jugando al pillapilla. Él sonreía.

Entretanto, Nía no lo perdía de vista. Intentaba descubrir en él algunos rasgos de su madre. ¿Y si el viejecito era en verdad su abuelo? Inmediatamente se preguntó si no se estaba ofuscando con aquel asunto. No obstante, no pensaba desaprovechar la ocasión. Se había dirigido a ella como «amor mío». No tendría otra oportunidad mejor para averiguar más sobre su abuela. Además, el verano tocaba a su fin, pronto regresaría a Ponferrada y no era cuestión de desperdiciar aquella ocasión.

—Perdone mi atrevimiento, señor Juan, pero me da la impresión de que usted quiso mucho a mi abuela. Siento no haberla conocido y mi madre era muy pequeña cuando murió. ¡Me gustaría tanto saber más de ella!

El anciano se encogió de hombros y se sentó en un murito de piedra que separaba el prado del camino. Anochecía y las vacas, aposentadas sobre la hierba, esperaban el retorno a casa. El cálido aire vespertino avivaba la quietud.

—Era la mujer más hermosa de toda la zona y yo me enamoré perdidamente de ella. —Habla con melancolía; sus palabras brotaban de lo más íntimo de su ser y Nía tuvo la impresión de que se había olvidado de su presencia—. No me cautivó solamente su belleza, me sedujo su personalidad. No había otra mujer como ella en todos los alrededores. Era un espíritu libre. Después de su muerte

desgraciada, no lo pude soportar. Me volví loco; me escapé a vivir en el monte y no quise ver a nadie. Reflexioné mucho en soledad y, aunque soy un hombre de pueblo, entendí lo que significaba para ella la libertad.

—¿La muerte desgraciada? ¿A qué se refiere, señor Juan?

Nía se estremeció. Tenía las manos heladas y le flaqueaban las piernas. Lo contemplaba asombrada y conmovida al mismo tiempo. Se hizo el silencio. Ella respetó aquel momento de introspección dolorosa. Sentía como si una fuerza poderosa la impeliese a recuperar una historia que había sido arrinconada. Ella se encargaría de restituir su buen nombre ante la familia. Al cabo de unos minutos, el anciano volvió la vista hacia ella y buscó su mano estrechándola con fuerza.

—¿Por qué te fuiste, Viges? Yo te amaba, te lo dije muchas veces. Perdóname. —Se arrodilló ante ella. Los ojos grisáceos cubiertos de lágrimas del anciano la miraban más allá de la realidad—. Durante mucho tiempo me he arrepentido de no haber buscado a aquel chulapón para vengar el daño que te hizo.

El anciano permanecía arrodillado y abrazaba sus piernas. Ella trataba de levantarlo mientras intentaba lograr que se tranquilizase. De repente, acudió una mujer mayor que ella pero de edad incierta. Su cabello rizado y abundante disimulaba sus marcadas patas de gallo. Nía, ocupada en intentar levantar al viejo, ni tan siquiera había reparado en ella.

—¿Qué ha pasado? —La señora, sin esperar respuesta, se dirigió al anciano, que permanecía arrodillado con la cabeza baja y en una actitud de abatimiento—. Venga, padre, levántese, vamos a casa. Ya es muy tarde.

El pobre hombre se separó de las piernas de Nía y se encogió en el suelo como un erizo. La mujer la miró y le pidió disculpas tratando de justificar la actitud de su padre. Entre las dos lo ayudaron a levantarse. El anciano recorrió el sendero en dirección a la casa con paso cansino y ojos llorosos.

—Perdone, a veces entra en una especie de delirio y mezcla recuerdos dolorosos con otros imaginarios. —Miró a su padre con ternura y compasión. El hombre, de vez en cuando, volvía la vista atrás.

—Me ha confundido con mi abuela, según dicen nos parecemos mucho. Siento gran interés por saber algo de ella. Nunca la conocí, murió cuando mi madre era una niña y su padre al parecer fue una persona importante en su vida. —Se armó de valor y decidió preguntar directamente—: ¿Usted sabe algo de esta historia?

La mujer se mantuvo en silencio unos segundos. Recogió a un lado el delantal y la miró con interés.

—Usted debe de ser la hermana de Manuel, se parecen bastante. La veo por aquí con sus vacas desde hace unos días.

Respondió afirmativamente y se preguntó si, por fin, lograría descubrir la verdad. Estaba nerviosa y le latían las sienes. La mujer daba largas a la pregunta. Anocheceía y a Nía le pareció que las sombras del crepúsculo se aliaban para mantener oculto el pasado. Apenas lograba distinguir en medio de la oscuridad los rasgos de su interlocutora; sin embargo, se mantuvo firme: su silencio le había dado a entender que sabía a qué se refería.

—En estos últimos años mi padre sueña con ella a menudo. A veces se despierta por las noches llorando y sin saber dónde está. Ha perdido bastante la cabeza. —Se detuvo e intentó dar por finalizada la conversación—. Perdona, pero los niños y mi padre están solos en casa y he de volver.

Nía sospechó que sabía mucho más. La buena mujer acababa de conocerla y no quería meterse en líos.

—La comprendo, no debe de ser fácil ver el deterioro de un ser querido. No es mi intención ponerla a usted en un compromiso y mucho menos a su anciano padre. Al pasar este tiempo en casa de la abuela siento la necesidad de saber más de su vida. Mi madre era muy pequeña cuando murió.

La mujer la escuchaba atentamente, sin embargo, se resistía a proseguir con aquella conversación. Se mostraba nerviosa. Jugueteó con el delantal de cuadritos y respiró hondo.

—Me resulta un asunto doloroso. Mi padre siempre ha recordado a su abuela más que a mi propia madre ya fallecida, algo que, durante mucho tiempo, me

hizo sufrir y se lo reproché más de una vez. Hubo momentos en los que lo llegué a odiar.

El susurro del agua del río colmaba el silencio. La mujer trató de disimular, se ladeó y miró en dirección a la casa. La luna disipaba la oscuridad. Nía distinguió un par de lágrimas deslizándose por las mejillas de la pobre señora. Aquella confesión la había pillado desprevenida.

—A veces la vida no nos resulta fácil y nos sentimos culpables. Cuando el amor es muy grande, el dolor adquiere las mismas dimensiones. Al menos, yo lo experimento así.

—Usted es muy joven, pero tiene mucha razón. Ahora me arrepiento de aquel rencor. Estoy convencida de que el amor que sintió por su abuela lo ha perseguido durante toda la vida y le ha hecho sufrir mucho.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasó? —Nía jugaba su última baza y decidió continuar sonsacando a la mujer.

—Él estaba muy enamorado, pero ella tenía muchos pájaros en la cabeza. — De pronto interrumpió la explicación—. ¡Ay, perdone usted mis palabras!

—Oh, no se preocupe. Siga, no se detenga, me hace mucho bien, de verdad. Para mí es muy importante. Entiendo su dolor. Dicen que el amor, en ocasiones, deja heridas profundas.

Se había hecho de noche. Manuel y Dori estarían intranquilos, pero ella necesitaba conocer la verdad y estaba a punto de conseguirlo.

—Bueno, después de morir mi madre y antes de perder la cabeza, me confió la historia —prosiguió más aliviada—. Mi padre siempre estuvo locamente enamorado de Eduviges. Los dos eran muy jóvenes, pero ella un buen día desapareció sin dar explicaciones a nadie. La gente..., ya sabe usted cómo es la gente. Durante un tiempo en el pueblo se entretuvieron cuchicheando sobre su fuga con unos saltimbanquis y, según comentan, después se enamoró de un ricachón, ¡vaya usted a saber dónde! Al cabo de un tiempo regresó sola, desmejorada y esperando un hijo. Según cuentan, nunca más volvió a levantar cabeza y murió de amor; tonterías, invenciones, nadie muere de amor.

La mujer pareció preocuparse por haber hablado demasiado. Tras un breve silencio, dio por concluida la charla y se despidió. Nía la siguió con la mirada hasta perderla de vista en la oscuridad de la noche. Le había contado una parte de la vida de la abuela, pero hubiera jurado que sabía más. ¿Realmente había muerto por amor? ¿Qué significaba «morir por amor»? Y ¿cómo había muerto? Aunque había descubierto parte de la historia, a lo largo del camino de regreso a casa la torturó el enigma de la muerte que el señor Juan había definido como «desgraciada» y su hija «de amor».

El que la hace, la paga

Nía se pasó varias noches sin apenas dormir. Las similitudes entre la vida de la abuela y la suya le inquietaban: el gusto por la lectura, por la representación, el embarazo de solteras, la separación de los padres de las criaturas... No paraba de dar vueltas al asunto. Le costaba aceptar que tantas coincidencias fueran fruto de la casualidad. Desde el encuentro con el molinero y su familia en el prado del Tesomondín, la aterraba descubrir la verdadera razón de aquella muerte temprana y desgraciada. ¿Estaba también ella abocada a un destino fatal? Trataba de evitar ese pensamiento acudiendo a la lógica: la abuela había muerto joven, como millones de seres humanos, y fallecer a una edad temprana se consideraba una desgracia. Esa era la interpretación correcta. Resultaba ridículo montar castillos en el aire. No obstante, acto seguido la misma idea la volvía a importunar y, de nuevo, se preguntaba sobre las circunstancias que habían rodeado tal muerte.

Ansiaba volver a ver al molinero. Ya no apacentaba las vacas a causa de su avanzado estado de gestación, pero en alguna ocasión había estado a punto de ir hasta allí para intentar aclarar de una vez por todas sus dudas. Sin embargo, no se podía fiar de los recuerdos del anciano, y su hija no parecía dispuesta a hablar más de la cuenta. Además, si escudriñaba en el secreto familiar y los suyos se enteraban, montarían en cólera. «Hay que dejar descansar a los muertos», decía su madre. Quizá tenía razón y lo mejor era olvidar el asunto.

Había llegado el tiempo de abandonar el pueblo y el domingo, a primera hora, partiría hacia Ponferrada acompañada por Manuel. La barriga le había crecido desmesuradamente, se fatigaba, caminaba con pesadez y, en ocasiones, a punto estaba de perder el equilibrio. Se acercaba a la recta final del embarazo y los suyos habían decidido que, en el momento del alumbramiento, estuviese en casa por si fuera necesario llevarla al hospital. A ella se le ponían los pelos de punta cuando pensaba en dar a luz. Laura, una prima carnal de Rita, había muerto desangrada por un parto enrevesado. Muchas mujeres hablaban de todo tipo de complicaciones. Enseguida desechó aquel recelo y trató de convencerse de que todo iría bien. No quería devanarse los sesos.

Se aburría. Manuel y Dori tardarían en rastrillar el castaño de Vega de Souto y ella no sabía cómo matar el tiempo. Bostezó. Salió al corredor y, aunque el día era fresco, se sentó en el banco e inició la lectura de *Platero y yo*, que había tomado prestado de la biblioteca de doña Adelina. De nuevo, recordó a don Daniel y su gusto por los dictados de la obra de Juan Ramón Jiménez: «Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de sus ojos brillan cual dos escarabajos de cristal negro.» En La Portela, de pequeña, había disfrutado de muchos Plateros. Recordó a Lucero, el burrito blanco del señor Nemesio, con el que tantas vueltas se había dado por el pueblo acompañada de su hijo Luisito.

Abandonó la lectura y fijó la vista en el edificio de enfrente, donde vivía la señora Josefa, *la Culebrilla*. Siempre le había inquietado aquella casa de piedra. Dominaba la planta baja un portón enorme y muy antiguo, formado por dos hojas de madera de castaño con señales de carcoma. Llamaba la atención el pomo de la puerta, que era diferente de todos los del pueblo, compuesto por una cabeza de cabra con cuernos y con la boca abierta, rodeada por un círculo. La disposición del tirador resultaba extraña por la testa de la chiva situada hacia abajo y por los cuernos, que vueltos hacia el interior servían de agarradero.

Un aire de misterio envolvía la casa: los dos miradores que daban a la calle se hallaban cerrados a cal y canto en todas las épocas del año. El resto de las

ventanas, protegidas por barrotes de hierro muy gruesos, corrían la misma suerte, excepto la de la cocina. Y allí, de pronto, distinguió a la Culebrilla fisgoneando. Nía disimuló, pero no pudo evitar el saludo de la mujer. A lo largo de su estancia en el pueblo, la había rehuido. Le daba tiritera tenerla cerca.

—¿Estás aburrida, *rapaciña*? —la Culebrilla hacía todo lo posible para ser vista y poco le faltó para asomar la cabeza por entre los barrotes de la reja.

—No, leo un poco. De aquí a nada llegará Dori —mintió.

—Pasa un momento a tomar un cafetín y un dulce.

«Ahora o nunca», pensó Nía. Aquella mujer tenía la lengua muy larga. Era una oportunidad de oro para averiguar el significado de aquel «Lagarto, lagarto» que le había espetado en su primer encuentro. ¿Acaso la muerte desgraciada de la abuela había desencadenado la reacción supersticiosa de la Culebrilla? ¿En qué circunstancias había muerto su progenitora? No esperaría un segundo más. Salió de la casa y cruzó la calle.

La puerta del misterioso edificio estaba entreabierta. Traspasó el umbral con decisión, aunque mirando de reojo la aldaba siniestra. Le costó adaptar la vista a la penumbra del portal, pero enseguida vislumbró un espacio perfectamente ordenado: sobre un arcón reposaba una reproducción de san Juan Bautista, el patrón de La Portela. Nía lo reconoció inmediatamente: de niña lo había contemplado muchas veces en el centro del retablo de la pequeña iglesia del pueblo. Le sorprendió la sensación de frescura y pulcritud que emanaba del lugar: la fragancia balsámica del ramo de laurel, colgado sobre la viga central, se había propagado por el espacio y generaba una sensación de limpieza y bienestar.

Dada la pendiente de la escalera, iluminada por una mísera bombilla, y su avanzado estado se vio obligada a subir agarrada al pasamanos. Aún le faltaban unos cuantos escalones para alcanzar el rellano cuando se abrió la puerta de la vivienda y la Culebrilla, a modo de luciérnaga, apareció frente a ella con una vela en la mano derecha a fin de alumbrar la zona. Unos minutos antes se había decidido a resolver el misterio de la muerte de la abuela, pero ahora, con aquella

especie de gusano de luz delante, tuvo la impresión de haber caído en una ratonera.

—Bienvenida a mi casa, hija mía, pasa, pasa a tomar un cafetín. —La luz de la vela caía sobre la mitad izquierda de su cara y Nía creyó adivinar una media sonrisa.

La siguió a través de un largo pasillo de paredes amarillentas y sin decoración alguna. A ambos lados del pasillo, cuatro puertas de gran envergadura permanecían cerradas con llave como si guardasen graves secretos, como la vida de la dueña de la casa. Al fondo, la luz de la cocina contrastaba con la penumbra del resto del espacio. Le chocó el esmerado orden que dominaba en aquella zona de la vivienda: en la parte superior de la alacena lucían los platos perfectamente amontonados, las tazas y los vasos ordenados según el tamaño; en la inferior se distinguían ollas y sartenes en pulcra gradación. Sobre una pequeña mesa, la Culebrilla había dispuesto un mantel bordado con florecitas rojas en las esquinas, una bandeja con un roscón y dos tazas de porcelana. En el fogón, el agua hervía en una jarrita de color granate.

—Siéntate, hijita. Ahora mismo cuélgate el café. Verás qué bien te sienta tan calentito.

—Gracias, señora Josefa, pero no quiero molestarla.

Tanta amabilidad la abrumaba. Tuvo la impresión de revivir el cuento de Hansel y Gretel. La anciana se movía con soltura. A pesar de las arrugas de su rostro, mantenía el cabello totalmente negro y sin una cana. En verdad, parecía una bruja. Vertió el líquido con delicadeza y repartió en ambos platos dos trozos de roscón.

—Está buenísimo, señora Josefa, nunca había probado un café tan bueno.

La Culebrilla sonrió y sus dientecillos triangulares se asomaron sobre los labios, llenos de pústulas, como puntillas de hilo de cáñamo. La miró fijamente y en voz baja respondió:

—Es un secreto, pero si te lo revelo júrame que lo mantendrás oculto.

Nía se quedó helada. Aquella mujer era una bruja: ¡le había adivinado el

pensamiento! ¡Conocía a la perfección el objetivo de su visita!

—Naturalmente, señora Josefa, tranquila, no diré esta boca es mía.

Se levantó, salió de la cocina ante el asombro de Nía y, al cabo de unos minutos, volvió con un paquete de café con la imagen de una mujer negra. Sobre el papel de celofán transparente se leía «Café la Negrita» y con un tono de voz bajo, como si alguien estuviera acechando, confesó:

—Me lo traen de Portugal, es de contrabando. A veces voy a la feria de La Vega y me hago con un par de kilos.

Nía se recuperó del sobresalto. Desconfiaba de aquella mujer y, quizás, había sobrevalorado sus supuestos poderes. No obstante, en tres días abandonaría el pueblo y necesitaba hacerla hablar sobre el asunto que la había llevado allí.

—En mi casa somos muy cafeteros. Mi madre y yo, nada más levantarnos nos tomamos nuestro café con leche. Según dicen, también la abuela tenía esa costumbre —mintió esperando su reacción.

—Sí, hija mía. ¡Cuántos buenos momentos pasamos juntas!

—Desconozco muchas cosas de la abuela. Mamá tenía tres años cuando murió. Ahora que estoy embarazada y en el pueblo, no paro de acordarme de ella.

—Cuando te vi el primer día, me pareció que había resucitado. ¡Jesús, María y José, sois igualitas! Me asusté. No sabía nada de tu boda.

—No, no me he casado. Mi novio se ha ido a trabajar a Madrid. Quizá más adelante, ya veremos.

—Hijita mía, los hombres... ¡Eres muy guapa y muy simpática!

Nía tuvo la impresión de que trataba de ocultar algo.

—Entonces, si mi abuela y usted eran tan amigas... —No podía esperar más. Dori y su hermano volverían de un momento a otro—. Juan, el molinero, y su hija me explicaron algo, pero ¿conoció usted al hombre del que se enamoró?

La Culebrilla enmudeció. Se mantuvo inmóvil con la vista perdida más allá de la ventana abierta de par en par.

—¿Se encuentra bien, señora Josefa?

—Sí, hijita, sí —respondió con voz quejumbrosa—. Según me contó, era uno de esos ricachones casados que, una vez deshonrada, no quiso saber nada de ella. Nunca más volvió a levantar cabeza. El recuerdo de Vigés me perseguirá siempre. Aún hoy me quita el sueño verla allí en las Boicelas, colgada del castaño, con la cara amoratada y con la lengua fuera. No se te ocurra a ti hacer una cosa así, hijita.

Nía jamás olvidaría aquel momento, el cuerpo le pesaba como si quisiera hundirse en un pozo sin fondo. Hubiera querido escapar, dar marcha atrás en el tiempo y encontrarse sentada en el corredor leyendo *Platero y yo*. ¡La abuela se había suicidado! ¡Con una hijita de tres años y se había suicidado! Se tocó el vientre, solo quería proteger y abrazar a su hijo. La vieja continuaba con las manos en la cara, emocionada al recordar aquella trágica escena. Nía se sintió culpable de haber abierto viejas heridas. Recordó a su madre: «Hay que dejar descansar a los muertos.» Tenía razón: la abuela se había ganado la paz. Ahora, más que nunca, sentía el deseo de abrazarse a la vida. Se lo debía: a la abuela, a su hijo y a ella misma. Siempre habitaría en su memoria pero, a partir de ese momento, daba el asunto por zanjado. Ojalá los suyos no se enterasen nunca de aquella conversación. Se levantó de la silla y se acercó a ella.

—Siento haberle causado más dolor al desenterrar el pasado. Me voy, tengo que hacer la cena. Manuel y Dori estarán a punto de volver del campo.

Al parecer la anciana se había recuperado con rapidez.

—Espera que te acompañe. La luz de la escalera es muy tenue y no vaya a haber otra desgracia.

La Culebrilla volvió a recorrer con paso lento el largo pasillo balanceándose como si se deslizase sobre una lozana pradera. Cuando Nía cerró la puerta, apagó la vela. Miró hacia arriba: «Vigés, te odiaré siempre. Me amargaste la vida. Él solo tenía ojos para ti. Lograste hechizarlo, pero el molinero era mío. El que la hace, la paga. Al fin he saldado la deuda con la pánfila de tu nieta.»

Próximo destino: la revolución

Valeriano había llegado a la Estación Central de Atocha media hora antes de lo previsto, pero la puntualidad no era una cualidad de los españoles: pasaban tres cuartos del horario de salida y el convoy aún no se había movido. Puso a prueba su paciencia extrayendo el cuarterón de tabaco de la americana. No le sorprendió: todo iba mal en el país, por eso, desde hacía meses, barruntaba la posibilidad de un estallido revolucionario en toda regla. Su estancia en Madrid le había ayudado a observar cómo se deterioraba cada vez más el ambiente. No entendió a Indalecio Prieto ni a otros muchos compañeros de partido que habían defendido hasta lo impensable «actitudes sensatas». Muchos se habían creído el cuento de Azaña y de tantos republicanos timoratos como él, que, con tanto deseo de concordia, habían contribuido a alimentar al monstruo fascista. Por suerte, muchos camaradas, asustados, cambiaron de actitud cuando la CEDA entró en el Gobierno. Se había formado un Gabinete de cretinos. Aquel Ejecutivo amenazaba a España con el asentamiento del fascismo y a la clase trabajadora con la explotación y el colapso de los pocos derechos que le quedaban. La contención les había llevado a donde se encontraban en aquel momento: con un Gobierno títere de los poderosos y un Gil Robles osado y decidido a dominarlo todo. Pero, tras infinidad de debates, la tenacidad de Largo Caballero se había impuesto y los socialistas, por fin, habían tomado la decisión

de adherirse a la opción revolucionaria. Sonrió. «Se acabó la medida», pensó el Jilguero.

El fuerte silbido del tren lo devolvió al presente. Por fin se ponían en marcha. Desde la ventana del pasillo observó las prisas de una pareja por subir al vagón, justo en el momento en que comenzaba la marcha. Tras colocar la maleta en su mismo apartamento, salieron al pasillo y se abrazaron. Desde el asiento, los siguió con la mirada: «Son los típicos burguesitos recién casados en viaje de luna de miel», pensó Valeriano. Los juegos amorosos hacían la delicia de algunos pasajeros que cuchicheaban y no les quitaban los ojos de encima ante la indiferencia del joven matrimonio. Ambos se balanceaban al ritmo del traqueteo del tren. Ella se dejaba manosear en medio de risitas entrecortadas por los roces de los labios del joven y los susurros al oído. A los pocos minutos, abandonaron la zona cogidos de la mano.

Valeriano salió al pasillo justo en el momento en que la pareja se adentraba en el pequeño lavabo del fondo. Le gustaba contemplar el paisaje cambiante. Durante mucho rato vio cómo la niebla invadía campos y poblaciones; en cambio, pasadas unas horas, se disipó al tiempo que la luz del sol se filtraba entre las nubes mortecinas. Acudió a su memoria la excursión a Matarrosa en el tren minero y los primeros escauceos amorosos con Nía. Durante los cuatro meses de su estancia en Madrid había pensado mucho en aquel enamoramiento imprevisto. La relación se le había ido de las manos, lo reconocía. Había perdido la cabeza. Nía era una mujer fuerte y sensible y él se había dejado seducir por su juventud e inexperiencia. No había medido bien las consecuencias. La había imaginado como una joven moderna y se había topado con los prejuicios morales de la inmensa mayoría de las puritanas del país. Pero él se debía a la lucha obrera. Por encima de sus intereses personales habían de prevalecer los colectivos.

Abandonó el pasillo y volvió al departamento. Hacía calor, a pesar del aire fresco de los primeros días de otoño. En el compartimento las ventanas continuaban cerradas. Al lado de una de ellas, los rayos tibios de sol caían sobre

el rostro de un joven seminarista de aspecto ascético, sumergido en la lectura de Tomás de Kempis: *Imitación de Cristo*. El Jilguero no deseaba mantener una conversación con nadie: «Procura pasar lo más desapercibido posible» había sido la directriz principal que recibió de los líderes socialistas nada más llegar a la capital. Durante todo el tiempo que había permanecido en la ciudad, había trabajado sin descanso en el cometido asignado como operario eventual de Correos con el fin de lograr burlar el posible control sobre las comunicaciones escritas del partido y del sindicato. La faena se la había conseguido el amigo Nistal, hombre fuerte de los socialistas en León y, durante un tiempo, director general de Correos. Miró al curilla sentado enfrente; por su aspecto añorado e imberbe le calculó unos quince años. Sintió lástima por él, la sotana le daba un aspecto fúnebre de cuervo con las alas recortadas. El Jilguero estuvo a punto de abrir la maleta y sacar el *Manifiesto Comunista*, pero se contuvo: era fundamental no llamar la atención, no podía olvidar la estrategia revolucionaria que estaba en marcha.

La pareja de enamorados entró en el compartimento cogida de la mano y dedicándose miradas y gestos almibarados. Él también se había dejado seducir por aquel amor casi adolescente de Nía. Él, que siempre se había sentido atraído por mujeres más mayores y experimentadas, se había dejado encandilar por su inocencia. La soledad lo había acompañado a lo largo de los últimos meses. Primero trató de olvidarla con alguna relación esporádica e intrascendente, después se concentró en la lectura, las reuniones y el trabajo. Muchas veces se había preguntado cómo habría resuelto ella su embarazo y cómo se las habría apañado con la familia. Ahora que volvía a El Bierzo, ya vería la manera de ponerse en contacto con ella sin levantar sospechas. La revolución era su meta y nada ni nadie lo desviaría un milímetro de las consignas recibidas.

El tren se aproximaba lentamente a la estación de León con tres horas de retraso. En el vagón la parejita de enamorados dormitaba. Él, con la boca abierta, estaba inclinado hacia la puerta y ella descansaba sobre su hombro. Valeriano miró de reojo al seminarista, que permanecía sentado, con la espalda recta como

un pináculo. Sus párpados, cerrados y estáticos, contrastaban con el leve bisbiseo de los labios, los cuales mantenían una perfecta sincronía con el movimiento lento de las cuentas del rosario. La Iglesia manipulaba a los ingenuos. Aquello le repugnaba y lo sacaba de quicio. ¿Acaso Jesús había rezado alguna vez el rosario? Cuando era pequeño, el cura de Villablino hablaba del retorno de Cristo y del Juicio Final. Sonrió: «Si volviese a la Tierra se liaría a hostias con los clérigos y los echaría otra vez del templo.» Su padre siempre decía que Jesús fue el primer comunista y, probablemente, era verdad. Razón tenía Marx al afirmar que la religión era la adormidera del pueblo. Observó de nuevo al seminarista. Continuaba en la misma posición rígida, parecía una esfinge. No se compadeció lo más mínimo. La revolución se encargaría de despertarlos. Antes de salir del vagón, estuvo a punto de escupirle en la cara, pero se contuvo. No se arriesgaría, aquellos pajarracos le importaban un bledo. Cogió la maleta y bajó del tren.

El reloj de la estación marcaba las cinco de la mañana. Se enfundó la zamarra dispuesto a esperar. Confiaba en no tener problemas para identificar al contacto. Sin embargo, la estación solitaria no ofrecía el mejor de los escenarios y el retraso del tren había complicado los planes. Debería actuar con normalidad. Postergaría la compra del billete hasta que recibiese indicaciones. Intranquilo, se sentó en el banco situado en la parte derecha de la taberna, cerrada aún a aquellas horas, y esperó.

A las seis de la mañana ya se apreciaba bastante bullicio en el andén. El jefe de estación anunció la llegada en una media hora del expreso Madrid-Vigo. Tenía un extraño presentimiento y no tardó demasiado en descubrir la causa de su corazonada: allí estaba ella, la Pepona, su primera maestra en las «artes amatorias». No le hubiese hecho falta comprobar el color de su vestido, «azul con pequeños lunares blancos», ni el «pelo recogido en un moño», tal como le habían notificado. Sonrió para sus adentros y siguió las instrucciones al pie de la letra: continuó sentado y leyendo el periódico. «Compra el *ABC*, no se te ocurra llevar encima *El Socialista*», le habían advertido en Madrid. La miró por el rabillo del ojo. Ella también lo había reconocido, estaba seguro. Un grupo de

monjas de la Caridad con la toca de alas perfectamente almidonadas invadió el andén. Valeriano perdió de vista a la Pepona, oculta entre aquel conjunto de gaviotas. Justo cuando hacía su aparición el tren y la animación se apoderó de los viajeros, la Pepona se sentó a su lado. En ningún momento lo miró, disimuladamente le pasó una pequeña cartulina y le largó el mensaje contemplando el cielo. Semejaba una mujer que entonaba una copla a fin de matar el rato.

—Has de subir a este tren, aquí tienes el billete a Bembibre. Está a punto de empezar la fiesta. —Sin quitar los ojos del entorno, esbozó una media sonrisa—. Siento no tener más tiempo para recordar los buenos momentos.

Subió al tren decepcionado. Su gozo en un pozo. Antes del estallido de la revolución hubiese deseado pasar por Ponferrada e intentar ver a Nía. La marcha precipitada a Madrid, junto con las órdenes del comité animándolo a la prudencia y a mantenerse alejado de los amigos, había dificultado la comunicación con ella. ¿Se habría mantenido firme en la decisión de continuar con el embarazo? Hubiese sido muy fácil abortar, lo habían tenido al alcance de la mano. Sentía haberse equivocado con Nía, jamás le supuso unas convicciones tan firmes. Ahora le dolía pensar en ella, a punto de ser madre de un hijo cuyo padre había cogido las de Villadiego a las primeras de cambio. Había cometido el error de dejarla en la estacada, lo sabía. Sin embargo, no se arrepentía de ello; los principios había que mantenerlos firmes también en los malos tiempos. Ya quedaba poco: la revolución estaba a la vuelta de la esquina y esa vez sí, esa vez triunfaría. Ella y el hijo de ambos gozarían de un mundo mejor. Valía la pena el sacrificio.

Teresina

Las campanas de la basílica de la Encina tocaban las cinco de la tarde justo en el momento en que Nía y Manuel llegaban a Ponferrada. Había sido un viaje agotador. Aun con el auxilio de su hermano, le costó Dios y ayuda bajar del coche de línea. Casi no podía caminar, el traqueteo del autocar la había mareado y las náuseas no cesaban. Al ver a Juan se abrazó a él y, aunque intentó reprimirse, no pudo evitar llorar desconsoladamente.

—Tranquila, Nía. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Te encuentras mal? —Juan la miraba sin perder de vista a Manuel, intentando comprender el motivo de tanta aflicción.

—Le ha sentado mal el viaje y ha vomitado bilis porque no le apeteció ni desayunar ni comer. Lleva un par de días indispuesta y con calenturas. No ha querido que llamase al médico. Solo deseaba bajar a Ponferrada.

La sostuvieron por la cintura y, a paso lento, la acompañaron hasta la taberna más próxima. Estaba pálida y sudorosa pero había dejado de llorar. El dueño del bar acudió rápidamente a socorrerlos: cogió la maleta y dispuso una silla, donde la sentaron. Nía amparaba el bajo vientre con las manos y, de vez en cuando, se retorció de dolor.

—Teresa, corre, Teresa... —El hombre se movía de un lugar a otro a un ritmo frenético.

Una mujer rechoncha con las mejillas sonrosadas y los ojos saltones asomó la

cabeza por el ventanuco que comunicaba la barra con la cocina. Advirtió el estado de la embarazada y salió corriendo. Los tres hombres, medio paralizados, no sabían qué hacer.

—Chiquilla, tranquilízate. —La señora llevaba en sus manos un paño de tela húmedo y se lo pasó por la frente—. Aparta la mesa y saca el banco, Tomás. La vamos a tumbar y le pondremos los pies en alto. Vete a buscar a la señora Manuela a ver qué le parece. Para mí que esta joven está de parto.

La señora Teresa le preparó una tila, volvió a remojar el paño, se lo pasó por la cara y por los brazos varias veces y, por fin, Nía pareció recuperar el ánimo.

—No has comido nada, Nía. Estás desfallecida. Esto se pasa rápido, ya verás.

Nía sonrió. Manuel siempre achacaba cualquier problema físico a la comida: por exceso o por defecto. De un momento a otro le ofrecería un vino quinado para levantar el ánimo. Pero ella sabía bien la causa de su mal: desde que la Culebrilla le había revelado toda la verdad sobre la muerte de la abuela, casi no había pegado ojo. Día y noche se la imaginaba colgada del castaño, con la cara amoratada y la lengua fuera.

La mujer salió de la cocina con una taza.

—Tómate este caldito de gallina, esto resucita hasta a los muertos.

—Échele un poquito de vino quinado. Verás, hermanita, como se te arregla el cuerpo enseguida.

Juan no decía palabra. Se había sentado a su lado, le sujetaba la mano con fuerza sin abandonar aquella posición. Nía intentó tranquilizarlos aunque, de vez en cuando, no podía evitar mostrar un gesto de dolor ante las contracciones del bajo vientre.

El señor Tomás entró fatigado. Le había costado llegar a la casa de la partera.

—No sé lo que pasa, pero hay mucho movimiento de guardias por el puente y por toda La Puebla. El jaleo ya no solo es en Madrid, también en Asturias, en Cataluña... —Cogió el vaso de vino que le había servido su mujer y se lo bebió de un trago—. Dicen que los muertos se cuentan por centenares en todas partes. La revolución se ha extendido por todo el país y aquí la traca es fuerte en

Fabero. Además, los de Santa Leocadia, Matarrosa y los de por allí arriba se dirigen hacia Bembibre. Me he parado un momento a escuchar ahí en la plaza y el boticario asegura que el gobernador ha pedido auxilio al ejército, y él siempre está bien informado.

El bar estaba vacío. Nía intentó levantarse, pero el dolor la obligó a sentarse de nuevo. Tragó saliva, movió nerviosamente las alas de la nariz e intentó respirar. El pánico al próximo retortijón se alternaba con la angustia de ignorar el destino de Valeriano. Una especie de obsesión demoledora le golpeaba la mente: «¿Nacerá mi hijo al tiempo que morirá su padre?» Apretó con fuerza la mano de Juan, que tenía demudado el rostro. El señor Tomás y Manuel salieron un momento a la calle, pero entraron enseguida.

—La gente se recoge rápido —afirmó el señor Tomás—. Hay movimiento de grupos de obreros. No sé, no sé...

Manuel trataba de mantener la calma, sin embargo no paraba de entrar y de salir como si la inquietud solucionase, al menos, sus temores: quería llegar a casa, su madre estaba sola y sin saber dónde se encontraban sus tres hijos. ¿Y Dori? Esperaba volver al pueblo al día siguiente. ¿Habría tranquilidad en La Portela?

—Me voy. —Juan se levantó con decisión—. Madre está sola y seguramente desesperada. Al menos sabrá que estamos a salvo. Si la cosa se tranquiliza subiremos los dos y si no, cuando podáis, bajáis vosotros.

Abrazó e intentó calmar a Nía, que estaba desencajada. Se sentía culpable por haber metido a los suyos en aquella especie de atolladero. Trató de serenarse. Necesitaba ser fuerte. Pero su cabeza daba vueltas y más vueltas. Cerró los ojos: sobre la cara desdibujada y amoratada de la abuela se superpuso la del Jilguero. «Él está metido en todo este fregado. Estoy segura.» Temió que se repitiese la mala suerte de su abuela y sus miedos se hicieran realidad.

Un velo cubrió las horas siguientes. Solo recordaba cómo una mujer alta y fuerte con la cara plagada de marcas de viruela masajeaba su vientre. Le pedía

que empujase y volviese a empujar una y otra vez. Notó cómo unas manos se introducían en sus entrañas y se moría de dolor.

Escuchó a lo lejos el llanto de un bebé. Sudaba y le dolía la espalda. Se hallaba en una habitación extraña. Clavó los ojos en el cuadro colgado en la pared del fondo de la cama; en él la imagen de una monja con una pluma en la mano, un libro y una calavera mantenía fija la mirada en el vuelo de una paloma cercana. Una mujer, con vestigios de viruela en la cara, entró en el cuarto con el recién nacido en brazos envuelto en una sábana.

Nía, medio adormecida, la oyó decir:

—Es una niña, pequeñita, pero preciosa. Me da la impresión de que ha nacido antes de tiempo. Necesita tu calor.

Le desabrochó la camisa y acopló a la pequeña a su cuerpo. Enseguida, Nía escuchó los latidos de su corazón, acompañándose a los suyos. Experimentaba una sensación extraña con aquel pequeño ser a su lado.

—Perdone, no sé su nombre, pero me parece que tengo que agradecerle mucho su ayuda —balbuceó.

—Manuela, me llamo Manuela. Pero me puedes llamar Lola. Me gusta más Lola.

Justo cuando la matrona le revelaba su nombre, entró en la habitación la señora Teresa. Respiraba con dificultad porque subir la escalera la fatigaba, el cuerpo le pesaba y el reuma no la ayudaba.

—Ahora sube tu hermano, que el pobre ha sufrido mucho. Yo creo que ha gastado todo el tabaco del bar. —Sonrió guiñándole el ojo—. Tómame este caldito y pronto te recuperarás. Santa Teresa —señaló el cuadro de la monja, colgado en la pared— ha estado aquí para ayudarte.

Nía contempló de nuevo el cuadro con la monja, la paloma y la calavera: se llamará Teresa. Ese era su nombre: Teresa, Teresina. Abrazó a su hija y se sonrió.

La victoria será nuestra o no será

El domingo 7 de octubre de 1934 permanecería en la memoria colectiva de El Bierzo durante muchos años. Al menos, así lo viviría Nemesio Pascual Sala, vecino de Matarrosa. Había estado a punto de salir corriendo ya antes de acostarse. Sin embargo, la moderación que le había encomendado el Jilguero lo había contenido.

Repasó mentalmente el programa. Valeriano y él lo habían diseñado hasta el último detalle. Justo el día anterior, el Jilguero le había comunicado que había recibido el santo y seña. Así pues, el plan, convenientemente ideado, arrancaba y los mineros del Alto Bierzo se unirían a los sublevados asturianos y del resto de los pueblos de España contra el Gobierno represor de Lerroux y de sus amiguitos de la CEDA. La revolución demostraría a los fascistas del Gobierno la unidad proletaria y su capacidad de abatir a los tiranos.

Valeriano y los ocho jefes de escuadra lo esperaban a la salida de Matarrosa. Se saludaron en silencio y comenzaron la marcha a través de las montañas. Era la ruta más segura y, además, conocían bien el terreno. Poco a poco, a medida que se acercaban a Toreno, el resto de camaradas mineros bajaban de los pueblos y se incorporaban a la expedición. Nemesio sentía la fuerza revolucionaria correr por su sangre. Trataba de contenerse, pero la emoción lo embargaba por momentos al echar la vista a los centenares de hermanos proletarios que como torrentes de agua fresca se sumaban a ellos. Acarició la escopeta de caza. Pocos

camaradas contaban con armas de fuego, ya las conseguirían en Bembibre. A la altura del paraje de Alinos pararon a organizarse. El recuento de dos mil trabajadores, dispuestos a dar la vida por la causa, reavivó la confianza. El éxito de la revolución en el Alto Bierzo estaba asegurado. Admiró, una vez más, la habilidad para el mando de Valeriano. En torno al lavadero Gaiztarro los distribuyó en dos columnas de unos mil hombres cada una, repartidas a su vez en ocho escuadras de unos doscientos cincuenta, capitaneadas por los ocho subalternos. Era esencial —los arengó— mantener la disciplina, cumplir las consignas sin miedo y atacar en caso de necesidad, pero sin utilizar la violencia innecesariamente. A él le adjudicó una partida y Valeriano acaudilló la otra.

A las once de la mañana aquel ejército de mineros llegaba a Bembibre. Dedicaron tres horas escasas a requisar las escopetas de algunos vecinos, asaltar el cuartel y hacerse con las armas. Vivieron momentos de gloria sin encontrar demasiada resistencia. El Jilguero había cumplido su promesa: «Esta vez sí, esta vez lo lograremos. La victoria será nuestra», le había dicho la noche anterior. Seguramente, imaginó Nemesio, en aquellos momentos tanto en Madrid como en Barcelona o en Asturias, en tantos y tantos sitios, y ahora en Bembibre, triunfaba la revolución social.

En cumplimiento del plan, la flor y nata del comando capitaneado por Valeriano, y por él mismo de segundo, se dirigió al Ayuntamiento mientras el resto tomaba posiciones. De entre un grupo de vecinos surgió un hombre muy trajeado que los increpó. «Tú eres un mierda fascista», le espetó Nemesio. El Jilguero se acercó al señorito, le dirigió unas palabras y con gesto contundente lo puso firme. Él no las llegó a oír, entretenido en controlar la situación, pero le entraron ganas de dispararle dos tiros y dejarlo frito. El hombre se retiró murmurando y con cara de perro; no obstante, Nemesio se tranquilizó porque tenían la situación controlada.

La cuadrilla, compuesta por unos doscientos camaradas, logró asaltar el Ayuntamiento, después del enfrentamiento con la Benemérita. En la refriega cayeron dos guardias y tres o cuatro revolucionarios permanecían heridos en el

bar de la entrada del pueblo. Nemesio nunca olvidaría la entrada en la casa consistorial. Las autoridades y sus compinches la habían abandonado a su suerte. Sin disparar ni un solo tiro subieron la escalera: los jefes ascendían los primeros sin bajar la guardia en ningún momento. El Jilguero, fusil en mano, andaba con cien ojos, y él, que había cedido su escopeta de caza a otro compañero, empuñaba firmemente una de las pistolas confiscadas en el cuartel. Desde el salón de plenos accedieron al balcón. Algunos vecinos de la villa se habían atrevido a salir de casa y contemplaban el panorama con asombro. Los revolucionarios gritaron entusiasmados al verlos aparecer. Uno de los escuadras les proporcionó un altavoz. Valeriano, micrófono en mano y con voz vibrante, se dirigió a todos ellos: «Compañeros, en vuestro nombre, en nombre de los necesitados y en unión con todos los hermanos proletarios, defensores a capa y espada de la justicia —se detuvo un momento, cogió impulso y gritó—, proclamo la República socialista de Bembibre.» Los revolucionarios aplaudieron desde la plaza con frenesí. Tras unos minutos, el Jilguero alzó el brazo, apretó el puño y con una voz profunda comenzó a cantar.

¡Arriba, parias de la Tierra!

¡En pie, famélica legión!

Atrúena la razón en marcha:

es el fin de la opresión.

Nemesio se sacó la boina, le temblaban las carnes de la emoción. Unió su canto al del amigo, los demás los siguieron y juntos entonaron *La Internacional*. No había experimentado tanta euforia desde que, dos días antes de casarse, en el pajar del tío Ezequiel había penetrado a su Fefiña.

Sin embargo, veinticuatro horas después, tumbado en la celda con el cuerpo molido a palos, pensaba que quizá fue a partir de aquel instante cuando las cosas empezaron a torcerse. El himno se había apagado poco a poco. Al mismo tiempo, Nemesio, desde el mismo balcón del Ayuntamiento, había visto elevarse

bocanadas de humo en diversos lugares. La iglesia estaba en llamas y un grupo de mineros de su sección transportaban un Cristo sobre los hombros. La escultura daba tumbos y en algún momento a punto estuvo de caer al suelo. La comitiva del Cristo se encontró con unos pocos vecinos que, a todo correr, se dirigían con cubos hacia el río en un intento desesperado por apagar el fuego. Se quedó paralizado. Las órdenes del Jilguero habían sido claras: «Atacar en caso de necesidad, pero sin utilizar innecesariamente la violencia.»

Nemesio reaccionó al ver a Valeriano bajar por la escalera como alma que lleva el diablo. Salió tras él. Cuando llegaron al centro de la plaza el Cristo descansaba, rodeado por un montón de compañeros. Un cartel, colgado en el pecho de la imagen, rezaba: «Cristo Rojo, a ti te respetamos por ser de los nuestros.» El Jilguero rugía como un león enloquecido, corría de un lado hacia otro lanzando preguntas sin respuesta: «¿Quién ha dado la orden de quemar la iglesia? ¿Y las otras casas? ¿Quién coño os ha dado semejantes órdenes?»

A Nemesio le hervía la sangre. Muchos de los insurrectos festejaban el triunfo en los bares y en las bodegas. Medio borrachos recorrían el pueblo dando tumbos y entonando canciones. Valeriano estaba desesperado. Nemesio Pascual Sala sabía de antemano que la vida daba muchas vueltas y todo pasaba en un instante, pero jamás se imaginó que tanta lucha, tanta preparación, tanta esperanza se desvanecieran en apenas unas horas. Nada pudieron hacer el Jilguero y él cuando aparecieron las tropas. Soldados y guardias civiles semejaban bandadas de avispas atacando por todas partes. Se batieron cuerpo a cuerpo y vio cómo caían bien cerca dos de los suyos. Cada uno abandonó el lugar como pudo y en su huida avistó el cuerpo de algunos de los atacantes tendidos en el suelo. Llegó a casa a las doce de la noche, agotado. Se abrazó a su Fefiña y se durmió.

Horas después hacía casi el mismo recorrido. Esa vez, el camión, perfectamente custodiado por la Guardia Civil, conducía a unos treinta camaradas y al mismo Nemesio de nuevo desde Matarrosa hacia Bembibre. Apenas tres horas antes lo habían despertado los gritos en la calle y algunos

tiros. Sin tener tiempo a reaccionar, unos cuantos guardias habían irrumpido en la mísera casa de planta baja y lo habían sacado a patadas y a culatazos de la cama ante la mirada atónita de su mujer, aterrada y paralizada ante tanta crueldad. Le sujetaron las muñecas con un par de esposas bien aferradas sin apenas darle tiempo a ponerse la chaqueta de pana y la gorra negra de fieltro. Por suerte, con las prisas por abandonar la casa cuanto antes, porque solo deseaba que dejaran a los suyos en paz, no llegó a ver cómo forzaban un par de guardias a Laura, la hija mayor que tres días después cumpliría los dieciocho.

Un camión los esperaba en la plaza del pueblo y a él accedieron los treinta camaradas ante la mirada atenta, fusil en mano, de la Benemérita. A lo largo del trayecto, la escasa pericia del conductor y el excesivo peso de los prisioneros zarandéo el camión varias veces. Justo en la curva de San Luis pilló un bache y a punto estuvo de volcar y de acabar con todos en el río Sil. Aun con las muñecas esposadas intentaban apoyarse unos en otros, sin embargo ninguno de los prisioneros lograba mantenerse en pie.

Al llegar al cuartel de Astorga les quitaron las esposas y los ataron de dos en dos con los brazos en la espalda. A base de empujones los metieron en una celda. En aquel lugar, húmedo e inmundo, pasaron muchas horas. Al principio trató de controlar el tiempo gracias al tañido de las campanadas de alguna iglesia cercana. No supo cuánto esperaron allí sin probar bocado y muertos de sed. Pero, finalmente, a las doce de la mañana del tercer día lo sacaron de la mazmorra y lo llevaron ante un tal don Baltasar, como le llamaban todos. Le presentaron un escrito de acusación y le urgieron a firmarlo. Como no sabía leer, el secretario recitó en voz alta los cargos: conspiración, rebeldía, sedición y otras palabras que él no entendió mucho. Además el acusado reconocía «el caudillaje de Valeriano Blanco Iglesias sobre los revolucionarios». A pesar del agarrotamiento del cuerpo, se irguió con entereza, pero se negó a estampar la firma sobre tal delación. Don Baltasar lo miró de hito en hito, seguidamente se dirigió a los dos jóvenes guardias civiles y les espetó: «Retírenlo y hagan su trabajo.» Nemesio no sabía dónde paraba el Jilguero. Deseaba con todas sus fuerzas que se hubiese

salvado. La última vez que lo había visto al lado del río, ataba con un calcetín la pierna de un revolucionario para contener la hemorragia.

Aquel día y los siguientes se convirtieron en un infierno. Nemesio, junto con la consciencia, perdió en varias ocasiones la noción del espacio y del tiempo. Estaba dispuesto a morir, pero no pensaba confesar.

La hija pródiga

Había pasado tres días de idas y venidas al domicilio de aquella buena gente del bar de la estación, donde había parido su hija. Experimentó cierto alivio cuando Nía regresó a casa: al menos recuperaba una ilusoria normalidad. Le costaba mucho aceptar aquella situación. A veces se descubría haciendo las cosas maquinalmente: subía la comida a la habitación de la hija con la mente en blanco; lavaba la ropa por pura práctica o atendía el bar en ausencia de Juan por costumbre. Nía aún estaba muy débil. La criatura se pasaba horas enganchada al pecho y, además, le costaba dormir. No se había fijado mucho en la pequeña, pero parecía escuchimizada, solo se le apreciaban los ojos claros y grandes, «poco tiene de nosotros, deben de ser como los del canalla del padre», sospechaba la señora Avelina. Además, la situación aún se podía agravar más: aquella criatura tan demacrada no le daba buena espina; seguramente habría que llamar al médico y comprar medicamentos. Su hija había jugado con fuego, se había quemado y las llamas les habían alcanzado a todos.

Aunque la embargaban las preocupaciones, la señora Avelina no podía faltar a la misa en honor a la Virgen del Pilar en el día grande. En su censo de Madres de Dios, después de la Virgen de la Encina, Nuestra Señora del Pilar ocupaba el segundo lugar. Aquel día, el recogimiento se le hacía cuesta arriba. Desde que supo del embarazo de la niña, andaba con el alma en vilo. Además, ahora se les presentaba un mal panorama con aquella nieta tan esmirriada y nacida antes de

tiempo. Al menos Nía le había puesto un buen nombre porque falta hacía que santa Teresa las protegiera. No obstante, la flamante abuela no podía con su cuerpo. Aguantó de pie todo lo que pudo, pero le fallaban las fuerzas. Aun así resistió y, por fin, se sentó justo cuando don Fernando comenzaba la homilía. No le prestaba mucha atención, pero le oyó comentar algo sobre el amparo de la Virgen del Pilar. Eso, ya los podía guardar en su seno a todos y librarlos de nuevos contratiempos.

Le vino a las mientes el tal Valeriano, aquel sinvergüenza había dejado embarazada a la niña, y en ningún momento se había ofrecido para nada. Su Juan no quería disgustarla, pero bien había oído la noche anterior su charla con Toñín en el bar. «Lo tenemos identificado, Juan. Se hace llamar *el Jilguero*. Él dirigió a los mineros del Alto Bierzo al desastre. Se dio a la fuga, pero está en busca y captura. Lo pillaremos y aparecerá aunque sea en el infierno. Como hay Dios que daremos con él.» Ella había prestado atención y se mantuvo tras la puerta de la cocina casi sin respirar. Trató de no perder ripio, pero solo lograba captar parte de la conversación. Sin embargo, pudo enterarse de que habían cometido muchas fechorías: habían quemado la iglesia de Bembibre y la casa del cura, asaltado el cuartel de la Guardia Civil y acibillado a unos cuantos agentes del orden. A la angustia por la situación de Nía se unía ahora la deshonra por el historial rebelde del progenitor de la criatura. Su hija no solo se había convertido en madre soltera, también su nieta llevaba la sangre de un canalla, seguramente masón y, además, asesino. ¿Cómo no lo iban a perseguir? Tenía razón Toñín: aquellos revolucionarios eran indeseables y caerían más pronto que tarde.

Al llegar la hora de la eucaristía, se levantó de las primeras a recibir la comunión y volvió al reclinatorio sin mirar a nadie. No le hacía falta, seguro que todos los feligreses la observaban. Se avergonzaba ante aquella situación, pues casi con toda seguridad Nía era la comidilla de los chascarrillos groseros del barrio. Por un momento, revivió la Crucifixión de Cristo y, compadeciéndose de sí misma, le pareció oír en el interior una voz desgarrada que imprecaba: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» De buena gana se hubiese echado

a llorar y a gritar. Sin embargo, no pensaba derramar una lágrima: ella, Avelina García, viuda de Enrique Lavandeira, no les daría ese gusto a los chismosos. Se había pasado la vida ocultando la tragedia de su madre, rezando por su salvación y, ahora, otra vez el demonio volvía a hacer de las suyas.

Cuando finalizó la misa, salió de la iglesia sin mirar atrás. Al bajar la cuesta se encontró con Morete de frente y lo saludó con desgana. No lo sabía fijo, pero si él era el padrino de Valeriano, seguramente también sería el responsable de que su hija lo hubiese conocido.

—Señora Avelina, me he enterado de la vuelta de Nía y del nacimiento de la niña. Felicidades a la abuela.

Seguramente Morete no lo hacía a mal fin, aunque a ella le pareció apreciar cierto retintín en sus deseos. «¿Felicidades? Felicidades, ¿de qué?», pensó. Le dieron ganas de borrar su sonrisa de un guantazo.

—Sí, ya ha vuelto. Allí anda por casa —respondió fríamente.

—Nos gustaría pasar a verla. Según dicen, la niña es preciosa y se parece al pa... —enmudeció, no sabía cómo salir del apuro.

—¿Quiere decir al padre? Usted lo debe conocer bien. Es su ahijado, ¿no? Pues vaya pinta. Ha demostrado ser un granuja. En ningún momento se ha preocupado por nada.

La señora Avelina estaba lívida.

—No sé qué decirle, la verdad... —El hombre no sabía dónde meterse—. Lo siento. Esas cosas pasan, la vida es así.

Ya estaba harta de aguantar los reveses de la vida y de callar para mantener buenas relaciones con los vecinos. Morete ponía cara de circunstancias, pero ella le tenía ganas y, mira por dónde, había llegado el momento oportuno y le iba a tapar la boca.

—Sí, sí, pasan cosas, pero... ¿le parecería bien que le hubieran sucedido a su hija? Su ahijado es un auténtico sinvergüenza. Por si fuera poco anda por ahí en revoluciones, asesinando a gente y haciendo de las suyas. Dios mío, en buena se

metió mi hija cuando lo conoció. —Le lanzó una mirada asesina y lo dejó plantado.

Apenas había dado unos pasos cuando le oyó decir:

—Si necesita algo, cuente con nosotros.

«A buenas horas, mangas verdes», discurrió para sus adentros sin volver la vista. Entró en la casa por la puerta de atrás. No quería ver a nadie y en el bar se oían voces. Le pareció escuchar la de don Daniel. No entendía la obsesión que había demostrado el maestro a lo largo del embarazo de Nía por intentar justificarla. Siempre fue amigo de casa y su Enrique y ella misma lo apreciaban, pero esa manía de los socialistas por el respeto a los demás, la libertad y un montón de pamplinas la enfurecía. ¿Acaso había demostrado Nía respeto a la familia? Muy al contrario: campó a sus anchas sin ninguna consideración por los suyos. ¿Y eso era la libertad? ¿Acaso no hubiese sido mejor atarla a la pata de la cama y no dejarla salir? La actuación de su hija la sacaba de quicio. Había dado a luz hacía apenas una semana y, según le había explicado la partera, había sido un parto peliagudo y a punto estuvo de llamar al médico porque perdía mucha sangre. Después de todo, meditaba la señora Avelina, suerte de aquella mujer a la que ella conocía desde su época de sirvienta en casa de don Vicente y que siempre había tenido la precaución de acudir a él en caso de alumbramientos enrevesados. Veía a Nía ojerosa y desgana, pero no se quejaba; a pesar de todo ella tenía la impresión de que en ningún momento se había arrepentido de ser madre. No entendía cómo Dios le enviaba semejantes pruebas. No obstante, como buena cristiana, aceptaba la voluntad divina. Eso sí, a regañadientes, lo reconocía. Recordó la parábola del hijo pródigo. Al menos el hijo del Evangelio había vuelto solo, pero ahora ella contaba con otra boca más que alimentar.

«He venido para contarte mi mal»

Valeriano todavía no había conseguido interpretar los motivos del fracaso de la revolución. Nemesio y él lo habían preparado todo siguiendo las consignas recibidas. Había estudiado los objetivos y el itinerario hasta el último milímetro. Sin embargo, no habían contemplado la actitud irresponsable e indisciplinada de algunos camaradas ni la reacción tan rápida y efectiva de las tropas. Revisó los pies llenos de ampollas. Colocó unas cuantas hojas secas dentro de la bota izquierda con el fin de tapar dos agujeros que lo obligaban a mirar continuamente al suelo para evitar piedras y charcos. Se hallaba al límite de sus fuerzas. ¿Qué habría sido del resto de los compañeros? De la huida, solo recordaba haber perdido de vista a Nemesio al atravesar el río. Le seguían la pista, estaba convencido.

Ocho días caminando a través de las montañas, sobre todo por la noche, lo habían dejado exhausto. Se había perdido por el monte y errado por caminos solitarios tratando de despistar a los posibles perseguidores. A la altura de Molinaseca había visto pasar varios camiones del ejército. Probablemente andarían a la caza de los camaradas huidos en desbandada. A esas horas ya tendrían una lista de revolucionarios en su poder y, a buen seguro, él la encabezaba. Trató de matar el hambre con unas cuantas nueces y castañas. Necesitaba comer si quería sobrevivir.

De pronto, un ruido apenas perceptible lo puso en guardia. Se detuvo y se

levantó con sumo cuidado. No podía correr ni resguardarse en ninguna parte, el chasquido de sus pasos al aplastar la vegetación seca pondría en alerta a sus rastreadores. Se palpó el bolsillo del tabardo, sí, allí estaba la Star 9 milímetros arrebatada en el cuartel de Bembibre. La extrajo con un movimiento lento y firme. Ignoraba si le había llegado el momento de irse al otro mundo, pero si algo tenía claro era que alguno de aquellos matones compartiría con él la barca en la que navegarían juntos a la otra orilla. Con sumo cuidado se ocultó detrás del tronco del viejo castaño, que hasta entonces le había servido de respaldo, y esperó tratando de mantener la calma. El tic del ojo derecho se movía a un ritmo incontrolable, lo que evidenciaba su estado de alerta. Con el tiempo había logrado aprovechar el movimiento compulsivo para aguzar los sentidos. Mientras tanto, alguien parecía moverse con sigilo. El ruido se tornaba más nítido cuanto más cercano. Con tiento desencajó el seguro, acarició el gatillo con el índice y apuntó hacia la zona de marras dispuesto a abrir fuego a diestro y siniestro en el momento oportuno. Clavó los ojos en la pequeña planicie por la que él mismo había accedido a través de un terreno abrupto y allí, al fondo, la vio. Tendría unos seis o siete años, regordeta y con dos trenzas pelirrojas recogidas en rodetes. Caminaba despacio y encorvada con la vista fija en el suelo buscando castañas entre las hojas. No le convenía dejarse ver ni asustar a la pequeña. Con sumo cuidado dio dos pasos atrás y se escondió en aquella especie de cueva abierta en el tronco del castaño centenario, donde cabía perfectamente un hombre de su complexión.

Amparado por el bosque, descansó hasta medianoche. El aullido lejano de una partida de lobos lo despertó. Le había dado vueltas al asunto durante horas y, al fin, se había decidido. Corría un gran riesgo, lo sabía; sin embargo, era necesario: entraría en Ponferrada por el Pajariel. Desconocía qué sería de su vida al cabo de veinticuatro horas, pero tenía entre ceja y ceja aquel anhelo y nada ni nadie lo frenaría. Tampoco lo ayudaba su aspecto desaliñado. Barajó la posibilidad de pasarse por el sindicato. La rechazó al instante: a aquellas horas estaría cerrado y, además, era probable que lo hubiesen clausurado o, tal vez, lo

vigilasen o lo hubiesen convertido en una ratonera. Sonrió, no caería en la trampa.

No había amanecido cuando se puso en marcha. Decidió desviarse de los pueblos y caminar por las áreas más abruptas con el fin de no perder de vista el entorno. Apenas había recorrido un kilómetro cuando se aclaró la voz y trató de ahuyentar la tensión entonando el tango de los recuerdos:

*Caminito que el tiempo ha borrado
que juntos un día nos viste pasar,
he venido por última vez,
he venido a contarte mi mal.*

A punto de despuntar el alba, contempló Ponferrada desde el Pajariel. La torre de la basílica de la Encina se erguía orgullosa recordando el poder de la Iglesia sobre la ciudad. En cambio, la fortaleza templaria, ubicada sobre el cerro paralelo al río, recordaba que nada es eterno. Su antigua pujanza se había desvanecido, transformada ahora en una especie de pedrera desvencijada donde cada uno, a base de carretas, aprovechaba sus piedras y las reconvertía en construcciones más modestas. «A pesar del fracaso revolucionario, todo es posible. Es cuestión de seguir luchando y de esperar una ocasión mejor», pensó Valeriano. Sobrevoló la ciudad con su mirada. Desde lo alto, la pequeña urbe en crecimiento mostraba un desarrollo anárquico de pequeños barrios. La imagen evocaba un insecto en metamorfosis del que se liberaban diferentes crisálidas. Amaba aquella ciudad, vetusta y moderna, conservadora y revolucionaria. Desde su llegada, apenas hacía dos años, había vivido con intensidad: contaba con amigos y enemigos, se había enamorado y, tal vez, su hijo estaba a punto de nacer. Concentró su atención en la barriada donde vivía Nía. Resultaba un minúsculo arrabal, encajonado entre el río Sil y la vía del tren. En torno a la carretera se extendían algunos pequeños edificios, rodeados de grandes extensiones agrícolas con patios, pozos, cuadras y gallineros. Con dificultad

logró localizar la vivienda que, desde la lejanía, recordaba las minúsculas casas de los cuentos infantiles.

Apenas clareaba cuando entró en territorio conocido por la parte de atrás de la casa. Echó una mirada alrededor, todo parecía estar tranquilo. Las contraventanas de la habitación de Nía se hallaban entreabiertas, aunque en el interior dominaba la oscuridad. Sacó del bolsillo tres o cuatro de las chinas que había recogido en los bordes del río. Una, dos, tres, no hizo falta una cuarta. Allí estaba ella acechando el exterior. Al verlo ahogó un grito y permaneció unos minutos paralizada y con los ojos clavados en él.

Cuando Nía abrió despacio la puerta de atrás, Valeriano enseguida advirtió su cambio físico: había engordado y el rostro parecía haber perdido alegría y frescura. A su vez, ella lo observó desde la puerta, sin atreverse a dar un paso. Él supuso que tendría aspecto de pordiosero: con las botas destrozadas, el tabardo lleno de manchas, el pantalón hecho jirones y la barba larga y desaliñada. Aun así, ella lo reconoció de inmediato.

Él rompió el silencio con un tono de voz casi imperceptible.

—Nía, sí, soy yo. —Temía no ser reconocido—. Necesitaba volver a verte.

Valeriano advirtió su perplejidad. Aún temeroso de su reacción, dio un paso adelante. Desde hacía días había fantaseado muchas veces con aquel momento. A pesar del cansancio sintió una excitación incipiente, como si las viejas emociones lo zarandeasen provocándole un deseo inesperado de poseerla. Echó un vistazo al trastero, mudo testigo del deseo y del amor.

Nía, arrimada al quicio de la puerta, parecía examinarlo como si intentase asegurarse de que no era una visión, de que no estaba ante un espejismo, fruto de sus anhelos.

—Te he esperado durante mucho tiempo. Casi he olvidado las horas y los días ocupados en recordarte.

—No quiero comprometerte, pero necesitaba saber de ti.

—¿Necesitas saber de mí? ¿Ahora? ¿Después de meses sin decir esta boca es

mía? ¿Ahora no quieres comprometerme? ¿Dónde quedaron tus palabras de amor?

Valeriano percibía la indignación de Nía. Era preciso mantenerse serenos. Miró a su alrededor intentando controlar el entorno. La sensación de peligro no lo abandonaba. Necesitaba solucionar las cuestiones pendientes con ella y ponerse en marcha cuanto antes.

—Nía. Intenta mantener la calma. No tenemos mucho tiempo. Me he de marchar. Te lo vuelvo a decir: no quiero involucrarte en mis problemas.

—Trato de mantenerla desde hace muchos meses y te aseguro que no ha sido nada fácil. Ya no me quedan lágrimas. Yo tomé la decisión de continuar con el embarazo, es cierto. Desde entonces, me has eliminado de tu vida.

Valeriano dio un paso adelante e intentó abrazarla. Instintivamente ella retrocedió.

—He soñado a menudo con este momento: el de volver a verte, a tocarte, a sentirte. Ahora, no sé ni lo que siento. ¿Hace tanto frío como el que noto en mi cuerpo?

El pitido del tren expreso de las seis le recordó al Jilguero que no podía detenerse más. Estaba convencido de que le andaban pisando los talones. Había reflexionado mucho: la mejor opción era intentar llegar a La Coruña y huir a Inglaterra. Llegó allí jugándose el tipo y necesitaba saber qué había pasado con el embarazo.

—Me persiguen y creo que de esta no me escaparé. No he venido aquí para discutir, te lo aseguro. En otro momento y con más tiempo, te explicaré las razones de mi silencio. Ahora necesito saber qué ha ocurrido después de mi partida.

De pronto, Nía tuvo la sensación de despertar de un mal sueño y de adentrarse en un avispero. Recordó cuando, al día siguiente del parto, todo el mundo hablaba del fracaso de la revolución y la asaltó el presentimiento de que su hija no conocería a su padre. Ahora estaba allí de nuevo, vivo, pero acorralado. El llanto de la niña resonó en toda la casa. Valeriano se sobresaltó y abrió la boca

como para preguntar, pero Nía intuyó un peligro inminente: de un momento a otro su hermano se levantaría a abrir el bar. Necesitaba encontrar una solución rápida, el tiempo jugaba en su contra.

—Es nuestra hija: se llama Teresa, Teresina. Apenas tiene una semana. Espera un momento que la bajo.

Corrió escaleras arriba ajena a cualquier otra realidad que no fuese la de que Valeriano conociese a la pequeña. Su hija tenía un padre, no le pasaría a ella como a su madre, que no conoció al suyo. «Papá ha vuelto y ha arriesgado su vida por conocerte y por abrazarte», le reveló a su hijita en tanto la cogía de la cuna y la envolvía en una manta. Pasase lo que pasase ella se encargaría de explicarle todo eso más adelante.

Al salir de la habitación, por la rendija de la puerta reparó en la claridad del cuarto de su hermano: acababa de encender la luz y se estaría levantando. Teresina no paraba de llorar. Bajó rápidamente la escalera. Valeriano se había adentrado al portal y esperaba en el interior, medio oculto tras la puerta. Le puso en los brazos a la niña. Él la miró con curiosidad, intentó besarla pero se detuvo: la barba la podía molestar, pensó. En el piso de arriba se oían los pasos de Juan. Valeriano le devolvió el bebé y los tres se fundieron en un rápido abrazo de despedida.

—Tendrás noticias mías. Cuidaos mucho.

Al llegar al final del huerto abrió la cancilla y se volvió a mirar: allí estaba ella con la criatura en brazos y petrificada. Abandonó la zona sin volver la vista atrás. Con la manga del tabardo se secó las lágrimas, no era hora de llantos ni de flaquezas. Se palpó el bolsillo. Sí, su compañera de viaje, la Star 9 milímetros, continuaba en su sitio. Con paso rápido se dirigió hacia el río. «Toda precaución es poca», era la divisa revolucionaria. Caminaría entre las huertas bordeando el Sil hasta la estación. Se retrasaría un poco, pero valía la pena.

A unos doscientos metros a sus espaldas alguien lo observaba. Actuó con tiento hasta verlo adentrarse en las huertas. Recogió el tricornio del poyete. Corrió en dirección al cuartel. Era fácil sacarle la delantera. Sonrió y murmuró

entre dientes: «Me he resfriado, pero el ratón ha caído en la trampa.» En la vida todo era cuestión de perseverancia.

La detención

Él corría y corría monte arriba mientras los muertos se le acercaban vestidos con largas túnicas negras. Ella intentaba ayudarlo, pero no podía moverse y él, desesperado, huía y se alejaba de ella cada vez más y más. Apenas unos metros lo separaban de uno de sus perseguidores. Aquella especie de sombra flotante manejaba con facilidad una inmensa guadaña. De pronto, cuando lo tenía a tiro, la empuñó con fuerza, la giró hacia su cabeza y la guillotina cayó sobre Valeriano.

Se despertó sobresaltada. Intentó levantarse, pero se lo impidió la niña, recostada sobre su cuerpo. Al fin se habían quedado dormidas. Miró las paredes de la habitación intentando convencerse de que había sido un sueño: no había ninguna cabeza, ni muertos, ni tan siquiera sangre. Solo sudor, mucho sudor y una sensación de pánico.

Aquellas imágenes terroríficas eran fruto del impacto que le había producido la noticia. «En el barrio no se comenta otra cosa —le había contado Araceli—. Los de la Benemérita se han llevado a Morete. Según parece, han detenido a Valeriano en la estación cuando estaba a punto de partir el tren y como él es su padrino...» Abrazó a su hijita. ¿Lo habrían seguido? Si era así, la próxima detención sería la suya.

La captura de Valeriano agravó aún más la situación en casa. Notaba a su madre taciturna y la veía deambular de un lado a otro con el ceño fruncido como

alma en pena. Enseguida, cual loba en celo, Nía comprobó la falta de atención que mostraba hacia su hijita. Aunque intentaba controlarse, su actitud la sacaba de quicio. ¿Acaso la niña tenía la culpa de sus posibles errores? No la había arrullado ni una sola vez, ni tan siquiera se había dignado cogerla en brazos. Recordó a la abuela, seguramente la tristeza la había consumido y le había impedido dedicarse a su hija. Si se había suicidado cuando su madre era pequeña, probablemente había ocurrido algo así. En todo caso, no era el momento de darle vueltas al asunto. Tenía pocas fuerzas y pensaba concentrarlas todas en la niña.

Se percató al momento de que Juan aprovechaba la salida de la madre al rosario para tratar de sonsacarla.

—A ver, Nía, a mí no me engañas. Me huele que Valeriano ha estado por aquí. Nía disimuló mientras le cambiaba el pañal a Teresina.

—Pero ¿qué dices? Yo no sé nada de él desde hace mucho tiempo. —Maldijo el aleteo de su nariz. Siempre la traicionaba en los momentos delicados.

—Pues ya me puedes explicar qué hacías de madrugada con la pequeña en brazos en el huerto.

—Teresina no paraba de llorar. Tú y madre necesitáis descansar y no quería que os despertase.

—Lees demasiadas novelas, pero a mí no me engañas con tus historias. Tú todo lo ves de color de rosa. No sé si has aprendido alguna lección. ¿Te das cuenta de que ese es un sinvergüenza? ¿Acaso no tomó las de Villadiego en el peor momento? Además, casi estoy convencido de que te oí hablar con alguien.

Juan se acercó tanto a ella que hasta podía sentir su respiración agitada.

—Le susurraba a Teresina. A veces, cuando oye hablar, se calla.

—No olvides, Nía, que ese hombre está preso. Espero que tengas cabeza y no nos compliques más la vida. No estaría mal que pensases en madre y en su corazón.

Abandonó la habitación sin más y en tres zancadas bajó la escalera. Ella colocó a la niña en la cuna. Tenía que encontrar un lugar más seguro para

guardar la foto de Valeriano con una dedicatoria tan comprometida. No quería deshacerse de ella, pero si registraban su casa... Abandonó la idea. Se sentó, descorazonada, en la cama. No tenía sentido su actitud: todo el mundo en el barrio sabía que Valeriano era el padre de su hija.

Al domingo siguiente de la detención, mientras Juan acompañaba a su madre a misa y Teresina dormía, lo vio entrar. Antonio había buscado el momento adecuado, justo cuando estaba sola en el bar. Abrió la puerta con aire de persona importante. Aquella entrada teatral y el gesto presuntuoso, la alarmó. Enseguida comprendió que detrás de la captura de Valeriano estaba él. Llevaba el resentimiento impreso en la mirada. Parecía un general con aquel traje gris cruzado de seis botones y la corbata de rayas rojas a juego. El cabello corto, peinado hacia atrás y embadurnado de brillantina, junto con el rictus de los labios, movidos al ritmo de un palillo bailador que delineaba un morro prominente, le recordó el de un buitre.

Antonio se acodó en la barra. Miró hacia el techo ignorándola. Dio unas cuantas caladas al cigarrillo y en la última bocanada lanzó el humo hacia ella. La acechaba como un depredador a su presa. Un tembleque dominaba las piernas de Nía y amenazaba con expandirse por todo el cuerpo con la intensidad de un terremoto. Él, sin perderla de vista, mostraba una sonrisa insolente. Intentaba atraerla a un juego confuso en el que, al guardarse los ases, se aseguraba el triunfo.

—¿Me puede poner un vino, señorita? —El guardia civil pronunció la palabra «señorita» sílaba a sílaba, despacio y con un tono irónico.

Nía no contestó. Cogió el vaso, lo puso sobre la barra, lo llenó hasta el límite de su capacidad y para sus adentros se lamentó de no tener a mano un poco de cianuro para aderezar la bebida. Antonio lo cogió e, intencionadamente, derramó parte del líquido sobre la barra.

—Oh, perdone. —Se atusó el nudo de la corbata—. Sírvame de nuevo y

procure que ninguna gota colme el vaso. —Sacó el pañuelo del bolsillo e hizo el gesto de secarse—. Por suerte no me ha manchado el traje.

Nía percibió el juego: trataba de provocarla y hacerla caer en la trampa; sin embargo, no lograría sacarla de sus casillas. Ella también sabía interpretar su papel, era importante descubrir las intenciones del adversario.

—Pues nada hombre, te cambio el vaso. Sería una lástima que te manchases lo más mínimo.

—Así me gusta: las mujeres obedientes, serviciales y trabajadoras, a pesar de lo mucho que madrugas. Cuando quieras yo también vengo a visitarte en algún madrugón, lo haré con mucho gusto. Por supuesto, la cosa quedará entre nosotros dos, no tiene por qué enterarse nadie.

Nía se quedó paralizada, pero le sostuvo la mirada. Aquel imbécil ya no era Toñín, su mejor amigo de la infancia, ni el joven que le había propuesto matrimonio tiempo atrás. Lo que más la asustaba era aquel tono cínico de perdonavidas. ¿Acaso se había creído que ella había perdido la dignidad? Dejó de fregar los vasos, se situó enfrente de él acercándose a su rostro, solo la barra los separaba.

—No te entiendo. ¿Me puedes explicar qué has querido decir?

—Lo has entendido muy bien. Piénsatelo, es una buena propuesta. —Le tiró unas monedas y abandonó el bar.

Una nueva vida

Noviembre 1934 – enero de 1935

Habían transcurrido tres meses desde el nacimiento de Teresina, pero a Nía le costaba adaptarse a la nueva situación. La agotaba ocupar gran parte del tiempo en cambiar, alimentar y dormir a su hija. Necesitaba salir de casa y ver a las amigas. Para colmo, desde hacía dos días la pequeña lloraba a lágrima viva y no encontraba la manera de calmarla. La preocupación por la salud de la criatura la alejó del temor a lo que le había parecido un chantaje en toda regla de Antonio, e incluso arrinconó la angustia por la detención de Valeriano. Apenas podía descansar: la cambiaba, la arrullaba, le cantaba, pero la niña no tenía consuelo.

El sábado, después de la misa de las ocho, la señora Avelina llegó acompañada de la partera. «No es normal que llore tanto, viene a echarle un vistazo», le dijo a su hija casi sin mirarla. La mujer se acercó a la pequeña, la sacó de la cuna y la estiró en su regazo. Nía se sorprendió por la facilidad pasmosa de sus movimientos. En un tris le sacó pañales y refajos, le masajé la barriga, le miró la garganta y los oídos y, finalmente, le metió un dedito en la boca. Teresina succionó desesperadamente. Quedó en suspenso un momento y se dirigió a ella.

—Enséñame el pecho, Nía. —Apretó un pezón y otro y con una seguridad

absoluta dio su veredicto—: Se te está retirando la leche y la niña está muerta de hambre.

Solo entonces, respiró tranquila. Observó la cara de la partera y creyó ver en ella a un hada madrina que le acababa de conceder su mayor deseo: su hija no estaba enferma, simplemente tenía hambre.

La recuperación de Teresina no mejoró el ambiente en casa. La señora Avelina continuaba decaída y ensimismada. Ya no podía estirar más ni los escasos ingresos del bar ni el mísero sueldo de Juan. Madre e hija se evitaban y el silencio parecía haberse impuesto como medida disuasoria ante un posible enfrentamiento. Aquel mutismo se rompía a veces cuando la madre, una y otra vez, echaba en cara a la hija su mala cabeza y la culpaba de haberlos metido a todos en aquel atolladero. Ante semejante acusación Nía, desesperada, respondía con la amenaza de marcharse de casa. Le indignaba la actitud de su madre haciéndola responsable de todos los males de la familia. Sabía que solo dependía de ella el dar un giro a su vida.

La decisión llegó a finales de enero, justo cuando acarreaba desde el río el cubo número diez. El invierno del 1935 no estaba siendo especialmente duro, pero pasado Reyes se sucedieron días de un frío extremo. Apenas se veía el sol y hasta lavar la ropa se convirtió en una tarea casi imposible. El barro, la nieve y las heladas dificultaban el acceso al río. El agua de la fuente se congeló así como la de los canales de riego en los que tanto había invertido el señor Morete con los ahorros ganados en Argentina. Necesitaba lavar diariamente, al menos, la ropa de Teresina.

Al depositar el décimo cubo de agua en el barreño recordó a la abuela, su tristeza y su desmoronamiento. Ella no estaba dispuesta a enterrarse en vida entre aquellas cuatro paredes, ni a amargarse con los continuos reproches de su madre. Necesitaba volar, aunque el vuelo fuese corto. De entrada, buscaría trabajo. Lamentó no haber tomado la determinación días antes, cuando Rita

había aparecido por casa con un abrigo blanco de piel de conejo para Teresina. Ella podía haberla ayudado: conocía a gente importante de Ponferrada, pero ya se había marchado a Madrid. No era tiempo de lamentarse sino de actuar.

Cuando su hermano estaba en casa y con el fin de no dejar sola a su madre con la niña y con el bar, recorría la ciudad de arriba abajo. El trabajo escaseaba, pero no quedó modista, droguería, ferretería, fábrica que no visitase, hasta se ofreció en el matadero como ayudanta, a pesar de la repugnancia que le producía sacrificar y despedazar animales. No había mucho más que hacer: ser madre soltera se convertía en un gran obstáculo para encontrar trabajo. En muchos encuentros se había sentido humillada. Temblaba cuando le preguntaban si tenía hijos o si estaba casada, o las dos cosas a la vez. ¿Qué les importaba a ellos todo eso? Únicamente buscaba trabajo, solo quería ganarse la vida. Incluso el administrador de la fábrica de jabón, un mamarracho de ojos saltones y bigotillo hitleriano, se había atrevido a recriminarle el «abandono» de los bebés por el trabajo fuera de casa de las madres. Tuvo la cara de lanzarle una perorata sobre las bondades del matrimonio y de cómo los jóvenes le habían dado la vuelta a todo y así le iba al país. Lo dejó con la boca abierta cuando le replicó «Déjeme en paz y métase en su vida». Culminó su actuación con un portazo que resonó en toda la nave. Bajó la escalera al estilo de la actriz Raquel Meller, cruzó el almacén bien estirada sin volver la vista atrás y ante la mirada atónita de los trabajadores.

Antes de acostarse, sentada en la cama, mantuvo la vista perdida en algún lugar inconcreto más allá de lo visible. Le sobraba coraje para seguir adelante. Al fin y al cabo solo tenía diecinueve años. No pensaba arrinconar el sueño de su vida. Tarde o temprano, costase lo que costase, alcanzaría su sueño de ser actriz. Don Daniel le había asegurado que haría todo lo posible para encontrarle trabajo. Miró a su hija: Teresina dormía plácidamente, satisfecha con el último biberón de leche de cabra rebajada en agua y endulzada con miel.

El palacete

Febrero de 1935

Se apeó del coche de línea en la plaza Mayor de Villafranca del Bierzo, justo delante de los soportales. Contempló la plaza casi vacía. Según don Daniel, los Álvarez de Luna la recibirían en el palacete sobre las once de la mañana. Aún faltaba una hora. El cielo encapotado amenazaba lluvia. Cogió la maleta y se cobijó bajo los soportales. Al poco, apareció una camioneta renqueante que parecía a punto de abortar la carga de tres grandes cubas. Entre el conductor, su acompañante y unos cuantos hombres las bajaron haciéndolas rodar sobre un tablón. Un fuerte olor a vino impregnó la zona. Acabado el trabajo, el joven acompañante, un mozo de unos veinte años, de pelo liso de un negro intenso y con un flequillo que le tapaba casi los ojos, volvió a cerrar la portezuela de la caja de carga. Nía aprovechó para preguntarle por el palacete de los Álvarez de Luna. La miró sorprendido y ella pudo observar, por primera vez en su vida, unos ojos de diferente color: de un castaño oscuro el izquierdo y azulado el derecho.

—¿De verdad no sabes dónde viven los Álvarez de Luna? —Solo entonces lanzó una mirada a la maleta—. Ah, tú no eres de aquí, *rapaciña*. Espera un momento.

El muchacho entró en el bar y se dirigió a uno de los hombres que colocaban

las cubas en la pared del fondo, hablaron un momento y volvió a salir con aire garboso y silbando.

—Está aquí cerca, pero, si no tienes prisa, dice mi padre que ahora volvemos a la bodega a recoger una cuba que dejaremos precisamente allí. Si quieres puedes venir con nosotros.

—Vale —respondió Nía, aquel joven le inspiraba confianza. Su personalidad entre ingenua y atrevida le agradó—. Si te parece, os espero aquí.

—No, mujer, entra, que te invitamos a tomar algo.

—No te preocupes, te lo agradezco. Me gusta esta plaza. Os espero en aquel banco. —Nía señaló uno de los escaños de piedra situado enfrente. Él se encogió de hombros y entró en el bar.

Un grupo de críos apareció en dirección a la plaza. Uno de los más pequeños guiaba con un palo metálico una rueda que giraba al ritmo de sus pasos y realizaba todo tipo de malabares. A su lado, otro chiquillo gordito y un poco más alto corría en paralelo en perfecta sincronía con el malabarista. El resto de chavales de edades diferentes se abrieron en corro y el pequeño funámbulo de la rueda se desplazó varias veces en torno al círculo de camaradas manteniendo el ritmo y la concentración. Los aplausos, gritos de ánimo y silbidos de todos ellos atrajeron al jolgorio a las niñas, que hasta entonces se habían mantenido fuera del bullicio y en animada conversación. Nía se fijó en la más pequeñita de todas, que se mantenía férreamente cogida de la mano de otra más mayor. El recuerdo de su hija reabrió la herida de la separación. Una rabia inesperada se adueñó de ella ¿Qué pasaría con su hijita? ¿Por qué no la podía ver crecer como lo hacían el resto de las madres? Si no fuera porque don Daniel le había buscado el trabajo, y no era cuestión de dejarlo quedar mal, hubiese cogido el portante y, aunque fuese andando, habría vuelto a La Portela a recuperar a Teresina.

Desvió la mirada del grupo de críos y se enjugó un par de lágrimas furtivas. No solucionaría nada con el ánimo decaído; al fin y al cabo era una suerte que su cuñada se encargase de la niña. Dori la cuidaría como la hija que tanto había deseado tener, porque su madre ni tenía salud ni ganas de criarla. «En el fondo

—pensó—, se ha liberado de una hija rebelde y de una nieta que cada día, al mirarla, le recordaba mi pecado.»

Dejó de contemplar a los pequeños cuando reapareció el muchacho de ojos bicolor. Al verlo, Nía se levantó de prisa y se topó con su mirada achispada.

—*Rapaciña*, nos vamos. —Emanaba un fuerte olor a orujo y su lengua bailaba sobre los labios buscando los últimos resquicios del licor.

Ella lo siguió hacia el otro lado de la plaza, que se había animado en poco tiempo. El alboroto de los niños se había transformado en un silencio extraño. Ordenados en fila parecían esperar órdenes de una mujer alta, fuerte y con rostro serio que los controlaba. El muchacho se paró un momento y saludó de lejos a la maestra alzando la mano y con una leve sonrisa. Pasó la maleta de la mano izquierda a la derecha como si fuese un bolso ligero y se acercó a Nía con discreción, a la manera de un agente secreto.

—A estos se les ha acabado ya la jarana. Doña Filomena no se anda con pamplinas: si no hincas el codo, la bronca y el castigo están asegurados.

—Por suerte yo tuve dos buenos maestros. —Recordar a don Daniel y a doña Adelina siempre le producía como una sensación de fuerza—. No recuerdo ningún castigo, aunque sí alguna reprimenda.

—Doña Filomena Robles Menéndez tiene fama de buena maestra, pero es un sargento. Yo soy un tocho y lo poco que sé lo aprendí con ella, pero coscorriones no me faltaron, no pasaba ni una: Orden, disciplina y trabajo es su lema. —Un tanto excitado se palpó la cabeza como si tratase de encontrar restos tangibles de su pasado escolar. Dirigió una mirada un poco inquieta a la maestra y prosiguió —: Un día volví a casa y decidí no aparecer más por la escuela. Por suerte, mi amigo Ramón Carnicer, que era el más listo de todos, me echó un cable y le dijo a mi padre: «No me extraña, señor Armando, yo con ella me meo de miedo.»

Llegaron al destino con una hora de retraso, después de detenerse a hablar con

algunos conocidos del conductor, salir de la villa, cargar las cubas en la bodega y poner en marcha el vehículo no sin dificultad.

Cuando la camioneta del padre del muchacho se detuvo justo delante del magnífico palacete de los Álvarez de Luna, la invadió una sensación de pequeñez y de abandono. Le pareció un lugar demasiado grandioso para sentirse segura en él. Nunca había entrado en un edificio de aquellas dimensiones. Comparada con la casona de los amigos de don Daniel en Matarrosa, esa ganaba por goleada. Constaba de una gran planta baja con dos puertas de acceso, una para el servicio y otra para los señores; en cada uno de los dos pisos se abrían cinco ventanales con sendos balcones de hierro forjado, todos orientados hacia la calle del Pozo. Un escudo de piedra en el centro de la fachada recordaba la hidalguía de los propietarios.

La recibió Tilana, la encargada general del servicio doméstico del palacete. Nía comprobó enseguida que controlaba a la perfección todas y cada una de las necesidades de la casa. Le calculó unos cincuenta años. Después de mostrarle las estancias principales, la guio hacia el vestidor, donde ambas se cambiaron la ropa de calle por un uniforme negro con delantal y cofia blancos. Extrovertida y dicharachera, la informó de las tareas que se le encomendaban: el servicio de comedor, la costura y la plancha. Era curioso, pero la profesión de modista, impuesta en su momento por su madre, ahora se convertía en una buena solución ante la necesidad de sacar adelante a Teresina. Según le había comentado don Daniel, en el palacete necesitaban una buena costurera. Había tenido suerte.

Los primeros días fueron los peores. Sentía celos de Dori. ¿Y si Teresina acababa queriendo más a su cuñada que a ella? ¡Si al menos pudiese verla un poquito cada día! El recuerdo de la niña le martilleaba el cerebro como si de una fragua se tratase. No dejaba de pensar en ella, pero no se podía permitir derrumbarse. De momento, había conseguido un trabajo. Le costaba adaptarse a aquel caserón semejante a un convento: austero, silencioso y con un aire de misterio. Se sentía como perdida en medio de aquellos pasillos larguísimos. Las puertas cerradas parecían esconder todo tipo de secretos. Quizás en cualquier

momento se presentaría el Conejo Blanco de *Alicia en el país de las maravillas* y, al traspasar alguna de ellas, descubriría la madriguera y caería al vacío para iniciar todo tipo de aventuras. Intentaba revivir viejas emociones y recordar los buenos momentos de lectura antes de irse a dormir con su padre al lado, pero en el fondo sabía que no le convenía volver una y otra vez al pasado.

Pese a todo, y sin apenas percibirlo, Nía consiguió adaptarse a la nueva residencia y a sus habitantes. Al llegar al palacete, enseguida había conocido a doña Gloria. Tilana la había conducido directamente a la biblioteca, donde la señora reposaba leyendo sentada en un sillón de mimbre ante un gran ventanal abierto al jardín.

—Doña Gloria, esta es Nía, al fin ha llegado. Me retiro hasta que necesite de nuevo mis servicios.

La señora abandonó la lectura y fijó en ella sus hermosos ojos grises. Depositó sobre el escritorio el libro, encuadernado en piel negra y de un grosor considerable. En la parte superior aparecía el nombre del autor en letras oblicuas y doradas: Leopoldo Alas, *Clarín*; más abajo, en mayúsculas de gran tamaño y de imprenta, a Nía le intrigó el significado del título, *La Regenta*. Nunca había oído aquella palabra.

Doña Gloria se irguió con delicadeza. Todo en ella rezumaba elegancia: alta, delgada, con una melena rubia ondulada, con mechones canosos y perfectamente recogida. A Nía le pareció una mujer aún joven para ser viuda y con dos hijos ya mayores, según le había comentado don Daniel.

—Bienvenida. —El tono reposado de su voz armonizaba con el silencio de miles de libros ordenados en dos pisos y conectados por una escalera de madera móvil—. Mi amigo don Daniel me ha hablado muy bien de usted. Espero que su estancia le sea agradable. ¿Cómo está su hijita?

Nía desvió la mirada de los ojos color mar otoñal. Disimuló las lágrimas contemplando uno de los estantes lleno de libros antiguos, gruesos y altos.

—La niña está muy bien, señora. La dejé al cuidado de mi cuñada en La Portela.

—Entiendo su tristeza. No es una situación fácil para una madre e imagino su dolor. Espero que esté bien con nosotros. Mañana mismo inicio unas jornadas de descanso en el balneario de Boñar. Nos veremos a mi vuelta, hacia finales de mes. Entretanto, Tilana le dará instrucciones.

El notario

Marzo de 1935

Los aires de la primavera animaron su espíritu y contribuyeron a que se familiarizara con la nueva morada. Cambiar de ciudad le había dado la oportunidad de iniciar un nuevo rumbo al abandonar el nido familiar, que en los últimos tiempos se le había hecho irrespirable y había abierto la puerta para conocer otras gentes y, sobre todo, tener a su disposición tantos libros como jamás hubiera imaginado. La biblioteca de la casa se convirtió en el centro del escaso tiempo de descanso del que disponía y en su santuario. Desde el principio se integró en aquel espacio mágico y tranquilo, semejante a una cueva. Comenzó el recorrido por las estanterías superiores. Era divertido subirse a la escalera y acercarse a los volúmenes que permanecían allí arriba como olvidados. Contemplaba su porte: erguidos, perfectos, ataviados en tonalidades oscuras cual frailes jesuitas. Se pasaba horas en su compañía. Después de quitarles el polvo, aún le parecían más hermosos y, solo entonces, se atrevió a abrirlos y explorar sus secretos.

En la parte baja de la esquina izquierda de la sala encontró la estantería más larga. Se hallaba separada del resto por una talla en forma de lechuza, probablemente de madera de castaño, que parecía vigilar la estancia desde la discreción más absoluta. De hecho, Nía, ocupada como había estado hasta

entonces en limpiar la parte superior, no se había fijado en aquella zona a nivel de suelo. Observó la inscripción en letra bastardilla del frontal de la repisa: «Novela del siglo XIX.» Enseguida le llamó la atención una de las obras. Se puso de cuclillas y, efectivamente, allí se encontraba, un poco salido respecto al resto, el volumen que doña Gloria estaba leyendo el día que ella llegó a la casa apenas un mes antes: *La Regenta*. A su lado, encuadernados en piel de diferentes tonos y tamaños, reposaban unos cincuenta ejemplares. La baja intensidad de la luz eléctrica apenas iluminaba aquel rincón, medio oculto. Caminó a gatas y así, de aquella guisa, pasó revista a los títulos: *Rojo y Negro*, *Orgullo y prejuicio*, *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary*, *Crimen y castigo*... Justo al lado de *La Regenta* le llamó la atención una novela de gran extensión: *Fortunata y Jacinta* y, a continuación, otro título también con nombre de mujer: *Pepita Jiménez*. Fortunata, Jacinta, Pepita... ¿Cuántas Josefás, Pepas, Pepitas conocía? Eran nombres nada sofisticados y, sin embargo, se habían convertido en protagonistas de aquellas novelas. Sintió una gran curiosidad por conocer las vivencias, las inquietudes, los problemas de aquellas mujeres. Cuando representaba alguna obra de teatro, recitaba algunas poesías o leía alguna novela, entraba como en un mundo encantado y un torbellino de emociones, de ideas nuevas, de reflexiones se apoderaban de ella. Ahora estaba encantada con aquel tesoro recién descubierto. Justo cuando un nuevo título, *Ana Karenina*, llamó su atención, percibió un intenso olor a fragancia de violetas.

De aquella guisa la encontró el primogénito de la familia, Nicolás Álvarez de Luna y Osorio. A punto estuvo de chocar con él. Desde el suelo, en medio de la penumbra y de manera absurda, Nía temió que algún animal hubiese conseguido acceder a la biblioteca. Se paró en seco; se mantuvo quieta en la misma posición mientras cavilaba si retroceder para tratar de encontrar algún utensilio de defensa. Se acordó de que sobre el escritorio de nogal había una escultura de cabeza de águila. No fue necesario; en medio de la oscuridad, distinguió al señor.

—Por el amor de Dios, señorita, ¿qué hace usted ahí abajo?

El hijo mayor de doña Gloria la observaba desconcertado. Nía lo reconoció

porque, al día siguiente de su llegada al palacete, lo había visto desde la ventana del dormitorio, mientras Carlos, el marido de Tilana, colocaba las maletas y él esperaba a su madre ya sentado en un automóvil Fiat 508, exacto al del padre de Rita.

Según Tilana, Nicolás se pasaba muchos días fuera de casa debido al trabajo. Era el notario más reconocido de la zona y el encargado de administrar la economía de la familia. Su estatus social y el porte distinguido le aseguraban el éxito con las mujeres; sin embargo, permanecía soltero a sus treinta y pocos años. Las malas lenguas aseguraban que en Madrid se había enamorado de la hija de un político muy importante, el cual se había opuesto taxativamente a la relación. Durante un tiempo, el asunto se convirtió en el tema favorito de los villafranquinos. Se especuló sobre el nombre del político; unos apostaron por tal o cual ministro y hasta incluso sonó el de algún presidente de Gobierno. Tras la caída de la monarquía, llegaron nuevos tiempos y aquel asunto había perdido interés.

Nía alzó los ojos y se sintió ridícula ante aquel picapleitos, como llamaba Valeriano a los hombres de leyes sin distinción alguna. Permaneció como un faquir encantado por la serpiente. Era incapaz de moverse y apenas pudo balbucear unas palabras:

—Intentaba limpiar esta parte de la biblioteca.

El hombre de traje gris, camisa blanca con cuello duro, que ella misma había almidonado dos días antes, parecía buscar los cachivaches de limpieza. Al no encontrarlos, asintió con aire desconfiado y, tras un «Siga, siga con su trabajo», salió de la sala.

Miguel Álvarez de Luna

—¡Cada día estás más guapa!

Miguel Álvarez de Luna y Osorio irrumpió en la cocina con la rapidez de un rayo. Cogió a Tilana en volandas y, a pesar de su grosor, la paseó por la estancia ante la mirada divertida del marido.

—¿Qué le haces, Carlos, para tenerla cada día más bonita?

Nía contempló la escena con asombro. Tenía razón Tilana cuando, después de haberle contado la escena de la biblioteca, le confesó que los dos hermanos eran muy diferentes. «A mí me impone mucho, Nicolás. Se relaciona con nosotros para las cosas estrictamente necesarias; no se parece en nada a su hermano. —Al referirse a él se le había iluminado el semblante—. Miguel, cuando llega de la capital, enseguida viene a vernos y siempre nos trae un detallín: que si unas medias de cristal, que si unos puros para Carlos. En las fiestas del Cristo del año pasado apareció con un frasco de colonia Maderas de Oriente que me voy poniendo gota a gota; aún tengo la mitad, lo guardo como oro en paño. Lo de menos son los regalos, nosotros nos sentimos agradecidos porque nos trata como a iguales. Se parece a la señora. El otro es más serio. ¿No es cierto, Carlos?» Como siempre, el rostro cobrizo del marido esbozó un gesto afirmativo.

La entrada de Miguel en la cocina con semejante desparpajo le recordó a Nía el donaire de una peonza. Tras unas cuantas vueltas, sentó a Tilana en la mesa, extrajo del bolsillo de la americana una cajetilla con una cadena y una medalla y

se la colgó en el cuello. Ella leyó el reverso titubeando: «Tilana, 21 marzo 1935.» Solo después de entregarle una caja de puros a Carlos y de explicarle que la imagen de la medalla de la Virgen tenía la cara de la efigie de la República, se fijó en Nía, que tragó saliva, sin saber cómo dirigirse a él.

—Buenos días, señor...

Notaba un fuego ascendiendo de la planta de los pies hasta la cara. Nunca había sabido controlar el rubor y le fastidiaba mostrarse tan torpe. Imaginó que él la consideraría una palurda, una gansa.

—Trabajo aquí desde hace un mes. Mi nombre es Herminia aunque, si no le importa, prefiero que me llame Nía.

Estuvo a punto de pronunciar la frase favorita de su madre y que ella tanto odiaba: «Para servirle, señor» o señorito o lo que fuera, pero se contuvo.

—Pues mucho gusto, Nía. Espero que estés feliz con nosotros.

Cuando él le estrechó la mano, recuperó la calma. Por un instante contempló sus ojos negros y brillantes tras unas gafas de pasta oscura que, al sonreír, se achinaban.

—Oh, Miguel, lleva el escapulario de la Virgen del Carmen —afirmó Tilana, sorprendida.

—Bueno, es tu virgen, ¿no? Desde niño siempre te oí encomendarte a ella.

Miguel se volvió hacia Carlos, que no dejaba de contemplar y olisquear la caja de puros.

—Haz el favor de no hacerle caso a Tilana y fúmate esos puros donde y cuando quieras. Disfrútalos tú y no los guardes para los demás, que ya te conozco.

A Nía le gustaba aquel hombre de labios más bien finos y rostro mal afeitado. Todo en él emanaba naturalidad. Tras mascullar que llegaba tarde a la cita con los amigos, salió de la cocina no sin antes lanzar un «hasta luego» desde la puerta.

Aquella noche, después de meses sin ver a Miguel, doña Gloria deseaba celebrar el reencuentro con sus hijos en una cena íntima. El encargo de preparar el servicio del comedor ocupó toda la tarde de Nía. Salió al jardín. Cortó unas rosas rojas y tres ramos de mimosa. Siempre le habían gustado aquellos árboles de bolitas amarillas como de terciopelo. Le evocaban su infancia en La Portela. De pronto, acudió a su memoria la imagen del molinero. ¿Qué sería de él? Lo imaginó añorando a su amada. Caminó por la finca en busca de flores silvestres y se detuvo ante un manto blanco de margaritas. El pulso se le aceleró al recordar a Valeriano y el ramillete de florecillas que le había regalado al poco de conocerse. Era curioso, siempre lo había visto preocupado por el bienestar de los demás y, en cambio, no había actuado igual ni con la niña ni con ella. Al instante, se sintió egoísta al juzgarlo de aquella manera y al recordarlo desaliñado y nervioso poco antes de su detención. Cabizbaja, recogió el manojito mientras lo imaginaba en la cárcel. Según había oído, tras la revolución los abogados del sindicato habían presentado denuncias por tortura. Las cárceles estaban llenas de detenidos. ¿Qué suerte habría corrido él después de ser capturado en la estación? Se le representó su rostro amaratado, los ojos verdes sanguinolentos y el cuerpo tirado en una celda como un saco de patatas sobre el que paseaban cucarachas y ratas. En cambio, ella se dedicaba a recoger florecitas para adornar el comedor de los ricos. Un sabor amargo impregnó la boca reseca. No se movió, le faltaba el aire. Al fin logró levantarse y vencer la sensación de ahogo.

Alzó la cabeza intentando movilizar la nuca rígida. Echó una mirada a la casa: alguien dejó caer la cortina del salón. ¿Acaso la vigilaban? Quizás el primogénito de la familia no acababa de fiarse de ella y, menos, desde lo de la escena absurda de la biblioteca. Seguramente la señora había pedido informes antes de contratarla y don Daniel les habría explicado su historia. Además de madre soltera, ¿sabrían que el padre de su hija era un revolucionario encarcelado? Desconocía hasta dónde la familia estaba al corriente de su vida, en

todo caso no pensaba soltar prenda. Los poderosos no miraban con buenos ojos a los socialistas y ella necesitaba trabajar.

Tenía los nervios a flor de piel. Esperaba salir airosa de aquel primer servicio a la familia. Volver a ver a Nicolás la inquietaba. Se dirigió a la cocina. Tilana preparaba el cabrito que Carlos había despiezado el día anterior. A pesar de su corpulencia se movía con la agilidad de una mujer madura que se ha pasado muchas horas de su vida en la cocina. La cocinera cogió el gancho de la barra y atizó el fuego. La manteca, esparcida en las ollas de barro, comenzó a crepitar. A Nía le llamó la atención la rapidez con la que sus manos regordetas colocaban los trozos de carne en el lugar exacto sin rozar lo más mínimo la grasa caliente.

Nía puso todo el esmero en arreglar el comedor. En la pared opuesta a la ventana un gran cuadro con la imagen quizá de un antepasado, vestido de militar y con rostro severo, ocupaba gran parte del panel. Al ubicar en la cómoda de estilo castellano un jarrón de porcelana con la mimosa entretrejida en las ramas verdes, logró contrarrestar el aspecto lúgubre del espacio. Sobre el mantel de lagarterana colocó, justo en el centro de la mesa, las rosas rojas y las margaritas. Después ordenó la vajilla de La Cartuja y las copas de cristal de Bohemia. Nunca había visto una cristalería tan hermosa. Las diferentes formas de las copas de agua, de vino y de licor armonizaban entre sí unidas por las iniciales entrelazadas de color dorado de los Álvarez de Luna y Osorio. Vigiló el pasillo y cerró la puerta del comedor. Toda prevención era poca, no quería verse sorprendida en otra escenita como la de la biblioteca. No pudo ceder a la tentación de chocar unas copas contra otras y con las uñas pellizcar el borde con el fin de escuchar el sonido musical perfecto.

A las nueve en punto, justo cuando el reloj de pared concluía el último gong, la señora y sus dos hijos entraron en el comedor. Nía echó una ojeada al espejo de encima del aparador de la vajilla: la cofia, el cuello y el delantal, cuidadosamente almidonados, contrastaban con la bata negra que le caía como un guante. Aunque le había dado muchas vueltas y le quedaban pequeños, había

decidido ponerse los pendientes de perlas nacaradas, regalo de sus padres en la primera comunión.

—Muy acertada la decoración, Nía, has logrado crear un ambiente muy agradable.

—Gracias, señora. La primavera siempre lo pone todo un poco más fácil. — Doña Gloria asintió.

—No se quite méritos. No todo el mundo sabe apreciar la belleza ni aprovecharla para crear encanto. —Miguel observó las mimosas bajo el cuadro y le dirigió una sonrisa picarona—. Hasta parece que el general ha suavizado su cara de cacatúa.

Nicolás dio un respingo mirando de arriba abajo a su hermano. Nía observó el nudo apretado de la corbata del notario a juego con el traje gris impecable e imaginó una vida insulsa entre papeles de compraventas, de testamentos y de administrativos dispuestos a adularlo en todo momento. Las facciones severas le recordaron a las del militar del cuadro. Los mismos ojos saltones y las orejas un tanto puntiagudas.

—Deberías ser más respetuoso con los antepasados. Plantar cara a los franceses en la guerra de Independencia no fue una tarea fácil. Esperemos que los tiempos nefastos de los últimos años no nos lleven a situaciones indeseadas.

Miguel miró a su madre y se mantuvo en silencio. Le separó la silla de la mesa y la ayudó a sentarse. Doña Gloria llevaba un vestido azul con solapa de puntilla color crema y la media melena recogida con una diadema decorada con brillantitos. Parecía la más feliz de las mujeres, pero su discreción no lograba ocultar cierta inquietud. Al acercarse a servirla, Nía inhaló el perfume de azahar neutralizado al momento por el intenso olor del cabrito.

Entre plato y plato, Nía se mantuvo alejada de la mesa a la espera de cualquier orden de los señores, tal como le había indicado Tilana. Miguel parecía haber olvidado el reproche de su hermano y la conversación giró en torno a las oposiciones a abogado del Estado que le habían mantenido alejado de casa en los

últimos meses. Las crisis políticas habían paralizado las últimas pruebas y había quien consideraba que se prorrogarían por tiempo indefinido.

—Entonces, ¿cuándo crees que se reanudarán las oposiciones? —Nicolás apartó ligeramente el plato dando por concluida su ración de cabrito.

—Lo desconozco. Con quince mil obreros en las cárceles y la CEDA controlando al Gobierno, no parece que a Lerroux le preocupe en absoluto el asunto de las oposiciones.

—Tienes razón. No veo a Lerroux capaz de resolver los grandes problemas heredados del gobierno de Azaña. Él sí que destrozó al país y, encima, tú has elegido malos compañeros de viaje, amiguito: Emilio Silva es la voz de su amo en Villafranca. Él organizó la aclamación popular cuando Azaña estuvo por estas tierras y todos lo seguisteis. Tampoco Toño Gabelas o Paco Delás merecen mi confianza. Azaña, los socialistas, los separatistas catalanes, con el consentimiento de todos los que lo veneráis, han llevado al país al desastre. — Doña Gloria intentó decir algo, miró a Miguel con inquietud, pero Nicolás estaba desbocado como un caballo de carreras—. A estas alturas solo José Antonio y la Falange podrán sacar al país del atolladero.

Nía sintió fuego en las entrañas. Recordaba a los mineros y a las familias de Matarrosa, a César Terrón y los esfuerzos por lograr mejoras para la clase trabajadora, a Valeriano, a su padre. Tenía agarrotadas las piernas y le costó acomodar los postres en la mesa. Cortó en trozos la tarta de Santiago, aunque le hubiese gustado más partirle la cara a aquel señorito que vivía como un príncipe sin mostrar la más mínima compasión por los trabajadores.

Mientras, doña Gloria miraba a uno y a otro con ojos suplicantes; Miguel permanecía en silencio con la mirada fija en la copa de vino.

—Eres muy injusto con Azaña y su gobierno —dijo al fin—. Los problemas de España vienen de lejos y la crisis económica no ha ayudado en absoluto. Ahora los de la CEDA presionan con el fin de echar atrás las reformas. Azaña intentó mejorar las cosas y evitar la revolución, pero ¿cómo quieres que los obreros no la apoyen si están desesperados y se mueren de hambre?

El tono sereno del inicio se había tornado rabioso y amenazante. Doña Gloria le presionó el brazo y consiguió sentarlo. Nía permanecía paralizada con el trozo de tarta destinado al plato de la señora sobre el cuchillo. Se sintió gemela de Lázaro esperando la orden divina: «Levántate y anda.» Dos mechones ondulados cayeron sobre la frente de Miguel. Su rostro moreno semejaba un volcán lanzando lava al exterior. Doña Gloria tocó el brazo de Nía con suavidad, pero la voz temblorosa denotaba nerviosismo.

—Mantengamos la calma. Hija, cuando le parezca oportuno ya puede servirme la tarta y retirarse. Es tarde.

Fuera llovía a chuzos y algún carretero fustigaba a la caballería.

Nostalgia

Villafranca del Bierzo, 15 de mayo de 1935

Queridísima Rita:

Recibir la fotografía de las fiestas de la Encina me ha hecho mucho bien. No te preocupes por el retraso: ha llegado justo en el momento preciso. Buena idea la tuya de pedirle a Magín que nos retratara: este recuerdo de mis mejores amigas lo conservaré siempre como oro en paño. Os echo mucho de menos. Aún no han transcurrido dos años desde aquella maravillosa demostración de nuestras dotes rítmicas con el charlestón y casi me parece una eternidad. ¡Ha cambiado tanto mi vida! Desde que trabajo en Villafranca no he vuelto a ver ni a Araceli ni a Esther. Siento mucha melancolía cuando pienso en nuestros buenos momentos juntas. Pero volverán, estoy segura de ello.

El día de Jueves Santo la señora me dio fiesta y subí a La Portela. Allí me encontré con mi madre. Me entristece verla cada vez más envejecida. En cambio, Teresina es preciosa. Está muy grande, en vez de seis meses parece que tiene nueve. Doy gracias a Dios —perdona, es una forma de hablar, ya sé que a los comunistas no os gustan esas expresiones— por el cuidado con que Dori la atiende. No veas los balbuceos y pucheritos que hace.

Marcharme de casa, a pesar del dolor de separarme de ella, me serenó. La vida junto a mi madre se había hecho insoportable y yo estaba a punto de reventar.

Necesitaba aire, querida Rita. Me sentía acorralada y vacía. Poner tierra de por medio fue una bendición. Ya se me pasó la rabia y estoy más tranquila. Además, ahora Teresina la tiene conquistada e incluso se ha emperrado en cuidarla. Cuando la mira parece querer comérsela con los ojos. Dori dice que la abuela babea.

De Valeriano no sé nada. Según me contó Araceli, él y su novio están encarcelados en León. Aun así, vino a ver a la niña justo antes de su detención. No lo sé con certeza, pero desconfío de Antonio, el guardia. ¿Te acuerdas de él? Poco antes de la captura de Valeriano parecía un zorro en busca de presa. Se la tiene jurada. Ya te contaré cuando nos veamos.

No sabría decirte en qué estado se encuentra nuestra relación. Estoy hecha un lío. Como sabes, la decisión de tener un hijo no le gustó. Al parecer estaba muy ocupado con sus cosas en Madrid. Esa manera de desentenderse de su responsabilidad me causó una gran decepción y sufrimiento. Me pregunto a menudo si, realmente, estaba enamorado de mí o si solo fui una especie de ilusión pasajera para él. Me enamoré locamente y deposité demasiadas esperanzas en ese noviazgo. Aun así, poco a poco creo que voy encontrando el camino para superar el desengaño. Tengo el deber de criar a mi hija y la esperanza de llegar a donde yo me he propuesto, a pesar de las piedras del camino. El teatro es mi vida. La poesía, mi pasión. He entrado en contacto con el director de los aficionados del arte dramático de la villa. Me ha impresionado la belleza del teatro de Villafranca del Bierzo y no dejo de soñar con el día en que me veré sobre su escenario.

Me tienes un poco intrigada. ¿Son ciertos los rumores de tu actividad política? Según mi hermano Juan, por Ponferrada se rumorea que, además de afiliarte al Partido Comunista, siempre acompañas a la Pasionaria, que eres como su sombra. Aquí, desde la revolución de octubre, la gente está muy preocupada y tiene miedo. Hay un montón de familias con los suyos en la cárcel. Los obreros ven el futuro muy negro porque la derecha está fuerte y cada día sube más el tono. El otro día en la plaza Mayor se armó un follón entre un grupo de jóvenes.

Dos de ellos iban con camisa azul y muy puestos. Al parecer eran seguidores de José Antonio, el hijo del dictador. Al final los mayores acabaron separándolos a todos.

Este ambiente cada vez más enrarecido también se nota en el palacete en el que trabajo. Al parecer, Nicolás, el hijo mayor de la señora, es uno de los capitostes de la Falange, aunque yo nunca lo he visto uniformado. A menudo discute con Miguel, el hermano menor, que no soporta a los fascistas. El otro día, Miguel me explicó que, durante su estancia en Madrid, frecuentaba el Ateneo. Imagínate: conoce a García Lorca y a muchos escritores y artistas. Igual hasta os habéis cruzado. Yo le comenté que tú habías expuesto tus pinturas en el Ateneo, pero él no recuerda haber visto esa exposición. Fíjate, ¡hasta es amigo de Azaña! Todo eso saca de quicio a su hermano. A ver si algún día te puedo presentar a Miguel: te gustará, estoy segura.

¿Pasarás las vacaciones de verano en Ponferrada? Me muero de ganas de verte.

Con todo cariño

NÍA

A festa do maio

Los invitados estaban a punto de llegar. En los últimos días no habían parado con los preparativos. Cada vez que oía voces en la calle, a Nía le daba un vuelco el corazón. Era su primera fiesta como camarera en el palacete de los Álvarez de Luna.

De pronto, Miguel irrumpió en el recibidor con cara de no haber dormido demasiado y la voz ronca.

—Tienes un aspecto estupendo. Esas rayas en los ojos te sientan fenomenal.
—Nía no pudo evitar sonrojarse. Él cerró la puerta de la entrada con cuidado. Había brillo y malicia en sus ojos—. ¿Ha salido ya mi madre? Me voy a cambiar rápidamente antes de que me ponga firme.

Apenas le dio tiempo a reaccionar. Aquel hombre entraba y salía del palacete con una rapidez pasmosa. Lo había visto por última vez en el puente viejo unas horas antes. Justo al salir de la casa de Tilana y Carlos en el barrio de La Cábila, se lo habían encontrado con el grupo de guitarra y, junto a ellos, había recorrido un buen trozo cantando coplas y pidiendo castañas secas a los dueños de los negocios. Nía pudo comprobar cómo la *Festa do maio* lanzaba a la gente a la calle para festejar la primavera y desear la llegada del verano. Además, se sentía orgullosa con el disfraz de Toñito Pereira, el hijo de la amiga de Tilana. Ambas habían confiado en ella y el chaval, a pesar de su timidez, iba encantado entre aquellas ramas y enredaderas que le cubrían todo el cuerpo y se unían en la

cabeza con una corona de flores y de castañas. ¿Desde entonces Miguel no había vuelto a casa? Con los preparativos de la cena ni se había enterado.

—¡Oh, Jesús, santo cielo! —El chorro de voz de don Rufino, el párroco, resonó en la entrada y precipitó la salida de doña Gloria de los aposentos—. ¿Acaso soy el primero en llegar a esta santa casa?

Nía recogió el sombrero de teja, brillante y lleno de caspa, mientras la señora lo conducía hacia el comedor dando el último toque a su moño. Después regresó a la cocina, donde Tilana depositaba sobre la bandeja de plata las últimas lonchas de jamón ibérico que Carlos cortaba con la destreza de un matarife y, sin perder de vista a su mujer, apagaba el hambre con alguna que otra loncha.

Al dirigirse de nuevo al comedor, Nía distinguió enseguida a Antonio Carvajal y Álvarez de Toledo, escritor y animador de la vida cultural de la villa. Lo acompañaba el señor Garnelo, director del teatro villafranquino. Miguel aún no había aparecido; sin embargo, Nicolás, vestido con esmoquin negro a juego con la pajarita, recibía junto a su madre al resto de los comensales. Enseguida hicieron acto de presencia dos hombres y una mujer. La joven reconoció al director del Banco Urquijo, amigo de Nicolás; a pesar de la diferencia de edad tenían negocios en común, según le había explicado Tilana.

Don Rufino, con las manos a la espalda, daba vueltas en torno a la mesa del comedor con un ojo en el cuadro del antepasado de rostro grave al que parecía admirar, y el otro en las bandejas de entremeses variados, mariscos y vinos añejos.

En aquel momento entraron en la estancia los Valcarce de Balboa. El trío resultaba curioso: el hombrecillo escuálido y bajito de unos cincuenta años llegaba del brazo de su hija, una especie de muñequita rubia que parecía un maniquí. Detrás, la madre, una mujerona nerviosa que, muerta de calor y meneando un abanico nacarado, parecía la guardaespaldas de ambos. Nicolás los saludó en tanto doña Gloria susurró a Nía:

—Avisé, por favor, a mi hijo Miguel. Ya estamos todos, incluida su prometida. No fue necesario: el pequeño de los Álvarez de Luna entró en la estancia con

un libro en la mano.

—Pido disculpas, en la biblioteca se me pasa el tiempo sin percatarme. —Se acercó a Nía, le hizo un guiño y le entregó el libro—. Por favor, llévelo usted a la sala.

Ella se ruborizó de nuevo. Había algo en aquel hombre que la perturbaba. Al salir lo siguió con el rabillo del ojo y observó la especie de reverencia y el beso en la mano que dedicó a su novia. Ella respondió con una leve genuflexión y una sonrisa seductora. Nía echó un vistazo a la portada del libro y se sorprendió: *En el poder y en la oposición* de Manuel Azaña. ¿Aquel señor no había sido el presidente de Gobierno? ¿También se dedicaba a escribir? No era momento para entretenerse. Volvió rápido al comedor.

—... Pues yo declaro que son situaciones intolerables ¿Qué es eso de hacer huelga cuando me sale...? —El hombrecillo logró detenerse a tiempo antes de pronunciar cualquier comentario soez ante las señoras—. ¿Cómo es posible que unos cuantos hagan lo que les dé la gana? ¿No tuvieron bastante con la locura de la revolución de octubre?

El que así hablaba era don José Valdés, alias *el Balines*, aficionado al tiro de pichón y célebre entre sus congéneres por su escasa pericia como tirador y su incapacidad de alcanzar el blanco.

—Tal vez estén desesperados, amigo. —Miguel tensó el gesto—. Esta crisis económica parece no tener fin y la necesidad no es la mejor consejera. Tampoco el Gobierno ayuda mucho al derogar las mejoras que los obreros habían conseguido.

El Balines, uno de los fundadores de la Sociedad de Propietarios de Villafranca y su Región, no daba crédito a aquellas palabras. ¿Un Álvarez de Luna defendiendo a los obreros pedigüños que le habían tocado en suerte?

—Pero ¿no cree usted que, a este paso, el país va a la catástrofe? Esas malditas asociaciones obreras no paran de incordiar y de exigir. —Le temblaban las manos al desdoblar la servilleta.

Miguel ni lo miró. Paladeaba con parsimonia el vino tinto.

—Estos de Bodegas Guerra cada vez consiguen mejores caldos.

El Balines se mantuvo en silencio y desconcertado. Por su parte, don Rufino degustaba la cecina del Manzanal con deleite y un limazo blanquecino le surcaba la comisura de los labios.

—Bueno, bueno... Haya paz. Todos somos hermanos, hijos de Dios.

El resto de los comensales permanecía en silencio, ocupados unos cuantos en el reparto del solomillo en salsa con patatas asadas. Nía puso a prueba su destreza recordando los consejos de la señora: disposición y maña.

—Amigo José, los que tenemos una edad sabemos que Jesús nos habló de fraternidad y hemos de tener paciencia. —La tonalidad encantadora de la voz de don Antonio junto con las manos largas y delicadas, en las que casi se podían contar los huesos, delataban su espíritu poético.

Nía observó a Clara, la prometida de Miguel, que permanecía callada. Valeriano tenía razón. A ella también le fastidiaba la actitud de las mujeres de la alta sociedad y su manera de aceptar la educación que se les imponía: no podían opinar en los asuntos serios, era lo conveniente si querían encontrar un buen partido para casarse. Pero Nía percibió en ella una sutil sonrisa que evidenciaba su conformidad con la defensa de la fraternidad cristiana. Tras limpiarse la comisura de los labios con la servilleta, aunque los mantenía pulcros como una patena, Clara declaró:

—Don Antonio tiene razón, todos somos hijos de Dios y hemos de ser caritativos con los más necesitados. —Levantó el cuello de garza tras asegurarse de la aprobación de sus padres.

Nía depositó en el centro de la mesa una nueva panera justo en el momento en que Miguel, tras colocar tenedor y cuchillo en el plato, se dirigió a su prometida:

—Si de verdad se practicase la fraternidad cristiana, la desigualdad y la injusticia desaparecerían de este mundo y los pobres no necesitarían arriesgar su vida e incluso el trabajo, en el caso de tenerlo, porque la justicia se impondría siempre.

Por un momento Nía se olvidó de su cometido y se interesó por la respuesta

de la joven; sin embargo, esta permaneció un segundo con la boca abierta, sin saber qué contestar. Semejaba una estatua sentada en la silla y con la mente perdida en algún recoveco del cerebro que se había desconectado sin previo aviso. Era verdaderamente hermosa, pero hasta el lunar del entrecejo pareció decolorarse.

—Querido Miguel, te conozco desde niño y sé de tu buen corazón. —El poeta hizo un alto a la espera de captar la atención del público—. ¿Qué es eso de que la desigualdad desaparecería de este mundo? La igualdad no existe ni física, ni moral, ni intelectualmente entre los hombres, ni en ninguna parte. Si deseamos la justicia y que grandes y pequeños, entendidos y no entendidos, miserables y poderosos vivan en buena armonía, hemos de predicar el amor, la fraternidad, todos somos hijos de Dios.

El párroco disimuló su gozo con una sonrisa beatífica. La cena transcurrió sin grandes sobresaltos. Cuando llegó la hora del postre y mientras Nía realizaba el servicio, el reverendo la traspasó con una mirada capaz de ver más allá de la ropa; engulló de un bocado el primer melocotón en almíbar de la Casa Ledo, sus preferidos, y, tras succionar los restos con un movimiento circular y rápido de la lengua, sentenció:

—Querido Antonio, ni yo puedo expresar con mejores argumentos el poder de la fe si, en verdad, queremos lograr buena armonía y fraternidad entre los seres humanos.

Antonio Carvajal y Álvarez de Toledo saboreó el éxito de sus argumentos, fortalecido por el mutismo de Miguel, al parecer más interesado en catar las peras al vino tinto con canela que en refutar al poeta. Únicamente el sonsonete producido por el irregular ritmo de las mandíbulas de los comensales interrumpía el silencio general.

Nía se retiró al lado norte de la mesa junto al gran espejo situado al otro lado del cuadro del militar de rostro recio. Aquella cara pálida y rígida con cierta agresividad en la mirada le recordó el rostro de Nicolás y su expresión seria cuando la había sorprendido en la biblioteca. No había abierto la boca en toda la

noche, aunque Nía había observado las miradas de recelo que había dirigido a su hermano momentos antes. Este, concluido el postre, mataba el aburrimiento con una miga de pan convertida en bolita, que zarandeaba de un lado a otro de sus dedos como si jugara al golf.

Solo se percibía el tintineo de las tazas de café y de las copas de licor. La atención de doña Gloria se repartía entre los movimientos de Nía sirviendo el café y la actitud de sus dos hijos.

—Nía, vaya a la cocina por más café y deje las botellas de licor sobre la mesa. —Estaba convencida de que la señora intentaba, por todos los medios, relajar el ambiente—. Amigos, sírvanse como gusten.

Don Rodrigo Gallego, el director del banco, fue el primero en seguir la recomendación. Llevaba rato echando el ojo al brandi Carlos III solera reserva.

Nía regresó de nuevo con la cafetera de porcelana cargada de café. La señora Valcarce de Balboa cogió la copa y preguntó:

—Gloria, qué te parece si nosotras nos regalamos un poquito de anís. Hay que reconocer que los catalanes saben hacer algunas cosas bien.

Sin esperar respuesta, la madre de Clara cogió la botella de Anís del Mono con sus manazas, sirvió a su futura consuegra, dudó qué hacer con la copa que su hija había levantado con rapidez, vertió apenas dos dedos ante la cara de fastidio mal disimulado de Clara para, finalmente, acabar colmando la suya.

Don Rufino, satisfecho, picaba de vez en cuando las guindas en aguardiente de Corullón, auténtico manjar de los dioses —como solía repetir— y las acompañaba con sorbitos de brandi.

—Ha sido una cena estupenda, hermanos. —El párroco paladeaba el licor con deleite—. Los distintos pareceres han enriquecido la velada. Efectivamente, todos somos hermanos y ha de primar ese espíritu fraternal.

Miguel recogió la bolita de pan, la encestó en la copa vacía, miró fijamente los ojitos somnolientos y chispeantes del párroco y le espetó:

—Don Rufino, usted sabe muy bien que para mucha gente es difícil mantener

la armonía cuando la codicia y la avaricia de unos origina la desgracia de muchos.

El padre de Clara estiró el cuello hacia delante; trató de ser amable pero no pudo contener su malestar.

—Pero, Miguel, eso es lo que vienen a decir los comunistas. Estás de broma, ¿no?

—Aquí por defender la auténtica justicia le llaman a uno comunista. Yo me pregunto: ¿eso no es lo que hizo Cristo?

Nicolás estiró la goma de la pajarita en un movimiento casi imperceptible. Sin embargo, Nía observó el rictus cargado de tensión: sus dientes mordisqueaban el labio inferior. Estaba convencida de que le hubiese gustado tranquilizar al padre de Clara, cuando la madre se levantó y comenzó a cantar:

¿Dónde vas con mantón de Manila?

¿Dónde vas con vestido chiné?

A lucirme y a ver la verbena

y a meterme en la cama después.

La mujer, ante la mirada desconcertada de todos, recorría el comedor de un lado a otro con gestos de chulapona. Clara se mantenía rígida y el pobre marido miraba, aterrado, el numerito de su mujer.

Nicolás salió en su ayuda.

—Amigos, la velada ha sido muy agradable. Brindemos por que el país vaya mejor a partir de ahora. —Doña Gloria fue la primera en levantarse. Nicolás esperó a que todos estuviesen en pie y prosiguió—: Se han de buscar soluciones nuevas a los viejos problemas del país. Hemos de superar los odios de clase y defender los intereses de todos. Esto, en mi opinión, solo lo puede conseguir en estos momentos el político más capaz y limpio de todos: José Antonio Primo de Rivera.

Nía recordó la preocupación de Valeriano por la fuerza creciente del fascismo

y fue incapaz de imaginarlo fuera de la prisión. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Disimuló mirando hacia el gran espejo colgado en la pared de enfrente. En él se encontró con los ojos negros del militar, que lanzaban chispas por doquier e incluso le pareció que una sonrisa parecía dibujarse en sus labios. Parpadeó incrédula. La imaginación le jugaba a veces malas pasadas.

En la mesa, justo debajo del antepasado, Miguel permanecía en pie con la copa a medio alzar y el semblante mudado.

Decisiones pendientes

Miguel caminó sin rumbo fijo respirando el aire fresco de la mañana. De pequeño a menudo corría por las calles de la villa en línea recta, sin desviarse ni un momento del centro de la rúa y sin hacer caso de las quejas silenciosas de los carreteros. Nadie se atrevía a llamarle la atención: los Álvarez de Luna infundían respeto. Miguelín siempre invadía el centro, incluso en los callejones más estrechos lograba controlar perfectamente la anchura y dejar a ambos lados espacios simétricos. Cuando el empedrado le jugaba una mala pasada y daba un traspíe, maldecía el adoquín, pero enseguida recobraba el equilibrio y volvía al centro. Siempre al centro.

En cambio, ahora tenía debilidad por la periferia. «Este chico se ha echado al monte», le había dicho el padre Fulgencio a doña Gloria en una de aquellas visitas que realizaba a menudo al palacete, y en las que reflexionaban en torno a san Agustín. A partir de entonces, a medida que el hijo acentuaba su rebeldía y agnosticismo, la madre se metamorfoseaba en una especie de santa Mónica villafranquina. Aquella mujer culta, apasionada lectora de la literatura realista, convirtió en obra de cabecera las *Confesiones* y a la madre del santo, en el espejo a seguir.

Intentó olvidar la imagen del padre Fulgencio. Al fin y al cabo ya había muerto. Por fin, habían desaparecido de este mundo aquellos ojos fríos como el hielo, capaces de reconvertir los actos más inocentes en depravados, la frases

más insignificantes en trascendentes, el afecto en lascivia. Resultaba inconcebible que un hombre docto en clásicas, versado en Cicerón y Tito Livio, experto en escolasticismo, mostrara tal desconocimiento del alma humana. Miguel estaba convencido de que aquel clérigo había dedicado la vida a especular sobre el pasado, pero mostraba una cerril incapacidad para comprender al prójimo.

Su compañero de pupitre, Quique, era un buen chico y había sufrido demasiado en el seminario. ¿Qué culpa tenía él de ser huérfano, de ir a parar allí y de ser incapaz de aprenderse los verbos latinos más allá de la primera conjugación? El padre Fulgencio se resistía a aceptar semejante «incapacidad cerebral de aquel narizotas insignificante y palurdo», como repetía con voz de trueno, una y otra vez, en aquellas aulas frías y desangeladas. El clérigo se desesperaba, y ni tan siquiera la ayuda que le prestó al palurdo narizotas Miguel Álvarez de Luna, uno de los alumnos más excelentes de su ya dilatada carrera, lo capacitó para llegar más allá de la básica primera conjugación. De nada sirvieron tampoco los castigos de todo tipo que el eminente latinista utilizó con su discípulo: la exigencia de permanecer arrodillado sobre la tarima de la clase con los brazos en cruz y un diccionario latino en cada mano o la de dar trescientas vueltas en torno al claustro nevado a primera hora de la mañana. Nada, el narizotas se había plantado y no pasaba de la primera conjugación. Miguel no recordaba exactamente cuándo se rebeló, pero en algún momento imaginó que su padre, muerto cuando él tenía cinco años, dejaba de acompañarlo por los senderos de su existencia a modo de un Alonso Quijano, lanza en ristre y ayudándolo a solucionar los problemas de la vida. Quique se convirtió en su mejor amigo y, tal vez por solidaridad con él, se negó a estudiar. Cuando el padre Fulgencio, desesperado, lo sacaba a la pizarra, la amnesia se apoderaba de su mente y se negaba a recitar ningún verbo latino que no fuese de la primera conjugación. Nada logró el fraile con la expulsión del colegio de Quique ni con las visitas a la casa familiar de los Álvarez de Luna. Sus inmundas fabulaciones respecto a la hipotética relación ambigua entre los dos adolescentes rápidamente

atravesaron los muros de San Nicolás el Real y, por un tiempo, se convirtieron en la comidilla de Villafranca. Desde entonces, la fe había diseñado caminos paralelos: la madre se aficionó a la lectura de las *Confesiones* de san Agustín y acudía a diario al convento a rezar al Santísimo Cristo de la Esperanza por la salvación de su hijo al tiempo que Miguel se encerraba en sí mismo y acentuaba su anticlericalismo.

La plaza Mayor estaba casi desierta. En la fachada del Casino alguien había pintado con letras negras «Viva la unidad obrera. Abajo el gobierno de Lerroux». Recordó la chulería del Balines en la cena y su desprecio por los obreros. Los de su clase permanecían ciegos ante las injusticias y, en el mejor de los casos, adormecían la conciencia con la falsa idea de la fraternidad. Desde la revolución de octubre el ambiente en toda la comarca se había enrarecido y el odio crecía al ritmo que se alargaba la estancia en las prisiones de miles de obreros.

En la plaza se observaban los primeros movimientos de la mañana. La proximidad del verano ampliaba la luz del día y, por detrás de la iglesia de San Francisco, el sol emergía con fuerza. Un camión de gaseosas Olarte atravesó la plaza escorándose hacia el lado izquierdo y lo obligó a detenerse justo en la farola situada delante del Banco Urquijo. En la puerta, el director conversaba con un hombretón calvo de largas barbas de chivo. Se saludaron de lejos. En los últimos tiempos, cuando regresaba de Madrid, tenía sentimientos encontrados. Le emocionaba volver a su tierra y ver a los suyos, sin embargo cada vez le costaba más aguantar las cansinas reuniones sociales. Le preocupaba la simpatía de su hermano hacia la Falange y su convicción de que era necesaria para la salvación del país. Cuando menos, le incomodaba la actitud de aquella gente. En Madrid había visto a los falangistas del Sindicato Español Universitario enfrentarse a los estudiantes y a todo bicho viviente que no defendiese la sacrosanta unidad de la Patria o el sentido católico de la vida. Le repugnaba la violencia y el ansia de algunos de imponer a los demás sus ideas.

Sobre el portón de la carpintería de Antonio Gabelas lucía un nuevo rótulo. De un tronco pulido sobresalía la figura de un gaucho con el sombrero, el poncho,

las botas y las boleadoras perfectamente talladas. A continuación, destacaban las iniciales A. G. de su propietario, enlazadas en la punta de la manta del gaucho. Recordó la estancia de Antonio en Argentina. Admiraba el coraje del carpintero, que, desde casi niño, lo abandonó todo deseoso de conocer otro mundo y de ganarse la vida.

El aroma a chorizo de los bollos preñados del Bar Sevilla estimuló su apetito. Al entrar en el establecimiento aún casi vacío, Miguel se alegró de encontrarlos allí e inmediatamente percibió el afecto de Gabelas y Emilio Silva, «los americanos», como los llamaban algunos vecinos de Villafranca porque, siendo muy jóvenes, habían alzado el vuelo y emigrado a América. Desde hacía tiempo, cuando volvía a la villa enseguida buscaba la compañía de los dos hombres. Admiraba la mente abierta y el espíritu emprendedor de ambos. La diferencia de edad y de clase social se solapaba por las posiciones ideológicas comunes. Una vez más coincidieron en el análisis de la situación del país y en el desastre que había significado la entrada en el gobierno de Lerroux de la CEDA. Con gran parte de los líderes obreros y miles de trabajadores en la cárcel, había que organizarse ante la próxima derogación de la reforma agraria.

—Si os parece podemos reunirnos en mi casa, convoco a gente de confianza. Hay que andar con cuidado. —Emilio se rascó en un gesto maquinal la patilla izquierda, donde se atisbaban algunas canas incipientes—. Sobre todo tú, Miguel: tu hermano simpatiza con los falangistas y, según me han dicho, hasta quieren convertirlo en jefe de la Falange local.

Miguel sintió un ardor en los ojos y se esforzó por encontrar un tono convincente. Respondió tras beber el último sorbo de orujo.

—Tranquilos, Nicolás simpatiza con las ideas de José Antonio, pero él no se deja seducir con facilidad. El suyo es el mundo de los negocios. En ocasiones me ha recriminado mi actividad política.

—Quizá, simplemente trata de protegerte. —Antonio titubeó, miró alrededor y prosiguió bajando la voz—: Hemos de andar con cuidado. A Emilio lo tienen fichado. No le perdonan las manifestaciones que organizó en defensa de la

escuela pública, ni el recibimiento que hizo a Azaña cuando nos visitó. Aquí hay gente poderosa que recela de nosotros, de nuestra afiliación política. El negocio de coloniales de Emilio funciona bien al igual que mi fonda y mi carpintería. Hay envidia, Miguel. Se valen de mucha gente para seguimos los pasos.

Emilio se quedó a pagar. Los alcanzó en los soportales. Le puso un brazo sobre los hombros.

—Tal vez me equivoco, pero si a nosotros nos miran mal, tu apoyo a la lucha por un país más moderno y justo lo considerarán una traición de clase. Los potentados repudian la rebelión de los de abajo, pero cualquier deslealtad de los suyos incrementa el espíritu de venganza.

Las últimas palabras de Emilio Silva lo sumieron aún más en el desamparo. Aquel sentimiento de soledad lo acompañaba hacía ya largo tiempo. Enfiló hacia la iglesia de Santiago. Necesitaba reflexionar. Desde lo alto contempló la villa. Apreciaba la sinuosidad de las montañas, el verdor de los bosques, la sobriedad y belleza de las piedras.

Se sentó en el último peldaño de la puerta del Perdón y apoyó la espalda en la entrada. Aquel lugar, refugio de su angustia desde su infancia, había sido la única guarida que lograba aquietar el ánimo del adolescente rebelde. Allí se congelaban el tiempo y el espacio. La calma diluía las penas. Le había costado sobrellevar el zurrón impuesto por la vida: el desconsuelo en la niñez ante la ausencia del padre muerto prematuramente, el abatimiento de la madre por la defunción del marido primero y de la hija pequeña después.

A su vuelta había visto alegría en el rostro de su madre. La biblioteca se había convertido de nuevo en el rincón preferido, ahora acompañada a menudo por Nía. Miguel intuía que intentaba revivir con ella los momentos imaginados con la hija malograda.

A lo lejos, repicaron las campanas de San Francisco. Tomó el camino de vuelta. Al fin y al cabo había logrado sobrellevar el pasado y diluir el dolor de los malos momentos. La universidad le había abierto las puertas a nuevas

relaciones y el ambiente revolucionario de Madrid había hecho el resto. Ahora solo quedaban pendientes algunas decisiones.

Sentimientos encontrados

El verano animó el paisaje e introdujo un nuevo ritmo en el palacete. Nía descubrió las nuevas tonalidades de la luz sobre la fachada posterior, la que daba al jardín y a la finca de la casa. Desde su habitación le gustaba contemplar los cambios. En ocasiones la inesperada lluvia delineaba un irisado arco iris que acogía en su curva las extensas viñas donde se adivinaban hojas y racimos de color verde intenso en contraste con el ocre de la tierra y el azul del cielo, ya despejado de nubes.

Al despertarse el primer domingo de julio, abrió la ventana, ciñó con los brazos el imaginario cuerpo de Teresina y le envió un beso en dirección a Ponferrada. Al fin, los deseos de su madre se habían impuesto y la pequeña había regresado con ella. Dori la ayudaba a temporadas, y Juan, con el fin de echar una mano a su madre, había decidido dejar el trabajo y ahora atendía el bar mientras, en los ratos libres, habilitaba el trastero como carpintería para trabajar por su cuenta. Si bien la ausencia de Valeriano fue un golpe difícil de soportar, una herida profunda aún abierta, la separación de su hija era la experiencia más dolorosa, casi inhumana, que había vivido en toda la existencia.

En pocas horas volvería a verla de nuevo. Por suerte la señora entendía las penas de una madre. Hacía unos días, al bajar a la biblioteca para devolver a su lugar *Madame Bovary*, se encontró allí a doña Gloria. Ninguna de las dos podía entender cómo Emma, la protagonista, había desatendido de manera tan

insensata a su hija. Doña Gloria la cogió de las manos y la invitó a sentarse. Por detrás de la señora, las vidrieras de la biblioteca reflejaban la luz del sol en múltiples matices. Con gesto sombrío le confesó que, tras la muerte de su pequeña a causa de una meningitis, había caído en una etapa de desesperación terrible. Fue entonces cuando, por primera vez, Nía la oyó pronunciar aquella frase de san Agustín: «La muerte es la compañera del amor, la que abre la puerta y nos permite llegar a Aquel que amamos.» «Hijita —añadió—, solo entonces descubrí verdaderamente que los caminos del Señor son inescrutables y, si aceptamos su voluntad, podemos llegar a Él. Haré lo posible para que puedas ver más a tu hijita. Hablaré con Tilana, os ponéis de acuerdo y cada dos semanas tienes permiso para bajar a Ponferrada.» A Nía se le llenaron los ojos de lágrimas, le hubiese gustado abrazarla, pero se contuvo; quizá sería un gesto excesivo y, simplemente, acertó a darle las gracias.

El coche de línea entró en Ponferrada al atardecer por la calle Gómez Núñez. El viaje se le había hecho interminable. Bajo el sol abrasador de julio el motor del coche de línea se había parado. Durante más de una hora esperaron la llegada del mecánico cobijados en la mísera sombra de un cerezo. Estaba empapada de sudor.

La vuelta a su ciudad produjo en Nía una sensación contradictoria: tras seis meses, regresaba al rincón de los sueños desdibujados de la infancia; de los momentos inolvidables agarrada de la mano de su padre; de la diversión y de las fiestas con las amigas; de los instantes de amor y de decepción con Valeriano, incrustados en la memoria; de miedo ante el embarazo imprevisto y, ahora, de un deseo enorme de abrazar a Teresina.

La sacó de las cavilaciones un Citroën 7 que se detuvo a su lado en seco en el puente de la estación.

—Señorita, si quiere la acompaño.

Nía se detuvo. El coche y la voz le resultaban familiares. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la puerta del conductor se abrió y Miguel Álvarez de Luna,

en mangas de camisa y con el pelo alborotado, bajó del automóvil. Tuvo la extraña sensación de que, al mirarlo, algo se detenía en su vida.

—Gracias, no se preocupe, mi casa queda cerca —titubeó.

—No esperaba verte por aquí. Yo he bajado a jugar un partidillo de fútbol con los amigos y a hacer unas gestiones.

Un chaval de unos diez años, seguido de dos más, al grito de «Ladrón, devuelve la peonza», pasó como una exhalación empujando a Nía hacia la baranda del puente. En un movimiento rápido, Miguel la cogió por los hombros y frenó la caída. La fuerza de sus manos transmitía seguridad, todo él irradiaba firmeza y confianza. Nía lo había visto moverse por la casa con discreción, pero también con desparpajo no solo cuando algo no le agradaba sino también cuando se relacionaba con la gente del servicio.

—Tu madre me dio permiso para bajar a ver a la familia. —Le costaba tutearlo, aunque en varias ocasiones la había animado a hacerlo—. Mi barrio empieza al bajar esta cuesta y mi casa no queda lejos.

—Pues venga, sube. Te acerco en un momento, así conoceré a los tuyos.

Nía dudó un instante. ¿Cuál sería la reacción de su madre al verla aparecer sola con un hombre en un automóvil? ¿Conocería Miguel la existencia de su hija? Aún no había logrado quitarse de la cabeza determinadas miradas de reprobación o los cuchicheos de algunos vecinos ante su embarazo. Él se mantuvo a la espera atusándose el cabello como si adivinase su incertidumbre. En un santiamén se decidió: no podía vivir atosigada por el qué dirán. Por primera vez en la vida subía a un automóvil particular. Además, lo hacía con un hombre de clase alta, casi un desconocido, camino de un barrio donde transitaban carros, remolques y algún que otro camión. A pesar del burbujeo en el estómago, respiró hondo, se acomodó en el asiento del copiloto dispuesta a atravesar su barrio sin temor.

Miguel conducía despacio, atento a los baches de la carretera. A media cuesta se pararon ante las maniobras de un camión cargado con troncos de chopos.

—A veces conducir en los lugares pequeños es más complicado que en

Madrid.

—Supongo que sí. El Ayuntamiento no se preocupa mucho por los barrios obreros. El anterior alcalde, el señor Paco Puente Falagán, cuidó de nosotros durante su mandato, pero hasta que no consiguieron echarlo no pararon. Ahora, desde que están los de siempre, volvemos a lo mismo.

Al momento se arrepintió de su comentario. Al fin y al cabo, Miguel formaba parte de la clase de «los de siempre». Lo observó de reajo. Mantenía la vista fija en las maniobras del camión con las palmas de las manos acariciando el volante. Ella se sentía inquieta.

—Paco es amigo mío. Es bien cierto: las reformas urbanísticas y el control de la hacienda municipal lo enfrentó a los poderosos. Aun así, las personas decentes como él siguen luchando por un mundo más justo. —Miguel mantenía la mirada fija en los movimientos del camión. Aceleró y rebasó el vehículo—. ¿Has visto *Melodía del arrabal*?

Nía abrió los ojos y se atusó un mechón de la melena. ¿A qué se refería Miguel? Ignoraba el significado de «arrabal». No sabía bien cómo responder. Intentó cambiar de conversación, no quería quedar en evidencia.

—Estamos llegando. Gira a la derecha, es este pasaje de tierra.

Un crío de unos tres años con un pololo azul cruzó la calle. El coche se detuvo un momento.

—¿Cuándo tienes que volver a Villafranca, Nía?

—Mañana por la tarde. Cogeré el coche de línea de las cuatro.

—Mañana bajo de nuevo al Cine Edesa a ver *Melodía del arrabal*. Me gustan Gardel e Imperio Argentina. Me encantaría que me acompañases y así puedes volver a casa conmigo.

Nía estaba confundida. Permaneció en silencio tratando de resituarse. ¿Con qué intención la invitaba Miguel? Intuía que la nueva oferta le causaría problemas. ¿Qué diría doña Gloria, si se enteraba? Él permaneció en silencio con el coche detenido a la espera de que el crío terminase de pasar y atento a la respuesta de Nía.

—Soy madre soltera, no sé si lo sabes. No creo que te beneficie en nada mi compañía.

En realidad, le salieron las palabras a borbotones, casi de manera inconsciente, como si necesitara liberarse de sus pensamientos.

Antes de poner el coche en movimiento, Miguel la miró.

—Deduzco de tus palabras que piensas castigarte por ello. No te preocupes por mí, hace tiempo rompí amarras con el qué dirán. No hay nada malo en ver una película o en volver a casa juntos.

Ella mantuvo la mirada y sonrió al examinar el cielo rojizo. Al día siguiente haría aún más calor. Actuaría con tiento: su madre siempre recelaba de todo y no tenía ganas de monsergas.

—De acuerdo. Mañana a las cuatro quedamos delante del cine. No hace falta que bajes a buscarme, prefiero subir yo sola.

El Citroën avanzó con sosiego entre los socavones y las piedras hasta detenerse ante la tela metálica del huerto. Al contemplar la casa, los músculos de Nía se tensaron. La fachada había perdido definitivamente el color crema intenso y ahora mostraba el amarillo macilento de un enfermo de hepatitis. Sobre la puerta verde de la entrada al bar se mantenía, a duras penas, el rótulo que ella misma había realizado poco después de la muerte de su padre. No estaba dispuesta a que su recuerdo cayese en el olvido entre el vecindario. En cuanto pudiese, subiría a Ponferrada a comprar pintura roja y restauraría el letrero.

Miguel cerró el coche y entraron juntos. En la mesa del centro cuatro vecinos jugaban al julepe y dos jóvenes desconocidos tomaban un tinto en la barra. Juan estaba entretenido ordenando unas botellas al otro lado del mostrador. Nía advirtió la cara de sorpresa de los jugadores y de curiosidad en los desconocidos. Se sentó en el taburete más antiguo y pidió un café. Su hermano se dio la vuelta. Por un segundo la miró boquiabierto y como paralizado. Juan tenía ojeras y un aspecto cansado.

—Nía, ¡qué alegría! No esperaba verte por aquí. —Su cara parecía haber

recobrado vida. La abrazó pero, de pronto, frunció el entrecejo—. ¿Ha ocurrido algo?

—Tranquilo —respondió con una carcajada—. Vengo a veros. ¿Y mamá y la niña?

—En la cocina, dándole la papilla a Teresina. —Solo entonces Juan reparó en Miguel, que había permanecido contemplando la escena a unos pasos.

—Juan, es Miguel, el hijo de doña Gloria.

Nía observó a los jugadores. Habían dejado la partida y permanecían a la expectativa. El fisgoneo la sacaba de sus casillas; aun así se prometió no dejarse llevar por la rabia y permaneció impassible.

—Don Miguel, ¿qué quiere que le sirva? —preguntó Juan.

—Hace calor. Quizás una cerveza fresca.

Nía intuyó el desconcierto de su hermano ante un señorito que pedía una simple cerveza. A ella le gustaba la habilidad de Miguel a la hora de adaptarse a cualquier situación y lugar. Miró de nuevo a los clientes: continuaban con el juego, pero sin perder detalle. Se disculpó y dirigió los pasos hacia la cocina. Allí estaban las dos. Examinó con detenimiento la escena que tenía delante: la abuela, absorta, daba de comer a la nieta. Permaneció un momento en silencio, contemplándolas. El cabello de su madre parecía haber emblanquecido un poco más. Recordó el cuadro situado en la cabecera de la habitación de doña Gloria que, según ella le había explicado, había pintado un tal Leonardo da Vinci. La pintura mostraba a la Virgen María con santa Ana, su madre, y el niño Jesús. Su madre daba de comer a la niña. Teresina seguía los movimientos de la cuchara con los ojos verdes bien abiertos, como los de su padre. Al verla, su madre quedó en suspenso incapaz de reaccionar. Parecía que había visto un fantasma.

—Sí, soy yo. No se asuste. No ha pasado nada. Todo está bien. La señora es muy buena persona y me dejará bajar a verlos cada dos semanas.

Abrazó a su madre, cogió a la niña y la estrechó contra el pecho. Olía a leche un poco agria, pero le pareció una fragancia agradable. Teresina rompió a llorar e intentó escabullirse suplicando los brazos de la abuela. No hubo consuelo para

ella: ni el balanceo juguetero, ni el cucú, ni los cinco lobitos lograron calmarla. Era angustiante tener a su hija tan cerca del corazón y sentir, al mismo tiempo, que era una desconocida para ella. La devolvió a los brazos de su madre. Solo entonces la pequeña se tranquilizó y le sonrió. Los ojos y el hoyuelo en el mentón le trajeron a la memoria a Valeriano. Seguramente, aún seguiría en la cárcel. Se prometió hacer todo lo posible para que viese a Teresina.

—Madre, me he encontrado en el camino a uno de los hijos de doña Gloria y me ha acompañado a casa.

Nía había intentado medir las palabras. Temía su reacción. Sin embargo, solo pareció preocuparla el cambio de ropa de la niña. Le sacó el babero y le ordenó subir a la habitación por otra blusita mientras ella le cambiaba el faldón.

La promesa

Las siguientes veinticuatro horas pasaron en un suspiro. Aunque su madre había saludado respetuosamente a Miguel, a lo largo de la jornada le recordó unas cuantas veces que tuviese cuidado con los «señoritos» porque acostumbraban a sobrepasarse con las criadas. En ningún momento se atrevió a contradecirla, se le antojaba un esfuerzo inútil. Nía la observó con un aire benévolo: a pesar del paso de los años, sus ojos recuperaban el brillo cuando contemplaba a Teresina. La niña parecía haberla reconciliado con la vida. Después de cenar, la pequeña se durmió con facilidad, arropada la cabecita en el pecho plácido, caído y casi plano de la abuela. La manita agarraba la blusa en un intento de mantenerse siempre en el regazo.

Al mediodía del domingo, Nía recogió la cocina, mientras Juan atendía el bar. Su madre le repitió varias veces que perdería el coche de línea y no era cosa de jugar con el trabajo. Al fin, se acercó a la cuna donde su hija dormía acomodada como un caracol. Le dio un beso en el culito y salió. Estaba de malhumor. Separarse de Teresina la rompía por dentro. En el bar, los clientes se quejaban de aquel julio tan caluroso. Según decían, no habían visto otro igual. Al subir la cuenta se arrepintió de no haberle pedido a Miguel que la esperase en algún lugar más cercano.

Llegó a la plaza Lazúrtegui con un poco de retraso y lo divisó de pie, apoyado en la fachada del Banco Central, al lado de Cine Edesa. Leía un periódico. Se

sintió culpable por haber mentido a su madre y se preguntó si no se estaba complicando la vida. Estuvo a punto de retroceder e ir a buscar el coche de línea bordeando la zona. En el fondo deseaba aquel encuentro, pero no las tenía todas consigo. ¿Acaso no había sufrido ya bastante en los últimos tiempos? Valeriano estaba en prisión y sobre ella recaía toda la responsabilidad de su hija. Necesitaba aclarar sus sentimientos. Araceli le había explicado que algunos prisioneros habían logrado ya la libertad, sin embargo otros muchos no contaban siquiera con ningún letrado. Ella estaba ahorrando para echar una mano a César, su novio anarquista. Miguel era abogado, conocía a mucha gente, quizá podría ayudarla. Lo había visto defender una sociedad más justa en diversas ocasiones, aunque temía que, si el hermano se enteraba de su compromiso con los revolucionarios, ardería Troya y ella se quedaría sin trabajo. Sin embargo, sentía que no podía dejar en la estacada a Valeriano.

Se había quedado parada como una marmota en medio de la acera, incapaz de decidirse. ¿Dónde se encontraba la mujer moderna, de vocación artística, luchadora con la que había soñado?

Ya no quedaba gente en la cola de las entradas. La película comenzaría de un momento a otro. Al fin, se decidió: Miguel era muy amable y no podía plantarlo. Cruzó la parte final de la plaza con paso decidido. Él continuaba concentrado en la lectura del diario.

—Hola, llego un poco tarde, ¿no?

—No te preocupes, ya tengo las entradas. —Miguel cerró el periódico y la cogió del codo para dirigirse al vestíbulo—. Leía la noticia de la posible alianza de los republicanos progresistas. Menos mal que Azaña ya está en libertad y dedicado a esa labor. Necesitamos plantar cara a la amenaza fascista.

Lo miró con simpatía. «Ojalá se uniesen todos», pensó. Valeriano siempre defendía aquella estrategia. La noticia parecía un buen augurio, pero se mordió la lengua: el portero picó las entradas.

Siguieron al acomodador por el centro de la sala, prácticamente llena. Aún no había entrado en el cine-teatro, inaugurado hacía unos meses. Era un espacio

inmenso. Se imaginó en el escenario actuando para el público de su ciudad, que la aplaudía con fuerza. Justo cuando bajaba la butaca divisó a su sabueso más fiel: Antonio entraba en aquel momento y se sentaba en el último asiento al lado del pasillo central. La saludó con la mano derecha en un gesto casi imperceptible. Seguramente la vigilaba de cerca. Imaginó aquella sonrisa cínica que le resultaba irritante. Le devolvió el saludo con un leve movimiento de cabeza. Estaba aturdida. Miró a Miguel tratando de disimular su desazón. Él contemplaba la sala mientras doblaba la americana de lino.

Sonó el timbre por tercera vez, se apagaron las luces y empezó la proyección. Recordó la primera vez que pisó un cine. En su décimo cumpleaños su padre se había presentado en casa muy risueño con entradas para toda la familia. A pesar de las protestas de la madre, cerraron el bar y todos habían acudido al Ideal a ver a Charles Chaplin en *La quimera del oro*. La gente aplaudía a rabiar. Aquel hombrecillo con abrigo estrecho, sombrero bombín, bigote cepillo de dientes, cayado de caña, pantalón holgado y botas enormes la impresionó. Aunque no hacía mucho tiempo que había descubierto la misma devoción por el mundo artístico en la desventurada abuela materna, quizá su vocación de actriz había surgido de manera inconsciente en aquel momento. No hacía falta el sonido porque Charlot era capaz de expresar todas las emociones con sus gestos. La había impresionado tanto el personaje que lo dibujó en una cartulina y lo colocó durante mucho tiempo en la cabecera de la cama, enganchado al cuadro del ángel de la guarda protegiendo a los niños.

Aquella tarde vivía una sensación nueva. La sincronía perfecta entre el movimiento de los actores y la voz le parecía mágica. Los tangos melódicos de Carlos Gardel resonaban en todo el teatro. El público aplaudía una y otra vez y el operador detuvo varias veces la proyección.

Pero Nía apenas pudo deleitarse con la película. Hacía un calor asfixiante, tenía la cabeza congestionada y en su mente se alternaban imágenes fugaces del pasado con la aprensión de sentirse vigilada. Cerró los ojos. No, no era Gardel sino Valeriano el que entonaba el tango.

*Solo en la ruta de mi destino
sin el amparo de tu mirar...*

Sin embargo, no viajaba en el tren hacia Matarrosa ni se hallaba en la soledad nocturna del local del sindicato. Se encontraba inmóvil, maniatado en un calabozo oscuro y, desde la puerta enrejada, Antonio la acechaba a modo de podenco satisfecho con su presa. Miró hacia atrás, pero no consiguió distinguirlo. Como buen cazador siempre se situaba en un enclave privilegiado a fin de observar la situación. Enseguida se enterarían en su casa del engaño. La imagen de su madre indignada se cristalizó en su mente como un mal sueño. Sin embargo, la aprensión no torpedearía su empeño de ayudar a Valeriano. Tenía ahorrados unos reales y se prometió invertirlos en un buen abogado.

Un abogado para el Jilguero

Villafranca del Bierzo, 22 de julio de 1935

Querido Valeriano:

Según he podido saber por diferentes fuentes, te encuentras en la cárcel de León. Espero que estés bien y puedas salir pronto en libertad.

Como ves, te escribo desde Villafranca del Bierzo porque ahora trabajo aquí. Para mí fue muy doloroso separarme de Teresina, pero no me quedó más remedio. La niña estuvo un tiempo en La Portela con mi hermano mayor y su mujer. Ahora ha vuelto de nuevo a Ponferrada. A pesar de la edad y de su no muy buena salud, mi madre quiso hacerse cargo de ella, mientras yo intento ganar algún dinero para tirar adelante. Mi hermano Juan también nos ayuda mucho.

Don Daniel, el maestro, es amigo de esta familia y, gracias a él, he conseguido el trabajo. Por suerte la señora es muy buena conmigo y gracias a uno de sus hijos he podido contactar con don Apolinar Castedo, abogado amigo suyo y del grupo de don Félix Gordón Ordax. Según me han comentado, este último fue ministro de la República y en la actualidad es diputado a Cortes por León. Al parecer, este equipo de letrados lleva la defensa de los presos de la revolución del treinta y cuatro en muchas zonas de

la provincia. El hijo de la señora me informó de que el mismo abogado te entregará en mano esta carta y tratará de llevar tu caso.

Todo tiene solución y con seguridad tu libertad está cerca. Deseo tu pronta excarcelación.

Un abrazo

Nía

Don Apolinar Castedo visitó Villafranca en el mes de septiembre en plenas fiestas del Cristo. Miguel se lo presentó al finalizar el desayuno, cuando ya habían abandonado el comedor los invitados y ella recogía los últimos enseres. A Nía le pareció un hombre campechano y afable, de pómulos salientes y mirada escrutadora, enmarcada en unos anteojos de varilla dorada y cristales gruesos. «Hacemos todo lo que podemos —le comentó con preocupación—. Las crisis continuadas de gobierno no nos lo ponen fácil. Nuestra esperanza se halla en organizar un frente de izquierdas que permita a este país recuperar la decencia.» Miguel asintió con la cabeza. El abogado sacó del bolsillo de la americana un sobre de color amarillento y se lo entregó. Nía recordó la dedicatoria de la fotografía de Valeriano. Sí, era su letra. Ahora no recordaba dónde había guardado la foto, quizás había quedado en la maleta. De manera torpe le agradeció las gestiones mientras guardaba la carta en el bolsillo del delantal. Le costaba hasta tragar saliva. Tras despedirlos, subió rápido a la habitación y abrió el sobre con las manos temblorosas.

Penal del Castillo (León), 13 de agosto del año 1935

Mi querida Nía:

Llevo unos cuantos meses encerrado en esta caverna, pero hoy he recibido con esperanza la visita del señor letrado que me entregó tu carta. Te doy las gracias por tus desvelos.

Mi vida, desde el último día en que nos vimos, se convirtió en un infierno.

Alguien me delató porque, cuando estaba a punto de salir el tren y ya me sentía a salvo, entraron cuatro guardias civiles y de muy malas maneras me hicieron bajar. Desde entonces vivo entre rejas, primero un par de semanas en la cárcel de Ponferrada y ahora aquí en León.

Espero poder explicarte algún día todas las vicisitudes y calamidades que sufrí y aún continúo soportando. He recuperado un poco el ánimo con la visita de don Apolinar. A ver si puede hacer algo, aunque lo veo difícil. Vivimos en un país donde las nuevas autoridades permiten todo tipo de vejaciones y torturas. Tienen comprada la justicia y hasta se atreven a condenar a muerte a nuestros líderes de Asturias. Ahora parece que a algunos les conmutarán la pena por cadena perpetua. Por si no fuese suficiente, hasta vetan las denuncias de nuestros diputados en el Parlamento. Tienen secuestrada la democracia y la libertad. La derecha retrógrada, cómplice de los fascistas, es la responsable de esta situación y los torturadores, sicarios del poder. ¡Todos son unos sinvergüenzas, unos hijos de perra! Perdona mis palabras. Los odio con todas mis fuerzas. Cuando pienso en ellos, se me retuercen las entrañas.

He visto caer a buenos amigos, pero no podrán con nosotros. No nos hundiremos en el desánimo y, más pronto que tarde, llegará nuestra hora.

Me alegro de que la niña y tú estéis bien. Recibe un cariñoso abrazo

VALERIANO

La carta la desconcertó, aunque no atinaba a saber el motivo. Intentaría descubrirlo más tarde. Ahora Tilana la necesitaba en la cocina. Al mediodía tenía que estar todo a punto para cuando volviesen los invitados, después de la procesión del santo Cristo de la Esperanza. Tras servir la comida y recoger todo, disponía de la tarde y la noche libres. Se prepararía rápido para acudir al encuentro de los suyos. Por fin, su madre había accedido a cerrar el bar para asistir, invitados por Tilana y Carlos, a la fiesta.

En la cocina, todo era movimiento. Mientras pelaba las patatas, Nía sintió una sacudida y cayó en la cuenta: Valeriano relataba sus penalidades y el odio que le

producían los políticos de derechas. Se mostraba ensimismado solo en su dolor sin ocuparse para nada de la realidad ni del padecimiento de los demás. El hombre del que se había enamorado, el luchador por la causa de los trabajadores, continuaba inmerso en su mundo: «Me alegro de que la niña y tú estéis bien.» A Nía le pareció una frase insulsa que ni tan siquiera evidenciaba un auténtico afecto por su hija.

La fiesta del Cristo del año 1935 transcurrió sin ningún incidente remarcable. Sin embargo, en algunos sectores pudientes de la villa disimulaban la preocupación. Sentados a la mesa del fondo del Casino, las orejas puntiagudas de Nicolás Álvarez de Luna se estiraban al máximo intentando percibir con más nitidez los cuchicheos de su amigo Aniceto, presidente del Círculo Mercantil. Aunque los dos contaban con buenas amistades en Madrid, en esa ocasión el compañero se había enterado antes de los últimos avances en la capital. Esa vez la noticia estaba a punto de saltar a la opinión pública y, a buen seguro, el escándalo del estraperlo acarrearía el fin de Lerroux. Ambos, como representantes directos de la Falange en la villa, estarían atentos a cualquier disposición que llegase del partido.

Fuera reinaba la animación. El coche de línea avanzaba a ritmo lento en medio de la riada de gente que recorría la villa. Nía y Tilana movían con rapidez los brazos a fin de llamar la atención de la señora Avelina, que, torpemente, intentaba avanzar por el pasillo del autocar, precedida por Juan con Teresina en brazos.

La cara de la pequeña era la viva expresión del asombro. Estaba aturdida por el ruido y el movimiento. Cuando Nía la abrazó, mostró los primeros pucheros, avanzadilla de un llanto desconsolado que no abandonó en todo el camino hasta llegar al barrio de la Cábila y entrar en casa de Tilana y de Carlos. Allí se consoló observando una camada de gatitos que acababa de nacer.

Ya al atardecer, salieron a dar una vuelta. La señora Avelina se animó al

recordar sus años mozos, cuando los jóvenes bajaban en manada a aquellas fiestas andando desde La Portela. Tilana la escuchaba con devoción. Le recordaba a su madre, fallecida hacía unos años. «No importaba si al día siguiente había que madrugar —les explicó—. Mi abuelo aparecía en la habitación y me recordaba que si tenía energía para tanta fiesta, la misma había de demostrar para trabajar.» Nía había oído aquella frase muchas veces: «Digna imagen de su abuelo», pensó.

Las piernas de la señora Avelina habían dejado muy atrás aquellos años, por lo que se vieron obligados a hacer un alto en la Alameda. Un grupo de tamborileros, seguidos de gigantes y cabezudos, precedía a gente de todas las edades. Al paso de los músicos, Teresina aplaudía puesta en pie e intentaba mantener el equilibrio y seguir el ritmo. Al pasar aquellos superhombres se agarró al cuello de su madre. Los miraba embrujada y no los perdió de vista hasta que desaparecieron.

Tras el alboroto reinó la calma en el parque. Nía siempre recordaría hasta el último detalle aquel momento. Había dejado a los suyos sentados en los bancos centrales del jardín. Teresina ensayaba los primeros pasos y ella se mantenía agachada con las manos de la niña agarradas como zarpas a sus dedos. De pronto alguien se interpuso en el camino. Levantó la vista, allí estaba Miguel, sonriente.

—¡Pero bueno! ¿Qué hace por aquí esta sirenita tan salerosa?

Nía observó su expresión de ternura hacia la niña y se preguntó el motivo por el cual, cuando lo veía por sorpresa, una especie de agitación incomprensible le recorría el cuerpo. Los ojos verdes de Teresina lo miraban con curiosidad.

—Ahora solo quiere caminar y hay que estar con cien ojos. Lo toca todo.

—Eso es bueno. De aquí a nada correrá sin que nos demos cuenta. Desde que la vi apenas hace dos meses parece otra. ¿Quieres venir conmigo? —le preguntó.

La niña permaneció en pie y dio un pasito vacilante hacia él. Miguel la miraba expectante.

—Muy bien, campeona.

Por un momento, las gafas de Miguel corrieron serio peligro bajo las manos

ávidas de Teresina. Él se las entregó a Nía y entonces ella los vio. Unos pasos atrás, Clara y sus padres permanecían a la espera. Un poco más allá, doña Gloria saludaba a una señora pintarrajeada como un pavo real que llevaba de la mano a una niña de unos ocho años, probablemente su nieta, con aspecto raquítico.

Teresina pellizcaba la cara de Miguel logrando delinear muecas en su rostro que él exageraba y ella premiaba con carcajadas. El ritmo exagerado de las risotadas de la pequeña concentró las miradas del entorno. Doña Gloria se volvió y reparó en la escena.

—Pero esta niña es una muñequita. —Se dirigió a Nía con cara de incredulidad—. ¿Es tu hijita? Pues es muy sociable, ¿no? Miguel, tú a su edad te agarrabas a mí como una lapa y no había manera de soltarte.

Miguel se inclinó hacia su madre con expresión burlona.

—Desde entonces ha llovido mucho. ¿No lo ves? —Miró a Teresina—. Ahora tengo más éxito con las mujeres.

Los Valcarce de Balboa no se habían movido y comenzaban a evidenciar disgusto ante la situación. Del rostro sombrío de Clara saltaba a la vista un orzuelo supurante en el párpado derecho que Nía había percibido hacía unas horas en el banquete del mediodía y ya se había salido de madre afeando sus ojos de zafiro. La madre murmuró algo en el oído de la hija y esta fulminó con la mirada a Nía. El padre, endomingado con un clásico traje tipo inglés y apoyado en un bastón de ébano rematado con una cabeza dorada en forma de can, semejaba una lanzadera alocada. El hombrecillo caminaba con pasos apresurados. Iba, venía y miraba alrededor. Se acercó a las dos mujeres y murmuró:

—¿Habéis visto a Miguel? ¿Cómo es posible que el representante de una de las familias más ilustres de la villa parlamente con esa alegría con una criada, coja en brazos a la cría y se ría como un burdo paleta?

Clara dudó un momento mientras seguía, asombrada, los movimientos de su prometido.

—Bueno, papá, Miguel es así, un poco...

—¿Cómo puedes justificarlo? —le preguntó malhumorado.

—Tienes razón, querido. —La señora Valcarce de Balboa daba vueltas a la sombrilla y miraba disimuladamente el entorno—. Hay que vigilar más de cerca a ese joven.

Tilana y Carlos aguardaban junto a la señora Avelina y el hermano de Nía el momento de hacer las presentaciones. La viuda de Álvarez de Luna se distinguía del resto por la delicadeza de los gestos y la elegancia del vestido negro de terciopelo en perfecta sintonía con las solapas y el ancho cinturón granate. Estrechó la mano de todos y, ante el azoramiento de la madre de Nía, se acercó a ella y la abrazó con afecto. La mujer no sabía cómo comportarse, aunque logró balbucir unas palabras:

—Dios la guarde a usted muchos años. Mi Nía me habla muy bien de usted. Bueno, de usted y de sus hijos.

Miguel esbozó un guiño casi imperceptible y Nía sintió quemazón en las mejillas.

—Eso es justo lo que quiero decirle —contestó la señora—. Tenemos la suerte de poder contar con ella. Estamos encantados de tenerla entre nosotros, ¿verdad, Tilana?

—Cierto, en casa ya la consideramos como de la familia —le respondió.

Doña Gloria echó una ojeada hacia atrás y percibió la irritación de sus futuros consuegros y la indignación de Clara.

—Nos perdonarán, pero tenemos unos amigos esperándonos y no queremos ser descorteses, ¿verdad, hijo?

Miguel pareció recordar que alguien lo esperaba y se sorprendió, una vez más, de la capacidad de su madre para encarrilar situaciones posiblemente delicadas.

Suma de fuerzas

La cercanía del invierno acortó los días y amplió las horas de sueño. En la casa dominaba el silencio. Fuera una niebla espesa caía sobre la calle e impedía ver más allá del jardín de la entrada. A través de la cortina de encaje, Miguel inspeccionó la calle solitaria. Miró el reloj, marcaba las once de la noche. Sin embargo, aún vislumbraba la sombra de su hermano caminando por el despacho con pasos sigilosos. Parecía hablar por teléfono con alguien. Se acercó con cautela. A los convocados les interesaría cualquier información de la estrategia de los otros partidos. Aunque la Falange contaba con pocos seguidores en El Bierzo, tenían dinero, se movilizaban bien y día a día ganaban adeptos. Se sobresaltó ante el clic de la llave de la luz y se retiró con rapidez tratando de no ser visto. Desde la rendija entreabierta de la puerta de la despensa lo vio pasar. No se sentía cómodo vigilando a Nicolás y ocultando a la familia su actividad política. Sin embargo, la República se jugaba la supervivencia en aquellos momentos. Muchos permanecían en prisión. La democracia y la libertad necesitaban gente resuelta y comprometida. Desde hacía tiempo había excluido de su vida la flaqueza y el desánimo.

Se caló el sombrero y ajustó el cinturón de la gabardina. Aunque llegaba tarde a la cita, decidió dar un rodeo. Emilio Silva les recordaba siempre la consigna: «Toda cautela es poca.» Miguel continuó por Doctor Arén y circunvaló la Alameda. Ni un alma en la calle. Enfiló la travesía de San Nicolás, para acabar

internándose en los soportales. Llegaba con media hora de retraso. Llamó a la puerta de la carpintería de Toño Gabelas. Reprodujo con leves golpecillos los primeros sonos del himno de la República. Al otro lado distinguió la voz de Paco Delás: «Santo y seña», solicitó. Se acercó más a la puerta hasta besarla casi y, con voz apenas perceptible, respondió con el último verso del estribillo del himno de Riego. «Vencer o morir.» Se entreabrió la puerta y se adentró en el taller.

—¿Qué ha pasado? Nos tenías preocupados. —Paco Delás se dirigía a él en un tono cauto y susurrante.

—He preferido asegurarme de que en casa todos dormían y no me seguía nadie.

En medio de la oscuridad, Delás lo guio a través del taller iluminando el camino con un candil. Atravesaron la estancia y un largo pasillo sorteando tablones de diferentes tamaños. El olor a madera se fundía con el tufo húmedo de las deslucidas paredes. A Miguel le sorprendió el desorden de la carpintería. Toño Gabelas amaba el oficio y cuidaba el taller con mimo, sin embargo ahora la política lo absorbía en exceso. «Tiene suerte —pensó—, que Julia esté muy ocupada con la fonda y con los cuatro hijos. Seguramente hace tiempo que no pasa por aquí.» Cruzaron un patio atiborrado de trastos, descendieron una escalera estrecha y descascarillada y accedieron al sótano, escasamente iluminado con velas, donde los delegados de zona lo esperaban.

Sentados en dos bancos de madera en torno a una mesa rectangular de pizarra había cinco hombres y una mujer. Miguel conocía a cuatro de los asistentes: Paco Delás, Emilio Silva, Toño Gabelas y Paco Puente Falagán.

Al entrar se produjo un breve silencio. Paco Delás lo presentó a los desconocidos:

—Miguel Álvarez de Luna es abogado y amigo de años.

La mujer torció la boca con expresión burlona.

—¡Vaya, ahora resulta que los aristócratas se nos unen! No estamos para jergas —les espetó—. ¿Es de fiar?

Miguel replicó clavando la mirada en aquella mujerona de pecho enorme que jugaba con un puro sin encender entre los dedos.

—Señora, ¿usted cree que estaría aquí a estas horas si no apoyase la unidad?

La mujer calló un instante. Le lanzó una mirada intensa y con voz fría respondió:

—Señor mío, llevo en esta lucha desde hace mucho tiempo y he visto de todo. No es la primera vez que vivimos abandonos y traiciones. Esta vez no podemos fallar. —Mantuvo el gesto tenso y desafiante—. A muchos de los nuestros los torturaron o los ejecutaron. La mayoría continúa en chirona y no les sirven en manteles cada día.

Emilio Silva disimuló una sonrisa.

—Tranquila, Pepona, nosotros sabemos con quién contamos.

Puente Falagán intervino con voz templada.

—Amigos, aquí estamos para llegar a acuerdos. Pertenecer a una clase social o a otra no nos hace mejores o peores. Importa la calidad humana. —Sacó el pañuelo del bolsillo con parsimonia y limpió los cristales de las gafas redondas de pasta negra. Las arrugas del ceño acompañaron sus palabras—. Pepona, conozco a Miguel desde hace años y le quiero dar las gracias por su honestidad, valentía y compromiso.

En efecto, Puente Falagán era un viejo conocido de la familia Álvarez de Luna desde la época en que había regentado el cargo de delegado de la Caja Leonesa Provincial de Previsión. Con el tiempo, ambos habían coincidido en varias reuniones en Madrid. Miguel lo había visitado en su época de alcalde socialista de Ponferrada, antes de que los de la Minero Siderúrgica y sectores influyentes de la ciudad lo hiciesen caer con acusaciones injustas.

Toño Gabelas se humedeció los labios. La situación los obligaba a dejar a un lado rencillas y polémicas. Zanjó la cuestión con una amable sonrisa.

—Es cierto, compañera, estamos debilitados. La represión fue dura, pero ni en el treinta y cuatro lograron masacrar nuestro ánimo. Se me ha encargado la reorganización de nuestra zona y os pido a todos que estemos a la altura de las

circunstancias. Por otra parte, Miguel es un gran amigo y quiero agradecerle ante todos su arrojo.

Las tensiones pululaban en el ambiente, aunque Miguel deseó que, tras el debate, llegasen a acuerdos porque necesitaban tomar decisiones adecuadas.

Puente Falagán tomó de nuevo la palabra.

—Desde su salida de la cárcel, Azaña trabaja con todas sus fuerzas por ese acuerdo. Hace poco asistí en Madrid al mitin de Comillas. —Todos se mantenían atentos y pendientes de sus palabras—. Pude comprobar el entusiasmo de la gente. Sé de la desconfianza de muchos, sin embargo yo lo apoyo. Es la única salida posible. Ahora se trata de coordinarnos para hacer posible esa unidad en El Bierzo.

—Los anarquistas ansiamos una unión auténtica de las fuerzas obreras. No he vuelto, una vez más, de Estados Unidos a mi tierra para quedarme inmóvil ante esta República burguesa con la que acabáis pactando los socialistas. De momento, para nosotros es urgente sacar de la cárcel a esos miles de camaradas y preparar la revolución sin ningún tipo de resquemor.

Puente Falagán no se inmutó ante el tono agrio del que había presentado como el anarquista de Valtuille, Antonio Estévez. Ninguno de los presentes replicó. A Miguel le impresionó aquel hombre de cara ancha, ojos vivos, calvicie incipiente y aire intelectual.

Emilio Silva no se mostró sorprendido. Escuchaba atento y se entretenía haciendo girar el anillo del dedo anular de la mano izquierda con el pulgar. Habían pasado diez años desde el día en que lo comprara en la joyería Tiffany&Young de Nueva York. El sueño americano finalizó cuando, de vuelta a España, conoció a Modesta y se enamoró. Miguel sabía que, a pesar de la crisis, las cosas les iban relativamente bien en el almacén de coloniales La Preferida.

Tras un tenso silencio, Emilio se decidió a romper el hielo.

—Los anarquistas siempre nos tildáis de burgueses y despreciáis nuestras propuestas. Culpáis a Azaña por lo de Casas Viejas pero vosotros también habréis tenido vuestra responsabilidad, digo yo. Pero ahora no es el momento de

recriminarnos los posibles errores sino de mirar adelante. Azaña, a pesar de padecer en sus carnes la cárcel, al salir ha logrado la unidad de sectores de izquierda y muchos nos sentimos orgullosos de formar parte de ese proyecto. — Toño Gabelas asintió—. Hay que llegar a acuerdos básicos y sacar a este país de las garras de la derecha.

Morete había permanecido callado, sentado con la espalda apoyada en la pared y la camisa remangada.

—Yo vengo de un barrio humilde y trabajador de Ponferrada, donde la gente se esfuerza cada día por dar de comer a la familia. Me siento en la obligación de luchar por ellos y por eso acepté la invitación de Puente Falagán. Tengo presentes a los amigos encarcelados: al Jilguero, a César Terrón y a tantos otros compañeros del resto del país que aún siguen en prisión.

Miguel se sobresaltó al oír el nombre del Jilguero. Según le había comentado Apolinar Castedo, ese era el seudónimo revolucionario de Valeriano, el padre de la hija de Nía.

La Pepona escuchaba y movía la cabeza con gesto afirmativo. Cuando Morete cesó su explicación, se levantó animada con el vaso de vino en la mano. La sencilla y contundente explicación de Morete había calmado los ánimos.

A las tres de la mañana abandonaban la bodega a intervalos, convencidos de lograr llevar a cabo en la zona una firme alianza de los sectores de centroizquierda.

Entre dos mundos

Nía se entretuvo toda la tarde en limpiar la cubertería. A pesar de la paciencia de la señora, le había costado entender para qué servían tantos utensilios. Cada pieza tenía reservado un lugar exacto, a modo de los soldados en los desfiles. «Has de tener en cuenta el tamaño y el filo de los cubiertos, así como el número de dientes de los tenedores», le había advertido.

Los primeros días de su estancia en el palacete había pasado horas en el comedor imaginando menús y, en consecuencia, la manera de disponer los cubiertos. «La vida es injusta», pensó. Quizá no se trataba de la vida misma, pero sí de la manera que tenían los humanos de organizarla. Recordó a los mineros de Matarrosa y a algunas familias de su barrio preocupadas por sobrevivir cada día y, en cambio, ahora su trabajo consistía en conocer cómo se disponía la cubertería, la cristalería y la vajilla para el montón de comida que abarrotaba la mesa de unos privilegiados. Por fortuna, ella nunca había pasado hambre, aunque los mejores manjares se reservaban para las fiestas. Para las ocasiones especiales su madre tenía guardados media docena de cucharas soperas y de postre, tenedores y cuchillos, galvanizados en plata, que los señores donde servía le habían regalado cuando se casó. En la primera visita de Rita a la casa, su madre se había apresurado a invitarla a un trozo de rosca con café. Había aprovechado la ocasión para sacar uno de los cuchillos y una cucharita de postre. Enseguida le recordó lo agradecida que estaba a sus padres por semejante

regalo. En casa, a diario usaban los cubiertos de aluminio. A veces, de niña jugueteaba con el cuchillo y el tenedor imaginando una batalla entre ellos. De aquellos combates, sus cubiertos habían salido lesionados: una de las púas del tenedor se doblaba ligeramente a la derecha, como si estuviera a punto de desmayarse, mientras el cuchillo mostraba pequeñas heridas por todo el filo. A pesar de ello, el paso del tiempo no los había jubilado.

Nía aspiró el olor del cocido y abandonó la cocina con la última caja de cubiertos, forrada de terciopelo granate con el anagrama W&H bajo una elegante cabeza de leopardo. A través de la puerta entreabierta de la sala de estar se escuchaban los primeros movimientos de alguna composición clásica. Lanzó un vistazo hacia el interior. Miguel presionaba las teclas liberando las primeras notas ante el piano de cola. Recordó la conversación con sus compañeros de teatro la tarde anterior: todos se habían entusiasmado con su propuesta de montar un espectáculo conjunto de poesía y música con poemas de autores de diversas regiones del país. Sosegó el paso a fin de disfrutar de la suavidad y la fuerza de la música que la acompañaron hasta el comedor. Se mantuvo quieta y con los ojos cerrados embelesada ante el inesperado concierto. Cuando la sinfonía llegó a su fin, abandonó la estancia.

De regreso, al encontrárselo en el pasillo trató de disimular.

—¿Eras tú el que tocaba el piano? —mintió.

—¿Te gusta la música clásica?

—No lo sé. Hay algo en ella que me seduce, pero solo tuve ocasión de escuchar alguna composición entera en la radio y en casa de una amiga. — Recordó el gusto por la música clásica de Rita—. Es más, la pieza que tocabas ahora me suena y me parece extraordinaria.

—Es la Novena Sinfonía de Beethoven. El *Himno a la alegría* me sube el ánimo.

Nía no supo qué responder. Había oído hablar de aquel compositor, pero ni conocía su obra ni estaba capacitada para opinar. Se sentía insegura e ignorante. Por suerte, Miguel cambió de tercio.

—Por cierto, Nía, quiero comentarte algo. —La acompañó a lo largo del pasillo pendiente de que nadie escuchase y en tono confidencial prosiguió—: Según mi amigo Apolinar, la excarcelación de Valeriano es complicada. Con seguridad habrá que esperar a las elecciones de febrero. El Frente Popular lleva en su programa la amnistía. Si ganamos, saldrán todos de la cárcel.

Le sorprendió la frase: «Si ganamos.» Tal como ella se había imaginado, el compromiso de Miguel con los del Frente Popular era cierto. Lo veía venir. En ocasiones, al entrar ella con el servicio, Nicolás se callaba, pero las discusiones entre los dos hermanos eran frecuentes.

Nía no quería molestarlo y por eso no le había vuelto a recordar la situación de Valeriano. Ya había hecho bastante. Mucha gente había recuperado la esperanza. Hacía apenas dos semanas, al bajar a Ponferrada había observado el entusiasmo: en el bar todo el mundo hablaba de las elecciones. Don Daniel y Morete animaban a los vecinos a votar al Frente Popular y a no cometer el error de abstenerse como, decían, habían hecho muchos en las elecciones del treinta y tres.

—Es una buena oportunidad, aunque a los menores de veintitrés años no se nos permita votar. Si por mí fuera, cambiaría esta ley, pero me parece que va para largo. Aún hay quien considera un error dejar votar a las mujeres.

Miguel se pasó los dedos sobre el pelo ondulado y mostró una sonrisa irónica.

—Muy bien pensado, Nía. En este país las mujeres vais resucitando y eso es una buena noticia.

Al pasar por delante de la biblioteca la cogió de la mano y la guio hacia la sala.

—Me gustaría hablar un momento contigo en un lugar más reservado.

Nía echó un vistazo al entorno. Las puertas permanecían cerradas. Solo al fondo, en la cocina, se oía ajetreo.

—Tilana me espera —acertó a decir.

—Es un momento. Verás, el 12 de febrero mi amigo Luis Galve ofrecerá un

concierto en León. Es un gran pianista. ¿Te gustaría acompañarme? Además, Azaña dará ese mismo día un mitin allí. ¿No te apetecería asistir?

Demasiadas preguntas inesperadas. Tenía el corazón acelerado, la mente hecha un lío y la confusión navegando por el cuerpo. No sabía qué responder. Le parecía una propuesta increíble. Por suerte para ella, alguien llamaba en la puerta principal de la planta baja. Con un gesto mecánico se dirigió a la escalera y con voz en apariencia calmada respondió:

—Déjame pensarlo.

Él acompañó su salida con un guiño cómplice y el pulgar hacia arriba.

Días de descanso

Febrero de 1936

Doña Gloria extrajo del bolsillo una agenda pequeña de color granate con un lapicero estrecho de cabezal metálico, encastrado en el lateral, a modo de tallo tierno. Nía colocó las tostadas con mermelada de melocotón y de moras sobre la mesa y se dispuso a servirle el café con leche. Miró de reojo las páginas abiertas. En la parte superior aparecía en números rojos la fecha: febrero, 1936. La señora dibujó una raya vertical entre el miércoles 12 y el martes 18. Nía se sorprendió, cuando al lado de la línea doña Gloria escribió su nombre.

—¿Te has dado cuenta de que ya hace un año que estás con nosotros?

Sí, se acordaba cada día. Por suerte tenía un trabajo estable y, además, la trataban bien. Le acercó a la señora el vaso de agua que cada mañana tomaba tras el café.

—Sí, señora. Lo recuerdo bien. A decir verdad, venía con un poco de aprensión, sin embargo don Daniel ya me había pronosticado que estaría contenta.

A menudo, cuando recordaba la salida de su casa, se reabrían viejas heridas y se preguntaba una y mil veces en qué se había equivocado. ¿Acaso el atractivo de Valeriano la había cegado y se había lanzado con facilidad a sus brazos o había sido más bien la inexperiencia y cierta torpeza la que la había llevado a

abandonar tan rápido sus sueños? ¿Dónde había quedado la fascinación por el teatro, la emoción intensa sobre el escenario y la pasión por Lorca? Desdeñaba las actitudes cobardes y su manía de dar demasiadas vueltas a las cosas. Pero lo sabía bien: ella era la única dueña de su destino. Cuando Teresina tuviese edad de ir a la escuela, se trasladaría a la capital a trabajar en el teatro. A veces, semejante proyecto le parecía una locura, un espejismo, pero aquel deseo secreto le daba vida. De momento se conformaba con formar parte de la Compañía de aficionados del teatro villafranquino.

Doña Gloria continuaba comprobando las anotaciones de la agenda. De pronto posó la taza en el plato y la miró con un amago de sonrisa.

—Estaba cuadrando fechas. Tendrás muchas ganas de estar más tiempo con Teresina. Mis hijos y yo hemos decidido, en agradecimiento por tus servicios, premiar este período de estancia entre nosotros con una semana de vacaciones. Miguel ha de hacer unas gestiones en León y, de paso, se ha ofrecido a bajarte en coche.

—Infinitas gracias, señora. A usted y a sus hijos.

Nía sintió el rubor trepando hacia el rostro como si tuviese fiebre. Se acercó a la ventana a abrir las cortinas tratando de disimular. Allí, en la plaza de San Pío, un sonriente Miguel la saludó con un movimiento de mano. Él había planificado todo aquello, estaba segura. ¿Cómo podía si no acompañarlo a León un día de trabajo? ¿Y si se armaba de valor y no desaprovechaba la ocasión? Asistir a un concierto en directo o ver a Azaña no ocurría todos los días. Volvió a fisgar por la ventana. Miguel había desaparecido.

El sábado salió al mercado a comprar dos ristras de ajos y un queso gallego de los de tetilla que la señora siempre quería tener en casa. Faltaba un día y ella aún continuaba dando vueltas a la propuesta. Se preguntaba por qué pensaba en él tan a menudo, por qué, cuando la miraba, un gusanito le escarbaba el estómago. ¿Acaso no había aprendido nada de la experiencia con Valeriano? Al recordarlo

sintió como si lo traicionase: él estaba en la cárcel, en una situación lamentable, y ella con la cabeza llena de pájaros. Además, si su madre se enteraba del viaje montaría en cólera harta de recordarle sus locuras. ¿Y cómo reaccionaría doña Gloria? Se imaginó de nuevo en Ponferrada, sin trabajo, siendo el hazmerreír del barrio y, una vez más, la vergüenza de la familia.

Ya cerca del mercado, al cruzar la travesía de San Nicolás, a punto estuvo de atropellarla el camión del chico de los ojos bicolor. Corrió al otro lado y le pidió disculpas juntando las manos, mientras él hacía sonar la bocina como si de una ambulancia se tratase. Quizás era una premonición, pensó, y el joven la avisaba del peligro de semejante viaje como si fuera una especie de señal del destino.

Al volver, se encontró en la entrada del palacete con Clara Valcarce de Balboa. Aunque Nía la saludó y pensaba cederle el paso, ella se apresuró a entrar la primera, después de lanzarle una mirada altiva que le removió las entrañas. Nía se olvidó de todos los obstáculos. No se dejaría humillar por semejante vanidosa.

A las once de la noche, tras recoger el comedor y ayudar en la cocina, acudió a la cita en la biblioteca. Miguel la esperaba sentado en la esquina de la mesa.

—Entonces, mañana, ¿a qué hora salimos? —le preguntó.

Él cerró el diario y dibujó una sonrisa cómplice.

—Mañana a las siete. Estaremos en León sobre las diez. A la vuelta, te dejaré en tu casa hacia las ocho de la tarde.

Otra vez, el amor

Apenas se vislumbraban las primeras luces del día cuando atravesaron Ponferrada camino de la capital. La ciudad aún permanecía en silencio. El monte Pajariel, sumido en la oscuridad, le recordó un elefante inmenso en reposo del que conocía todas las líneas de la piel: los caminos bordeados de castaños, robles, abetos o zarzales la habían acompañado desde la niñez en las excursiones a los pueblos vecinos, primero con los compañeros de la escuela y más tarde con los amigos de la juventud.

Imaginó a Teresina durmiendo en la cunita, a su madre a punto de levantarse y a Juan encendiendo la estufa del bar. Se sintió despreciable por el sacrificio de los suyos para criar a su hija mientras ella, como solo haría una mala madre, viajaba cómodamente como copiloto del hijo de la señora, que le había ofrecido trabajo al confiar en ella.

—Te confieso que me siento desleal con tu madre y con mi familia.

Miguel disminuyó la marcha y la miró de reojo, pendiente de las curvas de la estrecha carretera.

—Ya lo sospechaba, Nía. Te costó decidirte a acompañarme y casi no has hablado hasta ahora. —Calló mientras se escoraba a la derecha para dar paso a un camión—. La lealtad es un sentimiento traicionero. Muchas veces mantener la fidelidad con los otros se convierte en una traición hacia nosotros mismos.

La invadió una sensación de cercanía con Miguel. Había autenticidad en sus

palabras.

—Es cierto —respondió—. A menudo me preocupo mucho por el dolor que puedo causar a los demás y dejo a un lado mis propios deseos.

La reflexión en voz alta de Nía los mantuvo un rato callados y sumidos en sus cavilaciones. A medida que ascendían hacia el puerto del Manzanal, se disipaba la niebla y el sol emergía al fondo en medio de unas nubes blanquecinas. El frío había empañado los cristales y solo se oía el movimiento acompasado del limpiaparabrisas.

Miguel rompió el silencio:

—Mortificarse es absurdo. A menudo, la realidad es diferente a como la imaginamos. Yo procuro vivir al día. —Parecía sopesar cada palabra—. Hace tiempo que me rebelé ante las imposiciones. Intento vivir de acuerdo con mis ideas, sin hacer daño a nadie, y si a los demás no les gusta, es su problema.

Nía recordó la ruptura de amarras con las reglas impuestas por su madre, su entrega a Valeriano y el desencanto posterior.

—A veces, crees defender unos principios, actúas en consecuencia, pero ese comportamiento genera resultados nefastos. Yo, al menos, así lo vivo.

—Es cierto. No siempre salimos airosos de nuestras decisiones. Equivocarse es de sabios. —Miguel, pendiente de la carretera, le lanzó una mirada fugaz—. En la vida seguimos un camino que ni es recto ni es fácil. Aprender a transitar por él requiere mucho coraje y altas dosis de humildad cuando nos equivocamos.

—Me gustaría verlo todo con tanta claridad como tú.

—No te pienses, en ocasiones dudo y pongo en tela de juicio muchas cosas, pero procuro no atormentarme. Intento dar espacio a los problemas, reflexiono y tomo decisiones. —Frenó para dejar paso a un rebaño de ovejas y esbozó una sonrisa cariñosa—. Hace tiempo que tengo algún asunto personal pendiente y sigo sin saber bien cómo resolverlo.

Nía calló y deseó de todo corazón que «el asunto personal pendiente» estuviese relacionado con Clara Valcarce de Balboa. Aquella bobalicona no se merecía un hombre como él. Se acomodó en el asiento dispuesta a no agobiarse.

Había decidido estar donde estaba y disfrutar del momento. Le gustaba Miguel. No podía evitar la extraña atracción que ejercía sobre ella.

Entraron en la capital tras una caravana de coches. Una muchedumbre, llegada de diferentes zonas, obstruía el tráfico en el paseo de Papalaguinda. Un grupo de jóvenes cruzó la carretera zigzagueando entre los automóviles. Nía sacó del bolso un pasador, se recogió la melena en una cola sin dejar de mirar por la ventanilla. Dos de los chicos, que parecían mellizos, enarbolaban una pancarta y avanzaban con paso decidido. Tras ellos, un grupo variopinto de hombres y mujeres de todas las edades los seguía al ritmo de una canción entonada con ímpetu y mucho barullo. Los rayos del sol, al caer sobre la luna delantera, dificultaban la visión. Se levantó un poco del asiento y leyó: «La Bañeza con Azaña.» Eslóganes parecidos se repetían en el resto de los carteles. Al parecer, la gente acudía de zonas lejanas y algunos, según se enteraron después, llevaban más de dos días caminando.

La multitud concentrada en la plaza dificultaba el acceso al Teatro Principal. Miguel agarró a Nía de la mano. Aun en medio de aquel maremágnum se sintió liberada y feliz. Al fin, lograron acceder al teatro por una de las puertas laterales.

En una sala grande, pequeños grupos charlaban animadamente. Hacía frío. El pavimento de pizarra le recordó a una extraña placa negra de hielo confabulada con las paredes de piedra húmeda. A la derecha, la puerta abierta dejaba entrever la entrada principal por donde la concurrencia accedía al interior en medio de gran alboroto.

—Allí están, Nía.

Miguel la guio hacia el fondo. Un grupo de hombres escuchaba atentamente a un señor regordete, de calvicie pronunciada, pelo canoso, gafas redondas de gruesos cristales y una especie de verrugas o lunares abultados en el rostro. A Nía le resultó muy familiar aquella cara, pero apenas tuvo tiempo de cavilar demasiado. Desde uno de los rincones del fondo alguien levantó el brazo y llamó a Miguel. Nía reconoció a Emilio Silva, el propietario de La Preferida, la tienda

de coloniales de Villafranca, donde Tilana la había enviado más de una vez a comprar café.

—¿Qué ha pasado? Pensábamos que ya no llegarías a tiempo. —El tendero se colocó la corbata granate con la mano derecha y Nía contempló una vez más el anillo de oro brillante que tanto le impresionaba cuando el comerciante, con manos ágiles y firmes, troceaba el bacalao con la hoja fina y pulida de la guillotina—. Te estábamos esperando. A ver si nos puedes presentar a Azaña.

Solo entonces, Nía cayó en la cuenta de quién era el individuo. Había visto su imagen en varios diarios. A su lado, Antonio Gabelas permanecía a la espera. Se sintió observada por aquel hombre de cejas pobladas y mirada intensa al que había visto en varias ocasiones en la carpintería de la plaza y en el parque con la familia.

Miguel, pendiente de Azaña, hizo unas presentaciones rápidas.

—Nía, no sé si conoces a mis mejores amigos de Villafranca: Emilio Silva y Toño Gabelas.

Gabelas le tendió la mano cortésmente.

—Me alegro de verte, Nía. Recuerdo cuando de buena mañana llegaste a Villafranca con tu maleta y tu discreción. Los que estábamos en el bar nos preguntamos qué podía hacer una jovencita tan hermosa en nuestra villa.

Desde el grupo de al lado, el mismo Manuel Azaña interrumpió la conversación.

—¡Pero qué ven mis ojos, si es Miguel Álvarez de Luna! Querido amigo, cómo te extrañamos por Madrid. Sin ti las tertulias del Ateneo no son lo mismo.

La intensidad y el afecto de las palabras de Azaña hizo volverse a los asistentes. Miguel se acercó y lo abrazó con gesto entrañable. Nía nunca había vivido una situación similar: allí estaba ella, una joven de barrio obrero al lado de gente importante y del, hasta no hacía mucho, presidente del Gobierno.

—¿Cómo me podía perder yo tu estancia por mis tierras leonesas? ¿Has visto los miles de personas que acuden al acto? Nos ha costado llegar hasta aquí.

Azaña se inclinó con una ligera reverencia y le dio la mano a Nía. El corazón

le latió a un ritmo frenético y el cuerpo parecía levitar. Por un instante se sintió tan sobrecogida que creyó hallarse sobre un escenario donde actuaba con intérpretes de primera línea. No paraba de mirar al protagonista. Intentó inmortalizar el momento prestando atención a la conversación y a los gestos de los actores. Azaña, seguro y convincente, meritaba como héroe denunciando el problema del caciquismo en la provincia. Toño Gabelas, en digno papel de aprendiz, mostraba optimismo y confianza en el triunfo de los partidos republicanos, apoyado por Emilio Silva y su defensa de la importancia de la educación pública frente al dominio del clero.

Las horas transcurrieron con rapidez. Nía nunca había visto a semejante multitud reunida aclamando a sus líderes. La muchedumbre basculaba entre momentos de silencio absoluto, embebida por las palabras de los oradores y el alboroto ensordecedor ante las proclamas entusiastas.

Al cabo de unas horas, todo aquello había acabado. Tras las despedidas, tuvo la sensación de que empezaba a disfrutar de una auténtica libertad. En compañía de Miguel recorrió las calles de la ciudad, entre risas y complicidades.

—Hace frío, Nía. Vamos a buscar un lugar calentito, verás cómo te gusta.

—León es una ciudad preciosa. —Ella se detuvo delante de la casa Botines—. Hay edificios que parecen encantados. Me fascinan esas torrecitas de puntas afiladas. Quizás en cualquier momento veamos salir a la princesa.

Miguel se acercó a ella y le susurró:

—¿Veamos salir a la princesa? La princesita está aquí a mi lado. Por suerte, me ha hecho el favor de acompañarme.

Su tono suave y encantador produjeron en ella un sentimiento de gozo que apenas pudo disimular.

—Me hace gracia, dos republicanos hablando de princesas. Me pregunto qué diría el señor Azaña si nos oyese.

Él sonrió, se mantuvo un segundo pensativo y prosiguió bajando la voz.

—Hay cosas que nos pertenecen y a nadie le importan.

Le puso la mano en el hombro y se adentraron en el barrio Húmedo. Se dejó

llevar, sentía la fuerza del brazo de él sobre la espalda y la sensación de vivir momentos tan felices como inquietantes. De nuevo, se adentraba en un mundo incierto. Aquel barrio de callejuelas estrechas y plazuelas sobrias se convertía en testigo de una nueva andadura.

Al entrar en Casa Benito, los jugadores de cartas interrumpieron la partida sin miramientos. Nía se sintió incómoda. La discreción no parecía una virtud muy extendida en aquel lugar. Sin embargo, enseguida perdieron interés por los forasteros y se concentraron en el juego. «Les importan mucho más los naipes que nosotros», le comentó Miguel al alzar la copa de albariño. Cuando saboreó el vino, ella notó cómo se esparcía por su cuerpo la fruta del gozo. Tomaron las tapas en la barra entre risas y acompañados por el insistente sonsonete: «mus», «no mus», «paso» «chica» y otras semejantes.

El mitin se había alargado y temían llegar tarde al concierto. Atravesaron de prisa la plaza del Grano y entraron en la casona situada al lado de la iglesia. En el amplio salón, iluminado por una impresionante lámpara de araña con lágrimas de cristal, lucía un papel florido de tonos pastel en las paredes, a juego con los cortinajes floreados de los ventanales. Unas cincuenta sillas, algunas de bronce con tonos blancos y otras de madera de nogal en tapicería verde brillante, se hallaban dispuestas en perfecto orden. Al fondo, un piano de cola, próximo a un gran ventanal, dejaba ver un pequeño jardín. A la espera de la entrada del pianista, el silencio imperaba en la sala. En la primera fila, dos sillas permanecían vacías. Al verlos entrar, la anfitriona, una mujer morena de unos cincuenta años, se acercó con rapidez a saludar a Miguel, sus labios carnosos de dientes perfectos esbozaron una sonrisa dirigida a Nía, que se esforzó por mantener el tipo ante un montón de ojos clavados con disimulo en ella.

A lo largo del concierto de Luis Galve, ensimismada con las interpretaciones, vivió momentos de entusiasmo y de relajación. El ritmo rápido o lento según las composiciones, los dedos del pianista volando sobre el piano y acariciándolo como a una amante, las buenas vibraciones, el sentir a Miguel a su lado y compartir con él la experiencia de bienestar y de seguridad le parecía un sueño.

Al anochecer, justo cuando llegaban a Ponferrada, Miguel paró el coche a la altura del parque de la Cruz. Se mantuvo un momento en silencio, como Nía había observado que hacía a menudo, y se volvió hacia ella. Tuvo la extraña sensación de que algo nuevo ocurriría. Un cosquilleo juguetón ascendió del estómago a su garganta. Se mantuvo inmóvil y a la espera, fija la mirada en los ojos resplandecientes de él.

—No sé de qué manera ha ocurrido, ni tan siquiera cómo resolveré este asunto, pero me parece necesario decírtelo: me he enamorado de ti.

Nía se estremeció. La vida la situaba de nuevo ante una encrucijada. Aún no había resuelto el trance emocional de la relación anterior y se veía inmersa en una oleada vertiginosa e incontrolable. Intentó poner orden en el torrente de emociones que la ofuscaban.

—Estoy hecha un lío. Mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo... Tengo una hija... Además, tu madre pondría el grito en el cielo al enterarse. Pensaría que soy una aprovechada, una cualquiera. ¿Y tu novia? —La angustia le atenazaba la garganta. No pudo contenerse y se echó a llorar.

Miguel la abrazó y la estrechó con fuerza tratando de tranquilizarla.

—Hasta hace poco estaba tan confuso como tú. Solo me he decidido a confesarte mis sentimientos cuando he estado seguro. —De nuevo se tomó su tiempo antes de proseguir—. He pasado un día magnífico a tu lado y de ninguna manera querría estropearlo. Tampoco pretendo forzar nada, entiendo tu desconcierto y tus temores.

Se tranquilizó. Miró el camino central del parque por el que había paseado tantas veces y se secó las últimas lágrimas. Intentó responder con las palabras adecuadas mientras lo miraba a los ojos con cierta indecisión.

—La vida está llena de sorpresas. Yo no quería volverme a enamorar y menos de un señorito. —Nía sonrió—. Mi madre siempre dice que las pobres criadas debemos tener cuidado con vosotros.

Una anciana con un sombrero de paja hecho trizas y una falda negra compuesta de harapos golpeó el cristal lateral del conductor pidiendo limosna.

Miguel bajó la ventanilla, sacó unas monedas del bolsillo y se las entregó a la mujer, que se alejó augurando suerte y amor a la pareja.

—¿Crees en las premoniciones, Nía? Fíjate, la mendiga acaba de predecirlo.

—No, yo no creo en esas cosas —respondió.

Recordó el vaticinio de la Chona, la gitana, en las fiestas de la Encina ya hacía tiempo: «Hoy el amor ha llamado a tu puerta. Has vivido un momento mágico con alguien que será muy decisivo en tu vida. Aun en los momentos difíciles, algo os mantendrá unidos para siempre.» Durante mucho tiempo, al pensar en Valeriano sentía vibrar su cuerpo. Poco a poco se habían atenuado y ahora, ahora casi no pensaba en él. Tal vez, la gitana sí que había acertado y lo que los unía era Teresina. Estaba hecha un lío.

Victoria del Frente Popular

Nía se despertó temprano impulsada por la claridad que se filtraba por las ranuras de la ventana. En la cuna, Teresina dormía boca arriba con los brazos paralelos a la cabeza y una media sonrisa dibujada en el rostro. La conmovió la dulzura de la pequeña y recordó la alegría de la niña cuando la había visto de nuevo. El huerto parecía recién pintado de un blanco intenso y decorado por las huellas triangulares de algunos pájaros.

Aborrecía tener que separarse una vez más de su hija. La mayor parte del tiempo se lo había dedicado a ella. Había contado con el apoyo de sus amigas. A pesar del frío, las tres se turnaban y caminaban con la niña en brazos. En más de una ocasión, su madre las tildó de insensatas ante los riesgos de una posible pulmonía. Uno de los días, al regresar a casa, el padre de Araceli les guiñó el ojo y trató de provocar a la señora Avelina diciendo que la niña debía de conocer ya al dedillo la ciudad.

Colocó la ropa en la bolsa y bajó a preparar el desayuno. En la cocina se encontró a Juan, concentrado en la lectura del diario.

—Hermanita, al parecer ha ganado el Frente Popular. —Pasaba el dedo con nerviosismo sobre el listado buscando el número de diputados provinciales—. Lástima: en León solo sacamos dos de siete. La derecha se lo zampa todo, no lo entiendo. Pero aquí, en El Bierzo, ganamos.

Nía conectó la radio. La voz del locutor emitía reclamos publicitarios sin

parar. «Emulsión Scott, cada cucharada conduce a la salud, ayuda al organismo de los niños en los procesos de crecimiento y desarrollo.» Seguro que su madre prestaba atención a los que ofrecían productos para las criaturas. Interesaba cacarear anuncio tras anuncio a fin de reducir el tiempo del análisis político. «*Les Petits Suisses*, zapatos muy buenos y muy baratos. Miles y miles de modelos. Preciosos, magníficos.» Desde el piso de arriba, Teresina la llamaba. No hizo falta subir: la abuela acudió enseguida y la tranquilizó.

A lo largo de la mañana, a pesar del frío, el entusiasmo de los vecinos por los resultados electorales caldeó el ambiente. El señor Morete se presentó con los chicharrones de la matanza de Toral, don Daniel llegó sofocado con las últimas noticias esperanzadoras del centro de la ciudad y Juan sacó el mejor vino de las bodegas de Cacabelos. Araceli, emocionada, se acercaba a unos y otros repitiendo: «Saldrán todos de la cárcel, vaya si saldrán. Y, si no, haremos como la Pasionaria: liberar a los presos de las cárceles de Oviedo nada más recoger el acta de diputada.» Estaba entusiasmada y no paraba de abrazar a todos. Nía terminó de darle la papilla a Teresina y le hizo un gesto a su amiga para que la siguiese a la cocina.

—Encuentro muy rara a Esther, ¿sabes si tiene algún problema?

—No lo sé, Nía. He intentado hablar con ella. Sufre de mal de amores. No se le ha ocurrido otra cosa que enamorarse de Toñín. Bueno, de Antonio, porque, chica, se le ha subido el cargo de cabo a la cabeza.

—Pero ¿él le hace caso?

—Ahí está el problema. —Araceli se sentó mientras Nía cambiaba a la niña—. No me fío nada de él. Juega con ella todo el rato. Venga a deshojar la margarita: ahora sí, ahora no. Ya sabes que él está loco por ti.

—No creo, esas eran cosas de críos. Ahora soy madre...

—Nía, no seas ingenua. Se le metió en el coco que «el que la sigue, la consigue». Está feliz viendo a Valeriano en la cárcel. Está obsesionado con la gente de izquierdas. —Se levantó, miró hacia el bar donde los vecinos cantaban y se convidaban unos a otros y cerró la puerta.

—¿Pasa algo?

—Estos días no me he atrevido a preguntártelo, pero ya no puedo más. Valeriano no se portó bien, lo sé. Sin embargo, ¿es verdad que ahora andas con el hijo de tu señora? —le preguntó intrigada su amiga.

Nía se sobresaltó. Sintió como si las piernas se le fundiesen. Se acercó a ella, la agarró del brazo y ambas se sentaron al mismo tiempo.

—¿Por qué me preguntas eso? —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

En el suelo, sobre una manta, Teresina jugaba con la muñeca que le había regalado Miguel.

—Toñín se lo comentó a Esther. Cuando bebe un vaso de más, tiene la lengua muy larga. Ella me hizo jurar que no te diría nada. Siente una devoción insoportable por él y, como él lo sabe, juega con ella. No soporta que lo hayas rechazado. Odia a Valeriano y... —Se detuvo. No parecía dispuesta a acabar la frase.

—¿Y qué? —Tenía la impresión de que se le había congelado la sangre y, de pronto, hervía a borbotones. Sin poder controlarse alzó la voz—. Araceli, y qué más...

Teresina se asustó, tiró la muñeca y rompió a llorar. En un acto maquinal la cogió en los brazos e intentó arrullarla. Miró hacia la puerta. De un momento a otro aparecerían su madre o su hermano. Tenía que preparar la comida, recoger las cosas y marcharse. A la hora de la salida del coche de línea y en el lugar de siempre la esperaba Miguel. Araceli se mordió el labio inferior y al fin, con voz temblorosa, respondió:

—... y te vigila. Esther escuchó una conversación entre él y un tal Luis, un guardia civil amigo suyo. Al parecer os han visto juntos y acaramelados.

El anónimo

El cartero extrajo de la saca de lona unas diez cartas de diferentes tamaños dirigidas a los Álvarez de Luna. Justo cuando estaba a punto de golpear el picaporte, apareció el señorito Nicolás. Le entregó al joven la correspondencia, previamente clasificada y atada con un cordel, como era costumbre.

En el palacete reinaba la tranquilidad: mientras doña Gloria conversaba con Nía en el comedor, en la cocina Tilana daba los últimos retoques a la comida del mediodía y Miguel teclaba al piano *Fantasía del caminante*, de Schubert.

A pesar de la tenue luz de la escalera, una de las cartas llamó poderosamente la atención. Se trataba de un sobre alargado, estrecho, dirigido al primogénito de la casa, escrito a máquina, sin remite y tan liviano que parecía no guardar nada en su interior.

Nicolás colocó las cartas sobre la mesa del despacho, echó un vistazo a todas, comprobó remites de viejos amigos, bancos o administraciones públicas y se detuvo en el sobre alargado con textura de tela y color ahuesado. En la sala, el pianista entraba en el segundo movimiento manteniendo las variaciones con maestría.

Nicolás abrió el sobre con el abrecartas de plata y extrajo una pequeña cuartilla rectangular, escrita con el mismo tipo de letra y, con seguridad, con la misma máquina de escribir de la dirección. Leyó con atención.

Con el objetivo de ayudar al mantenimiento del honor de tan honrada familia, me siento obligado a transmitirles la siguiente información: el señorito Miguel no solo muestra signos de descarrilamiento político al asistir a reuniones conspirativas sino que se deja seducir por la joven sirvienta de la familia, llamada Nía, traicionando de este modo su compromiso matrimonial.

Nicolás Álvarez de Luna sacó un cigarrillo de la pitillera. Releyó el mensaje. Comprobó de nuevo la ausencia de remitente. El autor del escrito se escondía bajo el anonimato. Acercó la vista al sello y comprobó, no sin extrañeza, que estaba matasellada en la misma Villafranca del Bierzo. Se preguntó si eran ciertas las acusaciones vertidas en la nota. Saltaba a la vista de cualquier observador las buenas relaciones de Miguel con los sectores más progresistas de la villa, aunque le pareció excesivo llamarlas «reuniones conspirativas». El intérprete había abandonado la composición, se oían ruidos de cacharros en la cocina y el olor a pescado se colaba en el despacho. El reloj de pie marcaba las dos menos cinco del mediodía. Dobló el sobre, lo guardó en el bolsillo interno de la americana, al lado del corazón, y se dirigió hacia el salón tras aplastar con nervio la colilla en el cenicero. A Nicolás nunca le había gustado aguardar a nadie ni que lo esperasen a él.

En el comedor, doña Gloria conversaba con Nía a propósito de la cortina del ventanal. Al parecer un par de flores, bordadas hacía años por las monjas de clausura, se habían deteriorado de modo que era preciso desmontar el visillo y llevarlo al convento. Solo las hermanas conocían el arte de zurcir y de dejar las cosas como nuevas.

La complicidad entre las dos mujeres molestó a Nicolás. Algo extraño sucedía en la familia. Nunca le había gustado la actitud zalamera de Miguel con los criados, esas manifestaciones de cariño con Tilana o la amabilidad con su marido ayudándole en ocasiones en las tareas del jardín. Los nuevos tiempos habían trastocado las normas y hasta la señora de la casa parecía haber caído en la moda de confraternizar con los sirvientes.

Tampoco ayudaba nada la actitud de Miguel al negarse a bendecir la mesa. Desde hacía años, doña Gloria y Nicolás se encargaban de dar gracias al Señor por los dones que recibían, ante la postura respetuosa, pero aséptica, del hermano menor.

A lo largo de la comida, Nicolás trató de captar alguna muestra reveladora de cierta intimidad entre ambos, más allá del trato cercano de su hermano hacia el servicio. No la halló, excepto miradas fugaces, imposibles de descifrar, o algún roce entre los dos, tal vez involuntario, cuando la criada servía la sopa.

Nicolás se mantuvo callado y tenso todo el rato. No paraba de dar vueltas al asunto. Si las acusaciones eran ciertas, el escándalo estaba servido. Nunca en su familia, hasta donde él conocía, se habían quebrantado los pactos. Y no solo eso: los Valcarce de Balboa se sentirían profundamente heridos ante semejante deslealtad. ¿En qué cabeza cabía cambiar a una mujer bella, hija única y con un vasto patrimonio, por una sirvienta?

El notario comía con desgana y daba muestras evidentes de nerviosismo. Embebido en su mundo, apenas prestó atención a la conversación de su madre con Miguel. Si el día anterior le había parecido la cuestión más dolorosa la detención y el encarcelamiento de José Antonio Primo de Rivera, ordenada por el nuevo gobierno surgido de las elecciones fraudulentas de febrero, ahora la posibilidad de un escándalo familiar lo obligaba a afrontar una situación que podía escapársele de las manos y afectar su carrera política como líder de la Falange en la zona.

Nía recogió la sopera y los platos hondos; después colocó sobre la mesa la bandeja ovalada en hierro forjado con las patatas y truchas al horno.

—Ya puede retirarse, nos serviremos nosotros mismos.

Doña Gloria y Miguel se miraron al detectar el tono seco y expeditivo de Nicolás. La orden del primogénito contravenía los encargos de la madre respecto a la tarea de Nía en el comedor. Ella permaneció inmóvil con la cuchara en forma de vieira para servir pescado en la mano, sorprendida ante aquella exhortación inesperada y absurda. Nicolás le infundía respeto. Siempre se

mostraba correcto aunque distante con el servicio, en cambio ahora creía percibir cierto reproche en sus palabras. Abandonó el salón inquieta, tras lanzar una mirada fugaz a Miguel, que la contemplaba con una sonrisa en apariencia tranquilizadora.

—¿Ocurre algo, hijo? Te veo preocupado.

Miguel se mantuvo en silencio, irritado ante la actitud descortés de su hermano, el cual dobló la servilleta con parsimonia mal disimulada y la colocó al lado derecho del plato.

—Quizá Miguel nos podrá explicar los motivos de mis temores.

Aquella manera indirecta de afrontar la situación lanzando la pelota al otro exasperó a Miguel. Era una vieja costumbre de su hermano. Aún mantenía la táctica astuta aprendida de los frailes y, como ellos, utilizaba todo tipo de circunloquios para llegar al fin. No aguantaba las actitudes fariseas.

—Vaya, ahora resulta que yo he de conocer tus temores más profundos. Todavía no he logrado dominar el arte de la adivinación.

Miguel observó cómo los ojos saltones de su hermano alumbraban una rabia contenida. Miró a su madre, ocupada en separar la carne de la espina de la trucha a fin de disimular la inquietud que le producían los continuos desencuentros de los hijos. Tampoco ayudaba nada a amortiguarlos el ambiente de crispación y violencia que vivía el país desde las últimas elecciones.

Nicolás se levantó dispuesto a no posponer ni un minuto más la cuestión. Extrajo del bolsillo interno de la americana el sobre, examinó fijamente a su hermano, le entregó la carta sin apenas mirarlo y se dirigió hacia el ventanal. En la plaza, unas pequeñas saltaban y cantaban con un ritmo entrecortado por el empuje del movimiento circular de la comba.

*La primavera ha venido
del brazo de un capitán.*

Cantad, niñas, en coro:

¡Viva Fermín Galán!

Tras leer la nota, Miguel miró a su madre. Permaneció en silencio, aturdido por la suerte que podría correr Nía si él admitía la verdad. Siempre intentaba actuar con franqueza pero, en aquel caso, la sinceridad podría resultar fatal. Necesitaba ganar tiempo. No estaba dispuesto ni a comprometer la reputación de la joven ni a renunciar a su amor por ella. Doña Gloria comprendió que algo grave pasaba porque Miguel mantenía la vista fija en la misiva telegráfica, con la mandíbula en tensión y el rostro lívido. Parecía un niño ante un fantasma de medianoche. Al fin, su hijo le pasó el escrito.

—Pero ¿de dónde ha salido semejante infamia? —Estaba indignada. Intentó leer por tercera vez aquellas acusaciones calumniosas. Se mordió el labio, temerosa de una nueva agarrada entre los hermanos.

—A eso solo puede contestar Miguel. —Nicolás se sentó de nuevo, dispuesto a prestar atención al benjamín.

—Solo alguien rastrero y repugnante es capaz de esconderse en el anonimato. Me resulta mezquina e intolerable esa manera de difamar a los demás, sobre todo si por su condición social son considerados indignos de respeto. Ahora resulta que las sirvientas seducen a los señores. —La irritación de Miguel crecía y su tono se volvió sarcástico—. Poco importa que me atribuyan «reuniones conspirativas». Me siento orgulloso de mi amistad con Azaña y de militar en su partido. ¿Y tú? ¿Acaso eres uno más de esos fascistas que amedrantan a la gente?

Nicolás arrojó la silla hacia atrás, se abalanzó sobre su hermano, lo cogió de la pechera y lo obligó a levantarse ante la mirada incrédula de la madre.

—¡Por amor de Dios, Nicolás, deja a tu hermano! —Doña Gloria se llevó la mano a la frente e intentó levantarse. Se le nubló la vista y se desmayó.

El médico los tranquilizó: «Un episodio de hipertensión. —Había

diagnosticado—. Procuren prepararle una cena frugal. Nada de preocupaciones. Reposo y paseos moderados.»

Tilana preparaba un puré de cebolla y compota de manzana de postre. Nía se esmeró en disponer la bandeja con el mantel de lino de lagarterana y la vajilla de La Cartuja, tal como le gustaba a doña Gloria. La actitud de Nicolás a la hora de comer la había desconcertado. Después, todo se precipitó: el trajín en la casa por la indisposición de la señora, las órdenes tajantes del primogénito a Carlos para que avisase al médico y, por fin, el pronóstico favorable. Aún guardaba en el bolsillo del delantal una nota que Miguel le había entregado al encontrarla en la escalera, justo cuando subía de despedir al doctor y tras advertirle en un tono cauto y un tanto inquieto: «Alguien nos vigila. Confía en mí.» Había subido los peldaños como una sonámbula. Intentaba mantener la calma pero las palabras «Alguien nos vigila» se repetían en su cerebro como un disco rayado. Parecía que en vez de piernas la sostenían dos troncos muertos. Al fin, entró en su cuarto, cerró la puerta con llave y desdobló el papel medio arrugado que había mantenido en el bolsillo bien aferrado.

La caligrafía inclinada y diáfana pero con trazos trémulos evidenciaba la agitación del momento.

Mi hermano ha recibido un anónimo: alguien te acusa de seducirme. Le doy vueltas pero no se me ocurre quién puede estar detrás. Tratan de ajustar cuentas con alguno de nosotros. Procura estar tranquila. Conoces mis sentimientos. Confía en mí.

Guardó de nuevo la nota y miró absorta las paredes, como si fuese posible descubrir en ellas el motivo de la acusación. Lejos de seducir a Miguel, había intentado luchar contra aquella atracción que la impulsaba a desear verlo a cada momento, a sentir un hormigueo por el cuerpo cuando notaba sus ojos clavados en ella, a contar los días para estar a su lado aunque solo fuese unas horas en el coche.

Le costaba sobreponerse al desconcierto. Desvió la vista hacia la foto colgada en el tabique de la ventana: contempló a Teresina delante del Cine Edesa, manteniéndose a duras penas de pie el día de su primer cumpleaños. Se le antojó el pilar al que agarrarse, ante el pánico por la posibilidad de quedarse sin trabajo. Decidió actuar, en momentos más peliagudos había demostrado tener agallas. Ahora, ante las calumnias convenía mantenerse fuerte. Siempre adelante, como le decía su padre.

Encontrarse de nuevo con doña Gloria la atemorizaba. ¿Soportaría su mirada si le preguntaba por la relación entre ambos? ¿Acaso la consideraba una fresca o una aprovechada? Aquellas cuestiones necesitaban respuestas concretas, sin embargo no las tenía. Un torbellino parecía dominar su cerebro. Ni tan siquiera era capaz de dilucidar cómo habían sucedido los acontecimientos.

Al fin, decidió salir del escondrijo. En la cocina, Tilana ya tenía preparada la cena. Recogió la bandeja y se encaminó hacia el dormitorio de la señora. La luz de la lamparita iluminaba parte de la estancia. Le sorprendió no encontrarla en la cama, medio deshecha y bastante desordenada, pero enseguida la descubrió sentada en la butaca de terciopelo verde esmeralda que justo había cepillado la tarde anterior.

—Me alegra verla tan bien —mintió al observar signos de sufrimiento en los ojos hinchados.

—Gracias. Sí, me encuentro mejor, pero apenas tengo ganas de comer.

—Bueno, pero es poquita cosa. Mañana habrá pasado todo.

—No estoy tan segura. —Doña Gloria la miró con ojos inquisitivos, intentando descubrir más allá de los gestos y de las palabras.

Nía se ruborizó; le daba rabia no poder evitar que los colores asomasen a su rostro en determinadas situaciones. Recordó la mirada escrutadora de su madre cuando intentaba esconderle algo: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo», decía. Quizá la señora era capaz de leer y organizar sus pensamientos más que ella misma. Se fijó en las *Confesiones* de san Agustín, dispuestas sobre la mesita.

—Si le parece, recojo el libro para que tenga más espacio en la camilla y así

pueda estar más cómoda.

—Sí, ponlo en la mesita de noche.

Al fondo, Tilana parecía haber movilizadado toda la batería de cocina. Nía imaginó a su amiga ocupada en recoger los cacharros. Hubiese entregado el sueldo del mes por estar con ella y evitar aquella incertidumbre: las frases comedidas, el silencio turbador, el convencimiento de que de un momento a otro llegaría una pregunta desconcertante la mantenían en tensión. Necesitaba moverse, disimular el nerviosismo. Salió al balcón, cerró la celosía, corrió el cortinaje con parsimonia y rehízo la cama.

—Nía, ¿te puedo hacer una pregunta indiscreta? —Doña Gloria removía el puré con desgana.

Había llegado el momento temido. El punto sin retorno. El instante propicio para enfrentarse a dudas y recriminaciones.

—Naturalmente —respondió con un tono precavido.

—¿El padre de tu hija ha salido ya de la cárcel? Al parecer, la ley de amnistía ha vaciado las prisiones.

Nía comprendió que la señora tratase de indagar mediante preguntas indirectas. Le preocupaba la situación de su hijo. Días atrás el amigo abogado le había asegurado que la libertad de Valeriano era cuestión de horas.

—Eso parece. Hay muchos presos fuera, pero no sé si él ha conseguido ya la libertad.

—Perdona mi curiosidad. Quizás ahora ya podréis vivir más tranquilos y hacer planes de futuro. Sois jóvenes y tenéis una hijita preciosa.

Nía reaccionó con suspicacia ante tales palabras. ¿Adónde quería ir a parar? Ahora lamentaba haber cerrado las ventanas: la escasa luz deformaba los rostros e incrementaba su desconfianza.

—A decir verdad, no estoy nada segura de esa relación. En los momentos más difíciles, él se escabulló y me dejó en la estacada. Suerte de don Daniel, que me encontró este trabajo y a que mi madre cuida a la niña. —Apretó la nota del bolsillo y deseó que todo pasase rápido.

Doña Gloria se mantuvo en silencio. La miró fijamente, mientras los largos dedos jugaban con el anillo en forma de serpiente, herencia de sus antepasados.

—Cuando te miro... —Se detuvo un momento que a Nía le pareció interminable. Tenía un nudo en el estómago y a punto estuvo de cerrar los ojos ante la más que segura reprimenda—. Cuando te miro, no puedo dejar de pensar en mi hija. Si hubiera sobrevivido, hoy tendría más o menos tu edad.

El desencuentro

Nía se preguntó si a su edad no le convenía asentar la cabeza, tal como le había insinuado doña Gloria. Sí, era joven y tenía una hija preciosa, pero hasta ahora el único plan de futuro con el que estaba comprometida, el teatro, había quedado postergado indefinidamente. ¿Se estaba engañando a sí misma, como le había insinuado Miguel?

—Te espero a las cinco, donde siempre —le había susurrado el joven hacía dos días en el vestíbulo, cuando ella volvía del mercado.

Estuvo a punto de negarse, ¿acaso se había olvidado ya del anónimo? Ahora no solo los acechaba algún soplón desconocido, sino que los suyos también estarían más atentos. ¿Cómo le proponía bajarla a Ponferrada después de lo ocurrido?

A las cinco en punto subía a su automóvil. Al encontrarse con él, olvidó todos sus temores. Le fascinaba su manera de actuar, serena y decidida. El viaje en su compañía era uno de los mejores momentos de los días libres. Contempló la belleza del paisaje primaveral. A ambos lados de la carretera, multitud de árboles en flor evocaban rosales trepadores, entretejidos en las copas de los árboles. De vez en cuando, ráfagas de viento agitaban las pequeñas hojas, los pétalos revoloteaban en el aire y se aposentaban formando un manto multicolor que esparcía una fragancia suave a lo largo de los campos de viñas y de prados.

—Apolinar Castedo me ha entregado una carta de Valeriano para ti. Ya ha

salido de la cárcel.

Se sobresaltó. Los nervios se apoderaron de ella. Estaba como aturdida por la noticia. Al coger el sobre sintió una especie de cosquilleo en la yema de los dedos. Imaginó sus huellas dactilares sobre el papel y creyó percibir el olor de su loción. No le pareció oportuno abrir la carta ante Miguel y la guardó en el bolso. ¿Cómo podría resolver el enredo en el que estaba metida? Tal vez había llegado la hora de encontrarse con él, como había soñado tantas veces. Sin embargo, ¿a qué venía ahora aquella inquietud?

Esbozó una sonrisa melancólica y, mirándolo a los ojos, le confesó:

—Durante mucho tiempo esperé noticias tuyas, me ilusioné con formar una familia, lejos de aquí. Incluso llegué a pensar en huir con él. —Se encogió de hombros—. Ahora todo ha cambiado.

Miguel la miró de reojo, permaneció unos segundos en silencio con la mirada fija en la carretera.

—La vida nos guía por caminos inesperados. En algún lugar he leído que después del caos llega el orden. —Entonces dio un frenazo: un gato atravesaba la calzada perseguido por un perro.

Nía contuvo la respiración. Se había llevado un buen susto. Nadie tenía constancia de ese viaje, convertido casi en costumbre, que les permitía estar juntos cada quince días. ¿Nadie? Miró hacia atrás por si los seguía algún coche.

—Desde lo del anónimo me he vuelto un poco paranoica. Creo ver espías por todas partes. Además, siento como si le hubiese fallado a tu madre.

Se hizo un silencio. Miguel dirigió el automóvil hacia el arcén, lleno de grava, y lo paró.

—Solo puedo decirte algo, Nía: lo malo no es defraudar a los demás, para mí lo peor es engañarse a uno mismo. De una cosa estoy seguro: me he enamorado de ti y busco la ocasión propicia para poner las cartas sobre la mesa. Espero encontrar el momento adecuado porque no quiero herir a nadie. —Tragó saliva y continuó—: Deshacer el caos para llegar al orden nos corresponde a cada uno de nosotros. Tú también tendrás que decidir. Yo solo puedo estar ahí para apoyarte.

Después de disfrutar del fin de semana en compañía de los suyos, abandonó su casa a primera hora de la tarde. Sentía un profundo malestar. Le hubiera gustado tener un plan, saber de antemano lo que pasaría cuando volviera a ver al padre de su hija, pero aunque había tratado de imaginar la escena un sinnúmero de veces, no había sido capaz de sacar nada en claro.

A la altura del Rañadero apretó el paso. Hacía tiempo que no había vuelto por aquella zona y la asaltaron los recuerdos de un pasado no tan lejano: el charleston, la aparición de Valeriano, las ilusiones compartidas, la rabia que sintió cuando le propuso que abortara... La vida que había soñado se le había escapado entre los dedos, pero ¿se había desvanecido para siempre?

Entonces, justo cuando atravesaba el arco del Paraisín, lo divisó a lo lejos: de pie, apoyado en la jamba de la puerta de La Obrera. Al verla, Valeriano lanzó la colilla al suelo y se acercó a paso ligero.

—¿Cómo estás, Nía? Tenía muchas ganas de verte. ¿Y la niña? Estará muy crecida, ¿no?

No tuvo tiempo de responder. La fuerza del abrazo apenas la dejaba respirar. Se sintió abrumada ante aquel recibimiento tantas veces deseado. Dos mujeres, con los baldes de ropa en la cabeza, sonrieron al pasar. Unos metros más allá, un individuo con la cabeza rapada inhalaba con fruición un inmenso puro habano y los observaba. Cuando pasó a su lado, expulsó una bocanada de humo y un aroma a madera y hierba seca lo envolvió todo.

Valeriano hizo un gesto con la mano y la invitó a pasar al bar. Eligieron un rincón al fondo, se sentaron en un diván de piel granate emplazado entre dos columnas.

—Nunca había estado aquí. Estoy más acostumbrada al Turco.

—Ahora colaboro con la Asociación. Intentamos captar nuevos socios. Tenemos tratos con algunas entidades bercianas fuera de España, sobre todo de Hispanoamérica. Necesitaban un administrador y, de momento, estoy aquí.

Valeriano estaba nervioso, al menos eso le pareció a Nía. Lo encontró más viejo: los ojos verdes aún resplandecían, pero unas incipientes bolsas rellenaban las ojeras. Pareció leerle el pensamiento.

—Sí, Nía, he envejecido. La vida en prisión es muy dura, más aún cuando ignoras lo que ocurre fuera. Algunos cabrones nos odian y, cuando pueden, aprovechan la ocasión para exprimerte sin compasión. Aun así, aguanté y pocas veces me dejé llevar por el pánico.

—Lo siento. No quiero recordarte los malos momentos. César Terrón salió hace un mes y Araceli ya me contó los suplicios que pasó. Según Miguel, muchos abogados de presos ya han denunciado las torturas. —De inmediato se arrepintió de haber citado a Miguel.

Valeriano hizo un gesto afirmativo y su rostro pareció conmoverse.

—Sí, hace dos días don Apolinar Castedo me volvió a hablar muy bien de él. Le pedí que le diese las gracias, lo mismo te ruego a ti.

El camarero se acercó con aire despreocupado y colocó los cafés sobre la mesa. Él añadió al suyo dos cucharadas de azúcar y un buen chorro de orujo. Nía observó aquel gesto y recordó la cortesía de Miguel: siempre le servía a ella primero.

El Jilguero echó un trago, lo saboreó, enarcó las cejas y sonrió.

—Todos esos males ya pasaron. Ahora hay que vigilar a Azaña: no nos gustan las decisiones tibias. Si no apoyan a los trabajadores con decisión, que no cuenten con nosotros. Los fascistas se organizan y nosotros también. Por cada caído de los nuestros, se encontrarán ejecutados a dos de los suyos.

Nía se quedó desconcertada. Jamás lo había visto hablar de aquella manera. Mientras él encendía otro cigarro, lo observó con detenimiento: estaba más flaco y demacrado, en las patillas ya se apreciaban las primeras canas y tenía una pequeña cicatriz en el pómulos izquierdo que ella no recordaba. Se sentía molesta ante su obsesión por hablar de política. Ni tan siquiera había vuelto a preguntarle por Teresina. Además, ¿acaso no se merecía también ella una explicación? Notó la mandíbula tensa. Bebió un sorbo de café y, de pronto, le entraron unas ganas

tremendas de abofetearlo. Sin embargo, se mantuvo en silencio, incapaz de disimular un malhumor que le erizaba todos los poros de la piel. Él continuó sin percatarse de su irritación creciente. Con voz apasionada se lanzó de nuevo a recitar un discurso sobre la situación del país que más bien parecía un guion aprendido. No lo escuchó. La rabia se le agolpaba en la garganta por momentos. Se maldijo por no ser capaz de coger la bolsa y largarse.

—¿Qué te parece, Nía?

La pregunta la descolocó. No supo qué responder. Por suerte, un hombre de unos cincuenta, rechoncho y de cabello cano se acercó. El Jilguero se lo presentó como el dirigente de la sección socialista de la banca. La saludó con un apretón de manos y notó cómo este clavaba los ojos de sátiro en su pecho mientras Valeriano llamaba de nuevo al camarero. Miró el reloj: eran casi las cinco. A las siete había quedado con Miguel. No podía llegar tarde: tenía que servir la cena en el palacete y tanto a la señora como a Nicolás les gustaba la puntualidad.

—Tengo que marcharme.

El viejo lascivo pareció entender que sobraba y se retiró con un «Te espero en la barra. Tenemos que hablar».

Él la miró sorprendido.

—¿Tan pronto? Necesito que me respondas.

Se quedó callada. Estaba atrapada. No sabía ni tan siquiera qué le había preguntado.

—Pero ¿qué me has querido decir? —Sonaba un poco ridículo, pero era la única manera de salir del embrollo.

—Hace tiempo estuvimos a punto de marcharnos a Madrid, pero no fue posible. Ahora podríamos comenzar una nueva vida. Allí hay más oportunidades. Tal vez podrías encontrar trabajo como actriz en alguna compañía.

La conversación había dado un giro imprevisto. ¿Había llegado el momento soñado? Él la miraba con curiosidad esperando la respuesta.

—Pero explícame un poco más tus planes. —Su propuesta la había

sorprendido. Estaba pasmada.

—Pues eso, que el sindicato está agradecido por mi actuación en momentos delicados. Conozco bien la actividad sindical en la capital y desean mi vuelta.

Se acercó y le pasó el brazo por el hombro.

—Bueno, piénsatelo. No es una decisión fácil. Lo sé. Recuerdo la ilusión que te hacía dedicarte al teatro. Allí, tanto tú como yo, tenemos contactos.

Se esforzó por encontrar una respuesta a aquella proposición. Se sentía asustada, tenía que atar cabos. Una pregunta le ardía por dentro y no se marcharía de allí hasta encontrar la respuesta que presentía.

—Pero ¿y Teresina?

Le cogió la mano, la rodeó con los brazos y la besó. El hoyuelo en la barbilla, con el que había soñado tantas veces, le pareció un boquete insulso.

—Si ahora trabajas y la cuida tu madre... —No hacía falta que continuase. Nía sabía cómo terminaba la frase.

«Todos sueñan lo que son...»

Las luces de algunos palcos seguían encendidas, cuando el hombrecillo recorrió con paso rápido y nervioso el pasillo central del teatro. En Villafranca todos lo conocían como el Director. El señor Ángel Garnelo se había consagrado, desde bien joven, al espectáculo. Había quien contaba, siempre a sus espaldas, que el padre, actor de tercer nivel, había recorrido media España con una pequeña compañía de cómicos. Ya en el colegio, cuando representaban algún entremés, el futuro director destacó pronto por sus dotes escénicas, que no abandonó ni cuando lo destinaron a cumplir el servicio militar a Melilla. Allí dirigió algunas obras del gran Lope que le valieron el aprecio de los oficiales y del mismísimo general.

A dos pasos del escenario, Garnelo se paró e hizo una reverencia a las nuevas autoridades municipales. Antonio Gabelas respondió al saludo poniéndose en pie, abrió los brazos y los volvió a cerrar sobre el pecho en signo de agradecimiento. En el palco de al lado, los Álvarez de Luna y los Valcarce de Balboa observaban la escena. El padre de Clara, ataviado con una levita negra, estiró el cuello y, atusándose la corbata, susurró al hermano de su futuro yerno:

—Servilismo, cada vez hay más aduladores rastreros de estos políticos de pacotilla.

Nicolás, sin mover un solo músculo de la cara, asintió.

El señor Garnelo, satisfecho con el gesto del alcalde, subió al escenario, cuyo

telón permanecía cerrado, aunque se observaba movimiento por los flecos inferiores.

—Queridos espectadores —le temblaba la voz al comprobar que no cabía ni un alma más en la sala—, gracias a todos por venir. El teatro y la cultura os necesitan. Mi agradecimiento a las autoridades porque nos han prestado todo el apoyo necesario. Hoy, 21 de junio de 1936, es una fecha histórica para este teatro. No solo inauguramos el verano sino que nos comprometemos a recuperar la auténtica cultura popular. —Se frotó las manos con delicadeza y con una sonrisa abierta esperó el final de los aplausos.

Doña Gloria se echó hacia atrás y en tono de confianza preguntó a Miguel:

—¿Le sentará bien tu ropa a Nía?

Él sonrió mirando de reojo a Clara.

—Eso poco importa. El otro día vi el ensayo y lo borda.

Doña Gloria volvió los ojos hacia los Valcarce de Balboa, después hacia Miguel, que ojeaba el programa sin advertir la inquietud de su madre.

—No sabemos si existimos de verdad —el Director, con los ojos cerrados, proseguía sumergido en un estado de somnolencia— o si somos sombras de realidades. Tal vez soñamos o eso es lo que, al menos, nos recuerda el príncipe Segismundo en esta maravillosa obra, *La vida es sueño*:

*En el mundo en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entienda.*

Las escenas transcurrían y Clara Valcarce de Balboa comenzaba a aburrirse. Extrajo el pulverizador de la limosnera de malla de plata; se humedeció ambos lados del cuello con una pizca de perfume e inhaló el aroma a jazmín. Miró a su prometido, extasiado con la obra. En el escenario, Nía, la criada, a la que llamaban Rosaura, dialogaba con Emilio Silva, el dueño de La Favorita, en el

papel de un tal Clotaldo. Nía suavizó el tono de voz y, en un tris, dirigió la mirada hacia el palco de su señora.

*Si dijera; mas no sé
con qué respeto te miro,
con qué afecto te venero,
con qué estimación te asisto...*

Clara disimuló un bostezo tapándose la boca. La penumbra de la sala le impedía observar a los asistentes. Manoseó el anillo con el gran zafiro azul claro en forma de estrella, herencia de la bisabuela paterna, e imaginó la belleza de su luz.

—¿Has visto cómo brilla mi zafiro en la oscuridad? —preguntó a su prometido, que ni respondió, embebido como estaba en la representación.

Clara Valcarce de Balboa se acercó ligeramente al oído de su madre, que permanecía con los ojos medio cerrados.

—*Ma*, me aburro. No me gusta el teatro en verso ni esas palabras raras del tiempo de Maricastaña.

La señora Valcarce de Balboa abrió los ojos, los fijó en su hija, luego en el escenario y, al fin, respondió:

—La sirvienta no tiene mal tipo. Aunque el pantalón de rayas es ancho en la cintura y estrecho en el tobillo, se adivinan unas piernas esbeltas.

Clara frunció el ceño. Apoyó las manos en la baranda del palco, alargó el cuello y la acechó con ojos de lince: supo que era la ropa de Miguel, excepto los zapatos. Lo recordaba perfectamente: aquel pantalón lo había estrenado hacía dos años por las fiestas del Cristo y había causado furor en el Casino. Clara torció el gesto. No le hacía gracia ver a la chacha ataviada de tal manera. Miró alrededor intentando percibir si alguien más había advertido semejante desfachatez. No dejaba de contemplar la indumentaria de la tal Rosaura. Era incapaz de aguantar aquello. Se inclinó con disimulo hacia Miguel y le susurró:

—Es increíble. ¿Te has fijado en que la criada lleva puesta tu ropa?

El rostro del benjamín de los Álvarez de Luna, que había permanecido hasta entonces relajado, cambió de expresión y respondió con un gesto de asentimiento. Clara se quedó muda pero le lanzó una mirada inquisitiva que no obtuvo respuesta.

«... aunque ninguno lo entienda»

Había llegado el momento. A las cuatro en punto aparcó en un descampado al otro lado del Valcarce. En La Vega imperaba el silencio. Era la hora de la siesta. Un mastín leonés le lanzó un ladrido amenazador, se le acercó y le olisqueó el pantalón. Miguel acarició la cabeza del animal, que se dio la vuelta tras identificarlo. Entró en la casona veraniega de los Valcarce de Balboa. El corredor permanecía vacío, engalanado con una combinación de geranios rojos y blancos de acuerdo con los gustos del ama de la casa y con unos cuantos nidos de golondrinas que Clara cuidaba con dedicación. Golpeó la aldaba con la suavidad de la brisa estival. Esperó unos minutos pero no percibió el más mínimo movimiento. Volvió a llamar con más fuerza. Justo cuando estaba a punto de sentarse bajo la sombra del castaño, Clara se asomó a la ventana.

—Ahora bajo, Miguel.

Él trató de controlar los nervios. Pasó los dedos sudorosos por la cabeza y se atusó el pelo. Oyó cómo bajaba la escalera a la velocidad de una liebre, mientras su madre voceaba como si de una feriante de tómbola se tratase: «Clarita, ¿adónde vas? ¿Quién llama a estas horas?» Al abrir el portón, ella lo miró con ternura y, en un gesto inusual, lo abrazó sin que él se atreviese a evitarlo. Se llevó el índice a los labios invitándolo a mantenerse en silencio.

—Son mis amigas, mamá, nos vamos a dar una vuelta.

—No te entretengas. Tu padre no tardará en llegar —respondió la madre con

un tono entrecortado, que revelaba el efecto de más de una copa de anís.

Aquella era una ocasión única y el futuro dependía de que supiese conducir con acierto la situación. No deseaba herir a Clara, pero conocía su arrogancia y seguramente se sentiría humillada. Bajaron por la ladera del prado hasta la orilla del río. Caminaba a su lado, cogida del brazo y con gesto amable. El rostro reflejaba emoción y dulzura.

—Me alegro de verte, Miguel. Estos días he pensado mucho en ti.

—Verás —buscaba las palabras adecuadas—, quería hablar contigo a solas.

Ella lo sujetó con fuerza por la cintura y los dos caminaron por el césped a trompicones. Clara reía exageradamente. Las carcajadas estridentes lo irritaron. Barruntó que las cosas no irían bien.

—Siento haberme portado como una chiquilla el otro día en el teatro.

Él pestañeó. La imagen del agua serena, pero en movimiento, le recordaba que era posible encontrar una solución. Al fin y al cabo, el afecto venía de lejos.

—No te preocupes, Clara, siento tu disgusto. Estoy aquí para hablar contigo y darte las explicaciones necesarias. —Se calló, le costaba continuar. Había imaginado muchas veces aquel momento; sin embargo, la imprevisible reacción de Clara lo paralizaba.

Ella lo observaba con ojos curiosos.

—Desde el otro día estoy esperando esas explicaciones. Me gustaría saber qué hacía en el escenario la criada con tu ropa.

Miguel sospechó que ella, hasta entonces, había tratado de disimular el enfado y se avecinaba una discusión.

—Que Nía llevase ropa de casa no tiene ninguna importancia.

—¿Nía? ¿Tratas a las criadas con esa familiaridad?

—A mí me gusta dirigirme con igual respeto a todas las personas. —Miguel respondió con acritud y enfatizó el «todas».

Clara se separó de él con un movimiento inesperado. Se adelantó unos pasos, pero de inmediato se volvió y se le encaró con el rostro tenso y enrojecido:

—Ya lo sabías, ¿verdad? Sabías de antemano que esa descarada llevaría tu

ropa. Algo raro notaba yo y, mira tú por dónde, no me había equivocado. —El tono estridente de su voz rivalizaba con el pitido insistente del claxon de un camión en la carretera nacional.

Miguel se mantuvo en silencio. Elevó la vista hacia el castillo de Sarracín tan en ruinas como la relación de ambos. Trató de mantenerse sereno, pero notaba amargor en la boca ante la angustia de Clara.

—Siento tu pena y la entiendo. Siempre te he querido, lo sabes.

—¿Siempre me has querido? —Se había acercado a él y lo miraba con recelo.

—Sí, Clara, siempre te he querido y te considero una buena amiga. Pero mis sentimientos no van más allá. Tenemos derecho a dirigir nuestra existencia, nadie nos la puede imponer.

—No te entiendo —respondió a punto de sollozar.

—Por fortuna vivimos en otra época donde hay libertad. Nadie nos puede imponer un matrimonio que responda a no sé qué intereses o pactos. Somos jóvenes y podemos decidir por nosotros mismos.

Ella lo miró desconcertada, parecía haberse quedado sin habla. Al fin, con las manos agarrotadas se aferró a sus brazos.

—Pero yo te quiero, Miguel. Mi madre ya me preparó el ajuar; mi padre tiene apartada mi dote.

—Lo siento, Clara. —La abrazó intentando calmarla—. Nos queremos desde hace mucho tiempo, pero no debemos confundir los sentimientos. Cada uno de nosotros tiene derecho a elegir a la persona con la que compartirá su vida.

Se separó de él y le lanzó una mirada recelosa.

—Todo el mundo sabe que nos casaremos. Si no fuese así, sería el hazmerreír de la gente y una vergüenza para mi familia.

Convencerla de que no podían ser esclavos de pactos ni de cotilleos parecía una tarea absurda.

—A nadie le importa nuestra vida, Clara. Somos nosotros los que tenemos que vivirla. Se trata de buscar nuestra felicidad.

—Pues yo quiero vivirla contigo —murmuró llorosa.

Miguel se mantuvo en silencio intuyendo sombras de desilusión en sus ojos.

—Eres un cielo. —Le secó la primera lágrima—. Me gustaría poder ahorrarte el dolor. Cuando me necesites, estaré a tu lado, pero no me pidas lo que no te puedo ofrecer.

Le acarició el cabello encrespado, se dio la vuelta y se alejó con paso decidido.

Ella permaneció en el prado mirando al vacío con el rumor del agua al fondo.

TERCERA PARTE

LABERINTOS

(Julio 1936 – octubre 1939)

Limpieza general

Julio de 1936

Nía se acercó a la parte más baja de la buhardilla y exploró, casi a tientas, los trastos amontonados en el suelo. Calculó mal y se golpeó la cabeza contra algo. Se agachó, cerró los ojos y contuvo la respiración. Deseó que no fuera un murciélago. Recordó la angustia que le daban de pequeña los que había en la casa familiar de La Portela. Una vez más, su imaginación convertía en una amenaza absurda el bamboleo de un antiguo farol de hierro, colgado en una de las vigas laterales. Se incorporó, abochornada por asustarse ante terrores sin sentido. «A veces, los miedos me hacen ver las cosas peor de lo que son», pensó.

Apenas hacía una semana se había llevado un susto de verdad cuando Valeriano se presentó en casa para ver a la niña. Su madre había intentado ganárselo. Le hizo pasar a la cocina, le preparó un buen bocadillo de chorizo que acompañó con una jarra de vino y trató, sin ningún disimulo, de convencerlo de que ya era hora de que reconociera a la pequeña y de que se casaran «como Dios manda». Nía resopló, aunque ninguno de los dos se dio cuenta. Él no trató de rebatirle semejante fantasía y, apurando la última calada del cigarrillo, le respondió: «Todo se andará, señora Avelina. Esté tranquila. Tengo un plan que, si sale bien y usted da su permiso, nos permitirá resolver la situación.» A Nía le irritaba esa actitud de Valeriano, siempre tan seguro de sí mismo. Al parecer,

continuaba empeñado en irse a Madrid e intentar encasquetarle la niña a la abuela. Detestaba aquel aire de suficiencia, aquella manía de hacer planes sin tener en cuenta la opinión de los demás. Todo lo contrario de Miguel. Una sensación de repugnancia la asfixiaba y a punto estuvo de echarlo de casa. Se contuvo, pero aun así la ira le corría por las venas acelerando su pulso. Hacía tiempo que se sentía decepcionada, pero en aquel momento sintió como, además, su antigua pasión había quedado hecha añicos.

Después de pasar la escoba, Nía colocó los baúles en el centro, acomodó a cada lado las dos butacas antiguas, ya medio apolilladas, y acabó de barrer el resto. Tenía sed: el polvo le había resecaado la garganta y sentía picor en la nariz. En el piso de abajo, Tilana, acostumbrada a las limpiezas generales de principios del verano, trasteaba con los cacharros y con voz aguda, pero un tanto desafinada, repetía de vez en cuando la misma estrofa:

*El aceite de ricino
ya no es malo de tomar.
Se administra en pildoritas
y el efecto es siempre igual.*

Se la imaginó en la cocina con el pelo recogido y el pañuelo negro anudado en la cabeza, enjabonando los azulejos. Se dio prisa, olía a café recién hecho. Se detuvo al oír a alguien acercarse a la buhardilla a paso lento.

—Tilana nos ha preparado dos cafés con leche y unas madalenas. —Miguel se aproximó al baúl rectangular, chapado con varillas de metal, que en otro tiempo fueron doradas, y depositó encima la bandeja.

—No me lo puedo creer. ¿Qué haces tú en la buhardilla de la casa? —Se secó el sudor de la frente con la manga de la bata—. Me pillas hecha un adefesio.

Él le dirigió una mirada guasona.

—Lamento contradecirte, pero mi percepción es bien diferente a la tuya. Una cosa es ir bien emperejilada y otra mantenerse hermosa así, al natural.

Nía miró las zapatillas deshilachadas en las puntas y contestó con una carcajada.

—¿Pero no te da pena mi aspecto?

—Lo que me da pena es no haber podido tomar ni un café contigo desde hace días. Si te parece, podemos preparar otra escapadita como la de León.

La propuesta la cogió desprevenida. Se quedó pensativa. Era una oferta atractiva. Observó la ilusión en su rostro e intentó encontrar las palabras acertadas.

—Tal vez estemos jugando con fuego. Por nada del mundo quisiera dar un disgusto a tu madre y que tenga una recaída. —No sabía ya por dónde tirar. Le costaba reprimir las lágrimas—. Probablemente nos vigilen y...

Se calló conteniendo la respiración ante aquella mirada ardiente. Dudó un momento mientras él le cogía la taza y la depositaba en la bandeja. Después, se acercó y con su larga mano de pianista le acarició el pelo susurrándole al oído: «Es nuestra vida, Nía.» Las manos de Miguel acariciaban su nuca y ella lo abrazó con fuerza. Dejó a un lado las preocupaciones y se abandonó a sus cálidos labios. Sintió como si un cometa de fuego la abrasara por dentro.

El alzamiento

19 de julio de 1936

Tilana había librado aquel domingo, y Miguel se levantó temprano para llegar puntual a las citas que tenía concertadas en León. Nía se apresuró a servirle el desayuno: «Tengo allí buenos amigos —le había asegurado él, mientras miraba de reojo hacia la puerta y deslizaba la mano por su muslo—. Quiero que los tres formemos una familia, pese a quien pese.» Nía le sonrió, mientras intentaba reprimir su deseo. A su lado se sentía la mujer más afortunada del mundo.

Desde el balcón lo vio alejarse en busca del coche. Le inquietaban las noticias de una nueva rebelión militar en Melilla. Al parecer, también habían recibido el apoyo de otras zonas en las últimas horas.

La preocupación de Nía se intensificó a la hora de la comida, cuando el señorito Nicolás, siempre puntual, no se presentó. La tranquilizó la actitud serena de doña Gloria, que seguía los comunicados de Radio León: «El Gobierno de la República ha sofocado rotundamente el criminal intento de sublevación iniciado en África.»

—Tranquila, no temas —aseguraba la señora—. Todo está bajo control.

Pero, según vaticinaban algunos, la lluvia de estrellas de la noche anterior no auguraba nada bueno.

Tardó una media hora en recoger el comedor, la cocina y en acicalarse un

poco. Abandonó el palacete en dirección a la reunión del Casino. Estaba muy intrigada. El día anterior se había encontrado en el mercado con el señor Garnelo. Cuando el Director la vio, se le iluminó el rostro. Al parecer llevaba días dándole vueltas al asunto. Consideraba que los nuevos tiempos eran propicios para la renovación escénica. No se podía olvidar ni marginar a los clásicos, el éxito de público y crítica de *La vida es sueño* así lo atestiguaban. Además, si la villa contaba con el teatro más antiguo y hermoso de la provincia, convenía no quedarse atrás: todos ellos sabrían responder a los nuevos retos escénicos. Según le anunció había elegido, para representar en las fiestas patronales del Cristo, el drama de *Yerma* en honor a Federico García Lorca, al que consideraba el dramaturgo más infatigable e innovador del teatro español de los últimos tiempos. Mientras hablaban, el sol de julio ardía y, aunque Nía había intentado prestarle atención, el piar de los pollos y al cacareo de las gallinas, atados y empotrados en las jaulas a la espera de comprador, la habían distraído por momentos. Aun así, sintió curiosidad ante el tono enigmático del señor Garnelo: «En la próxima reunión te aguarda una sorpresa.» ¿Qué habría querido decir el Director?

A la hora de la siesta, mientras los demás dormían, Nía se preguntaba si Garnelo le habría adjudicado el papel protagonista. Se moría por llegar al teatro y aligeró el paso. La embargaba una sensación de alegría. Los tacones de los zapatos de charol resonaban en el empedrado con un ritmo regular. Miró alrededor: la calle estaba vacía; sonrió ilusionada al pensar en Miguel, en los sueños artísticos de su abuela, al imaginarse otra vez sobre el escenario y, ahora, con la fuerza de un personaje como el de *Yerma*.

Miró alrededor: ni un alma en la calle. Al iniciar la subida de la cuesta se paró en seco. Percibió un bullicio que descendía desde la parte alta y se amplificaba por el silencio de la hora de descanso. Seguramente se trataba de los amigos de La Rondalla que intentaban mofarse del calor con pasacalles veraniegos. Aceleró

el paso. Llegó arriba con la respiración agitada. Tragó un poco de saliva, pero le ardía la cara. Se detuvo a recuperar la respiración. Aspiró una bocanada de aire seco y abrasador. Decidió que, después de la reunión, se iría a bañar a la poza. Algunas ventanas se entreabrían y los vecinos se asomaban a los balcones, intrigados ante tanto alboroto. Enseguida distinguió a un grupo de trabajadores con los picos y las palas de la mina sobre los hombros. A la cabeza iba un hombre corpulento de unos cuarenta años, con la cara tiznada y los ojos alerta. Dirigía al pelotón, que, al doblar la esquina, le pareció un ejército interminable.

Antes de acceder a la plaza se detuvieron a esperar a los más rezagados, que continuaban llegando. Levantó la vista hacia el balcón central del hotel desde donde, según decían, el presidente Azaña y su esposa habían recibido el cálido homenaje de los villafranquinos. Del portal de la ferretería salió una mujer de unos cuarenta años, con un pañuelo rojo anudado en la cabeza y una bata blanca. Se detuvo un momento, medio cegada por la luz solar; se quedó perpleja ante el cuadro que contemplaba; de pronto, empezó a dar saltos de alegría y, con el puño izquierdo en alto y una voz un tanto chillona, empezó a gritar: «¡Adelante, hermanos mineros, los trabajadores de la fábrica Ledo estamos con vosotros! ¡No nos dejemos amedrentar por las metralletas ni por los fascistas hijos de puta!» Terminada la arenga, la mujer se unió a la marcha, mientras resonaban los aplausos de apoyo. Nía observó cómo los vítores descendían de algunos balcones en tanto que otros se cerraban con rapidez.

Llegaba tarde a la cita, pero le resultaba imposible caminar más deprisa y se dejó conducir por el gentío. Andaban lentamente, pegados unos a otros. El olor a sudor de la ropa de aquellas gentes después de kilómetros de marcha le resultaba insufrible. La incomodó su propia observación, ¿acaso la convivencia con una familia adinerada la había convertido en una remilgada? Una cosa era cierta: hacía tiempo que no había percibido un hedor semejante. En ese momento se sorprendió al observar cómo la miraba, de vez en cuando, un joven delgado con camisa de cuadros y pantalones de pana negros. Tenía el pelo mojado y no paraba de inspeccionar el entorno. Le sonaba su cara e hizo esfuerzos por

recordar dónde lo había visto antes. Algunos obreros se acercaban a menudo a él, le consultaban algo y, después, se escabullían entre los camaradas pasando los mensajes. Parecía uno de los organizadores del acto.

En el tramo final, la marcha se detuvo. Estaban apiñados y no se movían. A su lado, una mujer muy joven con aspecto cansado no paraba de suspirar.

—Tú no eres de los nuestros; no te he visto en la marcha —le dijo.

—No. Vivo aquí, aunque mi familia es de Ponferrada. ¿De dónde venís? —preguntó Nía.

La mujer, siempre pendiente del entorno, se volvió e hizo un gesto afirmativo a un hombretón de tres filas más atrás. Nía no entendía nada de aquellos mensajes. En la cabecera, se oyeron los primeros compases de *La Internacional*. Recordó a su padre, se olvidó de la cita y se sumó, emocionada, al canto colectivo.

*Agrupémonos todos,
en la lucha final...*

Cuando acabó el himno, Nía pudo percibir el estruendo de la marcha, la firmeza de los rostros y hasta la emoción contenida de la gente.

—Pues ya nos ves, cada uno viene de sitios diferentes. —La mujer había vuelto a la conversación, se inclinó hacia ella y elevó el tono de voz ante el clamor de los vítores y las proclamas—. A los de Fabero nos han convocado los del Sindicato Único Minero, pero también se han sumado los Obreros del Cemento de Toral de los Vados, el Sindicato Ugetista de Jornaleros del Campo y más gente.

—Pero ¿estáis en huelga? —preguntó Nía.

—Venimos a hacer frente a todos los que apoyan el golpe, son muchos y muy poderosos. En varios pueblos se nos han ido agregando otros camaradas. La unidad hace la fuerza, compañera. Los trabajadores lo sabemos muy bien. O plantamos cara o se nos llevan por delante.

Nía tenía la sensación de que aquella mujer barajaba informaciones diferentes y quizá más seguras.

—Pero la rebelión ha fracasado. La radio lo anuncia a cada momento. —
Trataba de aferrarse a aquel deseo.

La joven se encogió de hombros.

—Por si acaso. No nos fiamos nada de lo que digan. En el treinta y cuatro nos engañaron bien y ahora no nos va a ocurrir lo mismo, te lo aseguro.

A medida que el gentío accedía a la plaza, Nía notó una sensación de libertad. Estaba dispuesta a defenderla, por encima de todo. En el Casino no encontró a nadie del grupo de teatro. Fuera, algunos vecinos acudían con botijos de agua y porrónes de vino a dar la bienvenida y a solidarizarse con los obreros. Intentó localizar a la mujer pero no la encontró; sin embargo, el joven de camisa de cuadros y pantalón de pana se presentó ante ella sin que apenas pudiera reaccionar.

—Hola, Nía, ¿no me reconoces?

—Lo siento —respondió, intentando recordar dónde había visto aquel rostro, pero no consiguió descifrarlo—. Con tanta gente estoy un poco aturdida.

—Soy César Terrón.

«Realmente, el mundo es un pañuelo», pensó Nía. César, el novio de Araceli, el amigo anarquista de Valeriano, estaba allí ante ella y no lo había reconocido. Saludó a aquel hombre alto y de cuerpo delgado, casi esquelético. Comprobó cómo los largos días en la cárcel le habían transformado el físico y endurecido el rostro. Al abrazarse, le pareció notar un bulto bajo su camisa. «Va armado», pensó. Nunca había tenido un arma tan cerca de ella.

—Un momento, jóvenes. ¿Me permiten?

Nía vaciló un momento y, al volverse, se encontró con Álvaro Parra, el fotógrafo, disparando con su cámara.

—¿Qué está pasando, César?

El anarquista suspiró. El griterío en la plaza hacía casi imposible la conversación. La cogió del brazo y, entre gritos, cánticos y codazos, alcanzaron

el mirador de enfrente de la farmacia. Se sentaron en un escalón a la sombra de un magnolio.

—Hay movimientos de tropas por todo el país y sospechamos que muchos militares están a favor del golpe y cuentan con el apoyo de la derecha. —Se rascó el cuello y miró de reojo hacia el Ayuntamiento, donde un grupo de trabajadores conversaban con los guardias apostados en la puerta—. José Antonio está enchironado, pero las patrullas fascistas campean a su aire haciendo de las suyas.

Nía se mantuvo en silencio. Aunque el señorito Nicolás era un poco estirado y, según algunos, el jefe de la Falange de la zona, no lo creía capaz de hacer daño a nadie. Estaba como agarrotada y le quemaban las plantas de los pies. Se imaginó a Miguel en medio de todo aquel desorden. Aunque hacía calor, era como si una granizada le hubiera caído encima. Echó una ojeada rápida al costado de César. Él se percató y disimuló el bulto cubriéndolo bajo la amplitud de su mano derecha.

El olor a bollos preñados impregnaba el ambiente de la plaza. La gente hacía cola frente al bar para meter en la boca algo de comida después de la larga caminata. César la miró con ojos risueños.

—Anteayer aún hablamos de ti. Me encontré a Valeriano en una reunión.

Ella se quitó los zapatos, que le apretaban como si se hubiesen confabulado para impedirle caminar. El recuerdo de Valeriano la había dejado petrificada. No había vuelto a pensar en él; en cambio, palideció ante la posibilidad de que le ocurriese algo a Miguel.

—Todo quedará en un susto, ya verás —afirmó sin demasiada convicción.

—Eso espero. De momento, en León los obreros asturianos tienen controlada la ciudad. Aquí necesitamos armas para defendernos. —César tiró la colilla al suelo y se levantó ante el silbido de un hombre canoso que, desde la puerta del Ayuntamiento, le hacía gestos para que se acercase—. Ya nos veremos, ahora hemos de hablar con el alcalde.

Deseó con todas sus fuerzas que el golpe militar fracasase. Despidió a César

con un abrazo. Lo vio entrar en el Ayuntamiento junto con un grupo de hombres y mujeres.

Al cabo de unos minutos, un empleado público, un cincuentón de carácter sociable y bondadoso, al que Nía conocía bien de cuando acudía a los ensayos, apareció con un megáfono para anunciar: «Por orden del señor alcalde, don Antonio Gabelas, les comunico su decisión de conceder asamblea abierta.»

Tras la entrada de varios grupos, en la plaza se hizo el silencio. La gente parecía prepararse para una especie de desenlace fatal. Nía revivió la misma sensación de inquietud de hacía casi dos años, el día de su regreso a Ponferrada. La insurrección del 34 ni tan siquiera le había permitido llegar a casa. Hubiese dado cualquier cosa por ver cómo se encontraban los suyos. Permaneció en silencio observando el entorno. Estaba desconcertada. Sintió rabia al comprobar con qué facilidad se torcían los planes. De madrugada, cuando había despedido a Miguel, había fantaseado con convertirse en protagonista de *Yerma* y disfrutar de su hermosa historia de amor. Ni de lejos había imaginado encontrarse con una situación así. Ahora, las campanas de San Nicolás tocaban las seis y tenía ante sus ojos una especie de retrato en sepia: muchos estaban a la espera de un arma para defenderse de los enemigos todavía invisibles y algunos aguardaban, tan paralizados como ella, un milagro.

La legalidad

Se había olvidado las llaves. A esa hora doña Gloria ya no estaría en casa sino en San Nicolás rezando el rosario. Se dio media vuelta y caminó otra vez en dirección a la plaza. Era incapaz de imaginar dónde estaría Miguel. Quizás, ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, ya habría regresado y las estaría buscando. Cojeaba un poco porque le molestaban las dos ampollas en los talones y sentía el escozor de las rozaduras en los dedos.

Nía se cruzó con dos chavales de Villalibre que recordaba haber visto en alguna ocasión con Nicolás en el despacho. Según Tilana, eran falangistas. Sin embargo, no llevaban el uniforme puesto. El más alto la miró de reajo, pero hizo como si no la conociese. Algo tramaban, seguro. A pesar del dolor de pies, apuró el paso esperando encontrar en el Ayuntamiento alguna respuesta a tanta incertidumbre.

Al entrar de nuevo en la plaza, agradeció la brisa suave que, al menos, le mecía el cabello y atenuaba la sensación de bochorno. Preguntó a uno de los guardias dónde se celebraba la sesión: «En el salón de plenos, señorita», respondió con un tono cordial que no lograba disimular el nerviosismo.

Al llegar a la puerta de la sala, una bocanada de aire caliente le revolvió el estómago. Aun así, tomó aliento y avanzó, no sin dificultad, hasta cerca de la parte delantera.

El Consistorio en pleno y al frente Antonio Gabelas, el alcalde, permanecían

de pie, atentos a las palabras de un hombre de unos cincuenta años, de facciones endurecidas por el trabajo de la mina y una dentadura saliente y cercada por unos labios gruesos. Paseaba los ojos negros y profundos por todos los regidores como si de una revista militar se tratase.

—No nos lo pueden negar —el hombre agarraba nervioso la gorra de cuero negro y la paseaba de una mano a la otra—, de ello depende nuestra supervivencia, señores. Tenemos derecho a protegernos y a defender la legalidad de la República.

En la sala, desde una de las esquinas alguien gritó:

—Bien dicho, Santiago. ¡Viva la madre que te parió!

Como respuesta a tal alabanza se oyeron aplausos, gritos de apoyo y puños en alto.

Nía observó a Gabelas. Se mantenía tranquilo, con la mirada sosegada, enmarcada en las cejas tupidas. Carraspeó un poco, intentando aclararse la voz.

—Amigo Santiago Modino, yo soy uno de los representantes de la ley y, por tanto, he de cumplirla.

Las protestas estallaron de inmediato. Una mujer alta y corpulenta avanzó desde la mitad de la sala a grandes zancadas y se encaró con el alcalde.

—¿Qué coño es eso de la legalidad? ¿Acaso la ley nos amparó ante el desastre del treinta y cuatro? Dímelo tú, a ver si me convences. —Se volvió hacia la concurrencia con una sonrisa burlona y los brazos en jarra.

El entusiasmo se desató en la sala al clamor de «Viva la Pepona».

Ante el griterío un par de guardias se asomaron y el regidor Paco Delás les lanzó disimuladamente una mirada tranquilizadora.

Antonio Gabelas parecía mucho más delgado. Se había subido las mangas de la camisa y estaba empapado de sudor. Alzó el brazo para llamar la atención de un chaval con flequillo largo, sentado en el alféizar de una de las ventanas, y le rogó que la abriese. Después se dirigió a la mujer, sin tutearla, como si no la conociese.

—Señora, la legalidad nos protege de la locura. Yo no puedo entregarles las

armas que ustedes me piden. Hemos de evitar la ley de la selva. Entiendo sus temores, que también son los míos. Pero guardemos la calma y respetemos las órdenes de los que conocen mejor la situación. —Sacó del bolsillo un papel, lo desdobló y lo enseñó a la concurrencia—. Yo obedezco la disposición del Gobierno Civil.

—Señor alcalde. —La voz enérgica de César Terrón logró silenciar el rumor de la sala—. Si la ley nos protege de la locura y si se trata de evitar la ley de la selva, haga el favor de ordenar el desarme de la Guardia Civil.

La ovación fue general. El alcalde se pellizcó la nariz aguileña y se mordió los labios. En apariencia, se mantenía tranquilo e intercambiaba impresiones con los regidores, mientras se extinguía el bullicio.

Nía temblaba. No paraba de morderse las uñas y ya las tenía destrozadas. Si en una villa pequeña como Villafranca en cualquier momento podía estallar la situación, ¿qué no pasaría en Ponferrada, en León y en el resto del país? Intentó buscar una salida. Si no regresaba Miguel, procuraría coger al día siguiente el coche de línea y bajar a Ponferrada. Quería estar junto a los suyos. César Terrón pareció leer el temor en su rostro, se acercó a ella y, en un tono tranquilo, le susurró casi las mismas palabras de ánimo que ella le había dirigido un rato antes: «Tranquila. Verás como todo irá bien.» Se dio media vuelta y se volvió hacia los compañeros reclamando silencio.

El Consistorio continuaba deliberando. Nía percibió la tensión entre ellos. El regidor más bajito estaba lívido y casi no participaba de la conversación. Miraba hacia el personal y no paraba de pasarse el pañuelo por la frente y por la nariz. Por fin, el alcalde se volvió ante la expectación de todos y, con voz comedida, respondió a la petición del anarquista:

—Este es un asunto muy serio. Hemos reflexionado y no vemos el motivo para ordenar el desarme de la Guardia Civil. Los agentes están al servicio de las leyes.

La decepción fue general. La Pepona se encaró con Antonio Gabelas. Nía temió lo peor. ¿Estaría armada como César Terrón?

—Me cago en Dios. ¿Desde cuándo los alcaldes del Frente Popular sois unos vendidos?

Las protestas, los gritos de «inútiles, traidores, burgueses», y ofensas de todo tipo evidenciaban la explosión de una furia sorda, hasta entonces contenida a duras penas.

Nía se apoyó en una columna rugosa y frotó las manos contra las ásperas aristas. Había intentado abandonar el lugar varias veces, pero había sido incapaz de dar un solo paso. Sentía como si su cuerpo estuviese anclado en un pantano de arenas movedizas que le impidiese caminar.

Santiago Modino, líder de los anarquistas de Fabero, miró preocupado a su alrededor. Se acercó a la Pepona, la cogió por el codo y la arrastró con dificultad hacia la zona donde se encontraba Nía. Esta la miró de reojo y percibió un fuerte tufo a tabaco.

César Terrón tomó de nuevo la palabra:

—Compañeros, estoy convencido de que el señor alcalde y los regidores desean lo mejor para todos. —Se volvió hacia el Consistorio, atento a sus palabras—. Comprenderán ustedes que nuestra experiencia en el treinta y cuatro con la Guardia Civil fue desastrosa. Aun así, queremos darles un voto de confianza, tanto a ustedes como a ellos.

Por un momento, reinó la confusión. Nadie entendía el objetivo de su discurso. Los obreros hablaban entre sí en voz baja, desorientados por las palabras del anarquista. Los últimos rayos del sol penetraban por las ventanas abiertas de par en par y las moscas revoloteaban por la sala, atraídas por el olor a restos de pan y embutidos, guardados en los fardos de algunos de ellos.

Tras una breve conversación entre César Terrón y Santiago Modino, este último, con voz firme y sin perder la compostura, se dirigió al Consistorio:

—Hagamos una cosa: nosotros estamos dispuestos a colaborar con ustedes en defensa de la República, si el responsable máximo del cuartel jura ante todos adhesión a la legalidad y ustedes se comprometen a retirar las armas a todo el mundo, pero a todo el mundo, he dicho.

Nía observó cómo Antonio Gabelas miraba de frente los ojos inquietos del anarquista, de barba descuidada y aspecto cansado. Se volvió, de nuevo, a deliberar con los suyos. Tras unos minutos, le respondió:

—Aceptamos —le ofreció la mano en señal de pacto—, en un momento cursamos el edicto.

Las heridas

Nía era incapaz de precisar cuánto tiempo había pasado desde que había salido de casa. Recogió los zapatos, bajó la escalera agarrada a la baranda ajena a las carreras, empujones, voces y risas de unos y de otros.

Al llegar al palacete, lo contempló con desesperación: la puerta continuaba cerrada y, a pesar de los continuos aldabonazos, nadie respondía. Se sentó en el umbral del portón, descalza y dispuesta a esperar. Estaba cansada. La reconcomía la preocupación. Examinó los edificios próximos, normalmente abiertos a aquella hora; sin embargo, todos permanecían cerrados en la calle solitaria y cada vez más sombría.

¿Por qué demonios se le había ocurrido en pleno verano ponerse los zapatos de charol? Examinó el talón del pie derecho: la ampolla reventada había transformado la piel en una especie de estrella de puntas irregulares y la quemazón se había convertido en dolor. Sin pensárselo, sacó el pañuelo del bolsillo, miró alrededor un tanto avergonzada, le escupió la máxima saliva que pudo y lo colocó sobre la herida a modo de cataplasma.

Un estruendo, procedente de la zona de la Alameda, la impulsó a ponerse de pie de un salto. Era tarde, pero tenía la esperanza de encontrar a doña Gloria aún en la iglesia. Aunque sentía destrozar los zapatos que le había regalado su cuñada al cumplir los dieciocho, se decidió por lo más práctico. Enganchó en las rejas de la ventana primero un tacón y luego el otro y estiró con todas las fuerzas

hasta arrancarlos. Después, rasgó con los dientes el pañuelo en dos partes; protegió con ellos las heridas; aplastó el contrafuerte hacia el interior; calzó los zapatos a modo de chancletas y se dirigió hacia San Nicolás en busca de la señora.

Al acercarse al convento divisó en la escalinata a bastantes obreros que custodiaban el edificio. Se habían situado a lo largo de los escalones y mantenían una posición vigilante exhibiendo, sin reserva alguna, las escopetas. La puerta del templo estaba abierta y pudo percibir bullicio en el interior.

Los jardines de la Alameda, otros días muy frecuentados a aquella hora de la tarde, permanecían casi vacíos. Los obreros armados y el alboroto en el templo no auguraban nada bueno.

Se acercó con la esperanza de que la dejaran pasar. Al verla, una mujer muy delgada y con la cara surcada de arrugas le salió al paso.

—¿Adónde vas, jovencita? —le preguntó en un tono seco—. En estos momentos no se puede entrar.

—Compañera, necesito ver con urgencia a César Terrón. Le traigo un recado.

Tenía la cara pálida y temblaba de miedo, no se le daba bien mentir. Pero la mujer la miró con aire de complicidad.

—Bien, camarada, adelante.

Temió no ser capaz de subir tantos escalones por el dolor de los pies y el agarrotamiento de las piernas. El cansancio se había adueñado de su cuerpo.

Al llegar a la entrada dirigió la mirada hacia la escultura de san Ignacio de Loyola, situada encima de la puerta. «Ayúdame», le rogó. Recordó las palabras de su madre cuando le repetía: «Solo te acuerdas de santa Bárbara cuando truena.»

La recibieron, al fondo en el altar, el santo Cristo, iluminado por unas pobres velas; una tufarada a incienso y un grupo de fieles, agrupados en los bancos delanteros de la nave central y custodiados por obreros.

Se armó de valor y se dirigió a uno de ellos, de mediana edad, que la miró con desconfianza.

—¿Dónde anda César Terrón? Le traigo un mensaje —mintió de nuevo.

Se oían carrerillas y gritos por el interior del convento.

—No sé dónde se encuentra ahora. —El hombre le guiñó el ojo con complicidad y la sonrisa dejó entrever los dientes cariados—. Andan por todos los lados. Los falangistas son astutos como los zorros y no encontramos las armas por ninguna parte. Imagínate, esto es como un laberinto, no me extrañaría que haya corredores subterráneos y escondrijos.

—¿Y por qué tenéis a todos estos aquí? —preguntó, tras echar un vistazo a los fieles y comprobar que doña Gloria no estaba entre ellos.

—Nada, estaban rezando. Cu... cuando acabemos, ya los solta... tamos. Vaaa... mos a lo seguro. —A Nía le extrañó el tartamudeo, que no había captado hasta entonces—. Si los hu... hubiésemos dejado salir, estos beatos avisarían a los civiles. Siéntate en algún banco, si quieres.

El hombre caminó hacia el espacio más próximo al altar. Se apoyó en una pilastra y, de manera inesperada, empezó a respirar con un ritmo entrecortado y ascendente. Su cuerpo se dobló una y otra vez como si intentase conseguir reactivar la cadencia pulmonar. La gente estaba como paralizada, no se atrevían a moverse. Además, el silencio aumentaba la sensación de que, de un momento a otro, sobrevendría el estertor final. Nía corrió hacia él e intentó socorrerlo. El cuerpo del vigilante se apoyó en el suyo con movimientos inseguros y en una especie de abrazo. Tenía la cara roja y medio amoratada del esfuerzo. Desde la entrada del templo, otros dos compañeros acudieron en su ayuda.

Antes de que el hombre se restableciese del todo, se oyeron unos pasos rápidos como de pelotón y un grupo numeroso de obreros entraron en la iglesia, dirigidos por César Terrón y Santiago Modino.

—Hostia, Eugenio, ¿te encuentras bien? —le preguntó Santiago con un gesto de perplejidad.

—Nada, quizá la marcha me ha agotado. He de dar las gracias a esta buena moza que vino a ayudarme, si no, me hubiese caído al suelo como un fardo de patatas —respondió mirándola agradecido.

Fue entonces cuando César Terrón advirtió su presencia.

—Nía, pero ¿qué haces tú por aquí? Imagino que no estarías rezando. —
Lanzó una carcajada.

—Me dijeron dónde estabas y vine a darte un mensaje para Valeriano —
mintió por tercera vez ante la expectación de todos y se acordó de san Pedro.

Un crío pecoso y de voz afeminada se dirigió a Santiago Modino.

—Jefe, ya está todo preparado. Encontramos leña en la parte de atrás. Esto es
inmenso. ¿Empezamos por la iglesia?

A Nía la dominaba el agotamiento. Deseaba huir, olvidarse de todo. Aquellos
brutos pensaban incendiar la iglesia. El recinto se mantenía prácticamente a
oscuras y solo las velas del altar ayudaban a vislumbrar el rostro aterrorizado de
los feligreses. Se acercó a César, lo cogió del brazo y lo llevó hacia un lado,
mientras los mineros se mantenían a la espera de la orden del líder anarquista.

—No pensaréis quemar la iglesia con la gente aquí dentro —le preguntó
angustiada.

César se bajó las mangas de la camisa con energía. Nía notó que no le había
gustado nada la acusación. Frunció el ceño. Se acercó a ella nervioso agitando el
índice al ritmo de un colibrí.

—Joder, Nía, no te confundas, nosotros no somos asesinos de inocentes. No
seas ingenua y no te tragues las paparruchadas que te cuentan los señores. Ellos
y el clero son los auténticos verdugos de la libertad; les interesa la gente sumisa.
Son peligrosos. No te dejes atrapar por ellos.

Las palabras de César le cayeron como un cubo de agua fría. ¿Su trabajo con
los Álvarez de Luna había cambiado tanto su forma de pensar? Se mordió la
lengua, pero justo cuando trató de defenderse, se abrió la puerta del templo. El
alcalde y unos cuantos miembros del Consistorio avanzaron con paso firme
hacia el grupo de trabajadores.

«Ahora es un buen momento para salir», pensó. Sin embargo, permaneció
inmóvil. Su sitio estaba allí, con todos aquellos vecinos atrapados en la
penumbra. Tenía las manos heladas y los pies ardiendo.

—Santiago —el alcalde mantenía un tono respetuoso con el lugar, pero la mirada fría del anarquista pareció estremecerlo y, sin percatarse, su voz resonó —, dicen que queréis quemar la iglesia, eso es una locura.

—Les hemos propuesto un trato justo a los frailes: al parecer, los falangistas han escondido las armas en el convento; o nos las dan o se quedan sin su palacio.

Antonio Gabelas, asombrado ante semejante acusación, balbuceó:

—Aquí no hay armas, os lo puedo asegurar. Sería una locura incendiar un monumento con tanta historia. Esto también es del pueblo. —Miró a los feligreses retenidos y, ante sus caras de miedo, continuó con tono grave—: Os lo ruego: ahorrémonos un baño de sangre. Si cometéis ese error, la Guardia Civil intervendrá y el daño será irreparable.

—Me cago en la puta, vamos a ver: con quién estáis, ¿con los golpistas o con nosotros? Explícamelo.

Nía examinó a los mineros. Los había de todas las edades, pero no supo distinguir si sus miradas reflejaban odio o miedo. Notaba los pinchazos de los pies taladrándole las piernas. Se sentó, agotada, en un banco y se preguntó si aquello tendría fin. No supo calibrar cuánto tiempo pasó encogida en el asiento hasta advertir que los fieles abandonaban el templo a toda prisa. Nía presintió que el santo Cristo de la Esperanza había salvado la melena por bien poco.

Estado de excepción

Le costó conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en Teresina, en Miguel, en su familia. Su mente vagaba de un lugar a otro sin descanso. Mantuvo la ventana abierta a pesar del calor, del zumbido de las moscas o del olor a pólvora de algún disparo cercano. Bien entrada la noche, sintió que alguien trataba de abrir la puerta de la entrada. Saltó de la cama y corrió al balcón descalza. Aunque el agua caliente con sal ya le había aliviado bastante el dolor de pies, agradeció el frescor de la madera. Esperaba ver a Miguel; sin embargo, se retiró al reconocer a Nicolás.

Según le había contado doña Gloria al volver del convento, su hijo estaba muy preocupado por los acontecimientos. La había ido a buscar a la iglesia y ni tan siquiera la había dejado quedarse a la novena. De regreso, se habían encontrado al teniente López Alén y a unos cuantos guardias civiles. Nicolás había quedado en encontrarse en el cuartel con ellos y hablar sobre los problemas que estaban causando en la población unos cientos de mineros. «Por cierto —había añadido doña Gloria—, uno de los guardias te conoce. Al parecer es compañero de academia de otro guardia civil muy buen amigo tuyo.» Nía se estremeció al recordar a Antonio. Si de algo se había alegrado cuando se trasladó a trabajar a Villafranca, había sido de dejar de verlo.

La jornada transcurrió en medio de sobresaltos. Carlos y Tilana llegaron tarde al palacete. Nía admiraba el coraje de aquella mujer. Se preguntó si ella, algún

día, sería capaz de afrontar con la misma serenidad los obstáculos y de tomarse la vida de la misma manera.

En un santiamén puso en marcha la comida y se acercó al salón a saludar a la señora.

—Ha sido impresionante —les explicó emocionada ante la mirada complaciente del marido—. Si vieseis cómo aplaudía la gente cuando el teniente López Alén y los guardias juraron fidelidad a la República.

—Es cierto. El alcalde estaba emocionado —aseguró Carlos, dispuesto una vez más a apoyar a su mujer.

—Pero —doña Gloria arqueó las cejas— ¿a qué viene eso de jurar fidelidad? No lo entiendo.

—Los mineros no acababan de fiarse de los guardias. Ni de ellos ni de los de la Falange. —De inmediato, Tilana se llevó la mano a los labios.

Lejos de molestarse, doña Gloria prosiguió.

—Entonces, ¿los obreros ya se han marchado?

—Sí. Unos y otros se fueron en dirección a Ponferrada. Iban con el puño en alto y dando vivas a la República.

De pronto, se empezó a percibir un olor a chamusquina. Tilana se calló, se echó las manos a la cabeza y salió corriendo en dirección a la cocina, seguida por el marido.

—¡Dios mío, me olvidé de la ternera a la cazuela!

Doña Gloria tomó la palabra. A Nía le dio la impresión de que, muy a menudo, captaba los pensamientos de la gente.

—Hace un rato vino Antonio Gabelas a visitarme.

Nía se mantuvo en silencio. Temía lo peor. ¿Acaso el alcalde había ido a informarle de sus «amistades revolucionarias»? La señora mostraba una sonrisilla nerviosa y parecía buscar las palabras adecuadas.

—Miguel está en Ponferrada. —Dio un profundo suspiro y prosiguió con un tono apenas audible—. Gabelas está en contacto con Juan, el alcalde de

Ponferrada, que es muy amigo suyo. Miguel está a su lado. Seguramente Nicolás tiene más información, pero no me cuenta nada.

Tenía la sensación de que la señora le ocultaba algo. Se armó de valor y decidió preguntarle directamente:

—Desconozco cómo se encuentran los míos. Mi niña es tan pequeña... ¿Acaso sabe usted alguna cosa más?

—No sé nada, al parecer hay mucho desorden. —Estaba con el ánimo encogido y se le cortaba la voz—. Por desgracia, no sé cómo acabará esto. Temo por mis dos hijos. Cada uno anda por su lado.

Alguien llamó a la puerta. Tenían la sensación de vivir en estado de alarma constante. Nía se asomó al ventanal y miró al cielo. El día se había nublado y amenazaba con caer un chaparrón. Un grupo de jóvenes esperaba en la puerta, entre ellos los dos falangistas desconocidos que había visto el día anterior. Por un momento, se quedó en suspenso. Le sorprendió ver al mismo Nicolás bajando a abrir. Se retiró rápido y recogió la bandeja; mientras, doña Gloria leía el periódico. Prestó atención a los pasos de los visitantes, que se dirigieron hacia el despacho del primogénito. Antes de que cerrara la puerta, Nicolás se acercó a la sala y se dirigió a su madre con tono enérgico: «Ni se le ocurra salir. A partir de esta noche tenemos toque de queda.»

Nía se preguntó qué sería lo siguiente.

Volver a casa

En Ponferrada, el Hotel Lisboa había renovado su clientela. En las últimas horas, la inscripción de mandos militares y de la guardia de asalto había aumentado. Tras la detención de Juan García Arias y el rápido cambio en la alcaldía, Miguel no estaba a salvo allí.

Había considerado viajar a plena luz del día. No convenía jugársela con el toque de queda; probablemente, la carretera estaba vigilada y, tras la tormenta, corría el peligro de embarrancar con el coche en cualquier camino. Se alegró porque, al menos, había conseguido llenar el depósito de gasolina. Trataría de aparentar normalidad e intentaría volver a casa cuanto antes. Necesitaba averiguar cómo estaba la situación.

En el comedor olía a chocolate con churros. Pidió un café con leche. En la mesa de al lado, dos militares devoraban huevos fritos con patatas. Entre risas, comentaban la detención del alcalde allí mismo, en el hotel, pocas horas antes. «Y ahora: de prisión al paredón», fanfarroneaba uno de ellos.

Al oír aquello sintió odio hacia aquellos sucios puercos. Juan se había negado a repartir armas a los trabajadores; se había enfrentado a los mineros asturianos cuando intentaron incendiar la iglesia de San Pedro o la misma basílica de la Encina: «A la iglesia se entra o no se entra, y el que no quiera entrar que no entre, pero las iglesias no se queman», les había advertido desde el balcón del ayuntamiento a los crispados mineros asturianos que lo escuchaban allí mismo,

apostados en la plaza de la Constitución. De poco le había servido su intento de evitar el derramamiento de sangre hasta el último momento y, en cambio, ahora, los nuevos amos de la ciudad le agradecían los servicios condenándolo a muerte. ¿Qué sabían esos necios de los esfuerzos de un hombre por defender la libertad? Acabar con la vida de los demás se había convertido en una especie de deporte para muchas personas. Se preguntaba si no haber repartido armas a los defensores de la República había sido una buena idea.

Subió a la habitación y recogió el equipaje. En el pasillo se encontró con un comandante que lo saludó cortésmente. Entregó la llave al recepcionista; salió a la calle; colocó la maleta en el coche; lo puso en marcha; circuló unos cien metros y lo aparcó de nuevo. Le había dado vueltas a aquella idea toda la noche y, de golpe, se decidió a ponerla en práctica. Juan hubiese hecho lo mismo por él.

Tras días de concentraciones multitudinarias, a esa hora la plaza permanecía casi desierta. Pasó delante del Bar el Turco e intentó mostrarse decidido al entrar en el Ayuntamiento. En el umbral dos guardias le dieron el alto. «Soy el abogado defensor del señor Juan García Arias», alegó. Lo miraron con frialdad y cierta desconfianza. Uno de ellos subió al primer piso, mientras el otro se adentró en el cubículo de vigilancia. Miguel esperó apoyado en la jamba de la puerta de entrada. Había refrescado y el aguacero de la noche había contribuido a reverdecer las plantas del jardín de la glorieta, mustias a causa del calor y aplastadas por la muchedumbre hacía tan solo unas horas.

Reconoció enseguida al capitán Losada, seguido a una cierta distancia por el subalterno. Cuando lo vio, el guardia se detuvo en medio de la escalera. Después de examinarlo con atención, se acercó y le tendió la mano. No se atrevió a rechazarla, a pesar de que había sido uno de los responsables del derramamiento de sangre.

—Buenos días, señor Álvarez de Luna, usted dirá.

No entendía cómo lo había reconocido. Él solo lo había visto de lejos junto al

teniente López Alén, justo cuando ambos entraban en el cuartel de la Guardia Civil. Después se había enterado de que los mineros habían rodeado el edificio y se había producido la masacre.

—Soy abogado y amigo del alcalde Juan García Arias. Me gustaría visitarlo. Según me dijeron está prisionero aquí en el calabozo.

—Lo siento, amigo. Querrá decir del «anterior alcalde» —subrayó con tono irónico—. Hace un par de horas, y cumpliendo órdenes, hemos procedido a su traslado.

Le costó articular unas palabras, se acababan de confirmar sus presentimientos.

—Perdone, capitán, ¿a qué prisión lo han destinado?

El militar se miró las uñas, perfectamente recortadas, y durante unos segundos se frotó los nudillos. Parecía dudar o quizá le gustaba mantener el suspense y hacerse el importante. De hecho, Miguel lo sabía: tenía ante él a una de las piezas clave del triunfo del bando sublevado en Ponferrada.

—A León, exactamente a San Marcos —respondió—. Discúlpeme, tengo prisa. Salude de mi parte a su familia y, sobre todo, a su hermano Nicolás.

Lo vio alejarse hacia la puerta. Un grupo de guardias se cuadró a su paso. La suerte del amigo en León, bajo las órdenes de los sublevados, quizá ya estaba echada.

El mundo al revés

Miguel había imaginado un viaje ajetreado; sin embargo, resultó bastante tranquilo. A la altura de Cacabelos se encontró con una patrulla de vigilancia. En la curva del santuario de las Angustias, un par de guardias le habían dado el alto. Aparcó cerca de la entrada del templo, cerrado a cal y canto. La indiferencia de los guardias, en apariencia más preocupados por examinar el automóvil que en controlarlo a él, le sorprendió. Acabaron de desmoralizarlo los camiones con tropas arriba y abajo; los saludos de los militares al pasar, brazo en alto y al grito de «Arriba España», diseminando con sus salvas estruendosas estelas de fuego y tufaradas de pólvora. Observó con preocupación los aplausos de la gente a su paso y cómo muchos vecinos se aproximaban a la sección de unos treinta falangistas que habían llegado en camionetas custodiando a presos atemorizados, para corear con ellos, de manera entusiasta, el *Cara al sol*. Estaba claro: los golpistas se habían hecho con el poder en El Bierzo, penúltimo reducto republicano de la provincia.

Creía estar viviendo una pesadilla. En apenas cuatro días, todo había cambiado. Hasta entonces, había visto pocos falangistas por la comarca. Conocía bien las dificultades de su hermano a la hora de captar gente para el partido. Sin embargo, en ese momento observaba atónito a unos cuantos campesinos acercarse al cabecilla del grupo a preguntarle dónde tenían que inscribirse. El hombre sacaba pecho, orgulloso del uniforme; sus ojos enrojecidos miraban

ufanos a todos los lados. El camisa azul ejecutaba un ejercicio de seducción sorprendente.

Miguel pensó que, ante tanto ajeteo, se habían olvidado de él. La camioneta de los presos permanecía aparcada en la esquina. Los fascistas mataban el tiempo fumando. Silbó para disimular; sentía una presión en el pecho pero, aun así, se acercó a la parte trasera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bajito a uno de los detenidos, un crío esmirriado que permanecía inmóvil en la esquina izquierda del camión. El chaval parpadeó y lo miró intensamente como si, de pronto, tuviese ante él un posible salvador.

—Las tropas del comandante Manso arrasan con todo lo que no les gusta. Los de la Falange colaboran con él. Desde La Vega hasta aquí han ido cargando gente de muchos pueblos.

Miguel sentía como si se le encogiese el estómago por momentos.

—Pero ¿adónde os llevan?

—No lo sé. Según ellos, a dar un paseo —dijo apurando las palabras al ver acercarse a uno de los falangistas.

Mientras el vigilante lo conducía ante el jefecillo, pensó que aquel era un paseo sin retorno al estilo de los fascistas italianos. Determinados modelos se extendían como el rayo y se reproducían de manera implacable. Ya hacía tiempo, los había visto actuar en Madrid. Bastantes universitarios se habían unido a la corriente, atrapados por su demagogia y por el despliegue de su peculiar parafernalia.

Le sorprendió el saludo entusiasta de aquella especie de pequeño caudillo.

—¡Qué sorpresa, don Miguel! Me acaban de comunicar que usted es el hermano de don Nicolás. Siento por él una auténtica veneración y para mí es un orgullo estar a sus órdenes.

Con la camisa azul de bolsillito bordado con el yugo y las flechas y el cinturón ancho ciñendo los pantalones bombacho, parecía un alumno disciplinado y repelente. A Miguel le invadió una sensación de frustración. ¿Qué

podía hacer por aquellos seres humanos, muchos de ellos críos, hacinados ahora en un camión y con un destino incierto?

—Sí, soy su hermano —respondió con tono desabrido—. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Vamos hacia Ponferrada con esta gentuza.

El sol del mediodía caía implacable sobre el asfalto de la carretera. Observó a los prisioneros de nuevo, apretujados y de pie, sin un miserable sombrero que los protegiera. Algunos amparaban la cabeza con pañuelos arrugados, atados en cuatro puntas. Todo era un despropósito.

—Pero ¿qué han hecho? A este paso y con este calor, la mayoría acabará con una insolación.

—Que les den a esos cabrones. Así tendremos menos trabajo. —El jefecillo de camisa nueva escupió en el suelo—. Perdone usted, pero estos masones republicanos son como las manzanas podridas: allí donde están lo corrompen todo. Son purriela.

Se preguntó cómo era posible que semejante gañán tuviera en sus manos el destino de aquellos seres humanos. El canalla lo acompañó al automóvil con venias empalagosas. Respiró al subir al coche. Apretó el acelerador con decisión. Nada más salir se cruzó con otros camiones, precedidos y seguidos de fascistas, que custodiaban a obreros. Por un momento, le pareció distinguir a Jacinto Rueda, uno de los anarquistas de Fabero. Necesitaba alejarse de aquel escenario. A pesar de la mala calaña de muchos humanos, el paisaje de campos dorados, de la gente segando como si diese la espalda a la adversidad, de las viñas alineadas en las que los pequeños racimos sobrevivían a la locura, lo reconfortó.

El responsable

Faltaba poco para la comida del mediodía cuando Miguel subió los escalones de dos en dos. Justo cuando abría la puerta, sonó el teléfono. Lanzó una mirada hacia la sala y por la puerta entreabierta vislumbró la figura de su hermano en busca del auricular.

Se deslizó en silencio hacia la cocina. Necesitaba reunirse con Nía, abrazarla, aspirar su energía, sentirla. Sin embargo, solo encontró a Tilana trajinando con la comida. Al verlo, la mujer se llevó las manos a la boca y apagó un sollozo.

—*Filliño, filliño* —repetía con los ojos llenos de lágrimas, agitando la cabeza.

—Estoy bien, Tila. No pasa nada. Soy fuerte como un león —aseguró al cogerla en volandas.

Ella aceptó el juego con una risa nerviosa.

—¿Por dónde andan Nía y mi madre? —preguntó, tras dejarla en el suelo y zampar de dos bocados una de las torrijas aún calientes.

—La señora salió a arreglar algunos asuntos al Banco Urquijo. No tardará. — Miguel levantó la tapa de la cazuela de barro, la meneó un poco, olisqueó y el aroma a bacalao con patatas golpeó su estómago—. Nía estaba aquí ahora, pero ha subido a la habitación a no sé qué.

La cocinera lo miró con picardía. La besó en la frente y salió disparado. Al llegar a la puerta del dormitorio se detuvo unos segundos a observarla desde la puerta entreabierta. Con la falda recogida por encima de las rodillas, Nía se

entretenía en vendarse el pie izquierdo. Supuso que se lo había torcido. Las pantorrillas perfectas y relucientes nada tenían que envidiar a las de Marlene Dietrich en *El ángel azul*. La ventana entornada, el olor a rosas y azahar, junto con débiles rayos de sol iluminando la estancia e incidiendo en su cuerpo arqueado, creaban una escena extrañamente mágica. Contemplarla en silencio lo ayudó a recuperar la fuerza perdida ante tanta mezquindad. La deseaba. La sangre le bullía y le hacía estremecerse. Avanzó a paso lento hasta situarse casi a su lado. Ella alzó la mirada, el asombro parecía haberla inmovilizado. Miguel se inclinó, le cogió las manos y la apretó contra su cuerpo.

—Pensé que no volvería a verte...

No la dejó continuar. Se acercó con delicadeza a su boca y la besó. El sabor salado de sus labios lo excitó. Acarició el pecho izquierdo, descubrió el pezón tenso, desabrochó uno a uno los botones de la blusa hasta acceder al tesoro de un seno turgente.

—¡Nía, baja!

Maldijo en su fuero interno la voz de Tilana llamando a Nía. Ella se retiró azorada y abrochó a toda velocidad la blusa.

—He estado en tu casa, están bien aunque preocupados por ti.

Lo miró conmovida.

—¿De verdad los has visto? ¿Y Teresina? —Lo observaba entre inquieta y agradecida.

—Está perfectamente. Al verme, enseguida me enseñó la muñeca. —La abrazó y de nuevo acarició sus labios.

Por un segundo, ella se dejó llevar; no obstante, se apartó rápido y echó a andar hacia la escalera.

—Es tarde. He de servir la comida y Tilana está sola.

Miguel la siguió. Le resultaba curioso la destreza con que reconvertía la melena en un moño.

—Valeriano se unió a los mineros de Asturias en la marcha hacia Oviedo. Me encargó que te lo dijese.

Ella se paró en seco y lo miró desconcertada. Abrió la boca como si fuera a decir algo, vaciló un momento y, finalmente, asintió.

Miguel, tras seguirla con la mirada, se dirigió al comedor. Allí los encontró a los dos sentados, en silencio. Se habían colocado cerca; pero parecían hallarse en planetas diferentes.

Su madre fue la primera en advertir su presencia; lo contempló como si hubiese visto un fantasma. Tras un momento de perplejidad, trató de levantarse de la silla sin conseguirlo.

Nicolás ayudó a su madre, llorosa y con movimiento vacilante, a levantarse. Miguel se unió a ellos y, durante unos minutos, se mantuvieron los tres abrazados y en silencio. El tiempo parecía haberse paralizado, mientras la alegría por su regreso les procuraba una calma necesaria tras el desasosiego vivido.

Fuera, unos pequeños jugaban a desfilas como los falangistas y entonaban, a voz en grito, el *Cara al Sol*. El canto retumbó en los edificios, alcanzó el comedor del palacete y heló las entrañas de Miguel. La villa estaba tomada por los golpistas.

—Nicolás —miró a su hermano casi suplicándole—, ¿cómo están las cosas por aquí?

—Todo controlado. —Se sentó con parsimonia dando por concluido el asunto.

Asumir aquella situación bloqueaba sus sentidos y le hacía despertar abruptamente a una realidad nunca imaginada. Estaba como desorientado. Había crecido admirando a su hermano, siempre se había sentido protegido por él; sin embargo, ahora caminaban por sendas dispares. Semejante evidencia resultaba extraña y dolorosa.

—¿Antonio Gabelas sigue en la alcaldía?

—No.

Tenía la sensación de que el rostro de Nicolás se había endurecido. Había ganado en rigidez y le resultaba excesivamente severo. Los ojos saltones, cercanos y graciosos en otro tiempo, se movían tratando de abarcar toda la sala: callaba cuando veía entrar a Nía a servir la mesa, clavaba las frías pupilas en él

ante preguntas incómodas, contemplaba con ternura a su madre comentando el dulzor de las torrijas o miraba al techo y sonreía al escuchar a los críos ir y volver repitiendo hasta la saciedad su himno, el de la Falange.

—Pero ¿con qué derecho se le retira de la alcaldía? —Tuvo miedo de la respuesta. Le aterraba aquel modo de hacer de los conquistadores.

—Se ha retirado él solo. El comandante Manso fue generoso. Le ofreció continuar en el cargo y lo rechazó con el pretexto de que tenía desatendida la carpintería. El comandante no se fía de él y ordenó el arresto domiciliario.

—¿Y qué motivos se aducen para tomar semejantes medidas con un representante del pueblo?

—Bueno, dejemos ese tema. Al fin y al cabo, nunca os pondréis de acuerdo —aseveró doña Gloria en tono firme.

—Perdone, madre. —Nicolás apretó los dientes, se detuvo un momento y se dirigió a su hermano con la mirada crispada—. Cada vez defiendes más a los de izquierdas que se creen los únicos valedores de la justicia social. Nosotros la exigimos, pero unida a valores espirituales y de unidad. Tu amigo Antonio Gabelas no quiere colaborar con esta regeneración del país.

—Y en consecuencia actuáis como déspotas: o estás conmigo o contra mí. Lo he visto en Ponferrada; lo comprobé en la carretera con montones de hombres detenidos y escoltados por los falangistas y lo veo aquí. Y tú los apoyas. Es más —se detuvo un momento, tragó saliva y con expresión de hastío prosiguió—, tú los coordinas. Me temo que eres uno de los responsables del desastre.

Se levantó y abandonó el comedor dando un portazo. Fuera, ráfagas de viento presagiaban una nueva tormenta estival.

Una situación comprometida

—Nos tienen a todos controlados. Aunque de momento parezca que solo nos afecta a los del Consistorio y a algunos compañeros republicanos. El problema es que muchos vecinos se ponen a su disposición. Tratan de ganarse su simpatía y de salvar el pellejo. —Antonio Gabelas dibujó una media sonrisa entre irónica y desencantada.

A Miguel le asombraba la generosidad con la que había aceptado la alcaldía unos meses atrás a pesar de las reticencias de su mujer: en efecto, a partir del nombramiento se había volcado en atender las necesidades del nuevo cargo en detrimento de la carpintería.

—Es cierto. Pretenden ganar tiempo deteniendo y encarcelando a la gente más relevante ¿Qué puedo hacer yo por vosotros? Esto es tremendo. Atropellan derechos e imponen a marchas forzadas una dictadura descarada. —Miguel estaba dispuesto a acabar con un arresto injusto.

—Os traigo un poco de café. ¿Queréis un poco de leche? —La entrada de la mujer de Toño Gabelas interrumpió la conversación.

—No se preocupe, a mí me gusta solo —respondió Miguel.

—¿Queda coñac? —inquirió Gabelas con un tono inseguro.

—Solo nos queda un poco de aguardiente.

—A mí no me apetece —afirmó Miguel.

—Aprovechemos el momento, amigo. Trae lo que quede, querida.

Desde el exterior se percibían voces indefinidas, extrañas. Callaron y se mantuvieron en un silencio expectante solo interrumpido por la entrada de la mujer, seguida de inmediato por los tres pequeños, que se acusaban mutuamente de algún problema con una prenda del juego del Antón Pirulero. Mientras Toño Gabelas restablecía la paz entre sus hijos, Miguel se levantó a observar por la ranura de la ventana. Tres falangistas sacaban a empujones de la casa de enfrente a un hombre de unos cincuenta años ante los ruegos y gemidos ahogados de dos mujeres.

Alzó la vista hacia el cielo de un azul intenso, sin una nube. En el balcón de la casa, una anciana, encorvada, sobrellevaba como podía el dolor y se mantenía a duras penas apoyada en la baranda, tan negra como sus ropas. En contraste con las otras dos mujeres, ella examinaba silenciosa la escena. La imaginó firme ante la fuerza del destino y mostrando, con semejante actitud, desprecio hacia los déspotas.

Miguel sentía como si lo estuviesen abofeteando y fuese incapaz de reaccionar. Cualquier movimiento suyo complicaría la situación de Toño Gabelas y entorpecería la organización de posibles planes de lucha. Había momentos en la vida en los que la serenidad se convertía en deber. Ni tan siquiera le quedaba la posibilidad de denunciar los hechos a su hermano, de plantarse ante él exhortándolo a que lo detuviese también a él y lo pasease. Ahora, todas las puertas a la esperanza permanecían cerradas. Desde hacía dos días se preguntaba qué loco impulso había conducido a Nicolás, jefe de la Falange de la zona y con un futuro prometedor, a alistarse como voluntario al frente. «Y tú deberías hacer lo mismo», le había propuesto al despedirse, después de mirarlo fijamente con ojos vidriosos y darle unas palmadas en la espalda, justo antes de cerrar la puerta de entrada.

Toño Gabelas, tras resolver el conflicto entre los pequeños, tomó un sorbo de café y reanudó la conversación:

—Me preguntabas qué podías hacer por nosotros. Mañana hay convocada una reunión a la altura del Pozo de las Monjas. Nos pareció el lugar más seguro. No

creo que a ti te vigilen. ¿Podrías asistir en mi nombre y, después, pasarme información?

Miguel reflexionó un momento. Ansiaba proteger a Nía y a doña Gloria, que, angustiada, no se había levantado de la cama desde la partida de Nicolás. El cometido era peligroso; la vigilancia extrema y el toque de queda podía convertir el favor en una misión casi imposible. Sin embargo, no podía ni quería quedarse al margen de los acontecimientos. Nunca se lo perdonaría.

—Naturalmente —respondió.

—Allí estará Emilio Silva y, tal vez, algún conocido más de los de la última reunión en mi carpintería.

Se dieron un abrazo y lo acompañó hasta la puerta. Pareció querer decirle algo más, titubeó y, al fin, añadió:

—Cuidado con los Valcarce de Balboa. Son peligrosos y no te perdonan que hayas plantado a Clara.

El Pozo de las Monjas

El reloj de pared tocó las dos de la madrugada. Miguel se dio media vuelta en la cama, de buena gana hubiera continuado durmiendo. Se había acostado vestido para ahorrarse cualquier ruido que pudiera delatar su plan. Ni tan siquiera se lo había confiado a Nía cuando le había dado las buenas noches, apenas tres horas antes. De ninguna manera quería comprometerla.

Se levantó con sigilo. Trató de recordar el camino hasta el pozo. Hacía tiempo que no pasaba por allí. A las dos de la madrugada, la villa, bajo el toque de queda, semejaba un laberinto despoblado. Las calles se habían convertido en un lugar peligroso, donde las víctimas podían caer en manos de partidas dispuestas a inmolarlas para regocijo del Minotauro.

Desde la ventana entreabierta, escudriñó el exterior y se decidió a salir a campo abierto. Alcanzó el camino de la presa sin dificultad. Tiró río Burbia arriba siguiendo la vereda. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al oír los aullidos de los lobos. Trató de afrontar la situación con calma, agazapado tras una roca. Una manada de lobos, unos diez en total, bebían en el río por turnos ante la mirada alerta del que parecía el líder.

La amistad con Toño Gabelas lo había lanzado a una misión peligrosa y, tal vez, descabellada. Comenzaba a estar agotado. Contempló la opción de regresar, de entrar en la habitación de Nía, de acostarse a su lado para acariciar el cuerpo cálido y suave. Miró alrededor. Tenía la extraña sensación de estar siendo

observado. Aguzó el oído y paseó la mirada por el bosque con la perseverancia de los cazadores. Solamente percibió el olor dulzón de las flores de los castaños y la fuerza impresionante de la luna llena, blanca e inmensa. El aullido desgarrado del lobo líder puso en marcha a la manada. Esperó a que se alejasen para salir del escondrijo.

Desde el alto observó el pozo. Semejaba una perla de azabache en medio del collar del Burbia, rodeada de una escolta de árboles protectores de todas las formas y tamaños. Bajó despacio, agarrándose a las rocas y a los troncos de los árboles, de pie a veces, arrastrándose otras, pero siempre intentando mimetizarse con el entorno.

—Al fin has llegado. Temía que te hubieses perdido. —Emilio Silva le salió al encuentro y lo guio por una senda embarrada hasta llegar a una espesura.

El sudor había humedecido su ropa. No supo si la tensión acumulada dificultaba sus pasos o si el temor de no volver a ver a Nía lo empujaba a dar la vuelta sin dar explicación alguna. Le costó adaptarse a la oscuridad. Tenía el palpito de que las cosas no saldrían bien. Se quedó estupefacto cuando reparó en varios cuerpos, confundidos entre el ramaje, de pie y en silencio. La oscuridad le impedía distinguir bien los rasgos. Al unirse al grupo reconoció a la Pepona; junto a ella se encontraba otra mujer de aspecto muy joven.

Un tal Periquete tomó la palabra. Con voz serena y tono grave describió el plan del grupo. Tratarían de acceder a la zona de Asturias e incorporarse al frente Norte para, posteriormente, desde allí y con ayuda del ejército republicano recuperar la comarca de El Bierzo. Para pasar lo más desapercibidos posible caminarían de dos en dos montaña arriba y se volverían a reunir la noche siguiente a la entrada de Prado de Paradiña. Allí contaba, según dijo, con buenos amigos. Sin tan siquiera consultarle, decidió que él y Emilio Silva regresaran a Villafranca. Serían los encargados de establecer enlaces con la resistencia de la zona ocupada.

Miguel se sorprendió ante semejante decisión. ¿Acaso aquellos hombres no se habían conjurado para defender la libertad? A todas luces, lo habían convertido

en una especie de soldado raso donde las decisiones las tomaban ellos sin discusión posible. Estaba aturdido. Mientras trataba de ordenar sus pensamientos, le llamó la atención el murmullo, casi imperceptible, de las hojas y el balanceo extraño de las ramas de los arbustos próximos. Apenas tuvo tiempo de reaccionar. Un hombre con barba larga y movimiento felino llegó agitado y casi sin respiración.

—Una partida de falangistas y guardias civiles se dirige hacia aquí. Son unos diez. Los dejé a punto de culminar el alto. Supongo que ahora estarán iniciando el descenso.

El pánico se apoderó de él. Durante un segundo todo pareció detenerse. Su mirada quedó atrapada en la joven que había permanecido callada. La cara rosada se había transformado en una máscara nívea de ojos desorbitados y cuyas manos se aferraban como sarmientos al brazo de Periquete. Aquella guarida olía a tragedia. Pensó en Nía y la imaginó dormida, ajena a la catástrofe inminente. Se preguntó si serían capaces de sobrevivir.

La orden tajante de Periquete mitigó el desconcierto: «Cada uno por su lado y nos encontramos en Prado de Paradiña.» Cogió de la mano a la joven, contradiciendo su propio aviso, y desaparecieron. Miguel apenas tuvo tiempo de despedirse de Emilio Silva y de contemplar a la Pepona río arriba, con los pies enfangados y los pasos vacilantes como los de un borracho aturdido.

Al abandonar la zona en dirección al pozo, imaginó a todos ellos desparramados por la montaña ansiando salvarse, aunque la claridad de la luna llena se había convertido en su peor enemigo. Justo cuando estaba a punto de alcanzarlo, oyó los primeros disparos: uno, dos, tres; continuados, secos. El estruendo lo inmovilizó, de manera instintiva se llevó las manos a los oídos. El eco reverberó sobre el agua negra del pozo. No podía saber si habían logrado el objetivo. Tampoco percibió olor a pólvora. Imaginó aún lejos a los perseguidores. Se sumergió en la balsa con el máximo sigilo. El flujo de la corriente y el frescor del agua lo liberaron por el momento de las tensiones. Alcanzó la otra orilla sin dificultad y, camuflado entre la vegetación, se

encaminó hacia el sur buscando la vereda de vuelta a la villa. Aminoró el paso. El chapoteo de los zapatos mojados amenazaba con delatar su presencia. Arrancó unas hierbas para desaguarlos. Una culebra de agua se deslizó sobre sus pies.

Tiró monte arriba forzado por una cadena de peñascos abruptos que interrumpían el camino y se encajaban en el río. Vadeó con pasos rápidos la pobre vegetación de carquesas y urces. Escuchó las potentes voces de los rastreadores al otro lado del río: «Es él, es él.» Solo pudo ver unas sombras moviéndose lejos. Corrió como un loco hacia el alto, sin orden, sin sentido. Cayó, se arrastró, lamió el polvo de la tierra reseca, obligó a salir de la guarida a conejos y perdices con tal de burlar los tiros disparados desde la otra orilla.

La noche era clara y, aunque estaban lejos, al parecer lo habían reconocido. Los nuevos mandamases ya lo consideraban un proscrito. No podía volver a la villa. Pensó en Nía, en su madre, en Nicolás, en el absurdo de las guerras. Solo era cuestión de tiempo y las fuerzas le fallaban. Al fin, extenuado, sin tener conciencia del tiempo transcurrido, se tumbó en una zanja entre una pared y unos zarzales. En el prado, un grupo de vacas, recostadas sobre la hierba, lo observaron con parsimonia. Miró al cielo, amanecía. Evocó la figura de la muerte «que llega tan callando», tal como había afirmado el poeta. Cerró los ojos, recordó a su padre y a su hermana muertos y decidió rendirse a su mala estrella.

La misión

Nía dejó reposar en su regazo la enigmática nota que el hijo del dueño de la tienda de coloniales le acababa de entregar.

Por favor, necesito verte con urgencia. No lo comentes con nadie.

EMILIO SILVA

En la casa habían renunciado a denunciar la aparente desaparición de Miguel, desde hacía dos días. Ante su ausencia, doña Gloria los había reunido a todos. Después de pensar mucho las palabras, les había pedido que mantuviesen silencio. «No me extrañaría que estuviese metido en algún lío político. Si los que mandan ahora se enteran, puede ser su perdición», les había dicho mientras trataba de contener las lágrimas.

Nía era incapaz de entender todo aquel desastre que, poco a poco, parecía haber ido envenenando a la gente. ¿Acaso defender la libertad o la justicia se había convertido en un pecado imperdonable? En los últimos días había visto a muchos vecinos que antes iban a manifestaciones en favor de la República y ahora aplaudían los desfiles y las chanzas de los falangistas.

Caminó por las calles empedradas, testigos mudos de los nuevos tiempos. Al llegar a la tienda de coloniales aminoró la marcha. El hijo de unos diez años jugueteaba en la puerta lanzando monedas de hierro a la boca de la rana

boquiabierta y pintada de verde. Antes de entrar, se detuvo a observar si había clientes en el interior, aparentando distraerse con la pericia del chaval. Acto seguido, accedió al establecimiento con decisión. Emilio Silva llevaba encima una bata de lona gris y daba vueltas a la manivela de un molinillo de madera con contrafuertes de cobre que emitía un sonido destartalado. El aroma amargo del café invadía el establecimiento y le recordó el viaje a León con Miguel, hacía apenas unos meses.

Al verla, interrumpió la tarea, esbozó una sonrisa y la invitó a pasar a la trastienda.

—Vigila el negocio un momento, Emilín —le ordenó al pequeño.

Pasaron a un almacén atestado de un revoltijo de aromas a especias, arenques salados, bacalao, vino rancio y productos de todo tipo perfectamente ordenados en sacos, cubas, cajas de madera o enganchados al techo. A Nía le llamó la atención el orden reinante. Al fondo se oían voces de criaturas y la de una mujer imponiendo orden.

—Te he llamado porque te necesito. Por supuesto, te puedes negar, si así lo consideras. —Ahora ella pudo fijarse con más detenimiento en la cara demacrada y los ojos negros profundos, cansados, desvalidos—. Pronto vendrán a por mí esos asesinos. Estoy convencido. A los demócratas nos consideran escoria y hasta que no acaben con nosotros no pararán.

—Haré lo que pueda —respondió dubitativa.

—Miguel me ha hablado mucho de ti.

Al oír su nombre, se sobresaltó y una especie de corriente eléctrica le recorrió el cuerpo.

—Sé que mi amigo aún no ha vuelto —prosiguió. Nía permaneció en silencio, a la expectativa.

—¿Acaso sabe dónde está? —se atrevió a preguntar, mientras un presagio duro y negro como el carbón se apoderaba de ella.

—Lo ignoro. La última vez que nos vimos nos perseguía una patrulla.

Estábamos en el monte, cerca del Pozo de las Monjas. Cada uno tiró por donde pudo.

Le temblaban las piernas, necesitaba sentarse; una sensación de vértigo la hundía, cada vez más, en un bucle extraño.

Al volver en sí se encontró tumbada en una cama de matrimonio de una habitación amplia con una pequeña ventana al exterior. Una mujer de unos cuarenta años, de pelo rizado y marcadas arrugas en el entrecejo, la miraba con curiosidad y removía una tisana con olor a tila.

—Bébetelo esto y no te preocupes, hija mía. Hay que ser fuerte y tirar para adelante. Ahora llamo a mi marido.

Emilio Silva reapareció al momento, justo cuando ella se había incorporado de la cama y se ponía las alpargatas. Tenía una expresión alegre. Sus ojos habían recobrado vida y saboreaba con fruición el final del cigarro.

—Hoy comeremos con las mejores noticias del día. Miguel está a salvo, me lo acaba de comunicar uno de los contactos. Según parece, lo han descubierto. De momento, y hasta que esto no cambie, no puede volver.

Nía permaneció durante unos segundos en suspenso, completamente anonadada por la noticia. El olor a patatas y huevos fritos le despertó un hambre de perro. Se levantó, sin saber muy bien cómo reaccionar. Se acercó a él y lo abrazó. Durante un instante permaneció tensa, estrechándolo con fuerza hasta que rompió a llorar. Se avergonzó de su debilidad, pero no podía contener los sollozos. Silva le acarició el cabello como hacía su padre cuando se levantaba por la noche, asustada por los sueños de monstruos que la perseguían y, contra el parecer de la madre, le permitía quedarse en la cama pegada a su lado.

Cuando logró recuperar la calma, se apartó de él. Contempló a aquel hombre de rostro bonachón, lleno de ternura, de manos ásperas y endurecidas por el trabajo, pero capaces de aliviar el dolor más intenso.

—¿Qué he de hacer? —preguntó con expresión resuelta.

Ayudar a Miguel parecía haberla convertido, de pronto, en una especie de

Juana de Arco, cuyo espíritu firme y luchador tanto la había impresionado cuando tenía diez años.

Emilio Silva la miró con aire de satisfacción, agradecido por el compromiso de la joven.

—No te lo puedo ocultar. Tu ayuda conlleva riesgos serios.

—Me lo figuro. Asumo esos riesgos con absoluta libertad. Dígame qué he de hacer —respondió con determinación.

Silva sonrió, la cogió del brazo y se sentaron en un diván de nogal, acolchado en piel, a los pies de la cama.

—Miguel tiene intención de pasar a Asturias. Pasado mañana de madrugada hay que llevarle un caballo y dinero. Él esperará a la entrada de Prado de Paradiña. He pensado en ti. Sé lo mucho que te quiere y ha de ser alguien de confianza. —Se quedó pensativo, como tanteando las consecuencias de su decisión—. Quizá no me perdonará nunca que te haga correr este riesgo.

—Pero... tengo que informar de todo a doña Gloria. Está desesperada, sola y con cada hijo por un lado. Además, el dinero...

—Sí, sí. Con eso ya contamos. Miguel ha pedido que os lo comunique a su madre, a ti y a Tilana.

En la cocina, los críos parecían pelearse por las patatas fritas. Era la hora de comer y en el palacete estarían preocupados.

Había comprendido de inmediato que la supervivencia de Miguel dependía de ella.

—No te preocupes, Emilio, lo tendrá todo. De eso me encargo yo.

—Antes de llegarme noticias de Miguel iba a pedirte que le comunicases a Toño Gabelas la situación. ¿Podrás hacerlo? Yo no lo puedo visitar porque alertaría a los espías. Debo andar con pies de plomo. Dile también que han asesinado a la Pepona. Los demás están todos bien.

Alguien llamaba en la tienda. Permanecieron quietos, mirándose, en silencio y a la expectativa. Percibieron los pasos indecisos de la mujer de Silva. Arrastraba

las zapatillas en su recorrido desde la cocina al comercio. Al cabo de un momento, la voz se despidió y todo volvió a la normalidad.

—Me voy. En casa me esperan.

La partida

Nía puso en marcha el plan, preparado con la ayuda de doña Gloria y Toño Gabelas. Cenó en el barrio de la Cábila en casa de Tilana y Carlos. Salir desde aquella barriada, situada al otro lado del río y alejada del centro, les había parecido lo más seguro.

Sobre las diez de la noche, poco antes de partir, se aseguró de tenerlo todo controlado. Por si acaso, volvió a tocarse. Sí, allí, entre la barriga y la braga, palpó la faltriquera de seda con los billetes que doña Gloria había sacado del banco. Esperó a Carlos para que la acompañase a las caballerizas. De nuevo, el abrazo de Tilana al despedirla le encogió el estómago como le había ocurrido el día anterior en casa de Toño Gabelas cuando Marina, la hija mayor, le había abierto la puerta.

Aquellos ricitos negros como caracolillos de mar y la sonrisa vergonzosa y medio oblicua le recordaron a Teresina. Desde entonces, no había dejado de darle vueltas a su decisión. Cuando Emilio Silva le había pedido ayuda, en ningún momento se le había pasado por la cabeza el negarse. Los mejores momentos de la vida los había pasado junto a Miguel: en la escapada a León, en los viajes a Ponferrada, en la buhardilla, en su habitación. Miradas disimuladas, instantes inolvidables, abrazos sin tiempo, besos licuados en un túnel sin fin. Él había sido capaz de romper pactos familiares por ella. Al fin y al cabo era «la sirvienta», como le había recordado sin palabras, en más de una ocasión, Clara

Valcarce de Balboa al entrar en la casa. Sin apenas darse cuenta, se había enamorado de él: de la mirada limpia, de su cercanía, de su coraje. Sin embargo, la sonrisa oblicua de Marina la había adentrado en la orfandad de Teresina. No le importaba poner en riesgo su propia vida, pero no tenía derecho a trasladar la responsabilidad a otros y a dejar indefensa a su hija. Era como si de pronto se encontrara con una realidad que, hasta entonces, no había valorado: una buena madre no actuaba de aquella manera.

Mientras Carlos acababa de preparar el caballo percherón color café, contempló el entorno. Todo estaba oscuro, solamente a lo lejos se intuía la luz pobre de algún edificio. El viento de poniente le refrescó el rostro y templó su angustia. No era el momento de indecisiones ni de exagerar el peligro. Ahora lo más importante era salvar la vida de Miguel. Sabía apañárselas sola. Todo iría bien.

Al subir al caballo aún notó las agujetas de la tarde anterior, cuando había recorrido con Carlos gran parte del camino hacia Prado de Paradiña. Alguna vez había oído decir que uno no se olvida de nadar ni de montar en bicicleta, y era verdad. Tampoco de cabalgar. Aunque ella no lo había vuelto a practicar desde los veranos de su adolescencia en La Portela, enseguida había comprobado que dominaba las riendas con seguridad.

Aún no había oscurecido del todo cuando enfiló la senda paralela al río. Les había parecido que aquella era una buena hora: la gente cenaba y no había nadie fuera. Desde el interior de las casas surgían ruidos de cacharros o conversaciones entrecortadas. Tenía una sensación rara: no había cenado, pero notaba la pesadez del estómago. Al pasar, sintió ganas de vomitar al percibir un revoltijo de olores: a truchas, a chorizos y, sobre todo, a huevos fritos. Al abandonar la villa se cruzó con un viejo encorvado por el peso de un feje de leña a la espalda. Apartó el caballo a un lado y el hombre pasó por el medio sin mirarla. Con la melena recogida en forma de rulo y llena de horquillas, la boina bien acoplada a la cabeza y el pantalón oscuro de Miguel, ajustado con un cinturón, nadie la reconocería.

Según los cálculos de Carlos, tardaría unas tres o cuatro horas en llegar. Miró al cielo. La luna menguante asomaba entre nubarrones amenazadores de chaparrón. Aunque no rezaba desde hacía tiempo, se concentró y le rogó a la Virgen de la Encina que no relampaguease. Mientras fuera posible bordearía el río, resguardada entre los árboles. Las oraciones le recordaron la antipatía de Valeriano hacia la Iglesia. Se preguntó sobre su suerte y si ella, algún día, sería capaz de olvidar la decepción de aquel amor loco. Aun así, era afortunada. La vida la había recompensado de sobras. Tras la travesía del desierto, Miguel le había devuelto la confianza en el amor.

Durante más de una hora cabalgó sin tregua. No lejos de Paradeseca se detuvo a descansar. Acompañó al caballo, que parecía mirarla con ojos de agradecimiento, a refrescarse. Los nubarrones casi habían desaparecido y la luna alumbraba el valle. Al otro lado del río, guarnecidos entre la maleza, unos ciervos esperaban el momento oportuno para beber. Aspiró la fragancia de la hierba húmeda y del sabugueiro y siguió la ruta. Le preocupaba tropezar con alguna de las partidas de falangistas y de guardias que, según decían, merodeaban por la zona en busca de huidos. Si se encontraba con ellos, estaba perdida. Cerca del pueblo pasó por una especie de chamizo con seis o siete perros de caza encerrados. Tiró de las riendas con destreza tratando de calmar al caballo, que, espantado por los movimientos de ataque contra el cercado y los ladridos enloquecedores de la jauría, galopaba a un ritmo difícil de controlar. Logró tranquilizarlo justo antes de atravesar el puente en dirección a Paradiña. Enseguida percibió el estropicio: el caballo cojeaba y se detenía por momentos. Descabalgó y, al examinarlo, pudo comprobar el destrozo en el casco de la pata delantera. Había perdido la herradura seguramente en el galope.

No podía perder más tiempo. Las agujetas de las nalgas se introducían como punzones hasta los huesos y notaba una vibración continuada en el pecho que la estremecía. Necesitaba gritar, pedir auxilio, llegar a la cita, aunque fuese de rodillas. No había dormido desde la noche anterior. Desesperada, se tumbó de bruces sobre las raíces imponentes de un castaño.

Los amantes

El bufido del caballo junto a su cara la sacó del adormecimiento. Se levantó temblando, le abrazó el cuello y él, agradecido, le pasó el morro por la cabeza. Lo cogió por las riendas y, despacio, se acercaron a Paradiña. Ya en la entrada, lo ató a un cerezo a fin de inspeccionar el pueblo. Recorrió con sigilo el lugar intentando encontrar signos de una herrería. Por fin, delante de una casa de piedra de planta baja, con cuatro escalones que descendían hacia el sótano, se encontró con el prodigio: un armatoste formado por cuatro pilastras verticales de granito, unos troncos encastrados en ellas y un yugo en la parte delantera. Sonrió satisfecha. Había encontrado el tesoro: un potro de herrar.

Apenas tuvo tiempo de disfrutar del hallazgo: alguien le acababa de hincar una escopeta en la espalda.

—No te muevas o eres hombre muerto.

Se quedó petrificada. Sentía el doble cañón incrustado en medio del espinazo. Las tripas le crujían en la barriga, aguantó como pudo la orina y, de manera instintiva, levantó los brazos.

—Avanza tres pasos y date la vuelta. —La voz ronca y enérgica no se hallaba más lejos de un palmo de su nuca. Olía a cebolla.

A la altura de la primera pilastra se giró poco a poco. Le temblaban las piernas y era incapaz de mantener quietos los brazos.

El hombre, impávido, con una boina negra dos tallas más de las necesarias y

ojos hundidos entre arrugas infinitas, mantenía la escopeta apuntando directamente a la cabeza.

—Necesito herrar el caballo. Trato de pasar a Asturias. Si me lleva hasta el herrador le pagaré bien —respondió con voz recia, aprendida de su experiencia teatral.

—Vaya, chaval, estás viendo al *ferreiro* en persona —respondió en un tono más relajado, pero sin mover la escopeta.

Nía bajó los brazos, sin que el individuo rechistase.

—Le ofrezco cuarenta reales. —Intentaba apostar alto. El hombre bajó el arma.

—Hecho. Tomás Gutiérrez a su servicio. No me gusta abusar de la gente en apuros y menos en estos tiempos. ¿Dónde está el caballo?

Al abandonar el pueblo en dirección a Prado de Paradiña, aún le resonaban las últimas palabras del herrador.

—Jovencita, vete con cuidado. A los viejos no hay quien nos engañe y tampoco a las patrullas que recorren la zona.

Cuando calculó que había recorrido unos dos kilómetros, cabalgó a un ritmo tranquilo, se quitó la boina y se despojó una a una de las horquillas. Era peligroso, pero solo si la reconocía Miguel saldría de su escondite. Tal como le había indicado Carlos, después de una curva cerrada, torció a la derecha y descendió despacio por la trocha de un robledal hasta una fontana. Ató el caballo al roble más cercano y se sentó en un peñasco a la espera de su aparición. Miró al cielo. A pesar de la negrura, por entre la arboleda se filtraba alguna claridad. Con la cabeza echada hacia atrás, inhaló el fuerte aroma a tierra, musgo y roble que invadía el lugar.

No supo deducir cuánto tiempo había transcurrido cuando se levantó como un resorte al comprobar que a unos cincuenta metros algo se movía entre los troncos de los matorrales. A escaso medio kilómetro de distancia se había

encontrado con camas de fango de jabalíes. Habían planificado la ruta con cuidado y, sin embargo, a nadie se le había ocurrido que llevase consigo una escopeta, un cuchillo, algo para defenderse. Asustada, buscó entre la penumbra un garrote o algún pedrusco. El corazón le dio un vuelco cuando alguien susurró:

—Nía, pero ¿qué haces aquí? No me lo puedo creer, amor mío, estás corriendo un gran peligro.

Le impresionó su aspecto. Llevaba la camisa rasgada y el pantalón con rotos en las rodillas. Sin embargo, aun con el rostro demacrado, sus ojos penetrantes y la ternura de la voz emanaban sorpresa y dulzura. Nía se abrazó a su cintura y lo estrechó con toda la fuerza. Mientras, una lechuza, agazapada en el tronco de un roble centenario, los observaba.

—Lo logré, al fin lo logré. Te he encontrado. Estoy contigo —repetía las frases de manera entrecortada. La emoción le impedía respirar. Se echó en sus brazos sin poder contener las lágrimas.

—Pero ¿has venido tú sola?

—Sí, he venido yo sola, tranquilo. Lo he conseguido, temía no lograrlo. —Le cogió la cara; no podía dejar de mirarlo y besarlo una y otra vez.

—Pero, es una imprudencia. ¿A quién se le ha ocurrido semejante barbaridad?

Nía lo interrumpió:

—Toño Gabelas está arrestado, Emilio Silva cree que caerá de un momento a otro. No se podían arriesgar. Mucha gente vigila y denuncia para conseguir la simpatía del ejército y de la Falange.

Miguel guardó silencio. Se apartó un momento, la observó, se detuvo ante el atuendo y, con un semblante picarón, se acercó a hacerle cosquillas.

—Eres una ladrona, me has robado mi ropa.

Reía como un niño, con tantas ganas que ella acabó riéndose con él. El rostro acorazonado de la lechuza espiaba el gozo del encuentro.

De nuevo, retuvo su cara entre las manos y la contempló con asombro, como si tratase de asegurarse de que no era una alucinación. Se estremeció: solo deseaba perderse en el cuerpo soñado; permanecer a su lado y amarla sin miedo.

Acarició la melena húmeda y desparramada sobre el cuello. Al enredar los dedos en el pelo suave de olor a lavanda y mecerlo con sus besos, Nía sintió el deseo asaltando todos los poros de su piel. Rodeó su cintura, la atrajo hacia sí y se fundieron en un profundo beso. El peso de la angustia se había diluido y, ahora, su corazón se afanaba por detener el tiempo. Necesitaba sentir el calor de su piel. Las sombras del bosque difuminaron los cuerpos de los amantes. La noche les pertenecía.

No muy lejos de allí, el centinela acechaba.

El atestado

Antonio se miró en el espejo del retrovisor de la furgoneta y se atusó el bigote. Aquella línea estrechita, perfectamente delineada, disimulaba su nariz aguileña y resaltaba el carnosos labio superior que tanto gustaba a las mujeres.

El capitán Ezquerro dormitaba a su lado. Había llegado tarde al cuartel como acostumbraba en los últimos meses, nervioso y con unas ojeras de vértigo. Desde que se había casado con aquella hembra escultural que había conocido en una de las casas de citas más famosas de León, su cuerpo fibroso parecía haber entrado en un estado letárgico que revelaba «los desmanes de la carne». Le gustaba aquella expresión que tantas veces había oído repetir a don Fernando en la iglesia. ¿Cómo era posible que un hombre de origen humilde, después de alcanzar con tantos esfuerzos el grado de capitán, tirase su prestigio por la borda de aquella manera tan chabacana? Ni en los momentos más fogosos de su ofuscación por Nía se le había pasado por la cabeza desatender su carrera profesional. Incluso con los cristales bajados, el bochorno era inaguantable. Miró de reojo al capitán, anegado de sudor: los poros de la cara parecían verter lágrimas por ambos carrillos, que se deslizaban hacia el cuello desabrochado de la camisa, ya totalmente empapado. El tufo a sudor era insoportable.

Sonrió maliciosamente al recordar la llamada telefónica del brigada Morales el día anterior: «Compañero: necesito veros, cuanto antes, a ti y al capitán Ezquerro. Es importante que hablemos del asunto que tenemos pendiente.» En

aquel mismo momento supo que lo había logrado: el Jilguero al fin se había caído del nido. No se lo había puesto fácil pero, cuando él se proponía algo, lo lograba. La victoria era de los valientes. Lo sabía. Había apostado fuerte, tal vez se había arriesgado mucho. La rabia lo había corroído por dentro durante años pero, al fin, había tenido que aceptar que no estaba dispuesto a vivir sin Nía. Aún se le retorcían las tripas al recordarla embelesada con aquel revolucionario de tres al cuarto que le había arrebatado la decencia y la había marcado para siempre. Tampoco le había gustado un pelo enterarse de que se iba a servir a una casa noble, ni que se dejase acompañar por el señorito. Recordar la primera vez que la vio bajar del coche de los Álvarez de Luna lo desesperaba. Una mujer decente nunca podía consentir semejante ligereza. Por eso él no se había quedado con los brazos cruzados. ¿Qué habría pasado en el palacete cuando la señora recibió el anónimo denunciando la posible relación entre ambos? Ni tan siquiera Nicolás Álvarez de Luna parecía haber movido un dedo para cambiar la situación. Sí, se había arriesgado demasiado, pero la amaba. Imaginarla con otro aún lo torturaba. ¿Qué coño había visto en el tal Valeriano? Esa era la última ficha: si ante la nueva situación ella no aceptaba casarse con él, acabaría ofreciéndole matrimonio a Esther. La pobre no valía nada, pero como hija única del maestro tenía asegurada una buena dote. Además, estaba loca por él. Todo el mundo lo sabía.

Al entrar en Villafranca disminuyó la velocidad. Disfrutó del instante que lo separaba del éxito, del nuevo ascenso. Sus esfuerzos estaban a punto de procurarle la recompensa. El cabo Morilla, su mejor amigo en la academia, le estaría siempre agradecido. A buen seguro, también lograría subir de categoría. Vigilar los movimientos de Nía en Villafranca había sido fundamental, pero el seguimiento que él en persona le había hecho a la tal Pepona había resultado decisivo. Y el capitán Ezquerro lo sabía. Una jugada maestra.

Se paró ante el cuartel de la Guardia Civil. Antes de apearse del coche, ambos

se colocaron el tricornio. Antonio se alegró al ver aparecer a su amigo, el cabo Morilla, que los recibió con una media sonrisa bajo el bigote de diseño idéntico al suyo. Los condujo al primer piso sin apenas atreverse a mirarlos a los ojos. «Siempre tan tímido —pensó Antonio—. Este, en cuanto ve a un superior, se caga.»

El brigada Morales los recibió con una solemnidad inesperada, como si se encontrase ante la máxima autoridad del cuerpo. Un baile de moscas y un intenso olor a puro inundaban el despacho. Dos sillas medio destartadas, situadas ante una mesa anticuada y repleta de cartapacios, junto con unas cortinas que en otro tiempo debieron de ser blancas, y un ajado mapa físico de la zona constituían toda la decoración de aquella pequeña sala.

El capitán Ezquerro entró tricornio en mano y con el pelo de puerco espín bañado en sudor.

—Maldita sea, brigada, ¿a qué se deben esas prisas por convocarnos con esta calorina? No será porque en Ponferrada nos falte trabajo.

Ante la entrada apresurada y la atención nula que el capitán había prestado al saludo, el brigada abandonó la posición marcial, se apresuró a recogerle el tricornio y a colocarlo sobre la mesa, con sumo cuidado. Antonio permaneció al lado de la puerta con el suyo en la mano a la espera de las órdenes de su superior. Convertirse en su hombre de confianza, aun siendo tan joven, le había permitido conocer diligencias secretas que, sin duda, le reportarían buenos informes. El ascenso estaba al caer.

—Capitán —el brigada titubeó un segundo—, presento mis excusas, pero era urgente informarle cuanto antes de una fatalidad.

Tras lanzar un suspiro forzado, se tomó tiempo para abrir el cartapacio y sacar un escrito de su puño y letra.

—A fin de no ocupar demasiado su inestimable tiempo, he tenido a bien resumir unos acontecimientos luctuosos que han de conocer, tal como a mi modo de ver se desarrollaron. Resto a su disposición por si fuese necesario resolver cualquier duda.

El brigada extrajo las lentes del bolsillo de la camisa. Un palmo más abajo, Antonio distinguió una mancha de aceite en forma ovalada. Sobre una estantería de latón, abollada por todos los flancos, reposaban los huesos de unos muslos de pollo. Con toda seguridad, la visita lo había obligado a interrumpir la hora de la comida. El brigada agarró el escrito con las manos temblorosas y comenzó a leer con la voz impostada.

Ante los informes entregados en el cuartel de Ponferrada al cabo Francisco Morilla, subalterno del autor de este escrito, brigada Juan Morales García, por su compañero de cuerpo y amigo el cabo Antonio Pino García, con el visto bueno y firma del capitán José Ezquerro Torres, reconocida por el que suscribe. Tras las oportunas instrucciones, desde el cuartel de la Guardia Civil de Villafranca del Bierzo procedimos a mantener una actitud vigilante sobre las personas y movimientos denunciados.

A saber:

QUE se tenía conocimiento de la celebración de un encuentro secreto entre conocidos personajes, alteradores del orden público, proclives a la revolución y enemigos declarados del Glorioso Alzamiento militar.

QUE entre los identificados se hallaban José Landera Chacón, alias *Periquete*; Perfecto Álvarez González, alias *Carrero*; Valeriano Blanco Iglesias, alias *el Jilguero*, y Josefa Abad Costa, alias *la Pepona*.

QUE una pequeña partida de guardias y falangistas vigilaron la zona logrando localizarlos con resultados inciertos. Se abatió a la tal Pepona cuando intentaba escapar y, según alguno de los perseguidores, se identificó en su huida al peligroso activista Valeriano Blanco Iglesias, alias *el Jilguero*, al que no se había vuelto a ver desde el pasado mes de julio tras el intento de asalto al cuartel de la Guardia Civil de Ponferrada.

QUE, de acuerdo con las indicaciones del cabo Antonio Pino García, se hacía preciso vigilar a la madre del hijo del tal activista, Herminia Lavandeira

García, sirvienta de la ilustre familia Álvarez de Luna y Osorio, y a la que en esta villa se conoce como «Nía».

QUE se procedió a hacer un seguimiento discreto a la tal Herminia Lavandeira García, resultado del cual se observaron movimientos extraños e inquietantes que derivaron en un rastreo nocturno de su persona, montada a caballo y monte arriba.

QUE tal batida fue posible realizarla en la más absoluta cautela porque se contaba con unos setenta efectivos, entre falangistas y guardias civiles, repartidos por el monte, los cuales habían localizado en la aldea de Prado de Paradiña a los fugados de la reunión clandestina.

QUE elementos de la partida, encargados de seguir a la tal Herminia Lavandeira García, comprobaron que se producía la reunión entre la susodicha y el tal Valeriano Blanco Iglesias, alias *el Jilguero*, en un robledal cercano a Prado de Paradiña. El carácter boscoso del lugar y la nocturnidad del momento complicaron la visibilidad. Por otra parte, en un primer momento, los vigías decidieron no actuar a fin de observar si otros prófugos acudían a la cita y se hacía más factible cazarlos a todos.

QUE, tras encontrarse, ambos elementos se lanzaron a todo tipo de excesos carnales. El que suscribe, a no ser que mis superiores lo requieran, considera necesario obviar los detalles escabrosos de tales excesos.

QUE hacia las cuatro de la madrugada ambos se separaron. La tal Herminia Lavandeira García entregó al prófugo una pequeña bolsa y el caballo, mientras ella regresaba a la villa andando y con un pequeño fardo que contenía comida, según los vigilantes pudieron colegir. Tras las actuaciones posteriores pudimos comprobar que la bolsita entregada al prófugo contenía una cantidad importante de dinero.

QUE los agentes decidieron no detener a la susodicha a la espera de vigilar sus pasos y en la hipótesis de que nos permitiese descubrir nuevos delincuentes. Tras verificar que continúa trabajando como criada en la casa de los Álvarez de Luna, que es muy apreciada por la familia, que la investigación

podría reportarnos más problemas que beneficios, dado el cargo del primogénito como jefe de la Falange en la zona, consideramos innecesario continuar las pesquisas.

QUE tras un tiempo prudencial, al constatar que no acudían nuevos sujetos, se procedió a liquidar al fugitivo de dos tiros certeros, justo cuando se hallaba, presumiblemente, sin fuerzas dormitando en un prado.

QUE al acercarse al muerto, mi ayudante, el susodicho cabo Francisco Morilla, pudo constatar una grave confusión: la identidad del difunto no se correspondía con la del tal Valeriano Blanco Iglesias, alias *el Jilguero*, sino con la de don Miguel Álvarez de Luna y Osorio, abogado, hermano de don Nicolás Álvarez de Luna y Osorio, jefe de la Falange de Villafranca del Bierzo y, en la actualidad, en situación de voluntario en el frente norte.

Antonio se incorporó en un gesto reflejo. La sangre le corría por las venas como la de un caballo desbocado. A punto estuvo de sacar la pistola y dejar allí clavado al brigada. ¿Cómo era posible que, después de tantas horas de trabajo, de tantas noches sin dormir, a aquellos incompetentes se les hubiera escapado el Jilguero? Una vez más, se había salido con la suya. Se contuvo. El enemigo no era el brigada. El auténtico adversario era aquella alimaña que había irrumpido en su vida y le había arrebatado todo. Se había apoderado de la muchacha que le había quitado el sueño. Esa mujer por la que se había comprometido incontables veces era una simple mujerzuela, capaz de follar sin la mínima dignidad, desnuda en pleno bosque, tumbada bajo el empuje genital de un señorito. Entre todos lo habían despojado de su dignidad y, ahora, lograban poner en peligro su ascenso. Dedicaría la vida, si fuese preciso, a dar con el auténtico culpable, aquel seductor que la había hecho caer tan bajo. El Jilguero no se iría de rositas. Lo juraba por su madre y por todos sus muertos. El brigada continuó leyendo el atestado:

QUE, ante tal fatalidad, el redactor de este informe, el brigada Juan Morales

García, partícipe de tal batida, fue requerido a fin de decidir la táctica a seguir. Ante tal desgracia, que podría originar consecuencias nefastas para los informantes y los actuantes, el que suscribe decidió:

1. Dar sepultura al cadáver en lugar secreto y seguro.
2. Hacer jurar a los cuatro individuos presentes: dos falangistas de fiar, el cabo Francisco Morilla y a mí mismo, redactor del atestado, que mantendrían en secreto tal acontecimiento, convencidos, ya en aquel momento, de los problemas que podría originar la revelación de tal hecho.
3. Abatir sin piedad a los prófugos escondidos en Prado de Paradiña. Aunque lograron escapar unos cuantos, el resto pagó con creces su actuación.

De todo lo expuesto, el que suscribe, el brigada Juan Morales García, considera necesario notificar a los instructores de tales informes, el capitán José Ezquerro Torres y el cabo Antonio Pino García, de la inexactitud de los mismos a fin de tomar entre todos las decisiones oportunas.

Antonio advirtió cómo el rostro del capitán Ezquerro había ido mudando de un rojo intenso a una palidez cadavérica. Mantenía el escrito, que le había entregado el brigada, aferrado a sus manos como si quisiera mantenerlo a salvo de enemigos invisibles. Parecía aturdido y cansado. La sala se había convertido en un convento de clausura.

Todos mantuvieron la boca cerrada a la espera de la reacción del oficial jefe. Al fin afirmó con inesperada flema:

—Es importante conservar la calma. Solo quisiera saber, amigo Morales, cómo es posible que en una población tan pequeña no detectasen ustedes la relación amorosa entre la tal Nía y el joven Álvarez de Luna.

El brigada reflexionó un momento y respondió:

—Mi capitán, en la villa no se tenía noticia de tal relación. El muerto estaba

comprometido desde hacía años con la única hija de otra familia de idéntico renombre.

—Y usted, cabo, si conocía a la sirvienta desde la infancia y vive en el mismo barrio de su familia, ¿no había percibido nada extraño?

Antonio advirtió el nerviosismo de su amigo, el cabo Morilla. No pensaba renunciar a su sueño de ascender de categoría y los tiempos le eran propicios. A ninguno de los dos les convenía mencionar el anónimo, enviado a los Álvarez de Luna, denunciando la desigual relación entre el señorito y la criada. Aquello había sido fruto de su deseo de venganza ante el desprecio de Nía. Morilla simplemente lo había ayudado. Nunca se le hubiese ocurrido entrometerse en los asuntos de un Álvarez de Luna. Había que andar con cuidado con los poderosos. El Jilguero era el auténtico culpable. La había llevado por el mal camino alejándola de él. De ninguna manera podía consentir tal afrenta. En su momento, se había encargado de coordinar las investigaciones. Las pesquisas llevadas a cabo indicaban que el tal Valeriano Blanco Iglesias se hallaría en la reunión con el grupo de la Pepona y así se lo había comunicado a sus superiores. El pajarraco había logrado huir a tiempo. ¿Qué culpa tenía si la batida no había obtenido los resultados esperados? Miró al capitán Morales y contestó con serenidad y respeto:

—Mi capitán, en ocasiones el señor Álvarez de Luna acercaba a Nía a su casa. Lo sabe todo el barrio. Pero ella estaba enamorada del revolucionario. Nunca nos hubiésemos podido imaginar semejante disparate: un aristócrata con una sirvienta y, además, madre soltera. —Se detuvo, concentró los ojos en el suelo como si buscara una solución al enigma y, finalmente, afirmó con ironía—: Seguramente él solo echó una canita al aire.

El capitán sonrió y miró el reloj.

—Pues la «canita» le ha salido cara —comentó con sorna y, ante el beneplácito general, se levantó satisfecho—. Se hace tarde y hay asuntos que resolver en Ponferrada. Lo dicho: secreto a la tumba. La familia es poderosa y el

hermano, dirigente de la Falange. Nos jugamos mucho. Morales, antes de salir reduzca a cenizas ese informe y procure que no huela tan mal como el habano.

La fotografía

Verano de 1938

—Sí, en efecto, la reconozco, ¿y qué? —La pregunta de doña Gloria, fría y cortante, dejó sin palabras a su interlocutora.

Parecía muy enfadada y escrutaba con ojos achicados y enrojecidos a la heredera de los Valcarce de Balboa, que permanecía de pie con la sorpresa dibujada en el rostro, la boca medio abierta y la insignia de la Sección Femenina sobre el pecho. Su llegada había interrumpido la merienda de doña Gloria, muy desmejorada desde la desaparición de Miguel hacía ya casi dos años. Pasaba gran parte del tiempo encerrada en el cuarto con las *Confesiones* de san Agustín olvidadas en el regazo, absorta en sus propios pensamientos y en un mundo de ensueño donde creía gozar de la compañía de los hijos ausentes, sin que el servicio fuese capaz de sacarla de aquel letargo.

La breve estancia de Nicolás parecía haberla rescatado del retraimiento. Aunque el hijo había renunciado al cargo de jefe de la Falange de la zona, según decía «por desacuerdos con el nuevo rumbo de la organización», contaba con influyentes amistades dispuestas a localizar el paradero de Miguel. «A la caída del frente de Asturias, revolví cielo y tierra para saber de su paradero. Todo inútil. Allí, ni los prisioneros lo conocían —le había comentado a su madre

rehuyendo de sus ojos apagados y su mirada temerosa—. Haré lo que pueda, pero es como si se lo hubiera tragado la tierra.»

Clara Valcarce de Balboa permanecía de pie, sin moverse. Respondió a la pregunta de doña Gloria con un tono desafiante, le costaba disimular su enojo.

—Yo solo deseo informarla de un hecho, cuando menos, inquietante.

Doña Gloria se mantuvo en silencio. Al fondo percibía los movimientos de Nía trasteando en el comedor con la cristalería.

—¿Inquietante? Ya me dirás por qué. —La señora mantenía cogida la fotografía por los márgenes como si temiese ensuciarla.

—¿Sabe usted quién es ese hombre?

Doña Gloria se encogió de hombros. Contempló de nuevo la imagen. Clara se acercó a ella, miró alrededor, le susurró algo al oído como si tratase de burlar a algún espía oculto. Sus palabras la pusieron en guardia. Examinó la fotografía con más detenimiento, permaneció unos segundos con la mirada fija en el suelo intentado recordar.

—¿Lo dices en serio? A mí me extraña mucho. Seguramente es un familiar suyo.

—No, señora. Lo sé de muy buena fuente. No le puedo decir nada más, pero mis padres y yo creemos que usted debe protegerse. Está sola en esta casa y rodeada de personas de poca confianza.

Doña Gloria calló. Los oídos le zumbaban ante aquellas palabras: «Está sola en esta casa y rodeada de personas de poca confianza.» ¿Qué sabía aquella chiquilla de lo que realmente ocurría? En los dos últimos años su existencia se había convertido en un viacrucis personal y, gracias al servicio, había logrado sobrevivir. Si no fuese por la esperanza de volver a ver a sus hijos juntos, felices, ya se hubiese rendido hacía tiempo. Miguel seguía sin dar señales de vida; Nicolás, desesperanzado, disimulaba para darle ánimos, aunque ella sabía que sufría y se sentía culpable de los enfrentamientos con su hermano. Y ahora, Nía estaba en peligro. Lo sabía. Sentía un hormiguelo en las piernas. La mirada magnética de Clara reflejaba resentimiento y rabia.

Aun así, se mantuvo inmóvil con los dedos huesudos adheridos al borde de la fotografía, intrigada por la imagen. Tenía que aclarar aquello. Demostrar que se equivocaban. Si aún tuviese fuerza, hubiese gritado.

—Dios mío, no llore. —Clara se acercó a ella y le acarició el cabello—. Solo deseo ayudarla. Pronto habrá acabado todo y sus hijos volverán del frente.

Nía continuó con la limpieza de la cristalería. Había acompañado a regañadientes a Clara Valcarce de Balboa hasta la sala y allí la había dejado en compañía de doña Gloria, que aún mantenía en el plato las magdalenas y la taza de chocolate medio llena. No soportaba a aquella mujer que o la ignoraba o le lanzaba miradas desafiantes como había hecho al abrirla la puerta.

Pero ahora sentía curiosidad. Quizás había ido a preguntar por Miguel, convencida de que estaba en el frente, tal como se había encargado de difundir doña Gloria. Desde la ruptura del compromiso, Clara no había vuelto a aparecer por el palacete. Tenía la impresión de que la joven la odiaba. Tal vez la consideraba culpable del abandono y se sentía despechada. Poco le importaba ya.

Hasta el último permiso de Nicolás, había mantenido la esperanza de volver a ver a Miguel y se había negado a asumir la posibilidad de un desenlace fatídico. Había preferido imaginar que había logrado pasar a Francia o a Inglaterra como, al parecer, hacían muchos. Según le había comentado doña Gloria, Nicolás no había logrado dar con su paradero. La angustia la paralizaba y el presentimiento de su muerte se le aparecía en los sueños como una figura negra y terrorífica. El mal presagio se había adentrado en su sangre y la acompañaba, allá a donde fuese, impregnándole la boca de un poso amargo.

Hubiera dado años de su vida a cambio de no enterarse de la verdad. «Nía, necesito hablar con usted. La espero en la biblioteca», le había comunicado el

señorito Nicolás con gesto serio dos días antes de partir. Se había echado a temblar. Aunque ya no llevaba el traje de la Falange, la intimidaba: era el capitoste de la zona. Si se quedaba sin trabajo, su familia estaría perdida. Necesitaban su salario para salir adelante. Con sus hermanos en el frente, Dori sola no podía atender a la vez a Teresina, al bar y a su madre, enferma e incapaz de levantarse ya de la cama.

¿Por qué el señorito quería hablar con ella? Siempre se había mantenido distante con el servicio. ¿Acaso había decidido denunciarla? Notó un dolor punzante en la barriga al recordar a las tres primeras mujeres paseadas por la villa, cuyos excrementos ennegrecidos, causados por la purga de aceite de ricino, se deslizaban por sus piernas y un olor fétido a pozo negro las acompañaba mientras gotas de sudor serpenteaban por las cabezas peladas. Nunca olvidaría la actitud firme de la más joven, una chiquilla de unos quince años que miraba al frente. En torno a ellas, una comitiva de vecinos de todas las edades las seguían al grito de «Rojas, putas, comunistas». Desde algún balcón alguien había gritado: «Hijas de puta, la mierda que lleváis dentro ahora sale hacia fuera.» Solo entonces, la joven se había detenido, quizás intentando localizar al autor del insulto, cuando una piedra le dio en toda la mejilla y la hizo aullar de dolor. Nía no había podido aguantar más. Corrió con desespero hasta llegar al río. Se metió en el agua y nadó como una posesa, vestida y dejándose arrastrar por la corriente.

Había llamado a la puerta del despacho temblando de miedo. El señorito Nicolás le abrió al instante. Tras ofrecerle asiento, arrastró el otro butacón y se sentó a su lado. Se había mantenido un momento en silencio, como tratando de buscar las palabras adecuadas. Los ojos saltones brillaban y la miraban con atención. Escuchó estupefacta las disculpas «por su actitud altanera hacia ella en algunos momentos». La conmovió su gesto humilde y agradecido por «haberse arriesgado tanto para ayudar a su hermano», tal como le había confesado su madre. Sin embargo, la sumió en el desconsuelo la sospecha, «casi certidumbre», de que, probablemente, su hermano había sucumbido en la batida contra

Periquete y sus amigos. La estremeció el ruego de que mantuviese en secreto, incluso con doña Gloria, semejante confidencia.

Lloró. Lloró con gemidos apagados, consciente de que la información no podía salir de aquellas cuatro paredes. Los asesinatos parecían haberse convertido en actos necesarios para la salvación del país. ¿Hasta dónde llegaría aquella barbarie? Tenía ante sí a un Nicolás Álvarez de Luna diferente que también lloraba, en silencio, con expresión afligida, sin moverse. Sintió que el dolor se paseaba por la estancia, por el espacio compartido tantas veces con Miguel, y lo contaminaba todo, hasta los libros más amados.

Nía no supo cuánto tiempo había transcurrido. Solo recordaba la voz reconfortante de Nicolás y el apretón de manos. Notó el dolor de la mandíbula y la debilidad de las piernas. En el jardín algún jilguero trinaba ajeno a la desgracia.

La campanita de doña Gloria sonó tres veces con un ritmo agitado. Nía acabó de abrillantar el borde de oro del florero de cristal tallado de Bohemia, lo colocó sobre la cómoda y acudió con pasos rápidos a la llamada. Al entrar, se encontró la mirada ácida de Clara, de pie, tras la butaca de la señora.

—Nía, ¿puedes acercarte un momento y mirar esta fotografía?

Abrió los ojos ante la sorpresa y los acercó más a la imagen. Le parecía increíble. Nunca la había visto. ¿De dónde la habían sacado? Presa de pánico, levantó los ojos y miró a las dos mujeres. Doña Gloria, algo confusa, la observaba de reojo, mientras Clara sonreía y dejaba ver los dientes de un marfil inmaculado. No supo qué decir. Allí estaban los dos: César Terrón y ella. Justo en el momento en que acababan de encontrarse, se abrazaban emocionados en medio de la plaza, rodeados de una multitud de obreros y sin apenas tiempo de reaccionar ante la cámara de Álvaro Parra. Lejos quedaban los sueños del día fatídico, cuando Miguel se había ido a buscar trabajo a León: «Quiero que los tres formemos una familia, pese a quien pese», le había propuesto y ella,

recordándolo, había flotado por la calle, camino del Casino con los zapatos de charol, esperando obtener el papel de protagonista en *Yerma*. Temía no poder soportar los recuerdos, en su corazón acampaba un ritmo infernal. Cogió aire y preguntó intentando ser amable:

—¿De dónde ha salido esta fotografía?

Sin apenas mirarla, Clara Valcarce de Balboa se sentó en la butaca situada al lado de doña Gloria.

—Supongo que no tendrá el valor de negar la evidencia. —Ordenó, uno por uno, los pliegues de la falda y continuó mostrando indiferencia hacia la criada—. Lo que le puedo asegurar, doña Gloria, es que mis informes sobre el personaje son fidedignos, no le quepa la menor duda.

—Nía, ¿quién es ese joven tan sonriente que abraza tu cintura? —preguntó la señora.

—Es el novio de una amiga. Se llama César. —Cerró los ojos. No olvidaría jamás la fecha—. Es de hace casi dos años: pocas horas después del Alzamiento. ¿Recuerda, señora, que hubo mucho jaleo?

Doña Gloria volvió a mirar la fotografía.

—Pues es bien apuesto, no me extraña que le guste a tu amiga. —Se volvió hacia Clara y la miró con dulzura—. Uno, cuando es joven, se enamora y las ideas del otro le son indiferentes. El amor es ciego.

El rostro encendido de Clara revelaba sorpresa y disgusto a la vez. Permaneció quieta, en un gesto involuntario agarró la insignia de la Sección Femenina hasta marcar las puntas de las flechas en sus dedos. Mantenía todo el cuerpo en tensión, un temblor nervioso le agitaba las piernas y desordenaba los impecables pliegues de la falda. Al fin, abandonó el tenso silencio y sentenció en un tono descortés:

—César Terrón era uno de aquellos dementes del anarquismo. Me da asco hasta pronunciar tal palabra. Él y los suyos intentaron destruirlo todo: la Patria, la religión, la familia. Todo. Confraternizar con gente de esa calaña dice mucho de las personas. —Tenía los ojos encendidos, la voz ronca y temblorosa a la vez

—. Simplemente, he venido para avisarla. Sabe que siempre he sentido aprecio por esta familia. Ahora, si me lo permite, me retiro.

Abandonó sola la estancia. Nía permaneció inmóvil, sin hacer el menor intento de acompañarla. Clara formaba parte de la Sección Femenina local. El domingo anterior la había visto desfilar en la plaza celebrando el *Segundo Año Triunfal* y pidiendo donativos para la batalla del Ebro. Sentía como si un peso enorme e inmaterial la aplastase. El fotógrafo Álvaro Parra había huido, no se sabía adónde. Sus fotos se estaban utilizando como testimonio para detener y asesinar a muchos y Clara se la tenía jurada. En su mente se sucedieron las imágenes de la camioneta de gaseosas Olarte, estacionada ante el Ayuntamiento de la villa, cargando a varios hombres esposados, entre ellos a Emilio Silva; de la detención, según le había explicado Dori, de Morete en la barbería o del fusilamiento de Antonio Gabelas en la tapia del cementerio de Ponferrada. Y ahora, justamente la foto con el novio de su amiga también era una pieza que la comprometía a ella. Contuvo las lágrimas. ¿Qué sería de su hija señalada por la deshonor de unos padres denunciados por revolucionarios y cómplices? ¿Y de su madre enferma?

—Ven aquí, hijita. —El portazo de Clara al abandonar la casa resonó en el edificio e hizo imperceptible la voz débil de doña Gloria—. Al parecer, Clara tiene cuentas pendientes contigo y con nuestra familia, pero no es mala chica. No has de preocuparte.

La escasa convicción de doña Gloria trajo a su memoria las denuncias continuadas. Las delaciones se cernían como una sombra alargada y amenazante. En la villa, se acrecentaba día a día la desconfianza entre la gente.

Aquella guerra absurda lo había desgarrado todo.

Pérdidas y ganancias

A Nía le pareció que la iglesia no estaba tan llena como le hubiese gustado a su madre. Ni tan siquiera se detuvo a observar a la gente. Ella y Teresina, cogidas de la mano, siguieron a Dori. Las tres se colocaron en el primer banco de la derecha, reservado para los familiares, a escaso medio metro del ataúd. De manera inesperada, se topó con los ojos de Antonio, vestido de uniforme y, una vez más, controlando el entorno. Le repugnaban aquellos ojos de hiena escrutadora, con la mirada siempre al acecho, a la espera del momento oportuno para lanzarse sobre la presa. De la intuición había pasado al convencimiento. Aquel indeseable había intentado destruirla varias veces. No lo conseguiría jamás: nunca la habían engañado sus intrigas y, a pesar de las calamidades, jamás caería en su trampa.

La amargura se le había adherido al paladar como una lapa infecta. Se sentía observada: a buen seguro también estarían presentes por algún rincón de la iglesia las cuatro beatas de siempre que la consideraban una casquivana. ¿Qué sabrían ellas del amor y de su sufrimiento? Solo le quedaba el consuelo de haber amado y de aceptar las pérdidas, pero no olvidaría jamás. La desaparición de Miguel la había instalado en el paraíso del recuerdo. Al menos, nadie podría arrebatarse la memoria.

Ahora permanecía por última vez al lado de su madre muerta. Nunca más volvería a peinarle el moño canoso, ni a observar sus arrugas cada vez más

profundas o los ojos empuñados y llenos de gozo al abrazar a la nieta, ni a escuchar sus advertencias y consejos continuados. Pero tampoco se condenaría como ella a una vida de sermones, de miedo, de moralinas peligrosas como la de permitir el sufrimiento absurdo de condenar a una madre por el mero hecho de haber vivido, de haber sucumbido al amor. No, ella no se dejaría vencer como su abuela. A pesar de las pérdidas, de la sensación de desamparo, de angustia, se mantuvo erguida, firme y con la cabeza bien alta. Saldría adelante, viviría su vida. No permitiría que nadie la coaccionase y menos el endemoniado centinela con atuendo de guardia civil.

Se estremeció. Aquel otoño estaba siendo especialmente lluvioso. En la iglesia el ambiente era gélido y olía a cerrado. El incienso no lograba disimular el olor a moho y a madera carcomida. Tuvo la impresión de que la pequeña imagen de la Virgen de la Encina había menguado y ennegrecido aún más con la humedad. Del techo colgaban dos enormes y pomposas lámparas con un montón de brazos, aunque en cada una solo estaban encendidas dos bombillas y la luz era escasa. Sin embargo, a ella y a su cuñada se las reconocía de lejos por el luto obligado en aquella Ponferrada ahora ocupada por los nacionales, donde todo eran apariencias, donde se había impuesto un insoportable control de las personas y donde a las mujeres que, como ella, no se habían comportado según lo esperado se las consideraba elementos a vigilar y una deshonra para su familia.

Se levantó de forma mecánica, como habían hecho el resto de los fieles. Se agarró al reposabrazos del banco. Sí, resistiría, al igual que lo hacían otras muchas mujeres. Apretó los dientes. ¿Acaso doña Adelina se había merecido ser retirada de la docencia acusada por los nuevos caciques de ser «excesivamente liberal»? «No importa, Nía —le había dicho—, creo en mi labor. Saldré adelante, tampoco necesito demasiado para vivir.» Ni tan siquiera la astucia de la Culebrilla la había librado de la cárcel al ser acusada de estraperlo. No, no corrían buenos tiempos, pero no pensaba rendirse.

Le llamó la atención la calma de Teresina. Sus manitas sujetaban el recordatorio fúnebre, costado por doña Gloria y don Nicolás. Miraba

hipnotizada la trágica imagen de Cristo en la cruz. Necesitaba alejarla de aquella imagen terrible. Buscó en el bolso y encontró el dedal plateado que le había regalado su madre cuando comenzó el aprendizaje en el taller de costura de la señora Lita. Teresina sonrió y, encantada, le cedió la estampita. Nía la contempló y, justo en aquel momento, comprendió que tenía en sus manos el último recuerdo que conservaría para siempre de la difunta. Le echó un vistazo y leyó el recordatorio fúnebre.

Dña. Avelina García Fernández, viuda de D. Enrique Lavandeira, falleció en Ponferrada a los 54 años, confortada por los auxilios de la Santa Religión. QEPD.

Sus desconsolados hijos: Manuel, Juan (ausentes en cumplimiento del amor a la Patria) y Herminia, su nuera Dorotea y su nieta participan a Vd. de tan sensible pérdida y les ruegan asistan al solemne funeral que, en sufragio de su alma, se celebrará el lunes 17 de octubre de 1938, II Año Triunfal, a las 10 de la mañana en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Encina.

La familia ruega una oración por su alma.

En el anverso de la estampa halló impresa una frase de san Agustín. Estaba segura de que la había elegido doña Gloria. Montones de veces la había visto leer y releer las *Confesiones*, sobre todo después de la desaparición de Miguel. Aquel golpe les había destrozado la vida. Creyó percibir la voz honda y grave de la señora repitiéndola una vez más: «La muerte es la compañera del amor, la que abre la puerta y nos permite llegar a Aquel que amamos.» Al menos, doña Gloria y su madre se habían aferrado a la religión como un bálsamo contra el desconsuelo. Pero ella no entendía a los santos. Por mucho san Agustín que fuera, ¿cómo era posible creer que la muerte era la compañera del amor? Ella lo sabía muy bien: la muerte era la asesina del amor, su auténtico verdugo. Le dolía la mandíbula y sentía un cansancio enorme.

Miró el féretro. El cuerpo de su madre reposaba allí, a su lado. Se preguntó si

sería verdad lo de la vida en el más allá. Quizá tenía razón don Fernando y la muerte no era más que un sueño eterno. Pero en esta vida, se imponía el gravamen de soportar el dolor y las ausencias. En ocasiones fantaseaba con la posibilidad de volver a ver a los tres hombres que más había amado. Le costó recordar el rostro de su padre ya desdibujado en el recuerdo. Miró a Teresina: sus ojos verdes y el hoyuelo en la barbilla traían a su memoria los de Valeriano. ¿Lograría su hija conocer algún día a su padre? Según les había comentado don Daniel a ella y a Araceli en el velatorio, Antonio formaba parte de una de las patrullas de la guardia civil encargada de perseguir a la cuadrilla de unos seis miembros, dirigida por César Terrón en colaboración con Valeriano, que, después de la caída del frente de Asturias, merodeaban por la sierra de los Ancares. Antonio no pararía hasta dar con él para sepultarlo unos cuantos metros bajo tierra. Le cegaba el odio, estaba convencida. ¿Sería cierto que, además de los atracos, habían asesinado al cura párroco de Fresneda? ¿Cuándo se pondría fin a la carnicería? Era una locura, lo sabía, pero en ocasiones recobraba la esperanza de recuperar a Miguel. Sobrevivir significaba mantener vivo el sueño del reencuentro. Notó un regusto metálico en la boca al arrancarse un pellejo del labio inferior. Poco antes de entrar en la iglesia, le había sugerido a Nicolás tal posibilidad y él le había susurrado al oído: «Sácate esa ilusión de la cabeza. He tirado de muchas influencias, Nía. No aparece por ninguna parte.» Temió no poder ni despedir a su madre. Se le hacía difícil soportar semejante agonía. Los recuerdos acudían en tropel a su memoria. Aquellos ojos negros que se achinaban al sonreír, las largas manos acariciándola y el olor a romero de su cuerpo atlético la reconfortaban. Aceptar su muerte sería como lanzar la esperanza definitivamente a la hoguera.

Alguien tosía dos o tres bancos más atrás. El párroco elevó el tono aflautado y grandilocuente tratando de imponerse a aquella tos nerviosa que iba subiendo de intensidad y, por momentos, se tornaba cavernosa y agitada. Las bajas temperaturas mantenían encogidos a algunos de los feligreses y el sacerdote parecía querer caldear el ambiente con sus palabras. «La muerte de un ser

humano nos produce congoja, tanto más cuando nos unen vínculos de profundo afecto hacia esa persona.» El acceso de tos se convirtió en el auténtico protagonista del acto, acompañado de una respiración entrecortada. Don Fernando, a voz en grito, proseguía con su reflexión. Nía imaginó cómo la vena del cuello del sacerdote se abultaba por el esfuerzo.

La casulla morada se agitaba de manera armónica al ritmo de los gestos persuasivos del párroco. La entonación pareció enternecerse cuando recordó la religiosidad de la señora Avelina: el Señor la había puesto ante muchas dificultades en su vida, sin duda para probar su profunda fe, y ella había respondido mostrando una lealtad absoluta. Aquello era indiscutible: su madre había vivido siempre pegada a la fe; había impuesto a toda la familia creencias y rituales religiosos agobiantes, sobre todo después de la muerte de su padre. Respiró hondo, necesitaba aire.

Miró de reojo a su hija, que parecía haberse olvidado de la muerte de *Pitís*, dos días antes de la de su madre. El pobre gato no había querido separarse de los pies de la moribunda, a pesar de los intentos de todos de sacarlo de allí y de las ganas de Teresina de jugar con él. Ahora, la niña se aburría, intercambiaba el dedal entre los dedos de la mano derecha, una y otra vez. Cuando se cansó de repetir el mismo movimiento, decidió colocarlo en el reposapiés y hacerlo girar con el zapato. Seguramente no supo calcular la velocidad de las vueltas y el dedal metálico se escurrió, giró con alegría sobre las baldosas, rodó tintineando hasta la base del altar e interrumpió el sermón.

Nía y Dori la miraron y la niña pareció empequeñecer, como Garbancito. Teresina hizo un puchero. Nicolás acudió en su ayuda. Se levantó del primer banco de la izquierda al lado del ataúd, lo alcanzó con rapidez y se lo entregó tocándole el gorrito en un gesto cariñoso. Hacía tiempo que Nía no lo veía con el uniforme de la Falange.

El párroco proseguía con el sermón fúnebre, ahora ya sin competencias sonoras, y ajeno a las bocanadas de vaho que rezumaban de su boca. Nía intuyó que los asistentes esperaban con ansia el final. «Pidamos ayuda a nuestra

Morenica, a la que tanta devoción profesó nuestra querida hermana Avelina. Ella reconfortará a la familia y, especialmente, a los hijos varones, Manuel y Juan. Como sabéis todos, no han podido asistir al entierro. Ellos, como tantos otros, están luchando por Dios y por la madre patria en esta cruzada que esperamos finalice pronto y felizmente.»

Nía sintió una rabia incontenible. «Luchando por la madre Patria.» ¿Por la madre patria? ¿Cuántos habían muerto, cuántos habían malgastado su vida por defender a la dichosa madre patria? ¿Por defenderla de quién? Ella solo conocía una madre y estaba allí entre cuatro tablones, descansando después del sufrimiento y con los hijos combatiendo por la otra madre ficticia. ¿A cuántos se había llevado por delante la defensa de la madre patria? Se tragó las lágrimas. Los ojos le escocían como si le hubiesen arrojado alcohol.

Los asistentes al funeral se levantaron de nuevo. Don Fernando se acercó al féretro y con el hisopo roció el ataúd. Justo entonces, Teresina la agarró del brazo y preguntó cuándo se acababa aquello, tenía pipí. Los hombres se levantaron dispuestos a trasladar a hombros el ataúd hasta el cementerio. Don Daniel fue el último en incorporarse. Nía se emocionó al comprobar cuánto había envejecido. Una vez más, permanecía al lado de la familia. Los más jóvenes levantaron el féretro sin grandes esfuerzos. Le fastidiaba que Antonio estuviese allí, pero se había arrogado el puesto porque, según dijo, ya que Juan estaba sirviendo a la patria, él quería acompañar a la madre del amigo en los últimos momentos.

La comitiva abandonó la iglesia en dirección al cementerio con el párroco presidiendo el cortejo. En la plaza de la Encina, la sensación de frío aún era más intensa. Algunas personas se situaron a los lados para dar paso al acompañamiento, los hombres se quitaban la gorra, las mujeres hacían una leve genuflexión y todos se persignaban. La muerte los azotaba desde hacía tiempo y, con aquellos gestos rituales, parecían intentar calmar la ira divina.

Cuando don Fernando dirigió la comitiva hacia la calle del Reloj, Nía echó un vistazo a los soportales de la plaza. Quedaban justo a su izquierda. Clavó los

ojos en el lugar exacto donde Rita las había ubicado para inmortalizar el éxito del charleston aquel día de fiesta ahora tan lejano. No necesitaría ver de nuevo las fotografías de su vida: las guardaba en el corazón. Había conseguido mantenerse fuerte en la iglesia, pero los recuerdos de aquellas fiestas patronales, en aquella explanada, en aquel lugar, hacía ya cinco años y pico, minutos antes de conocer a Valeriano, le causaban dolor. Aquel día creyó haber saboreado la sensación de libertad. Después vino el desengaño y el desasosiego y la decepción, pero también la apertura de una nueva ventana por la que había visto luz y mucha belleza. Ahora, tras el camino recorrido, era una mujer más fuerte y más sabia. Se subió la solapa del abrigo y recolocó el velo en la cabeza para disimular las primeras lágrimas. Desde hacía tiempo, los recuerdos calmaban aquella sensación constante de angustia, soledad y vacío. Por suerte, su madre descansaba ahora en paz. Se ahorraba tener que soportar por más tiempo aquella barbarie.

Epílogo

Madrid, 30 de octubre de 1939

Querido don Daniel, mi estimado maestro:

Aprovecho la visita y la estancia de Nicolás Álvarez de Luna en la capital para enviarle esta carta con la certeza, dada la profunda amistad entre ambas familias, de que le será entregada en mano. Le agradezco, una vez más, los esfuerzos por haberme encontrado trabajo en el palacete de la familia en una situación tan complicada. Mi vida cambió por completo a partir de entonces.

Perdone que no fuese a despedirme antes de venir a Madrid. La muerte de mi madre, primero, y la de mi hermano Juan, en el frente, después, supusieron tal dolor para mí que no quise volver a Ponferrada y me decidí a abandonar Villafranca. Me pesaban demasiado los recuerdos. Necesitaba aire, alejarme de los lugares amados y serenar mi espíritu. Ya verá que nuestra casa permanece cerrada. Solo Manuel y Dori bajan a abrirla en alguna ocasión.

Al llegar a la capital me encontré bastante sola. Gracias a mis ahorros y a un dinero que me dio doña Gloria pude ir tirando. Yo esperaba, tal como me había prometido, el apoyo de Alberto de Paz, el joven que nos dirigió en el recital del *Romancero gitano* en Ponferrada. Sin embargo, él y otros muchos amigos de Lorca huyeron cuando la caída de Madrid se supo inminente. Los compañeros del teatro me dijeron que estaba en América.

Desde hace seis meses, gracias a don Nicolás, tengo el mejor trabajo que me podía imaginar en estos tiempos. Me colocó como modista en el Teatro Infanta

Isabel. Mire por dónde, la obsesión de mi madre para que aprendiese un oficio ha dado resultado. Pero ese amor por la literatura, sobre todo por la poesía y el teatro, que usted tanto apoyó, también. Al fin, he logrado un papel secundario, pero muy importante para mí. El día 21 de octubre estrenamos con gran éxito *Un marido de ida y vuelta*, de don Enrique Jardiel Poncela, donde interpreto el papel de ama de llaves.

Recuerdo la primera vez que pisé un escenario. Entonces calzaba unos zapatos de charol que, poco antes, me había regalado Dori al cumplir los dieciocho. En un triste día, quedaron destrozados. De aquel dolor aún conservo cicatrices. Pero me he comprado otros con mis pequeños ahorros. Los estrené en esta primera función en Madrid. Actuar en la capital me parece un sueño realizado.

Le envío un ejemplar de la obra para que tenga un pequeño obsequio mío. Ya verá: es una comedia muy divertida y loca. Los ensayos y la representación me mantienen muy ocupada, de modo que los recuerdos dolorosos se amortiguan. Según comenta el director, más adelante iremos a provincias. Quizás, en algún momento, actuemos en Ponferrada o en Villafranca. Lo deseo con toda el alma. Son los lugares en los que me subí por primera vez a un escenario. En ambos teatros sentí una gran sensación de plenitud. Fueron algunas de las semillas que me dieron fuerza para estar donde estoy ahora. Además, podré volver a ver a todos a los que quiero. Otros han desaparecido de mi vida, pero sueño y recuerdo y, así, voy renovando las ganas de vivir.

Esa guerra infernal no nos dejó una existencia fácil. Cada día, camino del trabajo, veo gente delante de los cuarteles esperando los restos del rancho de los militares o haciendo cola con la cartilla de racionamiento en la mano. Ayer, al salir de la función, entre los pequeños que cada día se concentran a la entrada y salida del teatro con el fin de recoger colillas del suelo para revenderlas, me encontré con un pecoso, la viva imagen de Tom Sawyer. ¿Recuerda mi pasión por las aventuras del pequeño? Es uno más de los muchos niños huérfanos que corren por la ciudad. Me llamó la atención porque llevaba de la mano, sin soltarla, a una niña de unos tres años con el pelo largo, enredado y sucio. Se

movían entre la gente como un par de gorriones, con saltitos perfectamente conjuntados. «Señorita, no la puedo dejar sola debajo del puente. Tiene mucho miedo, si yo no estoy», me explicó con cara de ángel. Uno de esos señoritos repugnantes pasó por nuestro lado: «Estos son los regalos que nos han dejado los rojos», le comentó a su enojada compañera. Le hubiera lanzado un escupitajo, pero no me atreví ni a responderle y me sentí cobarde hasta el desprecio. El miedo nos cierra la boca a muchos. Pensé en Teresina y sentí una gratitud enorme hacia doña Gloria y hacia don Nicolás por haberla acogido. Tiemblo solo de pensar que me la pudieran quitar por el pasado revolucionario de su padre, como han hecho con otros los del Auxilio Social. Trabajo mucho, pero aún no puedo traérmela a Madrid. Necesito verla, estar a su lado y, créame, lo conseguiré.

Admiro la fuerza de mi amiga Rita, la hija del doctor Mayo, ¿la recuerda?, la han condenado y le han caído diez años de prisión. Una vez al mes voy a visitarla a la cárcel de Quiñones, donde dicen que mantienen prisioneras a las «locas». Está muy desmejorada, pero aguanta. Dice que, si la Pasionaria, que también estuvo años atrás en la misma prisión, resistió, ella no será menos. Sus padres hacen todo lo posible por sacarla de allí. También lo ha intentado don Nicolás, aunque desde que metieron en la cárcel a Manuel Hedilla, su amigo falangista, se ha alejado de la organización. A menudo visita Madrid. Anteayer me entregó una pequeña carta de Teresina y muchos de sus dibujos. Los he colgado en mi habitación. Serán mi ángel de la guarda. Según parece, las monjas de la Divina Pastora están encantadas con ella. Ya empieza a tocar el piano, cosa que no se hacía en aquella casa desde la desaparición de Miguel. ¡Cuánto le hubiese gustado a él escucharla! Don Nicolás le ha comprado una muñeca que comienza a hacer furor en Madrid, la llaman Mariquita Pérez. ¡Desearía tanto poder verla cuando se la enseñe! Aunque fuese por un agujerito.

También me ha comentado que el mes pasado asistió a la boda de Esther con Antonio y que usted iba muy guapo de padrino. Dele muchos abrazos de mi

parte. Ella sabe lo mucho que la quiero. Deseo su felicidad y la de toda la familia.

Hay personas que se guardan en lo más profundo del alma: usted es una de ellas. Yo atesoro en mi pequeña estantería de libros a Juana de Arco, el premio que usted me entregó al ganar un concurso en clase.

Un abrazo muy fuerte y mis mejores deseos.

Nía

Agradecimientos

Cuando bebas agua, recuerda la fuente.

Proverbio chino

Quiero expresar mi agradecimiento, en primer lugar, a mis profesores de l'Escola d'Espectura de l'Ateneu Barcelonès: Patrícia Capdevila, Enrique de Hériz, Mercedes Abad y Olga Merino.

A todos mis compañeros de la Escuela; con una consideración especial hacia el espléndido grupo de mujeres que tejimos complicidades en torno a Olga Merino.

A mis hijos, Carlos y Araceli, así como a sus parejas, valiosos maestros de mi trayectoria vital.

A Carmen Romero de Ediciones B (Penguin Random House), y a su equipo de trabajo, por su apoyo inestimable.

Y, finalmente, a la plantilla de la Agencia Literaria Sandra Bruna, por haber confiado en las posibilidades de mi novela.

Vivir con pasión siempre deja cicatrices

Una novela de amor y superación ambientada en los albores de la guerra civil



Ponferrada, 1933. Nía sueña con ser actriz mientras vive bajo la sombra protectora de su madre, una mujer muy conservadora. Pero todo cambia cuando conoce a Valeriano, activista de la UGT, y se lanza a un romance que la obligará a hacer frente a los prejuicios de una sociedad convulsa y abocada a la Guerra Civil.

Así arranca esta historia de crecimiento, superación, ideales y primeros amores, que llevará a Nía desde su juventud en la verde comarca de El Bierzo hasta su lucha por salir adelante en un país desgarrado por la guerra. Su origen humilde, una pasión turbulenta y las tensiones políticas de su tiempo la obligarán a librar una dura batalla para convertirse en la mujer que desea ser.

BERTA PICHEL nació en la comarca de El Bierzo (León). Licenciada en Filosofía y Letras, en la especialidad de Historia Moderna y Contemporánea, ha vivido gran parte de su vida en Barcelona. Durante cuarenta y tres años se ha dedicado a la docencia, impartiendo clases a miles de estudiantes. Se ha formado como narradora en l'Escola d'Espectura de l'Ateneu Barcelonès.

Cicatrices de charol es su primera novela.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Berta Pichel

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Mario Arturo / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6325-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Cicatrices de charol

Primera parte. El despertar

1. El vestido
2. La fiesta
3. La buenaventura
4. Octubre de 1933
5. El Jilguero
6. «Me estoy volviendo loco por ti»
7. El moscardón
8. El recital
9. El veneno de la serpiente
10. Los humildes
11. Un día memorable
12. Una nueva constelación
13. Y todo a media luz
14. Temporal
15. La cruda realidad
16. Sobresaltos

17. La revuelta
18. Por los viejos tiempos
19. Quien espera, desespera
20. La encrucijada
21. Un trance amargo
22. La decisión

Segunda parte. Nuevos rumbos

1. Secretos de familia
2. La Portela
3. Doña Adelina
4. El mal fario
5. ¿Se puede morir de amor?
6. El que la hace, la paga
7. Próximo destino: la revolución
8. Teresina
9. La victoria será nuestra o no será
10. La hija pródiga
11. «He venido para contarte mi mal»
12. La detención
13. Una nueva vida
14. El palacete
15. El notario

16. Miguel Álvarez de Luna
17. Nostalgia
18. *A festa do maio*
19. Decisiones pendientes
20. Sentimientos encontrados
21. La promesa
22. Un abogado para el Jilguero
23. Suma de fuerzas
24. Entre dos mundos
25. Días de descanso
26. Otra vez, el amor
27. Victoria del Frente Popular
28. El anónimo
29. El desencuentro
30. «Todos sueñan lo que son...»
31. «... aunque ninguno lo entienda»

Tercera parte. Laberintos

1. Limpieza general
2. El alzamiento
3. La legalidad
4. Las heridas
5. Estado de excepción

6. Volver a casa
7. El mundo al revés
8. El responsable
9. Una situación comprometida
10. El Pozo de las Monjas
11. La misión
12. La partida
13. Los amantes
14. El atestado
15. La fotografía
16. Pérdidas y ganancias

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Berta Pichel

Créditos